

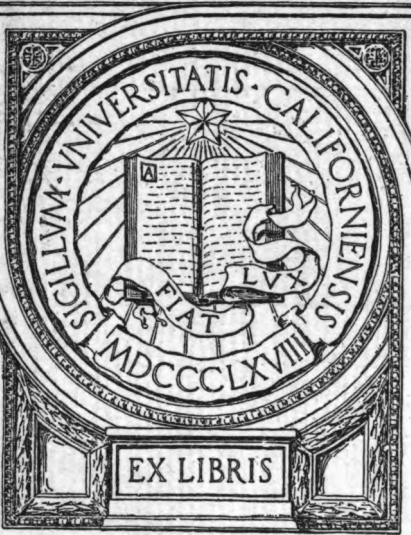
UC-NRLF



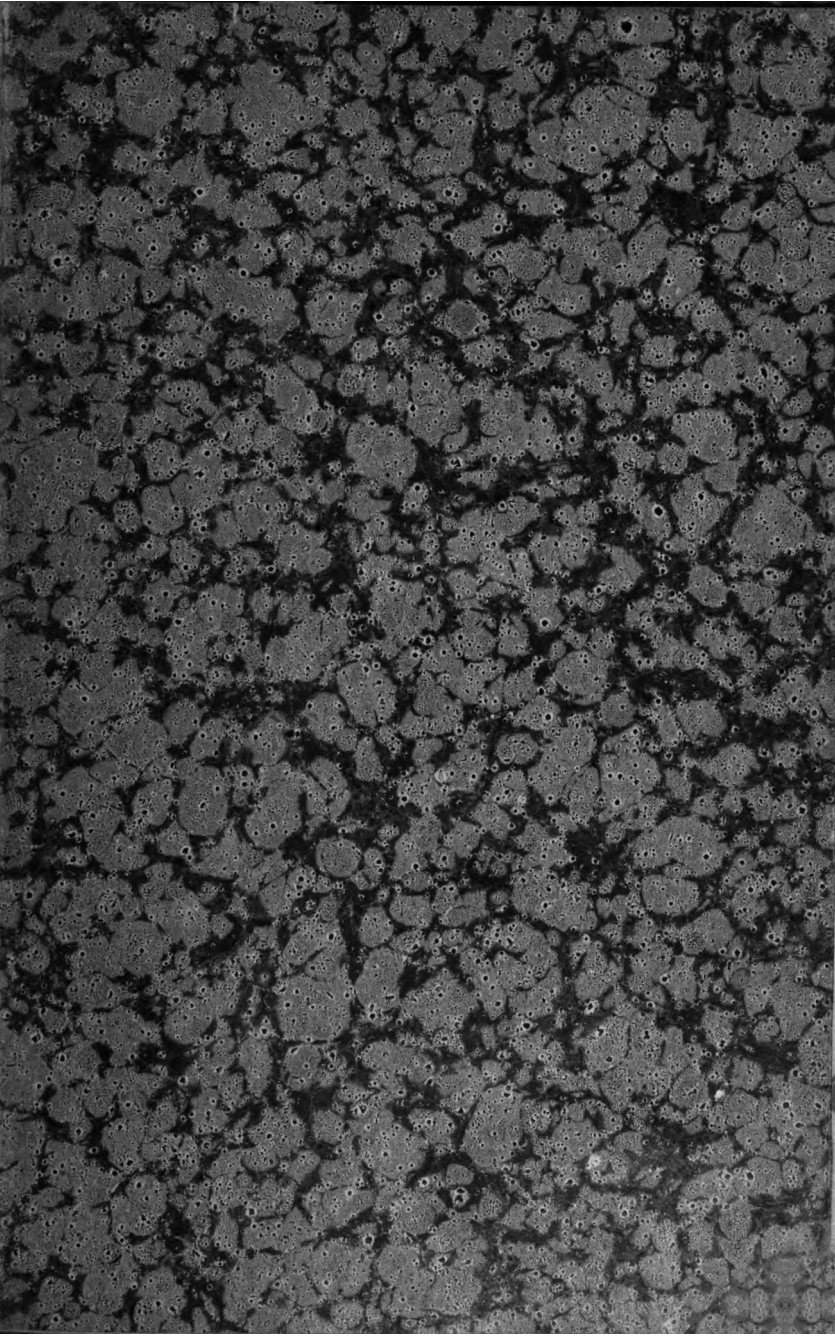
QB 751 419

63.

GIFT OF
Phoebe A. Hearst



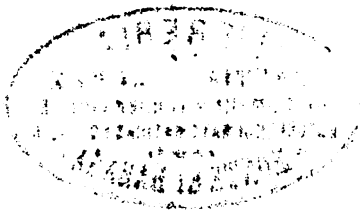
EX LIBRIS



La
P

a

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XVI

ESTUDIOS
HISTORICOS

POR

LORD MACAULAY

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

M. JUDERIAS BENDER



MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
COLEGIATA, NÚM. 6

—
1879

DA27

M33

DA 27 M 33

DA 27 M 33

AL QUE LEYERE.

Cuatro estudios históricos de los más notables é interesantes que produjo el claro ingenio de lord Macaulay publicamos en este volúmen.

Muy poco diremos acerca de ellos, porque su más cumplido elogio consiste en ser de quien son, bastando que recomendemos á nuestros lectores más principalmente el que se refiere á la guerra de Sucesion de España en tiempo de Felipe V, por ser asunto de tanto interes para los españoles, y los relativos á los conquistadores ingleses de la India Clive y Hastings. Hallarán en el primero, además de imparcialidad suma y de muy elevadas consideraciones acerca del carácter español en ciertos períodos de la historia, una reseña brillantísima del estado militar, político y literario de nuestra patria bajo Cárlos V y Felipe II, bien que salpicada de algunos errores nacidos de las opiniones religiosas del autor, que distaron mucho siempre de ser las que inspiraron, así la conducta de aquellos príncipes como

la de sus pueblos; y en los que hacen referencia á los conquistadores de la India, podrán ver sin gran esfuerzo, comparándolos con los conquistadores españoles de América y de Asia, que nuestros antepasados aventajaron á los ingleses, sin género de duda, no sólo en bizarría, en grandeza y en heroísmo, sino tambien, y esto es lo más importante, dada la diferencia de los tiempos, en moralidad y en justicia.

El estudio consagrado á la historia de Federico el Grande, lleva al lector como por la mano desde los humildes principios del marquesado de Brandeburgo hasta la terminacion de la guerra de los Siete años, cuando despues de haber vencido y desbaratado á la coalicion, el rey de Prusia se restituyó á su capital para reparar el estrago producido por la lucha en toda la extension de sus dominios, en todos los ramos de la administracion y de la riqueza pública y privada. De sentir es que Macaulay suspendiera su obra en este punto, y que no la completara con el estudio de aquel período de reconstruccion, por decirlo así, y de las relaciones políticas de Federico y de sus costumbres durante él; cosas todas que al ser tratadas por escritor tan competente y de tanto ingenio habrian hecho del estudio que nos ocupa uno de los más perfectos, amenos é instructivos de cuantos produjo. A pesar de esta falta, el ensayo puede considerarse completo en la parte militar, administrativa, política y litera-

ria del reinado de Federico hasta la paz de Hubertsburgo, que puso término á la guerra de los Siete años.

Si la historia goza del privilegio de agradar de cualquier modo que se escriba, como decia Marco Tulio, cuánto más deleitable no será su lectura cuando se expongan los hechos cual lo hace Macaulay, consignando en ella así todo lo grande y memorable de los sucesos políticos y militares, como todo lo que haya sido parte á disminuir ó acrecentar la felicidad de los hombres, pintando con vivos colores el cuadro de las relaciones domésticas, de los usos, de las costumbres, de los espectáculos y del modo de ser de los pueblos descritos; así el estado de la agricultura, de las artes mecánicas, de las comodidades de la vida, como el progreso de las ciencias, de las artes y de la literatura, é interpolando esto de anécdotas curiosas, de relaciones interesantes que así amenizan la narración, imprimiéndola el encanto de la buena novela histórica, como contribuyen de una manera eficaz á fijar las ideas en la mente de quien lee.

Recorriendo las páginas del presente volúmen, hallará el lector la confirmacion de esta verdad; porque, como en los *Estudios Literarios* (1), abundan en ellas las descripciones, los cuadros de costumbres, los retratos de personajes importantes y

(1) Tomo XI de esta Biblioteca.

cuanto es parte á prestar animacion, movimiento, color, atractivo, vida, en fin, á los asuntos que se tratan en él, pudiéndose decir que bajo este aspecto Macaulay es el primero de los historiadores que haya logrado alcanzar la perfeccion ideal de la historia, la cual consiste, como él mismo lo declara, en saber amalgamar en la proporcion debida la poesia y la filosofia para imprimir de una manera indeleble en las imaginaciones las verdades generales, representando con calor los caracteres y los incidentes particulares; amalgama de elementos opuestos que hasta lograrla él ninguno ántes consiguió realizar.

MARIANO JUDERÍAS BENDER.

LA GUERRA DE SUCESION

EN TIEMPO DE FELIPE V.

Para conocer profundamente la anatomía patológica de los gobiernos y las causas que producen la decadencia y postracion en que á las veces vienen á parar los grandes Estados, se hace necesario estudiar la historia de España (1). Era, sin duda, el im-

(1) Conviene tener presente que el autor del estudio sobre la *Guerra de Sucesion*, además de protestante y *whig*, es adversario de la familia de los Borbones y de su política, y que, por tanto, á pesar de los esfuerzos que hace por aparecer imparcial y justo, la pasión política, unida á la pasión religiosa, suele á veces influir más en su ánimo que no la estricta verdad histórica. Fácil habria sido impugnar algunas de las opiniones emitidas por el autor en el curso de su obra, en orden á ciertos hechos y personas; pero como, de hacerlo así, habríamos tenido que interrumpir repetidas veces la narracion, distrayendo el ánimo del lector con nctas algo más extensas de lo que consienten los límites del texto, hemos preferido suprimir casi todas las que no han hecho indispensables sus ataques al catolicismo, y aun así, relegando estas últimas al apéndice del presente estudio.—N. del T.

perio de Felipe II uno de los más poderosos y espléndidos que hayan existido; porque mientras regía en Europa la Península española con Portugal, los Países-Bajos, por ambas orillas del Rhin, el Franco-Condado, el Rosellon, el Milanesado y las Dos Sicilias, teniendo bajo su dependencia á Toscana, Parma y los demas Estados de Italia, del propio modo que se hallan al presente (1) bajo la tutela de la compañía de las Indias el Nizam y el Rajah de Berar, en Asia era dueño de la islas Filipinas y de los ricos establecimientos fundados por los portugueses en las costas de Coromandel y de Malabar, en la Península de Malaca y en las islas de la especería del archipiélago Oriental, y en América se extendian sus posesiones por uno y otro lado del Ecuador hasta la zona templada. No es aventurado tampoco suponer que, en la época de su mayor grandeza, las rentas de Felipe II eran diez veces más considerables que las de Inglaterra en tiempo de Isabel, porque mientras la Inglaterra no tenía un solo batallon de tropas organizadas, contaba España un ejército permanente de 50.000 soldados inmejorables, y su fuerza naval ordinaria se componia de 150 galeras, lo cual le daba una importancia y poder que jamás ha logrado ningun príncipe de los tiempos modernos. En suma: reunió simultáneamente Felipe II el imperio de los mares y el de la tierra, y fué la mayor parte de su reinado el primero de ambos elementos, viéndose avanzar sus tercios hácia la capital de Francia en tanto que sus naves difundian el terror en las costas de Inglaterra.

Puédese decir sin exageracion que durante algunos años la influencia de Felipe II en Europa fué

(1) Esto se escribía el año de 1833. — N. del T.

mayor que la del primer Bonaparte, porque nunca el guerrero frances tuvo el dominio de los mares, y así se vió que miéntras sus ejércitos entraban en todas las metrópolis, desde Moscow hasta Lisboa, las flotas inglesas bloqueaban todos los puertos, desde Dantzick hasta Trieste, y que Sicilia, Cerdeña, Mallorca y Guernesey gozaron de paz y seguridad durante el curso de una guerra que puso en peligro los tronos del continente, y que la nacion imperial y victoriosa, que habia enriquecido sus museos con los despojos de Amberes, Florencia y Roma, sufría cruelmente al verse privada de aquellos objetos de lujo que la costumbre habia convertido en artículos de primera necesidad. Por eso, en tanto que levantaban columnas y arcos triunfales para perpetuar en la memoria las conquistas de la Francia, buscaban los conquistadores con solícito afan el modo de hacer café de achicorias y azúcar de remolacha.

En órden á la influencia política en el Continente, la de D. Felipe II era tan grande como la de Napoleon: el emperador de Alemania era su pariente; y la Francia, conmovida y perturbada por las disidencias religiosas, de adversaria formidable que hubiera podido ser, á las veces se convertía en dócil auxiliar y aliada suya. Además, el Monarca español tenía lo que tanto y tan en vano deseó el conquistador frances aparte de buques: colonias y comercio, conservando por espacio de largos años el monopolio de los negocios en América y el Océano indico, recibiendo y distribuyendo todo el oro de Occidente y todas las especias de Oriente, sin que nada interrumpiera sus operaciones sino es las rapiñas ejercidas por algunos corsarios en tiempo de guerra. Todavía despues del desastre de la *Invinci-*

ble atendian los hombres de Estado ingleses y vigilaban con atencion preferente y visible ansiedad el poder marítimo de Felipe. «El cual, decia en 1592 á las Cámaras el lord guarda-sellos, ha usurpado primero el reino de Portugal, acreciendo luégo su poder con las Indias Orientales, de tal manera, que si ántes era grande, hoy lo es mucho más. Sostiene una flota para impedir todo comercio entre Inglaterra, la Gascuña y la Guiena, cosa que ha intentado en la época de las últimas vendimias, y por tal manera es un enemigo fronterizo para todo el Oeste y Mediodía de Inglaterra, del propio modo que para ei Sussex, el Hampshire y la isla de Wight. Por otra parte, merced á su crédito en Saint-Maló, á cuyo puerto acuden buques apropiados á la guerra, es vecino peligroso para las islas de Jersey y Guernesey, antiguas posesiones de la corona, que nunca, ni áun durante las guerras más reñidas con la Francia, le fueron arrebatadas.»

El ascendiente que á la sazón tenía la España en Europa era en cierto modo merecido, pues lo debia á su incontestable superioridad en el arte de la política y de la guerra; que en el siglo XVI, miéntras la Italia era cuna de las bellas artes, y la Alemania producía las más atrevidas ideas teológicas, España era patria de los hombres de Estado y de los capitanes famosos, pudiendo reivindicar para sí y los graves y altivos personajes que rodeaban el trono de D. Fernando el Católico las cualidades que atribuía Virgilio á sus conciudadanos. Ni en los dias más gloriosos de su república, por todo extremo memorable, conocieron mejor los romanos el arte imponente de *regere imperio populos* que Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Hernan-Cortés y el duque de Alba. La habilidad de los diplomáticos españoles

era célebre en toda Europa, y en Inglaterra vive todavía el recuerdo de Gondomar.

Pero si la nacion soberana no tenía rivales en la guerra regular, tampoco los conocía en la irregular; y así los impetuosos caballeros franceses como las falanges de los suizos quedaban igualmente malparados cuando se hallaban frente á frente con la infantería española. En las guerras del Nuevo-Mundo, en las cuales el arte estratégico vulgar no podia ser bastante, como tampoco la ordinaria disciplina en el soldado; allí, donde se hacia necesario desbaratar y vencer cada dia por medio de alguna nueva estratagema la instable y caprichosa táctica de un bárbaro enemigo, demostraron los aventureros españoles, salidos del seno del pueblo, una fecundidad de recursos y un talento para negociar y hacerse obedecer de que apénas daría otros ejemplos la historia.

Eran los españoles de entónces á los italianos, lo que los romanos á los griegos en los dias más prósperos y de la mayor grandeza de Roma. Tenían los vencedores ménos cultura, ménos buen gusto é instintos ménos delicados que los vencidos; pero habia en ellos más orgullo, más altivez, valor y perseverancia, más gravedad y un sentimiento más desarrollado del honor. Usaban de más sutileza los súbditos en la especulacion; pero los gobernantes desplegaban más energía en la accion: aquellos adolecian de los vicios de los cobardes, y éstos de los vicios de los tiranos.

Fuerza será decir, además, que los españoles, del propio modo que los romanos, no desdeñaban de aprender el idioma y las artes de los que oprimian, y que á la sazón se verificó en la literatura española una revolucion análoga á la que se operó, al

decir de Horacio, en la poesía latina: *Capta ferum victorem cepit*, y el cautivo se apoderó del vencedor. Cedieron su puesto las antiguas baladas y romances castellanos á los sonetos al estilo de Petrarca y á los poemas heroicos en el metro del Ariosto, de igual manera que los cantos nacionales de Roma cedieron á las imitaciones de Teócrito y á las traducciones de Menandro.

Ni tampoco hubo nunca en ninguna sociedad moderna, ni en Inglaterra durante el reinado de Isabel, tan gran número de hombres eminentes á la vez en las letras y en las carreras de la vida activa como en España el siglo XVI. Casi todos los escritores notables se distinguían también como soldado ó como hombres políticos: Boscan tuvo gran reputación militar; Garcilaso de la Vega, autor del más encantador y dulce poema pastoril de la época moderna, acabó joven su brillante carrera militar, muriendo, espada en mano, á la cabeza de una columna de asalto; Ercilla se distinguió en la guerra, de Arauco, que cantó luego en uno de los mejores poemas heroicos que haya producido España; Hurtado de Mendoza, cuyos poemas han sido comparados á los de Horacio, y cuya graciosa novelita es sin duda el modelo del *Gil Blas*, nos aparece representado por sus historiadores como uno de los más rígidos de entre aquellos procónsules de hierro que la casa de Austria enviaba á Italia para destruir lo que aún hubiera en ella de espíritu público; Lope se embarcó en la *Invencible*, y Cervantes cayó herido en Lepanto á bordo de una galera.

Curioso es y digno de fijar la atención el terror con que los ingleses miraban á los españoles, los cuales, según decían, eran una especie de demonios terriblemente dañinos, y al propio tiempo sa-

gaces y astutos por extremo. «Son muy prudentes y políticos, dice un honrado inglés en una Memoria dirigida á la reina Maria, y pueden, merced á esa sabiduría, corregir y dominar sus naturales instintos durante algun espacio, y poner su vida en armonía con las costumbres de aquellos á quienes se mezclan libremente en tratos de amistad. Ninguno puede conocer sus malos designios hasta no haber caido bajo su dominacion; pero entónces se les percibe y comprende perfectamente, cosa de la cual pido á Dios libre á Inglaterra, porque superan á todas las demas naciones del globo en el disimulo para conseguir sus fines, y luégo en la opresion y tiranía cuando han logrado su objeto.» Arminio hubiera podido expresarse así al hablar de los romanos, y este es el lenguaje que podria emplear en nuestros dias un hombre de Estado indo al hablar de los ingleses. Es, en suma, el lenguaje de un hombre cuyo corazon se halla penetrado de odio, pero que está humillado por los que odia, y que siente penosamente la superioridad, no sólo de su poder, sino de su inteligencia.

Pero ¡cómo has caido del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te hallas abatido tú, que arruinabas las naciones!

¡Qué cambio no hallaremos si, salvando un espacio de cien años, consideramos la España á fines del siglo XVII! El contraste es tan grande como el que existe entre la Roma de Galiano y de Honorio y la Roma de Mario y de César. La conquista extranjera habia comenzado á abrirse camino en todas las partes de aquel gigantesco imperio donde nunca se ponia el sol. La Holanda ya no estaba en sus manos, ni Portugal, ni el Artois, ni el Rosellon, ni el Franco-Condado. Al Oriente, el imperio fundado por

los holandeses sobrepujaba con mucho en riqueza y esplendor al que aún conservaban sus antiguos tiranos, y al Occidente, la Inglaterra había tomado y poseía algunos establecimientos en medio del golfo de Méjico.

Poca importancia tenía, á decir verdad, para los españoles la pérdida de una parte de su territorio, porque la obediencia forzada de provincias lejanas cuesta por lo general más de lo que valen, y los imperios cuyas ramas se extienden á larga distancia, se hacen á las veces más florecientes cortándolas á tiempo. Adriano procedió juiciosamente abandonando las conquistas de Trajano; y la Inglaterra no ha sido nunca más próspera, y rica, y poderosa, y temible para los príncipes extranjeros, ni más absolutamente dueña del Océano, que hasta despues de haber perdido sus colonias americanas. El imperio español era entónces aún, á juzgar sólo exteriormente, un grande y magnífico imperio; que el último y enfermizo príncipe de la casa de Austria poseía en Europa todavía Estados de mayor importancia que los de Luis XIV, y en América los dominios de la corona de Castilla se prolongaban muy al Norte del trópico de Cáncer y muy al Sur del de Capricornio; pero había en el seno de este reino inmenso una enfermedad incurable, un aniquilamiento completo, una postracion absoluta. Ministros de muy escaso entendimiento habían desterrado de la Península una raza industriosa é inteligente; la gloria del arte español había desaparecido con Velazquez y Murillo, y acabádose la edad de oro de la literatura hispana con Solís y Calderon; y miéntras en el siglo XVII otras naciones se ocupaban en formar grandes establecimientos militares, el ejército, que fué tan formidable y temido

bajo las órdenes del duque de Alba y de Alejandro Farnesio, se hallaba reducido á unos cuantos millares de individuos mal pagados y sin disciplina. Inglaterra, Holanda y Francia tenian grandes armadas; la española escasamente llegaba á la décima parte de la poderosa escuadra que, bajo Felipe II, puso terror al Océano Atlántico y al mar Mediterráneo. Los arsenales no tenian maestranza; los almacenes nada guardaban; las fronteras y las fortalezas carecian de presidio; era ineficaz la policía; se cometia todo género de crímenes á todas horas; matones de oficio y lacayos sin amo se entregaban en calles y plazas á mil excesos, turbando la pública tranquilidad y haciendo escarnio de la justicia; la Hacienda se hallaba en el más espantoso desórden; pagaba el pueblo sumas enormes, pero el gobierno sólo percibia los residuos que dejaba la rapacidad de sus agentes; y los vireyes de América y los empleados del fisco se hacian poderosos, en tanto que los comerciantes se presentaban en quiebra, que los labradores morian de hambre, que los funcionarios de palacio no cobraban, y que los soldados iban á comer la sopa á la puerta de los conventos. Ensayábanse remedios; mas sólo eran parte á empeorar el mal. Se alteró el valor de la moneda, y esta medida produjo el efecto de siempre, destruyendo el crédito y aumentando la miseria. El oro de América, segun la expresion de Ortiz, era para las necesidades generales del Estado lo que una gota de agua en los labios del sediento. Los despachos se acumulaban sin abrir en las mesas de los secretarios de S. M., en tanto que estos intrigaban para despojarse mutuamente; y las potencias extranjeras podian insultar y robar con notoria impunidad al heredero de Carlos V; habiendo caido tan bajo el

á antes tan poderoso imperio español, que una de sus más reducidas dependencias, un territorio más pequeño que las provincias de Andalucía ó de Extremadura, situado bajo un cielo inclemente y preservado de las invasiones del Océano por medios artificiales, habia sacudido su yugo, convirtiéndose en potencia de primer orden, y tratando de igual á igual con las cortes de Lóndres y Versalles.

Todo esto era consecuencia natural del gobierno que imperaba en los dominios del Rey Católico, así como el valor, la inteligencia y la energía, que hicieron de los españoles la primera nacion del mundo á fines del siglo XV y principios del siguiente, eran el producto de las antiguas y venerandas instituciones de Castilla y Aragon, instituciones altamente favorables á la libertad. Pero los primeros príncipes de la casa de Austria pugnaron contra ellas, y casi por completo las destruyeron, falta que luégo expiaron sus nietos. Porque si cuando un mal gobierno sucede á otro bueno los resultados del cambio tardan un espacio en percibirse, toda vez que los talentos y las virtudes que engendra una buena constitucion pueden sobrevivirla, viéndose así, á las veces, brillar en la historia con grande esplendor el reinado de príncipes que fundaron la monarquía absoluta sobre las ruinas de instituciones nacionales; cuando pasan una ó dos generaciones, acontece necesariamente lo que dice Montesquieu, y es que «los gobiernos despóticos se parecen á esos salvajes que cortan el árbol para coger el fruto.» En efecto, los primeros años de la tiranía se llenan las trojes con lo sembrado en los últimos de la libertad. El siglo de Augusto abundó en grandes hombres, educados en la época de Ciceron y de César, y la posteridad debia de gozar los frutos de la

política de Agosto. Felipe II era el heredero de las Cortes y del Justicia Mayor, que le dejaron un pueblo capaz de conquistar el mundo, y ya sabemos qué dejó Felipe á sus descendientes.

En España fué apénas sentido el gran cisma religioso que tan honda perturbacion produjo en toda Europa. En Inglaterra, Holanda, Francia, Portugal, Alemania, Dinamarca, Suiza y Suecia, pasada que fué la sacudida y quebranto primeros, la ocasion del malestar y la zozobra, quedó luégo y de una manera estable y permanente gran cosecha de bienes (1). Los principios de la Reforma habian triunfado en algunas naciones; en otras, la Iglesia católica sostenia su ascendiente; pero áun cuando el resultado no fuera idéntico en todas partes, la lucha produjo agitacion, subiendo de punto en Francia, al Sur de Alemania y en los cantones católicos de Suiza. Las antiguas preocupaciones habian perdido algun tanto de su predominio; la Iglesia romana, prevenida por los peligros á que tan difícilmente logró escapar, observaba en aquellas partes de su imperio que aún le permanecian fieles una conducta más suave y liberal, consintiendo á veces que fueran sometidas al exámen de la razon sus pretensiones, y apelando con ménos frecuencia al auxilio del brazo secular. Y áun cuando recurriese á él, no lo hacía en la forma de ántes; que las crueldades de Luis XIV, por grandes que fueran, no podian compararse con las sufridas por los herejes en muchos países al despuntar de la aurora de la Reforma (2), la cual no produjo en España otros efectos sino hacer más vigilante al tribunal del

(1) Véase la nota A en el apéndice del presente estudio.

(2) Véase la nota B en el mismo apéndice.

Santo Oficio, y al pueblo más religioso. Y así sucedió que mientras renacían á la vida todas las naciones vecinas, sólo una permaneciera, como el vellocino del guerrero hebreo, enteramente seca en medio del dulce y fecundo rocío; que mientras los demás se vestían la toga viril, los españoles continuaban pensando y juzgando como niños, y que entre los hombres del siglo XVII prosiguieran estacionados en el décimoquinto, ó en otra época más atrasada, extasiados al contemplar un auto de fe, y dispuestos siempre á partir para la guerra contra los infieles (1).

Los males causados por un mal gobierno y una mala religion parecían haber llegado á su mayor desarrollo en los últimos años del siglo XVII, y en tanto se hallaba el reino en tan deplorable estado, Carlos II descendía rápida y prematuramente al sepulcro. Fué su vida breve, triste y desgraciada como rey, como político y como hombre. Su primera mujer (2), á quien amó tiernamente, murió jóven; la segunda con quien casó, si logró ejercer sobre él grande influencia, en cambio parece que ántes la temía que no la amaba. No tenía hijos, y áun cuando apenas pasaba su edad de los treinta años, hallábase de tal modo alterada su constitucion, que habia renunciado á toda esperanza de posteridad. Pero con tener el cuerpo tan enfermo, aún era más entero y vigoroso que su espíritu, pues le aquejaba en ocasiones la melancolía, y le asediaban de continuo las ideas más lúgubres y extrañas. Sin embargo, no se le oscurecía su verdadera

(1) Véase la nota C en el apéndice del presente estudio.

(2) María Luisa de Orleans; la segunda fué María Ana de Newburg.—N. del T.

situacion, y la idea de que á su muerte seguiria la disolucion del imperio español venia en ciertos momentos á empeorar su estado, agravando sus prolongados sufrimientos.

Era la sucesion de la corona española muy codiciada por algunos príncipes, y aparecia en primera línea Luis XIV de Francia, marido de la hermana mayor del rey Cárlos. Sujetándose al derecho comun de las herencias, el Delfin hubiera debido, pues, recoger la del monarca moribundo; pero habia la circunstancia de que, al contraer matrimonio la infanta, renunció para sí y su posteridad (1) á la sucesion de la Corona; renuncia que las Córtes confirmaron despues solemnemente. Otra hermana del Rey habia sido la primera mujer del emperador Leopoldo de Alemania; y si bien cuando tuvo lugar su matrimonio renunció en igual forma sus derechos, como las Córtes no sancionaron la renuncia, los jurisconsultos españoles la reputaban nula y sin valor alguno. De este matrimonio nació una hija, que á la sazón era esposa del Elector de Baviera, y por tal modo el príncipe electoral heredaba sus derechos al trono. Por otra parte, Leopoldo de Alemania, como nacido de una hija de Felipe III, era primo hermano de Cárlos, y á su madre no se la habia exigido renuncia con ocasion de su matrimonio (2).

(1) Por el tratado de los Pirineos. Mas como en Castilla sucedian las hembras, á no alterar las leyes del reino, á ella correspondia la corona, á falta de su hermano.—Nota del T.

(2) Además alegaba descender de Fernando I, hermano de Cárlos V, y en su virtud que, extinguida la rama primogénita, debia buscarse en la inmediata de varones.—N. del T.

El negocio era, como se ve, complicado y difícil. Porque, mientras el derecho mejor fundado y más claramente definido envolvía el vicio de nulidad por consecuencia de un pacto solemne, los que alegaba el de Baviera, si eran más débiles, en cambio el contrato que pudiera obligarlo á que no se presentase como pretendiente no era ménos fácil de eludir; resultando que el único príncipe contra el cual no se pudiera invocar ninguna renuncia, era quien, bajo el punto de vista del parentesco, tenía ménos derecho (1).

Bien sabían el Emperador y el Delfín que si cualquiera de los dos ocupaba el trono Español, la Europa entera se alarmaría, y por tanto se adelantaban á ofrecer que renunciarían sus pretensiones en sus hijos segundos: el de Alemania, en el archiduque Carlos, y el Delfín, en el duque de Anjou, Felipe de Borbon.

Poco despues de la paz de Ryswick, Guillermo III y Luis XIV acordaron resolver la cuestion de la herencia sin consultar á Carlos ni al Emperador; y la Francia, la Inglaterra y la Holanda firmaron un tratado en el cual se estipulaba que el príncipe electoral de Baviera sucedería en la Corona de España, Indias y Países-Bajos, quedando el Milanesado para pagar el silencio de la familia imperial, y las Dos Sicilias para el Delfín (2).

(1) Los demas pretendientes eran el duque de Orleans (Felipe), como hijo de la infanta doña Ana de Austria, mujer de Luis XIII; el duque Victor Amadeo de Saboya, descendiente de Catalina, hija segunda de Felipe II; y el rey de Portugal, descendiente de la infanta doña María, hermana menor de doña Juana la Loca y esposa del rey D. Manuel.—N. del T.

(2) Con el marquesado de Final y Guipúzcoa. Así se es-

El rey de España y sus consejeros querian, por su parte y ante todo, evitar la desmembracion de la monarquía; y con la esperanza de alcanzar este resultado determinó Cárlos de elegir sucesor, haciendo al efecto testamento, por el cual legaba la corona al príncipe bávaro. Pero como sobrevino la muerte de éste (1) al firmarse, quedó la cuestion pendiente, y más difícil de resolver que nunca.

Hízose nuevo tratado de reparticion entre Francia, Inglaterra y Holanda, y se convino que la Península, las Indias y los Países-Bajos se darian al archiduque Cárlos, y que para compensar tamaña concesion de los Borbones á una casa rival, entraría bajo el dominio de la Francia el Milanésado, ó un equivalente, pensándose para este caso en la provincia de Lorena.

Lord Mahon habla de este arreglo con dureza (2) y lo califica de «pacto inicuo, concluido sin tener en cuenta para nada el bienestar de los pueblos, é insultante y depresivo del orgullo de la nacion, á la cual despojaba de sus laboriosas conquistas.» Pero es lo cierto que de igual manera pueden calificarse la mitad de los tratados concluidos en Europa. ¿Qué consideraciones se tuvieron si no, ni qué miramientos, en el tratado de los Pirineos con los habitantes de Dunkerque y del Rosellon, en el de Nimega con los del Franco-Condado, en el de Utrecht con los flamencos, y en el de 1735 con el pueblo toscano?

tipuló en el tratado de *Repartimiento* de 11 de Octubre de 1698.—N. del T.

(1) En Bruselas á 8 de Febrero de 1699.—N. del T.

(2) En su *Historia de la guerra de la Sucesion de España*, un vol. en 8.º, Lóndres, 1832; obra que sirvió de pretexto á lord Macaulay para escribir el presente Estudio.—Nota del T.

La Europa recuerda, y tendrá muy en memoria la posteridad más remota, con cuánta indiferencia se vió adjudicar, en ocasion de la última paz general de la cristiandad, los pueblos de Polonia, de Noruega, Bélgica y Lombardía á señores que aborrecian. ¿Qué extraño, pues, que los autores del tratado de reparticion, hombres no nada descollantes en su siglo, se preocuparan tan poco de la felicidad de los pueblos que repartian á dueños extranjeros?

Por lo demas, difícil sería probar que las estipulaciones que tanto condena lord Mahon fuesen por ningún concepto desfavorables al bienestar de los pueblos que se querian trasmitir á nuevas manos. El de Nápoles, por ejemplo, nada hubiera perdido pasando á las del Delfin; y en cuanto al de Lorena, unirlo á la Francia habria sido el acontecimiento más feliz que pudiera sobrevenirle. Durante largos años, Luis habia gobernado á los loreneses, y si con motivo de la paz de Ryswick se permitió volver al país su señor el duque, fué bajo tales condiciones, que más parecia ser, y era en efecto, un vasallo de la Francia.

No podemos admitir las objeciones que se han hecho al tratado de reparticion, diciendo que tendia á despojar á la España de sus laboriosas conquistas, porque la herencia era tan considerable y tan poderosos y fuertes los pretendientes, que, sin desmembracion, apénas hubiera sido posible llegar á un acuerdo pacífico, y porque, siendo necesaria una desmembracion, el mejor modo de realizarla era sin duda separar de la monarquía aquellas provincias situadas á gran distancia de la metrópoli, que no eran españolas por las costumbres, ni por el idioma, ni por los sentimientos, que se hallaban peor

regidas que Castilla y Aragon, y que, habiéndolo sido siempre por extranjeros, debian sentir ménos la humillacion de pasar de unos amos á otros.

Es evidente que Inglaterra y Holanda tenian derecho á intervenir, y que la sucesion de España no era un asunto interior y casero, sino europeo. Y no sólo conviene en esto lord Mahon, si que tambien cree que una vez hecho el mal y asentado en el trono español Felipe V, ambas tuvieron razon, no sólo para querer privar á España de sus dependencias lejanas, sino hasta para conquistar el territorio de la Península y poner bajo la dominacion de un extranjero, no sólo á italianos y flamencos, sino hasta los mismos españoles, á quienes tanto repugnaba esta idea. Y como los peligros que se quisieron conjurar por medio del tratado de Repartimiento fueron despues precisamente los que sirvieron de pretexto para la guerra, nos parece muy arduo y dilícil demostrar que si bastaron para justificar las hostilidades, no fueran parte á justificar las cláusulas del tratado. Si la conquista pura y simple, cosa que sostiene lord Mahon, hubiera sido mejor para España que la venida de los Borbones, la pérdida de la Sicilia y del Milanesado le hubiera sido tambien más ventajosa que asentar en su trono á esta familia.

Réstanos averiguar si el tratado se habia concebido juiciosamente. Y ya que nos ocupamos en esto, diremos que censuramos sus disposiciones, no porque las hallemos malas, sino porque creemos que no tenian probabilidades de ejecucion. Luis XIV, el más desleal de los políticos, detestaba á los Países Bajos y al gobierno que la revolucion habia establecido en Inglaterra, y estaba dispuesto siempre á romper con sus nuevos aliados; pudiendo darse por

cierto que no sostendría su palabra si creía de su interés faltar á ella. Y si hubiera sido de su interés el sostenerla, tal vez el interés más apremiante y palpable no hubiera sido parte á persuadir á un hombre tan altanero y pertinaz como lo era él á que se aliara lealmente á dos gobiernos que siempre habian sido objeto de su desprecio y de su aversion.

Cuando llegó á Madrid la nueva del segundo tratado, despertó pasajera energía en el moribundo señor de la espirante dinastía. El embajador de España en la corte de Lóndres recibió instrucciones para hacer cargos al gobierno de Guillermo, y lo hizo de una manera tan inusitada é insolente, que se le dió sus pasaportes por respuesta. Cárlos, á su vez, despidió á los embajadores de Inglaterra y de los Países Bajos. El rey de Francia, que era el principal autor del tratado de Reparticion, logró esquivar la ira de Cárlos y del pueblo español y dirigirla contra las dos potencias marítimas, las cuales, como dejamos dicho, quedaron sin representante en Madrid, pudiendo así su pérfido aliado proseguir libremente sus intrigas, cosa que no descuidó.

Empeñóse entónces un grave conflicto entre los opuestos bandos que asediaban al infeliz rey, y la balanza se inclinaba ya de un lado, ya de otro. De parte de la familia imperial estaba la Reina, que pertenecía á ella, y á su lado el confesor del Rey y la mayor parte de los ministros. El bando contrario contaba con dos de los más hábiles políticos del siglo: el cardenal Portocarrero (1), arzobispo de Toledo, y el duque de Harcourt, embajador de Luis XIV.

(1) Portocarrero perteneció en un principio al partido austriaco.—N. del T.

El duque de Harcourt era un noble trasunto de aquellos señores de la aristocracia francesa en los días de su mayor grandeza: cumplido caballero, valiente soldado, hábil diplomático, de maneras insinuantes y corteses y de carácter vivo, pero atemperado por cierta gravedad castellana, logró ser el favorito de la corte, viviendo en la intimidad de los grandes, halagando al clero y deslumbrando al pueblo con su magnificencia. Y las preocupaciones que los madrileños habían concebido contra los franceses, y los odios que se habían acumulado durante siglos enteros de rivalidad nacional cedieron lentamente á sus nobles é hidalgos procederes, en tanto que el embajador austriaco, alemán frío, grave, vano y mezquino, iba por momentos haciendo cada vez más impopular á su patria en la medida de su propio desprestigio.

El duque de Harcourt supo granjearse la buena voluntad de la corte y del pueblo, y Portocarrero gobernó al Rey dirigiendo su conciencia (1). Carlos estaba enfermo, y era nervioso por extremo y de una superstición extravagante, y Portocarrero, que poseía el arte de excitar y calmar espíritus como el suyo, cosa que hacía el cardenal con la frialdad y la calma que caracterizan á los hombres ambiciosos, comenzó por suplantar al confesor de S. M. Y como el estado del infeliz rey durante la lucha de sus dos directores espirituales era horrible, porque así lo persuadían de que su enfermedad era análoga á la de los desgraciados descritos en el Nuevo-Testamento, que habitaban entre los sepulcros y á

(1) El director espiritual del Rey era entonces el P. Matilla, á quien hizo reemplazar Portocarrero con fray Froilan Diaz, hombre piadoso, pero falto de luces.—N. del T.

quienes no era posible sujetar con ninguna clase de cadenas, ni en cuya compañía era nadie osado á vivir, como consultaban respecto de su dolencia á una bruja que vivía en las montañas de Astúrias, llegando hasta el extremo de acusar á muchas personas de haberlo hechizado, por cuyo motivo Portocarrero aconsejó (1) que se sometiera S. M. á la medrosa ceremonia del exorcismo, la cual se verificó: esta ceremonia puso al Rey más atribulado y lo redujo á mayor extremidad; pero secundó los designios del cardenal, que logró al fin, merced á sus amaños, echar léjos de Cárlos, no al diablo, sino al confesor de S. M.

Hecho esto, lo más importante era desembarazarse de los ministros. Madrid se proveía de víveres por medio de un monopolio ejercido por el gobierno, que se ocupaba de tan delicado negocio como de todo lo demas. Los partidarios de la casa de Borbon supieron utilizar en beneficio de su causa la negligencia administrativa de la de Austria. Faltaron de improviso las provisiones y se encajaron de manera excesiva los primeros artículos, con lo cual el pueblo se amotinó un dia, acudiendo en tropel á la residencia del Monarca. Se

(1) Portocarrero fué extraño á esta cuestion. Su iniciador, por decirlo así, fué Rocaberti, el inquisidor mayor, quien encargó de todo á fray Froilan Diaz. Este entónces, se puso en correspondencia con el P. Argüelles, y entre ambos recetaban y propinaban brebajes á S. M., poniendo en peligro su vida.

Más tarde, se hizo venir de Alemania á fray Mauro Tenda, el cual verificó la ceremonia de exorcizar al Rey con tan grande aparato de voces y conjuros que logró aterrar al paciente. A consecuencia de esto, fueron denunciados á la Inquisicion Diaz y Tenda, ocupando el puesto de confesor fray Nicolás de Torres-Padmota.—N. del T.

presentó la Reina á la multitud, y se recurrió á otros expedientes para calmar los ánimos; mas fué todo en vano, haciéndose necesario interrumpir el penoso sueño de Cárlos y llevarlo al balcon para que pareciese á los ojos de sus vasallos, los cuales obtuvieron entónces la promesa de que serian deshonorados los consejeros impopulares. Con esio, el pueblo corrió á las casas de los ministros y las entró á saco. Los partidarios del Austria cayeron, y ocuparon sus puestos los amigos de Portocarrero. El Rey salió de la corte, en que tan duros ultrajes habia recibido, y se trasladó al retiro del Escorial, donde su espíritu enfermo empezó á ocuparse en otros asuntos; y como su antepasado Cárlos V, sintió el deseo, por demas extraño, de conocer los secretos del sepulcro hácia el cual descendia rápidamente. Tres generaciones de príncipes castellanos descansaban en las bóvedas construidas por D. Felipe II en el Escorial, y el desgraciado Monarca bajó á ellas alumbrado de antorchas, y penetró en la lóbrega y magnífica sala en que se hallaban en torno de un crucifijo. Mandó abrir las cajas que contenian los despojos de sus predecesores, mostrándose poco afectado de tan horrible espectáculo, hasta que levantaron la tapa del féretro de su primera esposa, que apareció á su vista, merced á la habilidad de los embalsamadores, en aquella primera belleza suya, tan presente siempre á su memoria. Detuvo la mirada un espacio en aquellas facciones que no habia visto hácia diez y ocho años y que parecia haber respetado la muerte, y huyó luégo de allí, exclamando: *Ella está en el cielo, y pronto estaré con ella.* Su espíritu y su cuerpo experimentaron con esta lúgubre escena una sacudida de que no se rehicieron jamás. Le daba horror el Escorial, y se

alejó de él, dirigiéndose á su palacio de Aranjuez; pero las sombrías alamedas y las puras aguas de aquella deliciosa residencia, tantas veces cantadas por Calderon en sus bellas poesías, no pudieron ser parte á consolar á su desgraciado dueño; y así, despues de haber ensayado inútilmente la medicina, los viajes y las distracciones, regresó á Madrid para morir.

Apénas se halló de vuelta en la corte, lo asediaron por todas partes los atrevidos y hábiles agentes de la casa de Borbon, repitiéndole á cada paso los políticos de más nota que Luis XIV de Francia era el único monarca bastante poderoso para librar de una desmembracion á la España, y que el Austria no podria en modo alguno evitar que recibiera cumplimiento el tratado de Reparticion. Entre tanto, no faltaban jurisconsultos de gran valer que afirmaban no debia entenderse la renuncia de la Infanta conforme á la letra, sino conforme al espíritu. Sin duda alguna que la letra excluia los príncipes franceses; pero, en cuanto al espíritu, sólo revelaba la tendencia de querer evitar que pudieran reunirse en la misma persona las coronas de España y Francia.

Segun todas las probabilidades, los razonamientos políticos y legales no habrian bastado para vencer la parcialidad que mostraba Cárlos en favor de la casa de Austria. Esto era natural. La union más estrecha habia reinado siempre entre las dos familias reales que descendian de Juana y de Felipe el Hermoso, y los franceses habian sido siempre para ellas como sus enemigos naturales. Fuerza era, pues, poner en juego alguna intriga, y así lo hizo Portocarrero.

La vida del Rey llegaba á su término. ¿Habia de cometer en aquellos momentos el Monarca cristia-

nísimo un gran pecado? ¿Podía existir otro más grave que aquel que fuera parte á excluir de la sucesion al heredero legítimo de los inmensos dominios de la corona española, por extremar sin razon ni justicia el afecto á la familia, ó la mala voluntad á una casa rival? La timorata conciencia de Cárlos y su espíritu estrecho y apocado no pudieron resistir el choque de estos argumentos. Lo cual, visto por Portocarrero, determinó, á fin de concluir la lucha, aconsejar al Rey que acudiese á la santidad del Romano Pontífice en demanda de consejo. S. M. siguió el parecer de su ministro, y éste, que sabía que el Papa era muy partidario de la Francia, esperó lleno de confianza la respuesta de Roma. En efecto, el Papa escribió á Cárlos para advertirlo de la flagrante injusticia que estaba á punto de cometer; porque siendo el derecho de la casa de Borbon, el Rey no debía exponer la salud de su alma por dar una muestra de afecto á la casa de Austria.

Cárlos vaciló todavía; que ni áun la autoridad del Papa era bastante á vencer el amor que sentia por los suyos y su odio á la Francia. Pero llegó un momento en que creyó morir. El cardenal redobló sus esfuerzos; el lecho del espirante Monarca se vió rodeado de teólogos que llevaban la leccion bien aprendida; se le dijo que moria en pecado si privaba de la sucesion á la casa de Francia, y que legaba á su pueblo al pasar de esta vida los horrores de la guerra civil. Cedió entónces, y suscribió aquel testamento memorable que habia de causar tantas desventuras y calamidades á la España. Despues de haber escrito su nombre al pié del papel, rompió en lágrimas y dijo: *Dios es quien da y quita los imperios. Ya no soy nada.*

El testamento permaneció secreto los pocos dias que mediaron hasta la muerte de Cárlos, que ocurrió el 3 de Noviembre de 1700.

Todo Madrid se agolpó á las puertas del alcázar. Las antecámaras y salones de la régia morada se vieron invadidas luégo al punto de grandes, títulos de Castilla y embajadores, ávidos de conocer las últimas disposiciones del Monarca difunto. Se abrió una puerta y se presentó en el dintel el duque de Abrantes. Todos supieron entónces que el heredero de la monarquía española era Felipe de Anjou. Cárlos habia dispuesto, además, que durante el intervalo que pudiera mediar entre su muerte y la llegada del sucesor se confiara el gobierno á un consejo presidido por el cardenal.

Luis XIV procedió como hubiera podido esperarse. Fingió vacilar un espacio ántes de infringir todas las disposiciones del tratado de Reparticion, y al fin aceptó para su nieto el magnífico legado de Cárlos. El nuevo soberano se apresuró á tomar posesion de sus dominios; toda la corte de Francia lo acompañó hasta Sceaux, y sus hermanos vinieron con él hasta la frontera, que consideraban como una expresion geográfica desde el momento en que Luis XIV pronunció las memorables palabras de *ya no hay Pirineos*. Pocos años despues, aquellas mismas montañas eran teatro de una lucha sangrienta entre Luis XIV y el principe que la Francia enviaba entónces para regir los destinos de la nacion española.

Si Cárlos hubiera recorrido la Europa entera en busca de un sucesor que se le pareciera moral é intelectualmente, no habria podido hacer mejor eleccion. Felipe no estaba enfermizo como él, pero sí era tan débil, tan indolente y tan supersticioso, y

no tardó mucho en tornarse tan hipocondriaco y excéntrico, aventajándole con exceso en punto á ternura conyugal. Su primer pensamiento cuando lo proclamaron rey fué casarse, y cuando se hubo casado, desde el dia de sus bodas hasta el de la muerte de la reina, tener siempre á su esposa cerca de sí y hacer en todo su voluntad. Al fallecimiento de ésta, su primera idea fué buscar otra. Se la procuraron; pero muy diferente de la anterior. Sin embargo, era su mujer, y Felipe estaba satisfecho, llegando con ella al extremo de no separarse de su lado jamás durante media hora, ni de dia ni de noche, enferma ó en buena salud, que se tratara de placeres ó de negocios de Estado. Su inteligencia era escasa, y la educacion que habia recibido, ántes era ocasionada á debilitarla que no á robustecerla, como criado en la monótona magnificencia de Versailles. Su abuelo era tan despótico y tan aficionado á la ostentacion en sus relaciones con la familia como en sus actos públicos, y de esta suerte los príncipes que nacieron y crecieron á su vista fueron siempre taciturnos, huraños y torpes: todos, excepto el duque de Borgoña, empezando por el delfin y acabandó por Felipe de Anjou, fueron hombres vulgares, sin energia ni fuerza de voluntad, y tan poco acostumbrados á juzgar por sí mismos de las cosas y ménos aún á tener iniciativa, que la obediencia absoluta en todo y por todo era la base indispensable á su bienestar. Cuando el nuevo rey de España quedó libre de aquella vigilancia y sumision en que habia vivido, pareció como un hombre que hubiera pasado gran parte de su existencia sujeto á la pared con un aparato, y que al soltarlo cayera desplomado por serle necesaria ya aquella traba para sostenerse. Miétras D. Felipe no tuvo

esposa, no pudo hacer nada por sí; cuando la tuvo, sólo hizo la voluntad de su mujer.

En tanto que este niño débil y melancólico se dirigía á Madrid, su abuelo desplegaba extraordinaria actividad; y aún cuando nada tenía que temer de un combate singular con el emperador de Austria, se preparó para medirse con él. Intimidó á los Estados generales con un gran ejército, y trató de tranquilizar con buenas palabras al gobierno inglés; pero Guillermo no cayó en el lazo: aborrecía mortalmente á Luis XIV, y si hubiera podido dejarse llevar de los impulsos de su corazón, le habría declarado la guerra desde que conoció el testamento de Carlos II; pero le ataba las manos el precepto constitucional.

En Inglaterra iba todo al gusto de Luis XIV. Los jefes del partido *whig* habían abandonado el poder y carecían por completo de popularidad á causa del mal resultado del tratado de Repartición. Los *toris*, entre quienes se contaban hombres que tenían los ojos fijos en Saint-Germain, constituían el Gobierno, y la mayoría de la Cámara de los Comunes. Guillermo, á quien preocupaba por extremo el estado de los partidos, no era osado á pensar en la guerra contra los Borbones. Además de esto, adolecía de graves é incurables enfermedades, y todo hacía presentir que ántes de mucho se rompiera el lazo que unía su débil y gastado cuerpo á su alma indomable y ardiente. Si Luis lograba prolongar por algun tiempo la paz, sus inmensos designios se verían realizados probablemente. En aquel momento tan importante, el más importante de toda su vida, su orgullo y su pasión lo arrastraron á cometer una falta que desbizo cuanto habían podido labrar cuarenta años de intrigas y victorias, produciendo la desmembración

del reino de su nieto y atrayendo sobre el suyo propio la invasion, la bancarota y el hambre.

Antes de morir Jacobo II en Saint-Germain, Luis XIV le hizo una postrera visita, y quedó tan conmovido de aquella solemne despedida y del dolor de la Reina, que, perdiendo de vista toda consideracion política, y excitado de la compasion y de cierta vanidad que no carecía de grandeza, reconoció al príncipe de Gales como rey de Inglaterra.

La indignacion que sintieron los castellanos al saber que tres potencias extranjerias habian emprendido la obra de arreglar la sucesion de España, no fué nada si se la compara con el furor de los ingleses al saber que su buen vecino se habia tomado el trabajo de proporcionarles un rey. *Whigs* y *torris* estuvieron unánimes en condenar la conducta de la Francia. La ciudad de Lóndres fué la primera en lanzar el grito de guerra, y este grito halló eco en todos los confines del reino. Guillermo conoció que habia llegado su hora; y áun cuando sus dolencias y sufrimientos apénas le permitieran moverse, su alma estaba tan viril, enérgica y resuelta como cuando, á la edad de veintitres años, desafió las fuerzas unidas de Francia é Inglaterra. Abandonó La Haya, donde se ocupaba en negociar con los Estados y el Emperador un tratado defensivo contra los designios ambiciosos de los Borbones, corrió á Lóndres, removié el ministerio y disolvió el Parlamento. La mayoría de la nueva Cámara estaba con el Rey, y la nacion se preparó activamente á la guerra.

Pero ántes de que las hostilidades hubieran comenzado vigorosamente, Guillermo ya no existia. Sin embargo, la gran alianza de los príncipes europeos contra la casa de Borbon quedaba hecha. «El

obrero habia muerto, dice Burke, pero la obra estaba trazada con arreglo á los verdaderos principios del arte, y se puso en ejecucion con el mismo espíritu.» El 15 de Mayo de 1702, se declaró la guerra de comun acuerdo en Viena, Lóndres y La Haya.

Así se empeñó la gran lucha que agitó durante doce años la Europa, desde el Vístula hasta el Océano Atlántico. Eran las dos coaliciones, bajo el punto de vista del territorio, de la riqueza y de la poblacion, de fuerza casi igual. De una parte se hallaban Francia, España y Baviera; de otra Inglaterra, Holanda, el Imperio y varias potencias secundarias.

La parte de la guerra que lord Mahon se ha propuesto referir es, en efecto, interesante, pero es tambien la que tiene ménos atractivo. En Italia, en Alemania y en los Países-Bajos insignes generales disponian de grandes recursos. Se dieron batallas importantes y sangrientas. Unas en pos de otras, se rindieron fortalezas formidables. La cadena de plazas fuertes belgas quedó rota; y por medio de una serie regular y continua de operaciones, que se prolongaron durante algunos años, fueron arrojados los franceses de las orillas del Danubio y del Pó, y rechazados á sus provincias.

En España, por el contrario, la guerra vino á ser una serie de acontecimientos sin conexion y enlace aparente. Los caprichos de la fortuna semejaron á los que se suceden en los sueños. Las victorias y las derrotas no iban seguidas de sus consecuencias naturales: los ejércitos surgian inesperadamente de la tierra y desaparecian de igual modo; sin embargo, para lectores sagaces la guerra de España es tal vez más interesante que las campañas de Malborough y de Eugenio; porque si la habilidad militar decidió de la suerte del Milanésado y de los

Paises Bajos, las condiciones del carácter nacional decidieron de la suerte de España.

Cuando comenzó la guerra, se hallaba el joven Rey en la situación más deplorable. A su llegada á Madrid, encontró á Portocarrero al frente de los negocios, y no creyó que debia reemplazar en ellos al hombre á quien debia la corona. El Cardenal era un intrigante, no un hombre de Estado. Habia adquirido con los años grande habilidad para dirigir de mil maneras los espíritus débiles por naturaleza; pero en cuanto á la noble ciencia de gobierno, en cuanto á las causas que pudieran influir en la grandeza ó decadencia de los imperios, las ignoraba de igual modo que su Rey y señor. Y es digno de llamar la atención y de ser estudiado el contraste que ofrece su destreza en gobernar la conciencia de un Rey valetudinario y la incapacidad de que dió pruebas cuando se halló á la cabeza del gobierno. En vano buscamos en qué se funda lord Mahon cuando nos habla del cardenal como de un hombre «de admirable ingenio» y «de grandes facultades.» Luis XIV lo juzgaba de muy diverso modo, y rara vez se engañaba en su apreciación de los caracteres. «Todo el mundo sabe, dice S. M. en carta á su embajador, cuán incapaz es el Cardenal y cuán desprestigiado se halla en su país.»

Hiciéronse en España algunas miserables economías, que arruinaron los individuos sin traer al Estado ninguna ventaja digna de ser tomada en cuenta. La policía fué cada vez más ineficaz. Los aventureros franceses vinieron á aumentar el desorden que reinaba en la capital. Estos miserables miraban á los españoles como á raza conquistada, á la cual los compatriotas del nuevo soberano podian impunemente insultar y robar. El Rey pasaba la noche

comiendo y bebiendo, y el día en la cama; hablaba en el Consejo, y dejaba durante semanas enteras sin abrir los papeles más importantes. Al cabo se reanimó algún tanto, gracias á la única emoci3n de que fuera susceptible su indolente y apática naturaleza. Su abuelo consintió en que se casara. La eleccion fué feliz, porque recayó en María Luisa, princesa de Saboya, hermosa y agraciada niña de trece años, mujer ya en lo físico y en lo moral. El Rey determinó ir á recibirla á Cataluña, y abandonó su capital, de la que ya estaba hastiado. A su salida de Madrid, lo asaltó una horda de mendigos: se abrió paso entre ellos, y llegó al cabo de algunos días á Barcelona.

Como sabía perfectamente Luis XIV que la Reina gobernaria á Felipe, buscó quien fuese á propósito para dirigir á la Reina. Nombró, pues, á la princesa de los Ursinos camarera mayor, cargo importante en el palacio de una Reina, y más aún siendo ésta muy amada de su marido. Era la princesa hija de un par de Francia y viuda de un grande de España (el duque romano de Bracciano). Se hallaba, pues, por su posicion en las mejores condiciones para ser en Madrid un instrumento de la corte de Versalles. El duque de Orleans la llamaba, pero en términos demasiado groseros para que podamos repetirlos, el teniente del capitán Maintenon, nombre que le convenia á maravilla. Soñaba con representar en España el papel que la Maintenon habia representado en Francia; mas, áun cuando por su saber y su talento para la intriga se hallase, cuando ménos, á la altura de su modelo, carecia de imperio sobre sí misma, de la calma necesaria y de la imperturbable igualdad de carácter que hizo de la viuda de un bufon la compañera del más altivo de los monarcas.

La Princesa tenía más de cincuenta años; pero aún estaba orgullosa de la hermosura de sus ojos y de la singular nobleza de su porte; vestía como una jóven, y sus intrigas amorosas prestaban asunto á comentarios y hablillas en la corte. Era fina y elocuente, y estaba dotada de mucha fuerza de voluntad. El mismo Saint-Simon confiesa que si se proponía ganar á alguno á su partido era imposible resistir largo tiempo al encanto de sus maneras y de su conversacion.

Fáltanos espacio para referir cómo estableció y conservó su poder sobre la jóven pareja á cuyo lado se hallaba, y de qué manera llegó á ser tan poderosa, que ni los ministros españoles ni los embajadores de Francia pudieron luchar con éxito contra ella; cómo Luis XIV se vió forzado á hacerle la corte; cómo de Versalles recibió la orden de retirarse; cómo la Reina tomó la defensa de su favorita y el Rey el partido de la Reina, y cómo tras muchos altercados, engaños, amenazas y ardidés acabó por arreglarse la querrela (1). Volvamos, pues, á ocuparnos de los sucesos de la guerra.

Cuando se proclamaron las hostilidades en Londres, Viena y La Haya, D. Felipe se hallaba en Nápoles; que al fin, cediendo á las apremiantes representaciones de Versalles, se había decidido á trasladarse á sus Estados de Italia amenazados por el Emperador. La Reina ejerció las funciones de regente durante su ausencia; y, á pesar de su extrema juventud, apareció por lo ménos tan apta para gobernar el reino como su marido ó sus ministros.

En Agosto de 1702, una escuadra bajo las órdenes

(1) Véase nuestro bosquejo biográfico de ALBERONI, en 8.º.—N. del T.]

del duque de Ormond se presentó en Cádiz. Las autoridades carecían de dinero y de tropas regulares; mas el espíritu nacional suplió en cierto modo lo que faltaba. Los nobles y la clase media adelantaron recursos; los campesinos formaron lo que los escritores españoles llaman partidas de heroicos patriotas, y lo que el general Stanhope denomina «mala infantería.» Si los invasores hubieran procedido con enérgica prudencia, Cádiz habria sucumbido probablemente; pero los jefes de la expedición se hallaban divididos por rivalidades nacionales y de profesion; rivalidades de holandeses é ingleses, de tropas de tierra y de mar. El general holandés Sparre era de mal carácter y propenso á sostener la opinion contraria á la de los demas; el inglés Bellasys, á su vez, se apoderaba de los fondos y de los víveres. Lord Mahon atribuye el mal carácter del holandés á la influencia de las instituciones republicanas de su país; mas observando este mismo sistema, suponemos que atribuiria los hábitos de rapacidad de Bellasys á la influencia de las instituciones aristocráticas y monárquicas de Inglaterra. El duque de Ormond, que mandaba en jefe la expedición, se mostró entónces, como en toda ocasion, falto de las cualidades necesarias para hacer frente á grandes dificultades. La disciplina no se observaba; dejábase á los soldados robar é insultar á aquellos á quienes era más necesario atraer; saqueábanse las iglesias, derribábanse las imágenes, ultrajábanse las religiosas; y en lugar de imponer castigo á los autores de tales demasías, los oficiales participaban del saqueo, hasta que la escuadra, cargada, segun la expresion de Stanhope, «de robos y de infamia,» dejó el teatro de la gloria de Essex, abandonando á la venganza de sus compatriotas el único

español de calidad que se declaró en favor de los ingleses, y que fué ahorcado.

Iba la escuadra la vuelta de Inglaterra, navegando por las costas de Portugal, cuando supo el de Ormond que la flota de América acababa de llegar á Europa cargada de plata, y se habia refugiado en el puerto de Vigo, huyendo de ella. Decíase que el cargamento lo componian más de quince millones de pesos en plata y oro, sin contar muchos otros objetos preciosos. La idea de saquearla calmó los ánimos, cortó las diferencias y puso término á las disputas. Holandeses é ingleses, generales y almirantes, todos deseaban ardientemente venir á las manos. Los españoles hubieran podido fácilmente salvar sus riquezas desembarcándolas, pero, como el comercio español tenía costumbre de no desembarcar los galeones sino en Cádiz, el consulado de esta plaza, fiel al espíritu de monopolio, se negó, aún en tan crítica ocasion, á ceder un punto de sus privilegios. Llevóse el asunto al Consejo de Indias, el cual vaciló y deliberó un dia más de lo que debiera. Se hicieron entre tanto algunos preparativos de defensa; dieron la guarnicion de dos torres arruinadas, establecidas á la entrada de la bahía de Vigo, algunos hombres mal armados y sin disciplina; cerraron el puerto con una cadena, y los buques de guerra franceses que habian escoltado los galeones desde América, se acoderaron; pero todo fué inútil: los navíos ingleses rompieron la cadena; Ormond y sus soldados subieron á los castillos; los franceses quemaron sus bajeles y ganaron la orilla, y los vencedores se repartieron algunos millones de pesos, perdiéndose lo demas. Cuando los galeones habian sido ya tomados ó destruidos llegó á Vigo la autorizacion para proceder al desembarco.

Felipe regresó á Madrid á principios de 1713, hallando el Erario en peor estado que á su partida, al pueblo más descontento, y más formidable y temerosa que nunca la coalicion. La pérdida de los galeones habia causado un gran déficit en las rentas. El almirante de Castilla, uno de los más poderosos vasallos de la Europa, se habia refugiado en Lisboa, prestando juramento de fidelidad al Archiduque. El rey de Portugal reconoció poco despues á D. Carlos como rey de España, y se preparó á defender con las armas los derechos de la casa de Austria.

Luis XIV, por su parte, envió en auxilio de su nieto un ejército de doce mil hombres á las órdenes del duque de Berwick. Era el Duque hijo de Jacobo II y de Arabella Churchill; habia crecido rodeado de las más lisonjeras esperanzas; pero la revolucion que derribó á su padre del trono, cambió por completo el curso de su vida. Berwick quedó reducido á ser un emigrado, teniendo que renunciar á Inglaterra; mas desde aquel dia, el campamento fué su patria y el honor militar su patriotismo. Al ennoblecimiento de esta suerte su triste situacion, y al cumplir como cumplió sus deberes de soldado aventurero, demostró algo de la antigua grandeza, y su fria y austera virtud recordó siempre los tiempos de Bruto. Las más terribles ocasiones no pudieron conmover siquiera su fidelidad militar, y fué invencible en todas las circunstancias de la vida. Así es que, á pesar de haber combatido contra su tio y contra su hermano, nunca se sospechó por nadie que fuera capaz de cometer una traicion, ni siquiera un acto de debilidad.

A principios de 1704, un ejército compuesto de ingleses, holandeses y lusitanos se reunió en la

frontera occidental de España. El archiduque Carlos acababa de llegar á Lisboa, y se presentó en persona á la cabeza de sus tropas. La pericia militar de Berwick contuvo, durante la campaña, á los aliados bajo las órdenes de lord Galway; mas, en cambio, los ingleses tomaron un gran desquite en el Mediodía. Una flota de esta nacion, á las órdenes de sir Jorge Rooke, y que llevaba algunos regimientos de desembarco mandados por el príncipe de Hesse-Darmstadt, se presentó frente á Gibraltar; y esta plaza famosa, á la cual la naturaleza hizo inexpugnable casi, y contra la que se han empleado en vano todos los recursos del arte militar, fué conquistada de una manera tan fácil como si hubiera sido una aldea situada en campo abierto. En vez de ejercer la mayor vigilancia su guarnicion, pasaba el tiempo en el mayor abandono. Subieron por la peña algunos marineros; los españoles capitularon, y el pabellon inglés quedó plantado en aquellos baluartes, de donde nunca lograron arrancarlo ni los ejércitos ni las escuadras combinadas de Francia y España. Rooke hizo despues rumbo á Málaga, tuvo un combate en las inmediaciones del puerto con una flota francesa, y tomó la vuelta de Inglaterra despues de la batalla, cuyo éxto fué dudoso.

Pero acontecimientos más importantes estaban á punto de verificarse. El gobierno inglés habia determinado enviar á España una expedicion bajo las órdenes de Carlos Mordaunt, conde de Peterborough. Este hombre ha sido, si no la figura más grande de su siglo, la más extraordinaria al ménos, sin exceptuar el rey de Suecia, Carlos XII. Y, á la verdad, púese llamar á Peterborough un Carlos XII culto, instruido y apasionado. Su valor era impetuoso como el de los franceses, y tenaz como el de los ingleses. La

fecunda actividad de su ingenio era incomparable, y se echaba de ver en todos los casos: en sus campañas, en sus negociaciones, en su correspondencia familiar, en su conversacion más frívola y menos preparada. Era buen amigo, enemigo generoso y cumplido caballero; pero su ligereza, su movilidad, su irritable humor, la enfermiza necesidad que sentia siempre de cambiar incesantemente de ocupacion y de asunto, hicieron inútiles casi para su patria sus grandes facultades y sus virtudes. Sus debilidades le causaron en más de una ocasion graves inconvenientes y peligros, pues lo arrastraron hasta á cometer acciones completamente indignas de su noble y generoso carácter. La tranquilidad y el reposo eran cosa para él insoportable. Le gustaba recorrer la Europa á manera de correo, y así se le veia un domingo en La Haya, y en Viena el domingo siguiente; luego, entrábale el deseo de ver Madrid, y apenas llegaba, pedia sus caballos y regresaba á Copenhague. Nadie podia seguirlo; ninguna dolencia era parte á detenerlo; la vejez, las enfermedades, una muerte inminente apenas hacian algun efecto en su alma verdaderamente intrépida. En los momentos mismos en que sufría la más horrible operacion quirúrgica, era su conversacion tan animada como la de un jóven que goza de la más envidiable salud. Al dia siguiente de aquella operacion, y á pesar de los ruegos de sus facultativos, quiso emprender un viaje: parecia un cadáver; pero la elasticidad de su temperamento le permitia soportar fatigas y males que parecian capaces de matar al hombre más robusto. Necesitaba cambiar de ocupacion como de lugar; gustábale dictar seis ó siete cartas á un tiempo; y los que trabajaban con él decian que hablaba de todo con grande ingenio,

pero apartándose á veces de su asunto. «Lord Peterborough, escribe Pope, decia en sus cartas infinitud de cosas bellas y agradables, pero eran demasiado alegres y ligeras; miétras que si Bolingbroke tenia que escribir á un rey ó á un hombre de Estado, escogia el punto capital, lo ponía en el más favorable aspecto y se servía de él de manera que le diese el mejor resultado posible » Lo que Peterborough era á Bolingbroke como escritor, lo era á Malborough como general. En verdad fué el último de los caballeros errantes, valiente hasta la temeridad, liberal hasta la profusion, cortés en las relaciones con sus enemigos, protector de los oprimidos y apasionado de las mujeres. Tuvo las virtudes y los vicios de los caballeros de la Tabla Redonda, y no es posible pintar mejor su carácter que citando los versos en que el autor del espiritual poemita intitulado *Monjes y Gigantes* describe á sir Tristram:

«Su nacimiento, á lo que parece, segun los cálculos de Merlin, tuvo lugar bajo la influencia de Vénus, Mercurio y Marte: su ingenio se componía de todos los atributos de estos dioses, y como estos planetas, era errante y poco estable. Corria de reino en reino, sin detenerse nunca; ganaba coronas é imperios para darlos luego al punto, como si el ruido y movimiento de la lucha bastaran á recompensarlo de sus fatigas; no habia hecho conquistas ni aprovechádose de nada; su placer más grande era, en un dia de fiesta, cabalgar triunfante y altivo, y arrojar puñados de oro á la multitud que lo aclamaba. Sus planes guerreros eran repentinos, imprevistos, inexplicables para amigos y enemigos, y más parecia que un pasajero capricho le hubiese inspirado el proyecto y aconsejado el golpe. Cuanto

más débiles eran sus recursos y más miserables, mayor y más grande era su triunfo y su fortuna; y siempre más dueño de sí mismo y ménos embarazado se veía, cuanto estaba más rodeado de escollos y de más fuertes y numerosos enemigos.»

En Junio de 1705 llegó á Lisboa este hombre notable, seguido de cinco mil soldados holandeses y britanos. El Archiduque se embarcó en su navío con un séquito numeroso, que Peterborough obsequió espléndidamente á sus expensas en el viaje. De Lisboa hizo rumbo la flota á Gibraltar, donde tomó á su bordo al príncipe de Hesse-Darmstadt, y avanzó hácia el Nordeste, á lo largo de las costas de España.

El primer punto donde tocó la escuadra, despues de su partida de Gibraltar, fué Altea, en la provincia de Valencia. El gobierno de D. Felipe habia producido gran descontento en aquella parte, por cuya causa fueron acogidos los invasores con entusiasmo, acudiendo en gran número las gentes del campo con provisiones al grito de: ¡Viva Carlos III! La vecina fortaleza de Denia se rindió sin hacer resistencia.

Con esto se inflamó la imaginacion del caudillo inglés, y concibió la esperanza de acabar rápidamente la guerra. Madrid se halla situado á ciento cincuenta millas de Denia; no habia en el trayecto apénas una plaza fuerte; las tropas de D. Felipe se hallaban en las fronteras de Portugal ó hácia la parte de Cataluña, y en la capital sólo contaba el monarca para su defensa con algunos guardias. Pero un archiduque no podia prestar asentimiento á un proyecto que consistia en avanzar hácia el corazon de un gran reino, sin más ejército que siete mil hombres. El príncipe de Hesse-Darmstadt, que bajo

Carlos II habia sido gobernador de Cataluña, y que se forjaba ilusiones respecto de su influencia en la provincia, era de parecer que debian ir allí sin pérdida de tiempo y atacar á Barcelona. Peterborough estaba con las manos atadas, porque sus instrucciones le prescribian la obediencia.

Llegó la escuadra á Barcelona el 16 de Agosto, y Peterborough vió entónces que la tarea encomendada á su cuidado y pericia por el Archiduque y el Príncipe ofrecia dificultades insuperables casi. La mar defendia una parte de la ciudad; de otra se elevaban las terribles fortificaciones de Monjuich, y tenian los muros tanta extension, además, que apenas hubieran bastado para cercarla treinta mil hombres; la guarnicion era tan numerosa como el ejército sitiador; la mandaban los mejores oficiales de D. Felipe, y, para colmo de desgracia, las esperanzas que habia fundado el príncipe de Darmstadt en una insurreccion general de Cataluña quedaron amargamente desvanecidas, no logrando allegar los invasores á su partido sino mil quinientos campesinos, á quienes era forzoso pagar sus servicios á muy alto precio.

Nunca se vió general en situacion más lastimosa que la en que se hallaba entónces colocado Peterborough. Se habia opuesto siempre al sitio de Barcelona, quedando en toda ocasion desestimadas las razones en que fundaba su dictámen, contrario al parecer de los demas; y ahora tenia que ejecutar un proyecto siempre reputado por él de impracticable, y cuando se hallaba su campo dividido en facciones hostiles y todos lo censuraban acremente. Y miéntras el Archiduque y el Príncipe le hacian cargos muy severos porque no comenzaba el asedio de la ciudad sin más tardanza, aunque sin

sugerirle ningún medio por el cual pudiera con 7.000 hombres hacer la obra de 30.000, otros se indignaban de que sometiera su propia iniciativa y sus talentos militares á los planes ridículos y fantásticos de Cárlos, disponiéndose á sacrificar sus tropas para intentar lo imposible, y el general holandés manifestaba que, si tal cosa sucedía, los suyos no se moverían de su puesto; que lord Peterborough podría dar cuantas órdenes quisiera, pero que, siendo temeraria la empresa de aquel cerco, no enviaría él sus hombres en busca de una muerte segura, cuando no existía la menor probabilidad de sacar ventaja ninguna del sacrificio.

Al cabo, después de tres semanas de inacción, Peterborough dijo que se hallaba decidido á levantar el sitio. Embarcóse la artillería de grueso calibre, y se tomaron todas las providencias necesarias para la retirada. Cárlos y el príncipe de Hesse estaban furiosos; pero la mayor parte de los oficiales censuraban á su general por haber tardado tanto tiempo en decidirse por el partido que al fin juzgaba necesario. El 12 de Setiembre hubo con este motivo regocijos en Barcelona y fiestas populares para celebrar el suceso, y el día siguiente, al despuntar el alba, ondeaba sobre el castillo de Montjuich la bandera inglesa: el ingenio de un hombre había hecho más que 40 batallones hubieran podido hacer.

A media noche fué Peterborough á buscar al príncipe de Hesse, con quien no hablaba siquiera tiempo hacía, y le dijo:—Estoy resuelto á intentar el asalto; si os parece, podeis acompañarnos, y entónces vereis si los míos y yo merecemos lo que os ha placido decir de nosotros.—El de Darmstadt se quedó estupefacto, y aunque le manifestó que no creía en el

resultado favorable de la empresa, se dispuso á ir con él, y, sin añadir más palabra, pidió su caballo.

Habia el conde reunido bajo sus órdenes 1.500 soldados ingleses, y dispuesto que 1.000 más quedasen de reserva cerca de un convento vecino, bajo las órdenes de Stanhope. Y despues de rodear las colinas, Peterborough y su pequeño ejército llegaron á los muros de Monjuich, haciendo alto para esperar al amanecer. Cuando el enemigo los vió, avanzó al foso exterior para rechazarlos; allí los esperaba Peterborough; sus hombres estaban prevenidos; recibieron el fuego y se lanzaron adelante; saltaron al foso, pusieron en fuga la guarnicion y entraron en las fortificaciones al mismo tiempo que los fugitivos. Antes de que la guarnicion volviese de su sorpresa primera, el conde era dueño de las obras exteriores, habia cogido algunos cañones y levantado un parapeto para defender á sus tropas. Hizo venir entónces la reserva de Stanhope, y mientras esperaba este refuerzo, anunciaron que 3.000 hombres de Barcelona corrian á Monjuich. Acudió en persona para ver lo que era; mas apénas se habia separado de sus soldados, cuando quedaron éstos sobrecogidos de pánico. La situacion era muy crítica á decir verdad; los de Peterborough habian llegado á Monjuich sin saber casi de qué modo; eran poco numerosos; su general se habia alejado; les faltó con esto el valor y se prepararon á evacuar el fuerte. Afortunadamente llegó á noticia de Peterborough en tiempo de evitar la retirada, y corriendo á galope hasta los fugitivos, les dirigió algunas palabras y se puso á su cabeza. El metal de su voz y su presencia les restituyeron el valor por entero, y volvieron á ocupar sus posiciones.

El príncipe de Hesse habia perecido en medio del

tumulto del asalto; salvo esta desgracia, todo iba bien. Con la llegada de Stanhope, las tropas que venian de Barcelona se retiraron, y se desembarcó la artillería de grueso calibre, que sirvió para batir las fortificaciones interiores de Monjuich. Poco tardó en rendirse la plaza; y Peterborough, con su generosidad acostumbrada, protegió á los soldados españoles de la ferocidad de los ingleses, y tributó grandes honores á su rival el príncipe de Hesse.

Con la toma de Monjuich se inauguró una larga y brillante serie de hechos de armas. Porque de allí á poco sucumbió Barcelona, y Peterborough tuvo la gloria de ganar con un puñado de hombres una de las más grandes y fuertes plazas de Europa. Cúpole tambien la gloria, no ménos estimada de su carácter caballeresco, de salvar honor y vida á la hermosa duquesa Pepoli, en ocasion que huía de la brutalidad de sus soldados. Durante su estancia en Barcelona supo aprovecharse de las rivalidades que, de todo tiempo, han existido entre catalanes y castellanos para utilizarlas contra estos últimos; y garantizó á la provincia, cuya capital ocupaba, el goce y ejercicio de sus antiguos derechos y libertades, ganando, merced á esta política, la voluntad de sus moradores á la causa de D. Carlos de Austria.

El llano se declaró en favor del Pretendiente, y Tarragona, Tortosa, Gerona, Lérida y San Mateo le abrieron sus puertas. Y como el gobierno español enviara al conde de las Torres con 7.000 hombres para reducir á San Mateo, Peterborough, seguido de 1.200 solamente, hizo levantar el cerco. Aconsejéronle sus oficiales que se contentase con un triunfo tan brillante, y Carlos le instó para que volviese á Barcelona; pero todo fué inútil á contenerlo. Era lo

más crudo del invierno, la tierra montañosa, los caminos estaban intransitables casi, su ejército mal vestido, la caballería extenuada, y el ejército que se batía en retirada era más numeroso que el perseguidor; pero no había dificultades ni peligros que no cedieran á la energía incontrastable de Peterborough. Siguió, pues, su marcha de avance, picando la retaguardia de las Torres; Nules se rindió al saber que se acercaba (1), y llegó á Valencia. Mas, sabedor allí de que un cuerpo de 4.000 hombres se dirigía á reunirse con el de las Torres, salió á media noche de la ciudad, pasó el Júcar, llegó de improviso al campo enemigo y dispersó las tropas auxiliares sin más tardanza. Los habitantes de Valencia apenas daban fe á sus ojos cuando veían luego llegar los prisioneros.

Justamente alarmados los Gobiernos de Madrid y Versalles con la pérdida de Barcelona y el levantamiento de los pueblos inmediatos, determinaron hacer un gran esfuerzo, y al efecto entró en Cataluña numeroso ejército bajo las órdenes de Felipe, que lo acaudillaba en jefe, y del mariscal de Tessé, que lo dirigía en realidad. Una flota, mandada por el conde de Toulouse, hijo natural de Luis XIV, se presentó en el puerto de Barcelona; y así, por mar y tierra fué sitiada la ciudad al mismo tiempo, viéndose por tal manera en grandísimo peligro la persona del Archiduque. Súpolo Peterborough y acudió á marchas forzadas desde Valencia á la cabeza de 3.000 hombres; y como con fuerzas tan escasas hubiera sido locura presentar batalla á un gran ejército de tropas regulares, á cuyo frente se hallaba un mariscal de Francia, el conde hizo la

(1) 4 de Febrero de 1706.

guerra á la manera de los Minas y Empecinados de nuestro tiempo, apostándose en las vecinas montañas, acosando al enemigo sin cesar, cortando la retirada á los rezagados y toda comunicacion interior á los demas, y aprovechando las ocasiones de hacer entrar en la plaza víveres y refuerzos. Mas poco tardó en comprender que la única esperanza de los sitiados estaba en el puerto. Y como las órdenes que tenia del Gobierno inglés le daban el mando supremo, no sólo sobre las tropas de tierra, sino tambien sobre la escuadra cuando se hallase á bordo, se embarcó una noche en una chalupa sin comunicar á nadie su proyecto, y á pocas leguas de la costa encontró á uno de los navíos de la escuadra. Apénas hubo pisado el entrepuente, manifestó que tomaba el mando en jefe de las fuerzas navales, y despachó una chalupa con sus órdenes al almirante. Si estas disposiciones se hubieran dado algunas horas ántes, la flota francesa habria caido en poder del enemigo; pero el conde de Toulouse tuvo tiempo de hacerse á la mar. Sin embargo, el puerto quedaba libre, y con esto la ciudad, porque al dia siguiente los franceses levantaron el sitio y se retiraron al Rosellon. Peterborough regresó muy luégo á Valencia, su ciudad predilecta en España, y Felipe, que habia permanecido algunas semanas separado de su mujer, no pudiendo soportar más tiempo tan prolongada separacion, volvió á reunirse á ella en Madrid.

Pero ya no podia permanecer en Madrid. El éxito verdaderamente prodigioso que habian alcanzado las armas de Peterborough en la costa oriental de la Península, logró despertar la emulacion en el indolente y apático Galway, que avanzó hácia el corazon de España con su ejército. Berwick

se retiró; y Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca quedaron en poder de los conquistadores, que se dirigieron á la capital.

Entónces aconsejaron sus ministros á D. Felipe que trasladase su corte á Búrgos. Las avanzadas de los aliados se veian ya desde Madrid, y se sabia que las seguia de cerca el grueso del ejército. Los reyes abandonaron, pues, su habitual residencia, y llegaron á Valladolid, despues de haber viajado ocho dias bajo un sol canicular, por malos caminos, albergándose ocho noches consecutivas en miserables aposentos, y de estar á punto de perecer entre los escombros de una habitacion en que se recogieron y que se desplomó sobre ellos. Entretanto los conquistadores hacian su entrada triunfal en Madrid, y proclamaban al Archiduque por rey de las Españas. Aragon, siempre celoso del ascendiente de Castilla, siguió el ejemplo de Cataluña; Zaragoza se sublevó sin haber visto un enemigo; y el gobernador que D. Felipe habia puesto en Cartagena le hizo traicion, y entregó á los aliados el mejor arsenal y los últimos barcos que poseia la nacion.

Toledo era, desde hacia algun tiempo, el retiro de dos intrigantes ambiciosos, turbulentos y vengativos: la Reina viuda y el cardenal Portocarrero. Habian sido enemigos encarnizados cuando dirigian las facciones rivales de Austria y Francia, y sucesivamente dirigieron el espíritu débil del último desgraciado rey; y al cabo, como las habilidades de la mujer quedasen vencidas de las intrigas del cardenal y Portocarrero por dueño del campo, la Reina dejó, no sin dolor y mortificacion, una corte en la cual ejerció por tantos años el poder supremo. Poco tardó en seguirla á Toledo aquel cuyas

artes destruyeron y acabaron su influencia, porque el cardenal, despues de haber ejercido el poder lo bastante para convencer á todos de su incapacidad, recibió la órden de regresar á su sede, maldiciendo su locura y la ingratitud de aquellos á quienes habia servido. Intereses y odios comunes reconciliaron entónces á los rivales; y así se vió que al entrar sin resistencia en Toledo las tropas austriacas, abandonase la Reina viuda el luto que llevaba, presentándose en público cubierta de joyas, y que Portocarrero diese la bendicion desde el altar mayor de su magnífico templo á las banderas de los invasores, iluminando su palacio en honor de aquella redencion. Todo parecia indicar que la lucha terminaria en favor del Archiduque, y que Felipe no tendria otro remedio sino es huir y buscar refugio en los Estados de su abuelo.

Así pensaban al ménos los que no conocian el carácter y los hábitos del pueblo español. Porque si bien es cierto que no hay en Europa un país más fácil de invadir que la España tambien lo es que no hay otro más difícil de conquistar. Nada puede compararse á la débil resistencia, regular y organizada, que la Península puede oponer á un invasor; pero nada es ni puede ser más formidable que la entereza y la energia que despliega cuando la resistencia regular queda vencida. Durante mucho tiempo sus ejércitos han tenido cierta semejanza con las multitudes, pero las multitudes en España poseen en alto grado el espíritu verdaderamente militar; y si, comparados á otros, sus soldados carecen de ciertas dotes militares, las masas poseen esas dotes como si fueran soldados. En ningun país del mundo se ha visto al enemigo apoderarse por sorpresa de fortalezas más inexpugnables; pero tampoco se ha

visto en parte alguna que ciudades abiertas hayan resistido tanto y tan enérgicamente á grandes ejércitos sitiadores. Y esto se observa en la historia de España desde el tiempo de los romanos, desde cuya época las guerras en la Península ofrecen un carácter especial: son como un fuego imposible de extinguir, que arde bajo las cenizas, y que, después de habersele creído por largo tiempo sofocado, estalla más violento que nunca. Así sucedió en la guerra de la Independencia de 1808. España no tenía un ejército capaz de medirse con un número igual de soldados franceses ó prusianos, y, sin embargo, bastó un dia para derribar la monarquía en Prusia, y un dia bastó para poner la corona de la Francia en manos de los invasores; pero ni Jena ni Waterloo hubieran podido asegurar un reinado pacífico en Madrid á José Bonaparte.

Característica por extremo fué la conducta de los españoles durante la guerra de sucesion. Con todas las ventajas del número y de la situacion fueron ignominiosamente derrotados; todas las dependencias europeas de la corona de España se habian perdido: Cataluña, Aragon y Valencia rendian vasallaje al Archiduque; Gibraltar, sorprendido por algunos marineros, estaba en poder de Inglaterra; unos cuantos soldados de caballería se habian hecho dueños de Barcelona; los invasores, en fin, penetrando hasta el centro de la Península, tenían sus cuarteles en Madrid y en Toledo. En tanto que se verificaba esta serie de acontecimientos desastrosos, apenas dió señales de vida la nacion: ni los ricos se persuadian del deber en que estaban de dar ó de prestar, al ménos, lo necesario para la continuacion de la guerra, ni los soldados mostraban disciplina ni ardor militar en la campaña. Pero

cuando todo pareció perdido, cuando los confiados y optimistas creyeron deber renunciar á la esperanza, entónces se despertó el espíritu nacional, ardiente, altivo é indomable; que si el pueblo habia permanecido inmóvil cuando los acontecimientos parecian dar tregua, conservaba entera su virilidad para el dia de la desesperacion. Castilla, Leon, Andalucía y Extremadura se sublevaron al mismo tiempo; cada hombre se procuró un mosquete, y los aliados no fueron dueños sino de la tierra que pisaron. El soldado enemigo que se aventuraba á 100 metros del ejército de invasion corria gravísimo peligro de morir cosido á puñaladas; la parte que habian cruzado los conquistadores al dirigirse á Madrid y que creian haber sometido, estaba en armas á sus espaldas; y miéntras la comunicacion con Portugal se hacia imposible para las tropas aliadas, el dinero comenzaba á afluir en abundancia al Tesoro del fugitivo rey.

En tanto que los castellanos se armaban en todas partes para defender la causa de D. Felipe, los aliados la servian con toda eficacia, cometiendo cada dia nuevas y mayores faltas. Galway permanecia en Madrid, donde sus soldados se abandonaban á la más desenfrenada licencia y tenian llenos de enfermos los hospitales; Cárlos estaba en Cataluña, sin adelantar un paso, haciendo vida muelle y palaciega; y Peterborough, que habia tomado á Requena y queria dejar á Valencia para dirigirse á Madrid á operar su reunion con Galway, se vió contrariado por el Archiduque, opuesto al proyecto. Peterborough, entónces, permaneció en su ciudad predilecta, á orillas del Mediterráneo, leyendo á Cervantes, dando bailes y comidas, procurando inútilmente divertirse con el espectáculo de los to-

ros, y no haciendo en vano la corte á las hermosas valencianas.

Al cabo se dirigió hácia Castilla el Archiduque, y mandó á Peterborough que fuese á encontrarlo en Madrid. Mas ya era tarde, porque Berwick habia obligado á Galway á evacuar la capital; y cuando todas las fuerzas de los aliados estuvieron reunidas en Guadalajara, se hallaron inferiores en número á las del enemigo.

Peterborough concibió entónces un plan para recuperar la capital; pero lo rechazó el Archiduque, y esto puso el colmo á la impaciencia que ya sentia el susceptible y vanidoso héroe; que á Peterborough le faltaba por completo la calma y la serenidad de carácter que permitió por tanto espacio á Marlborough marchar siempre de acuerdo con Eugenio, sufriendo, además, sin parecer contrariado, la fatigosa intervencion de los comisarios holandeses. Pidió, pues, permiso para dejar el ejército, y habiéndosele concedido, inmediatamente partió para Italia. Cárlos, para cubrir las apariencias de su viaje con algun pretexto plausible, le encargó de hacer en Génova un empréstito sobre el crédito de las rentas de España.

Desde aquel momento hasta la conclusion de la campaña, la fortuna se mostró contraria á la causa del Archiduque. Berwick, que habia situado su ejército entre los aliados y las fronteras de Portugal, dió lugar á que estos se retirasen á la provincia de Valencia, no sin dejar ántes en poder del enemigo 10.000 prisioneros, lo cual fué un golpe terrible para Cárlos.

Durante el mes de Enero de 1707 Peterborough llegó á Valencia, de vuelta de Italia, no como general, sino como simple soldado voluntario; y habiénd-

dosele pedido su parecer, manifestó juiciosa y prudentemente que, según él, no debía emprenderse ninguna operación ofensiva contra Castilla, siendo, por el contrario, más fácil defender de las armas de D. Felipe Aragón, Cataluña y Valencia, porque los habitantes de estas diversas provincias de España eran fieles á la causa del Archiduque y resistían á las tropas del Borbon. En cuanto á los castellanos, su entusiasmo sería tal vez pasajero, y más si el gobierno de D. Felipe cometía imprudencias y actos impopulares; y si algun contratiempo en los Países-Bajos obligaba á Luis XIV á retirar sus ejércitos de la Península, entónces sería llegada la ocasión de intentar un golpe decisivo.

Estos consejos fueron desechados, y Peterborough, que habia ya recibido de Inglaterra orden de regresar á su patria, partió ántes de abrirse la campaña, y con él abandonó la victoria á los aliados. Pocos generales habrían hecho tanto como él con tan débiles recursos, y casi ninguno hubiera desplegado tanta originalidad y atrevimiento. El conde poseía en gran manera el arte de conciliarse la voluntad de los que sometía, si bien no alcanzaba de igual modo el afecto de los que le auxiliaban en el vencimiento. Catalanes y valencianos lo adoraban, pero lo detestaban el Príncipe, á quien casi habia hecho rey de una dilatada monarquía, y los generales, que habian expuesto en la misma aventura que él su reputación y su fortuna. Por otra parte, el gobierno inglés no podia comprenderlo, y se explica hasta cierto punto que así fuera, y que no se le creyese dotado del gran juicio que poseía realmente en fuerza de la rara originalidad de su carácter. Un general que tomaba plazas fuertes con caballería, que trasformaba precipita-

damente en jinetes á centenares de infantes, que se procuraba las noticias políticas más secretas y graves sobre todo por medio de intrigas amorosas, y que llenaba sus despachos de anécdotas y epigramas, podía, á decir verdad, poner en cuidado á los ministros ingleses, y antojárseles peligroso é impolítico por extremo que la direccion de la guerra de España estuviera en manos de un hombre tan ligero y tan romántico. En consecuencia, confiaron el mando del ejército á lord Galway, experto veterano, que era en el arte militar lo que en medicina los doctores de Molière, y que reputaba mucho más honroso fracasar en regla que alcanzar la victoria merced á cualquiera innovacion. Dicho se está que no se habria perdonado nunca Galway la toma de Montjuich por medios tan singulares como los que puso en juego Peterborough para conseguirla. Este gran general, pues, condujo la campaña de 1707 de la manera más científica. Encontró al ejército de D. Felipe en la llanura de Almansa; dispuso sus tropas con arreglo al método prescrito por los mejores estratégicos, y en pocas horas perdió, perfectamente en regla, 18.000 hombres, 120 banderas, todo el bagaje y la artillería. Los reinos de Aragon y Valencia fueron tambien conquistados por los franceses, y al terminar el año, la montañosa Cataluña era la única parte de España que permanecía fiel á D. Carlos.

Todo hacía presentir desde tiempo atras un próximo desastre en España: el Príncipe era ingrato, el ejército estaba indisciplinado, el Consejo dividido, y la envidia y las intrigas triunfaban del verdadero mérito al ser relevado un hombre de genio para confiar á pedantes y holgazanes la autoridad suprema. La batalla de Almansa decidió de la suerte

de España. Para reparar tamaño desastre apenas hubiera bastado la superior inteligencia de un Marlborough ó de un Eugenio, y Stanhope y Staremberg distaban mucho de ser estos dos grandes caudillos.

Stanhope, que tomó el mando del ejército inglés en Cataluña, era un hombre dotado de facultades muy apreciables en la guerra y en la vida civil, pero más á propósito, á nuestro parecer, para ocupar el segundo puesto que no el primero. Lord Mahon nos dice á este propósito con su habitual franqueza una cosa que ignorábamos todos, y es que el hecho de armas sobresaliente en la vida de su antepasado, la conquista de Menorca, le fué sugerido por Marlborough. Staremberg, táctico metódico de la escuela alemana, fué enviado por el Emperador para mandar en España, y bajo su direccion se sucedieron dos lánguidas campañas, durante las cuales ninguno de los ejércitos beligerantes hizo nada digno de ser mencionado, como no sea que ambos sufrieron las mayores privaciones y las más grandes necesidades.

En 1710 resolvieron los jefes de las fuerzas aliadas continuar las operaciones con la energía posible, y al efecto entraron en campaña verificando una marcha verdaderamente audaz; avanzaron en Aragon, deshicieron en Almenara á las tropas de Felipe V, las derrotaron de nuevo en Zaragoza, y marcharon sobre Madrid. Por segunda vez le fué forzoso al Rey abandonar su capital. Los castellanos se armaron con el mismo entusiasmo que en 1706; los conquistadores hallaron desierto á Madrid; sus habitantes, ó abandonaron la poblacion, ó se cerraron en las casas para no rendir el menor homenaje al príncipe austriaco. Y mientras los par-

tidarios de D. Cárlos se veían en la necesidad de alquilar chiquillos que lo aclamaran en las calles, la corte de D. Felipe se veía en Valladolid llena de nobles y prelados. Treinta mil personas siguieron al Rey desde Madrid á su nueva residencia, y las damas de las primeras familias, ántes que ver al austriaco, hacían el camino á pié. Con esto crecía el entusiasmo, y el amor á D. Felipe aumentaba cuanto se hacía odioso su contrario, y la gente del campo acudía á millares á ponerse bajo las banderas de Borbon, y el pueblo proveía en abundancia de dinero, armas y municiones de boca, y Madrid se veía bloqueado, y destruidos los campos vecinos por escuadrones de caballería irregular, y los aliados no podían ni enviar un despacho al reino de Aragon, ni traer provisiones á la capital, ni el Archiduque, sin gravísimo riesgo, cazar en las cercanías del palacio que habitaba.

Stanhope queria invernar en Castilla; mas en el consejo de guerra que se celebró al efecto, sólo él fué de este parecer, y, á decir verdad, no es fácil explicar cómo hubieran podido sostenerse los aliados en el país en estacion tan poco favorable y entre tan resueltos enemigos. Y como la seguridad personal de Cárlos era la preocupacion constante y principal de sus generales, en el mes de Noviembre salió para Cataluña con fuerte escolta de caballería, comenzando en Diciembre á retirarse el ejército hácia el reino de Aragon.

Entónces los aliados tuvieron que habérselas con el duque de Vendôme, famoso caudillo á quien el rey de Francia habia confiado el mando de los ejércitos de la Península. Era el Duque renombrado por la suciedad de su persona, la brutalidad de sus maneras, la grotesca bufonería de su conversacion y

la impudencia con que se abandonaba al más grosero é innoble de los vicios. Y era tan grande su pereza, que en medio de una ruda campaña y rodeado de peligros, se le vió pasar dias enteros sin moverse de la cama. Habia costado su apatía no pocos y graves reveses á la casa de Borbon; pero cuando una circunstancia cualquiera determinaba en él una reaccion y lo despertaba de su letargo, desplegaba tantos recursos y tanta energía y presencia de ánimo como despues de Luxemburgo no habia demostrado ningun general, y desquitaba con usura lo perdido.

En aquella crisis, Vendôme se mostró digno de la fama que gozaba como capitán ilustre. Partió de Talavera con sus tropas, y comenzó á perseguir á los aliados, que iban en retirada con una rapidez sin igual en aquella estacion y en aquel país; y de esta suerte, marchando noche y dia, pasó á la cabeza de su caballería el rio Henares, y al cabo de pocos dias alcanzó á Stanhope, que se hallaba en Brihuega con el ala derecha del ejército aliado. «Ninguno de nosotros, dice el general inglés, sospechaba siquiera que se hallasen á algunas marchas de distancia cuando los vimos; así que debemos nuestra desgracia á la increíble diligencia de sus tropas.» Stanhope no tuvo tiempo sino para enviar un mensajero al centro de su ejército, que se hallaba á algunas leguas de Brihuega, cuando Vendôme cayó sobre él. Atacó la poblacion por todas partes; hizo jugar la artillería, y voló edificios por medio de minas: los ingleses sostuvieron un fuego terrible mientras tuvieron pólvora; luégo pelearon á la bayoneta desesperadamente contra fuerzas superiores, llegando hasta á incendiar las casas que habian ocupado los de D. Felipe; pero todo fué en vano; y compren-

diendo el general inglés que la resistencia sería inútil, concluyó una capitulación, y sus valientes soldados quedaron prisioneros de guerra bajo muy honrosas condiciones.

Acababa el de Vendôme de firmar la capitulación cuando supo que Staremborg llegaba en auxilio de Stanhope, y se preparó en seguida para la batalla. En efecto, al día siguiente de la rendición de los ingleses, tuvo lugar la sangrienta batalla de Villaviciosa, en la cual, si bien quedó Staremborg por dueño del campo, Vendôme recogió el fruto de la jornada. Los aliados clavaron su artillería, retirándose hácia la parte de Aragon; mas, hostilizados allí por el caudillo francés y las guerrillas que los seguían, sin dejarles un momento de reposo, huyeron á Cataluña, en ocasión precisamente que un ejército enemigo desembocaba del Rosellon y la invadía, lo cual puso al general austriaco en la necesidad de refugiarse en Barcelona con 6.000 hombres, abatidos ahora de espíritu y de cuerpo, y no hacía mucho pertenecientes á un ejército victorioso y grande. La ciudad condal era casi la única población de España que acataba todavía la autoridad del Archiduque.

D. Felipe se hallaba entonces en Madrid más seguro que su abuelo en Paris. La esperanza de conquistar la península española estaba perdida; pero no de rendirla en otras partes, en que la casa de Borbon se hallaba reducida á la última extremidad. Los ejércitos franceses habían sufrido una serie de grandes derrotas en Alemania, Italia y los Países Bajos; un ejército inmenso, exaltado por una serie de triunfos señalados, y dirigido por los primeros capitanes del siglo, se hallaba en las fronteras de Francia; y Luis XIV, forzado á humillarse

ante los conquistadores, llegó hasta el punto de ofrecer el abandono de la causa de su nieto, lo cual rechazaron todos, sin advertir que los acontecimientos podían de un momento á otro cambiar de aspecto, como así fué.

En Inglaterra, la administracion que habia comenzado la guerra contra la casa de Borbon se componia de torys; pero la guerra era whig, y constituia la obra favorita de Guillermo, el rey whig. Luis XIV la habia provocado reconociendo como soberano de Inglaterra á un príncipe odioso principalmente al partido liberal, y este acto habia colocado á la nacion en actitud decididamente hostil á la única potencia que podia prestar auxilio eficaz al pretendiente. Aliada la nacion á un Estado republicano y protestante que habia contribuido á la revolucion y se hallaba dispuesto, además, á garantir el Acta de establecimiento; viéndose Marlborough y Godolphin más y mejor apoyados por sus antiguos adversarios que por sus amigos de antaño, y convertidos, poco á poco, á las opiniones de los whigs aquellos de los ministros que más querian la guerra, los demas se retiraron, siendo reemplazados por whigs. Cowper fué nombrado canciller, y, á despecho de la justificada antipatía de la reina Ana, Sunderland obtuvo la cartera de Estado. Aun fué más radical el cambio á la muerte del príncipe de Dinamarca, porque Wharton pasó á la lugartenencia de Irlanda, y Somers á la presidencia del Consejo, quedando entónces por completo la administracion en manos del partido de la baja iglesia.

En 1710 tuvo lugar un cambio más brusco y completo aún. En el fondo de su corazon, la reina Ana habia sido siempre tory; y así como sus sentimientos religiosos se hallaban de todo punto conformes

con los príncipes de la Iglesia establecida, y sus afecciones de familia la inclinaban á favor de su hermano desterrado, sus instintos egoistas la predisponian á fomentar los planes de los defensores de la prerogativa. El afecto que profesaba á la duquesa de Marlborough era la más sólida y grande garantía de los whigs; pero, andando el tiempo, aquel cariño se convirtió en odio profundo; y mientras el poderoso partido político que por tan largo espacio había gobernado los destinos de la Europa era objeto de la guerra sorda y sostenida que le hacían algunas damas de la servidumbre de Saint-James, iba á estallar una violenta tempestad sobre la nación con motivo de las indiscretas y necias palabras pronunciadas en un sermón por cierto fanático, y que iban dirigidas á condenar los principios revolucionarios. Porque, áun cuando los individuos más prudentes del gobierno se inclinaban á dejar pasar como desapercibido el discurso del predicador, inflamado Godolphin del celo de los whigs nuevamente convertidos, y exasperado, sobre todo, con el mote que le aplicó el buen padre desde el púlpito, insistió con singular empeño en que el eclesiástico fuese llevado á los tribunales, y, habiendo prevalecido su opinion sobre la del sabio y amable Somers, que se oponía, tuvo lugar el proceso. El doctor fué condenado; pero sus acusadores se perdieron. El clero acudió en socorro del compañero perseguido, la nobleza del campo apoyó al clero, y los instintos torys, en fin, se despertaron con una vivacidad y una fuerza tal como no se había visto en Inglaterra en otro ejemplo desde los últimos años del reinado de Carlos II. Los ministros cedieron entónces á la actitud amenazadora del país, y la Reina cobró ánimo con esto, despidió á los

whigs, llamó al poder á Harley y Saint-John, y disolvió el Parlamento. Las elecciones fueron muy desfavorables al partido que acababa de caer. Stanhope, que fué presentado candidato en Westminster, quedó vencido por un tory. Entónces, al verse dueños del nuevo Parlamento, concibieron los ministros el proyecto de concluir la paz con Francia. Todo el sistema de alianza en que se hallaba empeñado el país era whig, y como, además, el general que constantemente habia conducido á la victoria los ejércitos ingleses, y á quien era imposible reemplazar, cualesquiera que hubiesen sido en otro tiempo sus opiniones, á la sazón era whig, el Gobierno temia, no sin fundamento, que si separaba á Marlborough ocurriese un desastre, y que si lo conservaba al frente de las tropas, cada nuevo triunfo suyo sirviera para dar más prestigio y mayor influencia á su partido. De consiguiente, la paz fué concluida entre la Inglaterra y los príncipes de la casa de Borbon. Lord Mahon censura con gran severidad este hecho de los torys, lo cual no extrañamos en él, porque, á decir verdad, es un whig de la época del primer lord Stanhope; pero á nosotros, sin embargo de parecernos los whigs del reinado de Ana muy superiores por su prudencia y su espíritu público á los torys sus contemporáneos, antójasenos que no estamos por eso obligados á defender todos los actos de nuestro partido predilecto; porque un historiador no se halla en el caso de los hombres políticos que, á las veces, se ven forzados á consentir y á defender lo que más les desagrada para no poner en peligro cosas que consideran de importancia vital para la fracción á la cual pertenecen, sino, por el contrario, en el deber sagrado de señalar y hacer públicos los errores de

aquellos cuya conducta general admira y aplaude.

De aquí que nos parezca que, en el gran negocio que dividió á los ingleses durante los últimos cuatro años del reinado de Ana, los torys tuvieron razon, faltándoles por completo á los whigs, toda vez que el asunto era que la Gran-Bretaña debia concluir la paz sin exigir que D. Felipe renunciase á la corona.

Nunca, desde la época del *bill* de exclusion hasta la del *bill* de reforma, hubo en Inglaterra una lucha parlamentaria tan violenta como la que se empeñó entre los autores del tratado de Utrecht y el partido de la guerra. La Cámara de los Comunes estaba á favor de la paz; la de los Lores queria la lucha, pero vigorosa y enérgica; y la Reina se vió entónces en la necesidad de examinar á cuál de sus dos principales prerogativas debia de recurrir para resolver el conflicto, á la de crear pares, ó á la de disolver el Parlamento. Entre tanto, subió de punto el enceno de las pasiones, y los vínculos de la fe política y de partido reemplazaron á los de vecindad y parentesco, llegando los individuos de las fracciones hostiles al extremo de no hablarse ni cambiar el saludo: las mujeres hacian público alarde en teatros y paseos de distintivos convencionales que daban á conocer la secta á que pertenecian, y al extenderse el cisma hasta los más lejanos condados de Inglaterra, dió lugar á que los bandos enemigos emplearan en el ataque y en la defensa de sus causas respectivas un talento y habilidad superiores á todo lo conocido hasta entónces en la controversia política. Porque miéntras de una parte se veia á Steele animado y locuaz, embriagándose en su animosidad facciosa y en su propio inagotable ingenio, y á Addison con su culta y ática sátira, su fecunda é in-

agotable imaginacion y su graciosa sencillez de estilo, veíase también al frente de la hueste contraria al más apasionado, más vehemente y más sombrío de los hombres, político apóstata, sacerdote inmoral, amante perjuro, cuyo corazón se abrasaba en odio á la humanidad y cuya elocuencia rebosaba de imágenes recogidas en los más inmundos lugares.

Triunfaron al cabo los ministros; se firmó la paz, y entónces vino la reaccion. Y al ocupar el trono un nuevo monarca, mereciendo los wighs la confianza del Parlamento y del Rey, la injusta severidad con que los torys habían tratado á Walpole y á Marlborough quedó vengada con creces: Harley y Prior fueron reducidos á prision, y Bolingbroke y Ormond tuvieron que buscar refugio en tierra extraña. Las heridas causadas en esta lucha permanecieron abiertas y enconadas por largos años, trascurriendo muchos ántes de que los partidarios de uno y otro bando pudieran discutir con calma é imparcialidad en órden á la paz de Utrecht; porque los adversarios políticos del último siglo se daban recíprocamente en rostro con las más exageradas y falsas imputaciones, diciendo que los ministros whigs habían vendido la patria á los holandeses y los torys á los franceses; que se había sostenido y continuado la guerra para enriquecer á Marlborough, y firmándose la paz á fin de facilitar la vuelta del Pretendiente. Sólo ahora es posible discutir el asunto con calma, y así vamos á manifestar en pocas palabras las razones en que fundamos nuestra opinion.

Dos peligros podían abrigarse respecto de la paz: el primero, que dejándose llevar D. Felipe de impulsos de afecto personal, se moviera y obrara de acuerdo con la rama primogénita de su familia, favoreciendo el comercio frances con daño de la In-

glaterra y aliándose á la Francia en las guerras que sobreviniesen más adelante; y el segundo, que llegando el caso de extinguirse la posteridad del duque de Borgoña, heredase la corona de Francia el rey de España, uniendo por tal manera dos grandes imperios bajo el mismo cetro.

A nuestro parecer, el primer peligro era quimérico, porque rara vez han ejercido gran influencia en las decisiones de los príncipes los lazos de familia, y el mismo estado de la Europa, cuando se firmó el tratado de Utrecht, demuestra que en política los vínculos fundados en los intereses y las conveniencias recíprocas son más fuertes que los vínculos de la sangre: el elector de Baviera habia sido expulsado de sus dominios por su suegro: Víctor Amadeo estaba en guerra con sus yernos, y la reina Ana ocupaba un trono del cual habia contribuido á echar al más cariñoso é indulgente de los padres.

Además, si bien era cierto que D. Felipe estaba acostumbrado desde su más tierna infancia á considerar á su abuelo con gran veneracion, y podia y debia suponerse que la influencia de Luis XIV sería de mucho peso en la corte de las Españas, tambien lo era que el monarca frances contaba más de setenta años de edad, que no podia vivir largo espacio, y que su heredero era un niño en la cuna, no siendo de suponer, por consiguiente, que la política del monarca español se moviese á impulsos de su afecto hácia un sobrino á quien jamás habia visto siquiera.

En efecto, á poco de haberse firmado la paz, comenzaron las disensiones entre ambas ramas de la familia de Borbon, suscribiéndose una alianza entre D. Felipe y D. Carlos, que no hacía mucho se ha-

bian disputado la corona de Castilla, y viéndose al propio tiempo una infanta de España, prometida al rey de Francia, devuelta al seno de su familia paterna de la manera más irritante (1) y ofensiva. Es cierto que cincuenta años despues de la paz de Utrecht se aliaron estrechamente los gobiernos de Francia y España; pero en esta ocasion tampoco fueron movidos los dos monarcas por las afecciones de familia, sino por intereses y enemistades comunes; y su pacto, aunque denominado de familia, fué única y exclusivamente un pacto político como la liga de Cambray ó la de Pilnitz.

El segundo peligro consistia en que Felipe fuese llamado á ocupar el solio de su patria, lo cual no sucedió; pero hubiera podido suceder, y hubo un momento en que la cosa pareció probable, en razon á que un débil niño era todo lo que habia entre el rey de España y la herencia de Luis XIV. Es cierto que D. Felipe habia renunciado solemnemente á sus derechos á la corona de Francia; pero la manera como habia tomado posesion de la corona de España demostraba la poca eficacia de tales renunciaciones. Los jurisconsultos franceses podian declarar nula y de ningun valor la renuncia de D. Felipe por no hallarse conforme con las leyes fundamentales del reino, y el pueblo frances declararse entónces á su vez probablemente en favor de un principe á quien hubiera considerado como legítimo heredero y sucesor de Luis XIV. Saint-Simon, que no era tan decidido partidario de la monarquía hereditaria como la mayor parte de sus compatriotas, y que

(1) El Gobierno español promulgó entónces un decreto disponiendo que todos los franceses residentes en el territorio de la monarquía salieran de él sin más tardanza.

profesaba grande afecto al Regente, hablando de este asunto manifestó en presencia del mismo que no apoyaria las pretensiones de la casa de Orleans en daño de las del rey de España. «Y si tal es mi modo de pensar, añadió, ¿cómo pensarán los demas?» Tambien es cierto que Bolingbroke se hallaba plenamente convencido de que la renuncia no tenia más valor que el papel en que se habia escrito, habiéndola él pedido tan sólo para deslumbrar al pueblo y al Parlamento inglés.

Sin embargo, áun cuando la posteridad del duque de Borgoña se haya visto con grandes probabilidades de extinguirse, y pueda considerarse que si hubiera sucedido así, D. Felipe habria mantenido con éxito sus pretensiones á la corona de Francia, persistimos en defender el principio del tratado de Utrecht. En primer lugar, poco despues de la batalla de Villaviciosa el archiduque Carlos heredó, por fallecimiento de su hermano mayor, todos los dominios de la casa de Austria; y en verdad que si á esta sucesion hubiese añadido la inmensidad de los Estados de España, se habria visto comprometido de una manera por extremo peligrosa el equilibrio de las potencias europeas, áun cuando la reunion del Austria y de la España no fuera un hecho de tanta gravedad é importancia como lo hubiera sido ciertamente el de las dos vecinas monarquías de allende y aquende los Pirineos. Pero D. Carlos era emperador: D. Felipe ni era ni debia ser nunca rey de Francia; y la certidumbre del menor de los dos males podia, sin duda alguna, pesar tanto en la balanza como la posibilidad del más grande.

Por lo demas, no creemos que la nacion española hubiera permanecido largo tiempo sometida á un emperador de Austria, ni á un rey de Francia; que

el carácter de los naturales de la Península constituía para las potencias de Europa garantía más durable y sólida que cuantas pudieran estipularse en testamentos, renunciaciones más ó menos solemnes y tratados. Porque si la España se hubiera visto amenazada de convertirse en provincia francesa, el pueblo de Castilla habría vuelto á desplegar por su independencia y su libertad aquella misma viril é incontrastable fuerza de voluntad, aquel mismo indomable valor, aquella misma invencible constancia de que dió tan alto y noble ejemplo cuando Madrid se hallaba ocupado por los ejércitos de la alianza. Mostraron entónces los españoles que no se hallaban dispuestos á dejarse gobernar por extranjeros; y si D. Felipe hubiera tratado de regir los destinos de la Península por decretos firmados en Versalles, bien puede asegurarse que otra alianza habría conseguido fácilmente lo que la primera intentó en vano, levantándose la nación en masa contra él con el mismo ardor con que ántes había peleado con él y por él en derredor suyo. Así pareció comprenderlo D. Felipe, porque si bien durante muchos años su deseo más grande fué ocupar el trono de su abuelo, no parece que nunca haya creído posible reinar á un mismo tiempo en su patria adoptiva y en su patria natural.

A estos peligros de la paz, nada formidables por cierto, hay que oponer los males de la guerra, temerosos siempre, y más en una lucha como la de España, y las probabilidades de un desastre. Los males de la guerra consisten en la pérdida de millares de vidas, en la paralización del comercio, en el sacrificio de las riquezas, en la acumulación y aumento de la Deuda, lo cual es bastante por sí solo para que necesite ser comentado. En cuanto á las

probabilidades de un desastre, difícil es, al cabo de tantos años, calcularlas con exactitud, aunque no formarse idea bastante aproximada de ellas. Los aliados habian vencido en Alemania, en Italia y en Flandes, siendo probable que pudieran penetrar hasta el corazon de Francia; pero nunca, desde el principio de la guerra, habia sido el porvenir tan sombrío y triste para ellos como lo era en el país mismo causa y objeto de la lucha. En España no eran dueños sino de algunas leguas cuadradas, y los españoles, en su inmensa mayoría, por carácter y temperamento, resueltamente hostiles á los aliados. Si éstos hubieran persistido en su empeño; si hubieran logrado alcanzar triunfos iguales á sus grandes esperanzas; si hubieran conseguido una serie de victorias tan señaladas y decisivas como las de Ramillies y de Blenheim; si Paris hubiera sucumbido al esfuerzo de sus armas, y caido prisionero el mismo Luis XIV, áun así no habrian podido conseguir su objeto de someter á España; que todavía entónces fuerza les hubiera sido luchar, sin tregua ni descanso, contra todo un pueblo indomable, en un país que ofrece las mayores dificultades para la guerra regular, y en el cual los ejércitos invasores así sucumben al hambre como al filo de la espada.

Por estas razones nos inclinamos á defender la paz de Utrecht, sin que nos causen admiracion los hombres de Estado ingleses que la concluyeron para bien de su patria, aunque impulsados tal vez de móviles egoistas.



APÉNDICES.

(A) Si el autor entiende por gran cosecha de bienes la que hicieron los reformistas con ocasion de la Reforma, despojando á la Iglesia de sus propiedades, desde luégo puede admitirse lo que afirma sin discusion, porque es cosa cierta y averiguada; mas si se refiere á la excelencia de la doctrina ó de sus apóstoles, bueno será que, ántes de tomar acuerdo en órden á este punto, sepamos cómo piensa y se expresa él mismo acerca de ella. Dice, pues, así lord Macaulay en su *Ensayo sobre la Historia constitucional de Inglaterra*, de Hallam:

«En otros países, como Suiza y Alemania, el espíritu mundano sirvió de instrumento al celo religioso para producir la Reforma; en Inglaterra, el celo fué instrumento del espíritu mundano. Un rey cuyo carácter se describe con sólo decir que fué el despotismo personificado, ministros sin principios, una aristocracia poseida de rapacidad y un Parlamento de lacayos, hé aquí los propagadores de la Reforma en Inglaterra. De esta suerte, la ruptura

con la Iglesia romana, obra comenzada por Enrique VIII, verdugo de sus mujeres, se continuó por Somerset, verdugo de su hermano, y quedó completada por Isabel, verdugo de su hermana; que la Reforma, en Inglaterra al ménos, añade el noble lord para concluir, fué el producto de brutales pasiones, alimentado y sostenido por una política egoísta.» En Alemania, diremos á nuestra vez, lo fué del perjurio y de la concupiscencia de un fraile ambicioso, y en Suiza, de la perversidad de un fanático, sediento de dominacion, que aspiraba á fundar un poder teocrático ejercido por una oligarquía. Por lo demas, ni España, ni Portugal, ni Francia, ni gran parte de Alemania, ni alguna porcion de Suiza, ni tampoco Irlanda se dejaron arrastrar de la corriente innovadora. Y como los límites de un apéndice no consienten extenderse mucho en orden á las ventajas ó daños producidos por la Reforma, terminaremos con una cita de Melancton, autoridad no nada sospechosa en la materia para los reformistas: «El Ebro con su caudal no me daría lágrimas bastantes, dice, para llorar los infinitos males que ha producido la Reforma.»—Ap. del T.

(B) Conviene tener presente que, por regla general, la agresion partió en todas partes de los protestantes; y en lo que respecta á Francia, ya que lord Macaulay habla de sus crueldades con los herejes, diremos que, libres en un principio, sólo fueron perseguidos de ese modo cuando, no como *secta*, sino como *partido*, se convirtieron en peligro para la patria, cuya unidad, conseguida á tanta costa, se habria convertido en fraccionamiento y desmembracion, de triunfar los calvinistas, que no aspiraban en política sino al federalismo.

¿Debia la realeza, dice con este motivo un publi-

cista frances, al ver la nacion en peligro de retrogradar al estado de division en que se hallaba el siglo XI, consentir en ello? ¿Habrá quien la culpe de haberse opuesto   que fueran perdidos los arroyos de sangre que corrieron durante cuatrocientos años para fundar y consolidar la unidad del reino?

Lord Macaulay habla de las persecuciones de que fueron víctimas los protestantes; pero (y en esto procede como casi todos los escritores de sus ideas religiosas), no tiene en cuenta que los católicos hubieron de sufrir *antes* de parte de ellos cuantos ultrajes, profanaciones y atentados son imaginables,   su religion,   sus templos y   sus personas; y olvida, tal vez de propósito, las matanzas que hicieron los calvinistas, además de otras muchas, en Montpellier y en Nimes. Bueno es traer   la memoria cuando se quiere recordar la noche de SAN BARTOLOMÉ, que la SAN MIGUELADA ocurrió *cinco años antes*, y que la SAN BARTOLOMÉ no fué sino una manera de desquite, por decirlo así, de la SAN MIGUELADA.

En cuanto á la conducta que observó Luis XIV con los protestantes, la encontramos justificada con la necesidad de impedir la desmembracion de la patria.

Por lo demas, ponderar la crueldad de los católicos y hacer omision de la conducta de los calvinistas, á quienes Calvino mismo llegó á calificar de *furiosos endemoniados* en una ocasion, es ya pueril cuando tanta luz se ha hecho sobre aquellos tiempos. «La palma de la crueldad y de la perfidia, dice tratando de este asunto el reverendo J. M. Neale, escritor anglicano, corresponde   los protestantes, y, sin embargo,  cuantos conocen de memoria los hechos del duque de Alba y de Vargas, que no han

oido hablar siquiera de los crímenes, mayores aún, de un Lumey ó de un Maris Brand?» Y más adelante añade: «Si hubiera que adjudicar un premio á la crueldad de que dieron muestras los católicos durante sus luchas con los protestantes, habria que inventar otro *mucho mayor* para éstos, porque los excedieron en refinamiento de maldad.» (*Historia de la Iglesia Jansenista en Holanda*. Lóndres, 1864). Pero ¡qué más! Lord Macaulay mismo, en sus *Ensayos sobre Burleigh and his times* y la *Constitutional history of England*, de Hallam, ocupándose de las medidas tomadas por María Tudor y su hermana Isabel, reinas que por espacio de siglos han sido calificadas, aquella de feroz y sanguinaria, y ésta de grande y superior á su época, hallando los historiadores, cuando más, censurable por su despotismo á la protestante, y haciendo siempre aborrecible á la católica por sus persecuciones, dice que «Isabel persiguió indistintamente á católicos y puritanos sin que ninguno le diera motivo para ello, y sólo por el placer de dar ocupacion al verdugo, miéntras que María vió, por el contrario, desde su advenimiento al trono, que los protestantes constituian un partido dispuesto á derribarla por la fuerza de las armas, desposeyéndola de la corona, lo cual es motivo suficiente para que persiguiera á los que con su conducta daban motivo á la persecucion; y que de esta suerte, si María puede ser acusada de proceder por justos resentimientos, que llevó demasiado al extremo, Isabel, por su infame ferocidad, fué cien veces más culpable, porque nada tenía que castigar.»—Ap. del T.

(C) La guerra contra los moros ha sido siempre altamente nacional y patriótica en España, y buena prueba de ello fué la campaña de Africa, inaugurada

en 1859. Desde 1808 no se conoció en la Península un entusiasmo parecido al de entónces; y era así, porque la guerra con la morisma, tradicionalmente gloriosa entre nosotros, nos recordará siempre aquella cruzada de siete siglos que se inauguró en las márgenes del Guadalete y terminó al pié de las murallas de Granada. Formalmente hablando, este espíritu belicoso de los españoles no puede darse como indicio de su decadencia: algo más cerca de la verdad está el autor cuando, al comenzar el precedente *Estudio*, atribuye la decadencia de España á la conducta política observada por los primeros príncipes de la casa de Austria, y aún lo hubiera estado más, en nuestro sentir, atribuyendo al carácter personal de los últimos Felipes, y sobre todo de Carlos II, su triste estado á fines del siglo XVII, sin que de aquí se siga que los españoles carecieran en aquella sazón de la perseverancia, del valor y de la fuerza necesaria, cuando ménos, para vencer á los ingleses y á la coalición, defendiendo á su rey Felipe V; del propio modo que en época no lejana y tachada también de rebajamiento deshicieron los invencibles ejércitos de Bonaparte, señores hasta entónces de la Europa.

Por otra parte, de que los españoles del siglo XVII continuaran estacionados en el siglo XV en cierto órden de ideas, y de que concurrieran á los autos de fe, muy raros ya, tampoco debe inferirse que fueran como niños, porque aquellos que habian vencido en todos los campos de batalla de Europa, y ensanchado las lindes del dominio terrestre con sus descubrimientos, y llevado á todas partes la influencia de su patria, y puesto miedo en el corazón de la viril y protestante Inglaterra, como el autor reconoce al comienzo de este estudio, todos

absolutamente habian pensado, juzgado, creído y practicado en materia religiosa lo propio que los españoles de la época de Carlos II, y á esos lord Macaulay no halla otros hombres con quienes compararlos sino á los romanos de los tiempos más gloriosos de la República.

Pero, ¿qué más, si el autor mismo en uno de sus mejores artículos de la *Edimburg Review* (1840), determina mejor que pudiéramos hacerlo nosotros la causa de aquel modo de ser de los españoles en materia religiosa?

«El español, dice, profesa á la fe de sus antepasados amor vivo y ardiente, porque además de la idea religiosa, encarna de una manera profunda en su corazón la independencia, la libertad y la gloria de la patria; que siete siglos de lucha perseverante y tenaz con los infieles dejan honda huella en la memoria y en las costumbres de un pueblo. Las cruzadas, que no son sino un episodio en la historia de las demás naciones de Europa, en la de España constituyen su esencia y su vida, y la ocupan toda.

»Luégo de haber combatido á los árabes en el Antiguo Mundo, la era de los descubrimientos abrió dilatados horizontes al celo religioso de los españoles en el Nuevo, donde fueron á combatir otros infieles. En ambas luchas quedaron vencedores: merced á la primera, constituyeron la patria; merced á la segunda, trasformaron la patria en la primera nación del Universo: por eso le fe católica se halla tan íntimamente unida en la conciencia de los españoles á la libertad, á la victoria, á la conquista, á las riquezas y al honor nacional.»

No pudiendo, pues, atribuirse al carácter religioso de los españoles los males que abrumaban á la patria con su pesadumbre el siglo XVII, fuerza

será buscar la causa en otra parte. El autor resuelve la cuestion, atribuyéndolos algunas líneas despues á la *mala religion* y al mal gobierno.

Nada nos ocurre decir en lo que se refiere al gobierno: su calificacion es justa; el reinado de Carlos II fué uno de los más desastrosos que registran nuestros anales. En lo que hace á la religion católica, todo cuanto pudiéramos replicar nosotros pareceria pálido comparado al concepto que algun tiempo despues de ver la luz pública la presente obra mereció á su autor el catolicismo, y que dió á la estampa bajo la forma de un estudio, que lleva por titulo: *The History of the Popes of Rome*. Dice así: «Ha dado el vulgo en repetir con marcada insistencia que á medida que vaya progresando el mundo y difundiéndose la luz de la civilizacion por todo él, irá perdiendo terreno el catolicismo y ocupando el protestantismo su lugar; pero dudo mucho que así sea, porque, ántes al contrario, vemos que miéntras de dos siglos y medio á esta parte ha dado el humano espíritu muestras de actividad asombrosa, adelantando en todos los ramos del saber, no ha hecho el protestantismo una sola conquista siquiera que merezca mencionarse, y que si han ocurrido cambios y mudanzas en las creencias de los hombres, han sido éstas favorables sólo á la Iglesia católica romana; institucion única en el mundo, y con la cual no existe ni ha existido jamás obra ninguna que pueda serle comparada en antigüedad, en vitalidad y en gloria. Abrazan sus tradiciones las dos grandes épocas de la civilizacion: la augusta dinastía de sus Pontífices comienza en la noche de los tiempos casi fabulosos, cuando el perfume de los sacrificios embalsamaba el Panteon, y los tigres y leopardos se ofre-

cian en espectáculo al pueblo congregado en el anfiteatro de Flavio: no hay abolenjo más antiguo que el suyo, y si sufrió quebrantos al Norte de Europa, en cambio acrecentó su dominio de una manera prodigiosa allende los mares; ha visto nacer todas las monarquías, poderes y gobiernos que existen, y ¡quién sabe si no está destinada á ver su fin! Si era poderosa y grande y respetada la Iglesia católica ántes de que los sajones llegaran á Inglaterra y de que los franceses cruzaran el Rhin, cuando todavía se hallaba floreciente la elocuencia de Atenas en Antioquía y los ídolos recibían culto en el templo de la Meca, poderosa y respetada podrá continuar siendo cuando los viajeros de Nueva Zelanda, sentados en los escombros del puente de Lóndres y en medio de inmensa soledad, dibujen en sus álbums las ruinas de la catedral de San Pablo.»

Inútil será decir que sólo el convencimiento más reflexivo ha podido inspirar este rasgo de verdadera elocuencia á un protestante tan progresista como lord Macaulay.—Ap. del T.

LORD CLIVE.

1725-1774.

Siempre nos ha parecido extraño que mientras no hay en Europa una persona medianamente ilustrada que ignore la historia de la conquista, poblacion y progresos de los españoles en América, sea tan escaso el interes que despierten las grandes cosas realizadas por los ingleses en Oriente, aún en la misma Inglaterra. Todos saben el nombre de Hernan Cortés y el de Pizarro, y muy pocos, aún entre las personas ilustradas, conocen el del vencedor de Buxar, ó el de aquel sobre quien pesa la responsabilidad terrible de la matanza de Patna, ó que puedan decir si Surajah Daoulah reinaba en la parte de Uda ó de Travancor, ó si Holkar el Grande era de raza indostánica ó musulmana. Y sin embargo, las victorias de Hernan Cortés fueron alcanzadas sobre salvajes que desconocian el uso de los metales, que no habian reducido animal ninguno á la domesticidad, que en materia de armas sólo tenian flechas

con puntas de pedernal ó espinas de pescado; para quienes un jinete era monstruoso centauro, y que tomaban los arcabuceros por magos que así disponían del trueno como del rayo. Los indos, cuando fueron sometidos de los ingleses, eran diez veces superiores en número á los americanos que vencieron los españoles, y tan civilizados como los españoles victoriosos; habian levantado ciudades más grandes y hermosas que Zaragoza y Toledo, y construido edificios más espléndidos que la catedral de Sevilla; tenian banqueros más ricos que los más opulentos de Cádiz y Barcelona, vireyes cuyo lujo excedia con mucho el de los Reyes Católicos, jinetes á millares y trenes de artillería que hubieran admirado al Gran Capitan (1). Habrian debido bas-

(1) En efecto, los trenes de artillería del siglo XVIII habian necesariamente de causar sorpresa á los militares del siglo XVI, del propio modo que los trenes de Moltke hubieran sorprendido al gran Napoleon. El autor no tiene en cuenta la diferencia de los tiempos al comparar una conquista con otra, y de aquí la consecuencia equivocada que resulta, porque es lo cierto que así en América como en la India lucharon dos civilizaciones diferentes con dos civilizaciones relativas á dos siglos de distancia. Los indostanes eran civilizados, ¿quién lo duda? pero, ¿quién dudará tampoco de la civilizacion de los Aztecas y de los Incas despues de haber leído á Prescott? Las diferencias que dieron la victoria en ambos casos á la raza europea fueron su pericia, su valor y las demas circunstancias que son parte á establecer la superioridad de nuestra raza sobre todas las que pueblan el mundo.

En cuanto á que no sean conocidos en Europa los nombres de los conquistadores ingleses de la India y si los de Hernan Cortés y de Pizarro, conquistadores españoles de la América, débese, á nuestro parecer, á que las empresas realizadas por nuestros compatriotas revistieron un carácter tal de épica grandeza, que aparecen á los ojos de todos los pueblos del mundo con el sello que produce impre-

tar estas circunstancias para que los ingleses, más principalmente, que tanto interes muestran por todos los períodos de la historia, mostrasen algun deseo de saber cómo un puñado de compatriotas suyos, separados de la metrópoli por el inmenso Océano, sometieron al cabo de algunos años de lucha uno de los imperios más dilatados del mundo. Pero es lo cierto que ha permanecido este asunto, interesante por demás, como si no lo fuera para la inmensa mayoría de los lectores, siendo para otros muchos hasta desabrido y repugnante.

En parte, débese atribuir esto á los historiadores que han tratado del asunto, porque la obra de M. Mills, áun cuando no carece de mérito, no es lo animada y pintoresca que fuera menester para despertar la curiosidad del público, y la de Orme, á quien ningun historiador inglés aventaja en estilo y talento descriptivo, es tan extensa y considerable, y tan prolija, que nadie por su grado se impone la pena de leerla. Lo propio casi podemos decir de la más reciente, debida al general sir John Malcolm, que necesitaria de mucha condensacion en algunas partes y de mejor arreglo en la clasificacion de los materiales para despertar el deseo de conocer los hechos que narra (1).

Pero, áun despues de hacer grandes concesiones al espíritu que ha inspirado esta obra, y á la parcia-

sion más viva en las imaginaciones: el del heroismo en su grado más sublime; circunstancia que no ha tenido la conquista de la India por los ingleses, ni los hechos de ninguno de sus conquistadores.—N. del T.

(1) *The life of Robert Clive*, collected from the family papers communicated by the Earl of Powis, by major general sir John Malcolm, 3 vol., en 8.º London, 1836. Esta obra motivó el presente estudio de lord Macaulay sobre Clive.—N. del T.

lidad de los que han contribuido á ella suministrando los documentos ó escribiéndola, es lo cierto que la impresion producida en el ánimo con su lectura es por extremo favorable á la memoria de lord Clive. Distamos mucho de compartir la simpatia incondicional que sir John Malcolm demuestra por su héroe; pero tambien nos hallamos muy distantes de participar de la severidad que revelan todos los juicios de M. Mills, el cual nos parece ménos perspicaz cuando se ocupa de Clive que cuando trata de otros asuntos. Porque Clive, como acontece casi siempre á los hombres dotados de pasiones vehementes, incurrió en gravísimas faltas al verse expuesto á la tentacion; pero quien logre abarcar con propósito leal y justo el conjunto de su carrera, comprenderá sin dificultad que raras veces ha producido la Inglaterra, patria fecunda en héroes y hombres de Estado, otro más notable por la grandeza de sus planes militares y su habilidad política.

Hallábanse los Clive establecidos desde el siglo XII en una propiedad de poca importancia, situada cerca de Market-Drayton, en Shropshire, que perteneció, durante el reinado de Jorge I, á Ricardo Clive, quien despues de terminar sus estudios de abogacia, casó con una señorita de Manchester, llamada Miss. Gaskill, que lo hizo padre de numerosa prole. Ricardo Clive, á pesar de su escaso talento, ejercia su profesion y no descuidaba el adelanto de su hacienda. Su hijo mayor, Roberto, fundador del imperio británico en la India, nació en la heredad paterna el 29 de Setiembre de 1725.

Adviértense á las veces en el niño los gérmenes de las cualidades y defectos del hombre; y Clive, desde la más tierna infancia, comenzó á demostrar

la energía de su voluntad y la violencia de sus pasiones, combinadas con una intrepidez y valor personal que no parecían siempre compatibles con la sanidad de juicio. Escasamente contaba siete años, y ya, según vemos en las cartas de su familia, era Roberto causa de grandes inquietudes para ella. «Su afición desmedida á jugar á la guerra, decía uno de sus tíos, lo ha hecho tan brusco y dominante, que la menor contradicción le pone fuera de sí.» Todavía recuerdan los viejos de aquellas inmediaciones haber oído decir á sus padres de qué trazas se valió *Bob* Clive para escalar el campanario de la iglesia de Market-Drayton, dejándolos mudos de terror al verlo sentarse en una de las canales salientes del tejado, y cómo regimentó á todos los muchachos del lugar, formando con ellos una banda temible por sus devastaciones para todos aquellos labradores que no compraban su protección ó su neutralidad á cambio de algunas monedas de cobre, ó de peras y manzanas. Estuvo en varias escuelas; pero sus adelantos fueron casi nulos, y adquirió cada día peor reputación por su carácter impetuoso y díscolo. Uno de sus maestros, sin embargo, tuvo, según dicen, bastante sagacidad para predecir que haría gran papel en el mundo; mas no por eso se modificó en lo más mínimo la opinión general. Al fin, á los diez y ocho años, su familia, que nada bueno se prometía ni de su talento, ni de sus virtudes, aceptó gustosa para él una plaza de empleado al servicio de la Compañía de las Indias, donde podría con el tiempo hacer fortuna ó morir de calenturas.

No se presentaba el porvenir á nuestro héroe tan halagüeño como al presente á los jóvenes que, una vez terminados sus estudios en el *Colegio de las*

Indias orientales, se trasladan á las presidencias del imperio británico en Asia. La Compañía era entonces una corporacion puramente mercantil; su territorio se componia de algunas millas cuadradas, tributarias de los gobernadores indigenas; sus tropas, que apénas eran bastantes para cubrir las atenciones de tres ó cuatro fuertes mal contruidos para proteger los almacenes, las formaban en su mayor parte indios sin disciplina, armados de lanzas y flechas; y sus agentes no se hallaban, como ahora, encargados de los asuntos judiciales, políticos y administrativos, sino de recaudar, de adelantar fondos á los tejedores, de cuidar de los cargamentos, y de vigilar para que no se infringiese por ninguno el monopolio. Agréguese á esto la escasa retribucion que percibian, los jóvenes especialmente, lo cual los ponía en la necesidad de contraer deudas para mantenerse: los más antiguos y de más categoría comerciaban, logrando reunir, á veces, grandes capitales aquellos que tenian la fortuna de vivir bastante para llegar á los primeros puestos.

Madras, á donde Clive habia sido destinado, era tal vez en aquella época el establecimiento más importante de la Compañía. La ciudad habia crecido con la extraordinaria rapidez de los pueblos de Oriente: fundada el siglo anterior bajo el amparo de los cañones del castillo de San Jorge, en terreno árido y combatido del mar, contaba á la sazón por miles sus moradores. Véanse ya por las cercanías numerosas quintas y casas de recreo, rodeadas de amenos jardines, á las cuales se retiraban los agentes ricos de la Compañía, despues de las horas de oficina, para disfrutar de la fresca brisa de la tarde. Las costumbres de aquellos opulentos comerciantes fueron más fastuosas y espléndidas que las de los

funcionarios judiciales y políticos de nuestros días; pero en cambio carecían de otros goces y comodidades, hoy usuales y corrientes, encaminados á mitigar los ardores del clima, á conservar la salud y á prolongar la vida. Las comunicaciones con Europa tampoco eran frecuentes ni fáciles como en la actualidad, pues el viaje por el Cabo, que hoy suele hacerse en tres meses, necesitaba seis por lo ménos, y en algunas ocasiones más de un año. Por esta causa, los anglo-indos estaban á la sazón infinitamente más separados de su patria, se habituaban más á las costumbres orientales, y volvían ménos aptos que hoy para mezclarse á la sociedad europea.

Ejercían los gobernadores ingleses, así en el fuerte como en el territorio vecino, con licencia de los soberanos indígenas, una jurisdiccion y autoridad parecidas á la que los grandes propietarios indos asumían en sus propiedades; pero sin aspirar á la independencía. Aquella tierra estaba gobernada por el nabab de Carnate, delegado del virey de Decan ó Nizam, quien á su vez lo era del poderoso príncipe conocido por el Gran Mogol. Aún subsisten nombres tan augustos y sonoros: en Carnate hay un nabab que vive á sueldo de los ingleses y de las rentas de la provincia que rigieron sus antepasados; hay tambien un Nizam, cuya capital, ocupada por un destacamento de tropas de Inglaterra, sirve de residencia á un ministro de la propia nacion, cuyos consejos son mandatos para él; y un Gran Mogol (1), con honores de soberano, pero ménos poder real y verdadero para hacer bien á sus lla-

(1) El Gran Mogol quedó suprimido por los ingleses á consecuencia de la rebelion de 1857.—N. del T.

mados súbditos que el último amanuense de la Compañía.

El viaje de Clive fué por demas largo y penoso áun para su tiempo. El buque donde iba hizo una prolongada escala en el Brasil, y no llegó á la India hasta bien cumplido el año de su salida, por cuya causa pudo aprender algo el portugues, quedándose, en cambio, sin dinero para desembarcar. Esto, unido á lo escaso de su paga, lo puso en la dura necesidad de alojarse mal y de sufrir mil privaciones en un clima que sólo es tolerable cuando se disfruta de grandes comodidades. Habia llevado cartas de recomendacion para una persona importante allí establecida; pero al llegar al fuerte de San Jorge, supo que su protector iba camino de Inglaterra: su natural reservado y altivo le impidió buscar otras relaciones, y así pasó mucho tiempo aislado y sin comunicarse con nadie. Esta soledad, la influencia nociva del clima, y la naturaleza de sus deberes, que tan mal se avenian con su carácter atrevido y emprendedor, le hicieron suspirar mucho por la patria y el hogar paterno, como se advierte en las cartas que por entónces escribió, siendo muy digna de notarse la dulce melancolía de su estilo en aquellas circunstancias, por ser cosa tan extraña en él. «No he tenido un solo dia de felicidad desde mi salida de Inglaterra,» dice en una de ellas, y añade más adelante: «Confieso que me conmueve profundamente el recuerdo de mi querida patria... Si pudiese tener la dicha de volver á ella, sobre todo á Manchester, veria realizados mis más ardientes deseos y cumplidas todas mis aspiraciones.»

En aquel estado, recibió un consuelo muy eficaz. El gobernador poseia una buena biblioteca y le franqueó su entrada. Clive consagró entónces á la

lectura todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, y adquirió alguna instruccion. Antes nada sabia, y aquellos fueron los únicos estudios que hizo en su vida.

Pero ni el clima, ni la pobreza, ni el estudio, ni el verse desterrado fueron partes á domar su carácter discolo y audaz; y así como en la niñez no hubo nadie respetable para él, así en aquella sazón trataba á sus jefes y superiores, por cuya causa estuvo más de una vez en peligro de perder su destino. Exasperado, sin duda, con las contrariedades que sufría, dos veces consecutivas atentó á su vida; pero en ambas ocasiones no hizo fuego la pistola, circunstancia que le pareció, como á Wallenstein un caso análogo, del mejor augurio para lo porvenir.

Acaeció entónces un suceso que, si tenía la apariencia de concluir con todas las esperanzas de su vida, en realidad fué base de su fortuna, abriendo ancho camino á su ambicion. Contaba ya largos años la guerra de sucesion de Austria, durante la cual Jorge II permaneció fielmente aliado á María Teresa, contra el poder de la Francia, sostenedora del opuesto bando. Bien que ya en aquella época fuese la Inglaterra la primer potencia marítima del globo, no se hallaba en el caso todavía de hacer frente por mar á todas las naciones á un tiempo, y no sin pena sostenía la lucha contra las escuadras franco-españolas. En los mares de Oriente, la Francia la llevaba gran ventaja. M. de Labourdonnais, gobernador de la isla Mauricio, hombre de grandes virtudes y merecimientos, dirigió, á pesar de la flota inglesa, una expedicion contra el continente indico, y se apoderó de Madrás, cuyo fuerte se rindió á sus armas, izándose la bandera francesa donde flotaba el pabellon inglés, y declarándose despojo

de guerra las riquezas contenidas en los almacenes de la Compañía. Estipulóse al capitular que los habitantes ingleses quedarían prisioneros bajo su palabra, y que la población continuaría en poder de sus conquistadores hasta el pago de su rescate; por su parte, Labourdonnais dió palabra de no exigirlo excesivo.

El triunfo de Labourdonnais despertó la emulación de su compatriota Dupleix, gobernador de Pondichery, que había concebido respecto de la India un plan gigantesco; y como con su realización se avenía mal lo de restituir Madrás á los ingleses, manifestó que su colega nunca tuvo facultades para firmar aquel convenio, que las conquistas de las armas francesas en el Continente se hallaban bajo su autoridad, y que, por lo tanto, mandaba demolerlo y arrasarlo. Labourdonnais se vió precisado á ceder, y las capitulaciones quedaron rotas, lo cual produjo en los ánimos la indignación consiguiente. Mas no paró en esto la falta de consideración de Dupleix, sino que llevó á Pondichery al gobernador y principales jefes del fuerte de San Jorge, haciéndolos entrar por las calles de la ciudad escoltados como prisioneros, sirviendo de espectáculo á cincuenta mil personas que habían acudido para contemplar aquella procesión triunfal. Creyéronse con tal motivo los moradores de Madrás desligados y libres de toda obligación respecto de Labourdonnais, y cada uno pensó en los medios de tomar desquite y volver de nuevo á la lucha: Clive, á quien la mala fe del francés tenía sobremanera indignado, salió furtivamente, á favor de la noche y de un disfraz de musulmán, y fué á refugiarse al fuerte de San David, lugar de poca importancia en la circunscripción de Madrás.

Las circunstancias en que se halló colocado con tal motivo, le hicieron adoptar una profesion más en armonia con su carácter inquieto y atrevido que la monótona y pacífica de los negocios mercantiles. En efecto, solicitó y obtuvo una plaza de abanderado al servicio de la compañía, y empezó á los veintiun años la carrera militar. Su valor personal, probado en un duelo terrible con cierto militar, espadachin de oficio y terror del fuerte de San David, lo hizo distinguirse pronto entre los valientes. Poco tardó tambien en revelar en su nuevo estado cualidades ántes desconocidas en él, tales como buen juicio, y penetracion y deferencia y respeto á la autoridad legitima, logrando por ellas y su esfuerzo en varias expediciones contra los franceses llamar justamente la atencion de sus compañeros de armas, y en particular del mayor Lawrence, reputado como el oficial más capaz de cuantos habia en las Indias.

A poco de hallarse Clive en el servicio, llegó la noticia de haberse firmado la paz entre Francia y la Gran Bretaña. Dupleix tuvo que restituir la plaza de Madrás á la Compañía, y el jóven abanderado quedó libre y en disposicion de volver á sus anteriores y tranquilas ocupaciones. Pero si bien entró de nuevo en las oficinas y tornó á escribir cuentas y facturas, las abandonó presto para ponerse bajo las órdenes del mayor Lawrence, que se proponia concluir en una breve campaña con la hostilidad de algunos indigenas. Hecho esto, volvió á Madrás y á sus facturas como ántes. Pero, miéntras vacilaba entre las armas y las letras de cambio, acaeció un suceso de tal naturaleza é importancia que, al fin, lo decidió á fijarse de una manera definitiva en la primera de dichas profesiones; pues aunque entre Francia é Inglaterra se habia restablecido la paz,

entre las Compañías de ambas naciones que hacían el comercio de Oriente no pudo ménos de estallar la guerra, tanto más furiosa y encarnizada, cuanto que sería premio del vencedor la magnífica herencia de la familia de Tamerlan.

El imperio que Baber y sus mogoles crearon durante el siglo XVI, habia sido largos años uno de los más extensos y ricos del mundo: ningun Estado de la vieja Europa contaba mayor número de hombres sometidos á la voluntad de uno solo; tampoco en ninguna parte afluan al tesoro rentas más cuantiosas: la hermosura y magnificencia de los monumentos levantados por los monarcas del Indostan sorprendian y admiraban á los viajeros que habian visitado la basilica de San Pedro; la corte y el esplendor del Gran Mogol deslumbraban los ojos acostumbrados á las pompas de Versalles; algunos de sus grandes vireyes tenian más súbditos que el rey de Francia y el emperador de Alemania, y los delegados de estos delegados del poder supremo podian, en cuanto á la extension del territorio puesto bajo su autoridad y á la importancia de sus rentas, compararse con el gran duque de Toscana ó el elector de Sajonia.

Pero aquel vasto Imperio, tan poderoso y próspero como parecia, examinado superficialmente, áun en sus mejores tiempos estuvo siempre peor regido que se hallan en nuestra época los pueblos peor gobernados de la Europa. Adolecia su administracion de todos los males anexos al despotismo oriental, y de los excesos inseparables á la dominacion de una raza sobre otras: las opuestas pretensiones de los principes de la familia real eran causa de grandes turbulencias y trastornos, crímenes sin cuento y repetidas calamidades públicas; goberna-

dores ambiciosos aspiraban á veces á sacudir el yugo y proclamarse independientes; y tribus enteras de indos, mal dispuestos á sufrir la dominacion extranjera, se negaban con harta frecuencia á pagar el tributo, y no satisfechos con rechazar los ejércitos del Gran Mogol léjos de sus montañas y guaridas, llevaban á las llanuras cultivadas la desolacion y la ruina. Sin embargo, á pesar de la mala administracion, y de las convulsiones que agitaban y conmovian aquella sociedad de tiempo en tiempo, conservó el Estado, al traves de muchas generaciones, las apariencias de la unidad, de la grandeza y de la fuerza, hasta que comenzó á decaer y abatirse durante el largo reinado de Aureng-Zeb, príncipe sabio y enérgico, quien no obstante sus dotes de gobierno, ya no pudo evitar la desgracia que amenazaba al trono de sus mayores. Murió en 1707, y á los pocos años habia hecho el mal tan rápidos y terribles progresos, que entre la incurable decadencia interior y los rudos golpes que recibió de manos extranjeras, se hallaba el Imperio en completa descomposicion.

La historia de los sucesores de Teodosio presenta grande analogía con la de los descendientes de Aureng-Zeb, si bien no tanta como la caída de los Carlovingios, á quienes con más exactitud puede compararse la de los Mogoles. Porque, no bien hubo muerto Carlo Magno, la flaqueza y rivalidades de sus herederos atrajeron el desprecio sobre ellos y la desolacion sobre sus vasallos, quedando roto en mil girones el dilatado imperio de los francos, y sólo una sombra de poder á *Cárlos el Calvo*, á *Cárlos el Gordo* y á *Cárlos el Simple*; miserables y ruines retoños del tronco robusto y fuerte de Carlo Magno. Invasores atrevidos, de raza, lengua y reli-

gion diversas, como concertados de antemano, salieron de las cuatro extremidades del mundo con propósito de saquear aquellas provincias que no podia defender su gobierno; y así se desparramaron los piratas del mar del Norte desde el Elba á los Pirineos, destruyendo cuanto habia en su camino, hasta plantar sus tiendas en las orillas del Sena; y los húngaros, en quienes los atemorizados monges de Italia creian ver á Gog y Magog, asolaron aquella tierra, llevándose los despojos de Lombardía á los bosques de Panonia; y los sarracenos dominaron en Sicilia, asolando las fértiles llanuras de la Campania, y llenando de terror á los romanos. Mas, en medio de aquellos sufrimientos, se verificaba un gran cambio interior en el Imperio: en el seno del cadáver corrompido fermentaba la vida bajo nueva forma, y miéntras su cuerpo gigantesco yacia inmóvil, cada miembro iba teniendo accion y vida propias. Entónces, durante aquel periodo, cuya esterilidad y desolacion no tuvo igual en la historia de Europa, nacieron todos los privilegios feudales y la moderna nobleza, siendo preciso hacer remontar á él el poder de todos los príncipes, vasallos en el nombre, pero independientes de hecho que, bajo la denominacion de duques, marqueses, condes y barones, gobernaron durante siglos las partijas en que fué fraccionada la herencia de Carlo Magno.

Así sucedió con el Imperio mogólico, en cuyo trono tomó asiento por espacio de cuarenta años, á contar desde la muerte de Aureng-Zeb, una serie de soberanos nominales indolentes y viciosos que pasaban la vida encerrados en el palacio, mascando betel, acariciando concubinas y divirtiéndose con sus bufones, miéntras numerosas falanges de feroces invasores descendian por los desfiladeros de

Occidente, con propósito de apoderarse de las indefensas riquezas del Indostan. Entre otros, un conquistador persa cruzó el Indo, penetró en Delhi, y despues de saquearla se llevó en triunfo sus tesoros de más valía, el trono del pavo real, obra de los más hábiles artistas de Europa, revestida de las joyas más ricas de Golconda, y la inestimable *montaña de luz* que, al fin de mil extrañas vicisitudes, brillaba recientemente en el brazalete de Runjeet-Sing, y adornará en breve la horrible figura del ídolo de Orissa (1). Luégo vinieron los afghanes á terminar la obra destructora de los persas; las tribus guerreras del Rajpootana sacudieron el yugo musulman; una partida de soldados mercenarios ocupó á Rohilcund; los Sykes reinaban sobre el Indo; los jauts extendian la desolacion y el terror por la orilla del Jumma, y las cumbres que forman al Occidente la costa marítima de la India enviaron una raza más formidable todavía, que fué espanto de los monarcas indígenas, fuerte, indomable y que no cedió sino á la fortuna y al genio de la Inglaterra, despues de muchas batallas desesperadas y de dudoso éxito. Bajo el reinado de Aureng-Zeb descendieron por vez primera de sus montañas estas hordas de bandidos, y á poco de haber muerto, por todos los confines de su vasto imperio eran conocidas su saña y ferocidad. Dilatados y fértiles vireinatos se vieron totalmente sometidos á su dominacion, que llegó á extenderse de mar á mar, al traves de la península. Caudillos maharatas reinaban en Poonah, Gualior, Guzerate, Berar y Tanjore, sin perder sus

(1) Despues de la derrota de los Sikhs, este famoso brillante figura entre las joyas de la corona de Inglaterra como trofeo del triunfo ofrecido por el ejército vencedor á los piés del trono.—N. del T.

hábitos de pillaje y merodeo por haber llegado á encumbrarse á la dignidad de soberanos de grandes Estados, pues las regiones que no se hallaban debajo de su ley se veían á cada momento devastadas por sus soldados, siendo tal el terror que infundían en los pacíficos habitantes de aquellas comarcas, que, apénas divisaban á lo léjos el brillo de sus armas, corrían á refugiarse á lo más intricado de las selvas, prefiriendo la vecindad de los tigres por parecerles las fieras más humanas que los maharatas. Muchas provincias lograban recoger sus cosechas pagando un fuerte tributo anual, y hasta el mismo Emperador pasaba por la humillacion de ser su tributario cada vez que veía desde los muros de la capital las hogueras del enemigo. Otro caudillo, á la cabeza de numerosas huestes de caballería, venía todos los años á los arroceros de Bengala, y no hace un siglo todavía que se creyó necesario fortificar á Calcutta para defenderla de los jinetes maharatas, cuyo nombre conserva hoy, en memoria de aquel peligro, uno de los fosos de la ciudad.

Todos los vireyes del Gran Mogol que conservaron alguna autoridad se hicieron independientes. Reconocían, es cierto, la supremacía de la familia de Tamerlan; pero al modo que un conde de Flandes ó un duque de Borgoña lo hubieran hecho con el más idiota de los últimos Carlovingios. Enviaban de tiempo en tiempo algunos presentes á su soberano titular por cortesía, y para pedirle títulos y dictados honoríficos; mas ya no eran vireyes ó gobernadores á merced del monarca, sino príncipes hereditarios. Así tuvieron principio las grandes casas musulmanas que rigieron en Bengala y Carnate, y las que áun conservan un resto de poder en Lucknow é Hyderabad.

¿De qué modo debía terminar esta confusión? ¿Debia prolongarse la lucha durante siglos? ¿Debia concluir por la fundacion de una nueva y gran monarquía? ¿Estaba la India destinada á ser de los musulmanes ó de los maharatas? ¿Vendria un nuevo Baber de las montañas para conducir las impetuosas tribus del Cabul y el Korasan contra una raza más rica y ménos guerrera? Todo parecia probable en aquella circunstancia. Lo que nadie hubiera creido ni esperado sucedió, sin embargo, esto es, que una compañía mercantil, separada de la India por seis mil leguas de mar, y que sólo poseia en el país algunas fanegas de tierra, destinadas á un objeto puramente comercial, pudiera llegar á extenderse, en ménos de un siglo, del cabo Comorin á las nieves eternas del Himalaya; que sus agentes redujesen á su obediencia á mahometanos y maharatas, obligándolos á deponer odios y querellas, y que despues de someter á su ley á cien millones de hombres, llevase sus armas victoriosas al Este de Burrampootra y al Oeste del Hydaspe, dictando la paz en Ava é instalando á un vasallo suyo en el istmo de Candahar.

Dupleix fué quien primero comprendió la posibilidad de fundar un imperio europeo sobre las ruinas de la monarquía mogola. Su genio inventivo y bullicioso concibió este proyecto colosal en una época en que los más hábiles servidores de la Compañía inglesa solo se ocupaban en hacer facturas y sobornos. Pero no sólo se habia propuesto un plan, sino tambien los medios más eficaces de llevarlo á término feliz, pues vió con su claro talento que todas las fuerzas que podrian oponer los principes indígenas no serian capaces de resistir á un escaso número de soldados europeos, si bien disciplinándo-

los y poniendo á su cabeza buenos jefes llegarían á ser dignos de ir al combate bajo los primeros capitanes de Europa; y que la manera más fácil y cómoda de llegar cualquier aventurero á ser dueño de la India, consistía en ganarse la voluntad de algun nabab para inspirar sus actos, convertirlo en satélite suyo y hablar por su boca. Así fué Dupleix el primero en comprender y practicar el arte de la guerra y la política, que despues imitaron y siguieron los ingleses con éxito tan feliz.

El estado de la India era tal, que todas las agresiones podían encontrar pretexto y apoyo, así en las antiguas leyes como en las prácticas modernas: ningun derecho se hallaba claramente definido; todo era confusion é incertidumbre, y los europeos, al mezclarse en las querellas y discusiones de los naturales, aumentaban el desórden, pretendiendo aplicar á la política asiática el derecho público de Occidente y sacando analogías del sistema feudal. Si convenia tratar á un nabab como príncipe independiente, nada más fácil que hacerlo, toda vez que lo era, de hecho al ménos; si, por el contrario sólo se queria ver en él un delegado del poder supremo establecido en Delhi, tampoco era difícil, supuesto que, en teoría, no era otra cosa; y así, ya fuese como soberano con facultades de transmitir su dignidad, ya como príncipe gobernador vitalicio, ya como funcionario amovible y á la merced del Gran Mogol, de todos modos podia considerársele y para todo habia gran copia de argumentos y precedentes. El partido que tenía en sus manos al heredero de Baber lo representaba como soberano legitimo absoluto, cuyos derechos debían ser acatados por cuantos vireyes y gobernadores ejercían autoridad en el Imperio; el opuesto alegaba, para sostener la

tésis contraria, que el Imperio se hallaba disuelto de hecho, y que, si bien era justo tratar al Mogol con el miramiento debido á una venerable reliquia de los tiempos pasados, era por demas absurdo el reconocerlo como verdadero señor del Indostan.

En 1748 murió uno de los más poderosos entre los nuevos magnates de la India: el gran nizam Al-Mulk, virey del Decan, pasando el ejercicio de su autoridad á manos de su hijo Nazir Jung. De todas las provincias sometidas á tan alto dignatario, era, sin duda, la más rica y extensa la de Carnate, gobernada por el nabab Anaverdy-Khan. El cebo de su vireinato y de la importante provincia que de él dependia, despertaron la ambicion y la codicia de Mirzafa Jung, nieto del difunto nizam, y de Chunda Sahib, yerno de un antiguo nabab de Carnate, pretendiendo el primero competir con Nazir Jung, y el segundo disputar el gobierno al delegado de Al-Mulk. En medio del trastorno y de la perturbacion general del país y de las leyes, no era difícil á ninguno de los dos hallar aventureros que siguiesen sus banderas, y razones más ó ménos especiosas en que apoyar su demanda, como así sucedió. Una vez hecho esto, entraron en el Carnate y pidieron auxilio á los franceses, cuya reputacion militar habia subido de punto á consecuencia de los últimos triunfos de sus armas sobre los ingleses, en la costa de Coromandel.

Nada podia ser más agradable al diestro y suspicaz Dupleix que la idea de implantar un nabab en Carnate y un virey en Decan, para ser él despues, en su nombre, el árbitro de la India meridional. Alióse, pues, con los pretendientes, y les envió cuatrocientos soldados de su nacion y dos mil cipa-

yos con armas á la europea. Dióse una batalla; se distinguieron mucho los franceses; Anaverdy quedó derrotado y muerto, y su hijo Mohamed-Alí, que despues adquirió, bajo el nombre de nabab de Arcot y por la elocuencia de Burke, tan poco envidiable celebridad, huyó á Trichinópolis con los débiles restos de su ejército, dejandó en posesion de casi toda la provincia á los vencedores.

Tales fueron los principios de su engrandecimiento. Despues de haber pasado algunos meses entre combates, intrigas y negociaciones, su capacidad y su buena estrella parecieron prevalecer en todas partes. Nazir Jung murió á manos de sus propios vasallos, y Mirzafa Jung fué dueño del Decan, y completó el triunfo de la política y de las armas francesas. Todo era fiestas en Pondichery para celebrar tan repetidas victorias, cuando llegó el nuevo Nizam con el objeto de recibir la investidura de su vireinato, ceremonia que se verificó con gran pompa y solemnidad. Dupleix, revestido de un magnífico ropaje mahometano, entró en la ciudad en el mismo palanquin que el Nizam; y en todas las solemnidades que tuvieron lugar, ocupó el primer puesto entre los altos dignatarios de la corte; fué proclamado gobernador de la India, desde las riberas del Kristna hasta el cabo Comorin, territorio casi tan extenso como la Francia, con atribuciones y facultades superiores á las del mismo Chunda Sahib, y se le confirmó el mando de siete mil hombres de caballería. Anuncióse que sólo tendría circulacion en el país la moneda de Pondichery, y gran parte de los tesoros acumulados por los antiguos vireyes del Decan pasó á sus manos, pues, sin contar las alhajas y piedras preciosas, recibió de su protegido veinte millones de reales, si hemos de dar crédito á la tradicion.

Teniendo en cuenta la extension del territorio sometido á su autoridad, que ésta la ejercia sin limites sobre un pueblo de treinta millones de hombres, y que no era posible obtener honores ni emolumentos del gobierno sin su anuencia, ni al Nizam leer una solicitud siquiera sin su *exequatur*, bien puede creerse que serian inmensas las utilidades que de ello reportaria.

Poco sobrevivió Mirzafa-Jung á su exaltacion. Entónces, merced á la influencia francesa, ocupó el trono vacante otro príncipe de su familia, que sancionó todas las promesas de su predecesor. Dupleix habia llegado á ser el primer potentado de la India; sus compatriotas sabian con orgullo que su nombre se respetaba en el mismo palacio de Delhi, y los indigenas contemplaban llenos de asombro los progresos que hacia en la dominacion del Asia. Pero su vanidad era mucha y no quedaba satisfecha con el ejercicio del poder, sino que, además, necesitaba desplegar un fausto verdaderamente oriental para deslumbrar á súbditos y rivales. Una de las cosas que ideó y puso por obra con este fin fué disponer se levantase una columna conmemorativa de su triunfo sobre Nazir-Jung con cuatro pomposas inscripciones que anunciaran su gloria á los pueblos de Oriente. Hizo guardar bajo la primera piedra del monumento gran número de medallas con emblemas y leyendas relativas á sus victorias, y dió el nombre de Dupleix Fatihabad á la ciudad que se fundó en torno suyo, lo cual quiere decir la ciudad del triunfo de Dupleix.

Los ingleses, que seguian reconociendo á Mahomed-Ali como legitimo nabab de Carnate, habian hecho algunos esfuerzos, pero débiles é inciertos, para contener los rápidos y brillantes progresos de

la compañía rival. Mahomed-Ali sólo era dueño de Trichinópolis, y á la sazón se hallaba sitiado por Chunda Sahib y sus auxiliares franceses. No parecía posible hacer levantar el asedio; las escasas tropas que habia en Madrás carecian de jefe; el mayor Lawrence estaba de vuelta en Inglaterra, y la colonia no tenía un solo oficial de reputacion acreditada á quien pudiera confiarse tamaña empresa. Por otra parte, los indígenas miraban con menosprecio á la nacion poderosa que presto debia someterlos á su dominio; que no en vano habian visto la bandera francesa sobre las baterías de San Jorge, y conducidos en triunfo por las calles de Pondichery á los jefes de las factorías, y prevalecer, así en los consejos como en los campos de batalla, las armas de Dupleix, sirviendo sólo la oposicion de las autoridades de Madrás para poner más de relieve su debilidad y más alta la fama del vencedor. Tal era el estado de las cosas, cuando el talento y el valor de un jóven, hasta entónces oscurecido, hizo cambiar su aspecto de repente.

Veinticinco años tenía Clive á la sazón. Despues de haber vacilado mucho entre la carrera militar y la mercantil, concluyó por ocupar el puesto de comisario con el grado de capitán, empleo que participaba de ambas cosas. La situacion era muy grave, y era preciso, para ocurrir á su remedio, echar mano de recursos extraordinarios. Clive representó á sus jefes que si no hacian un esfuerzo vigoroso, sucumbiria Trichinópolis, pereceria la casa de Anaverdy, y la India quedaria en poder de los franceses. Para evitarlo, era indispensable dar un gran golpe, y á este fin nada tan conducente como atacar, sin pérdida de tiempo, á Arcot, capital de Carnate y residencia favorita del Nabab, con lo cual podria

tal vez conseguirse que levantasen los enemigos el cerco de Trichinopoly. Aterrados los jefes de la colonia inglesa con los triunfos de Dupleix, y temerosos de que si sobrevenia nueva guerra con Francia fuese destruido Madrás, aprobaron el proyecto de Clive, y le confiaron su ejecucion. Diéronsele doscientos ingleses y trescientos cipayos, armados á la europea; pero de los ocho oficiales que mandaban la fuerza, solo dos habian visto el fuego, y la mitad eran empleados de la Compañía, que, á imitacion suya, movidos de su ejemplo, prefirieron los azares y penalidades de la guerra á la monótona tranquilidad de la vida mercantil. El tiempo era tempestuoso y nada propicio á la empresa; mas no por eso desmayó Clive, ántes al contrario, avanzó con ánimo resuelto á la cabeza de sus tropas, sufriendo el azote de los elementos que parecian estar aliados á los franceses, y llegó á las puertas de Arcot, cuya guarnicion, sobrecogida de un pánico terrible, abandonó la fortaleza, quedando dueños de ella los ingleses sin haber disparado un tiro.

Comprendiendo Clive que no le dejarian disfrutar en sosiego de su conquista, tomó inmediatamente sus medidas para sostener un sitio. La guarnicion fugitiva tardó poco en volver en su acuerdo, y se acercó á la plaza, reforzada de un cuerpo considerable levantado en las inmediaciones, y en número de tres mil hombres, acampando muy cerca de los baluartes. Clive hizo de noche una salida, tomó el campamento por sorpresa, causó un destrozo considerable en el enemigo, lo puso en fuga, y volvió á sus cuarteles sin haber sufrido el menor quebranto, ni perdido un solo soldado.

No bien tuvo noticia de estos sucesos Chunda Sahib, que con sus aliados franceses sitiaba á Tri-

chinópoly, mandó á su hijo Rajah-Sahib con cuatro mil hombres de su ejército para que, unidos á los dispersados por Clive, á un refuerzo de otros dos mil de Vellore, y á ciento cincuenta franceses, enviados por Dupleix desde Pondichery, cayese sobre Arcot.

El cuerpo de Rajah-Sahib, en número de diez mil combatientes, puso cerco á la fortaleza, la cual no parecia poder resistir un sitio como el que la amenazaba. Los muros estaban casi en ruinas, secos los fosos, y las baterías, estrechas y bajas, ni eran capaces para recibir cañones, ni útiles para proteger á los soldados. La guarnicion, corta en un principio, habia quedado reducida á ciento veinte europeos y doscientos cipayos aptos para el servicio; los oficiales á cuatro, y los viveres y demas pertrechos escasamente á lo necesario. El capitán que habia de dirigir la defensa en circunstancias tan desfavorables era un jóven de veinticinco años, educado para tenedor de libros.

A los cincuenta dias de asedio, el tenedor de libros se defendia en la plaza con un valor y pericia tan grandes, que hubieran honrado á los primeros veteranos de Europa. Su situacion, sin embargo, era por demas apurada: las brechas iban ensanchándose más cada dia, y la tropa empezaba á sufrir del hambre. En tales circunstancias, no hubiera sido extraño que soldados tan faltos de oficiales, que llevaban tanto tiempo de padecer todo género de privaciones y tan opuestos entre sí por el color, el idioma, la religion y las costumbres diesen alguna muestra de indisciplina; pero su amor y lealtad á Clive, que superaba, sin duda, al que tuvo á César la décima legion, no les permitió faltar á su deber. Es más, un dia se le presentaron los cipayos para

proponerle que diese sus raciones de arroz á los europeos, acostumbrados á mayor cantidad de alimento que los indigenas, pues á ellos les bastaba la sustancia que pudiera contener el agua en que lo cocian. No hay en la historia ejemplo más grande y conmovedor de fidelidad militar, ni de la influencia que un jefe puede llegar á tener sobre sus soldados.

Habia hecho un esfuerzo el gobierno de Madrás para socorrer la plaza; frustróse; pero se vislumbraron esperanzas en el cuerpo de seis mil maharatas alistados para sostener á Mahomed-Alí, y que permanecian inmóviles en la frontera de Carnate, por creerse inútiles contra el poder, hasta entónces irresistible, de los franceses. La defensa de Arcot los sacó de la inaccion. Morari-Row, jefe de aquel cuerpo de semi-bandidos, al tener noticia de los prodigios de valor que hacian los ingleses, dijo que, puesto sabian batirse tan bizarramente, cosa que no esperaba, iba en su auxilio con los maharatas. Supo Raja-Sahib el movimiento, y comprendiendo que no debía perder tiempo para no quedar envuelto, quiso negociar, y á este fin ofreció á Clive una gran suma de dinero para que desalojase la plaza. El capitan inglés rechazó la oferta con desprecio, y Rajah-Sahib, encolerizado, juró que si no se aceptaban sus proposiciones tomaria el fuerte por asalto y pasaria la guarnicion á cuchillo. Clive le contestó, con la altivez propia de su carácter, que su padre era un usurpador y su ejército una horda de fragidos y cobardes, incapaces de asaltar murallas defendidas por ingleses.

En vista de semejante contestacion, Rajah-Sahib decidió dar el asalto. El dia señalado no podia ser más á propósito para la empresa, pues era el de la

gran fiesta que consagran los mahometanos á la memoria de Husein, hijo de Alí, cuyo recuerdo es el más patético de cuantos contiene la historia del islamismo. Dice la leyenda tristemente que el jefe de los fatimitas bebió agua por última vez, despues de haber visto caer á su alrededor á todos los bravos que iban con él; que oró, y que al punto fué degollado, puesta su cabeza en la punta de una lanza, y herida su boca con el baston del tirano; iniquidad que hizo estremecer á todos los creyentes, pues los ancianos recordaban haber visto besar sus labios por el profeta de Dios. Cerca de doce siglos han trascurrido desde que tuvo lugar este acontecimiento, y áun excita su aniversario tan violentas y lúgubres emociones en el corazon de los musulmanes devotos de la India, que algunos, segun se dice, suelen morir por efecto de la perturbacion moral que les produce. Y como, además, están persuadidos de que si mueren en batalla contra los infieles en semejante dia, quedan absueltos de sus culpas y entran sin más tardanza en el jardin de las Huríes, su esfuerzo y su denuedo no tienen límite si entónces se les conduce á la pelea. Rajah-Sahib quiso aprovechar aquella ocasion para embestir la fortaleza, cuidando ántes, empero, de fomentar con drogas estimulantes el celo religioso de sus soldados, que, ebrios de entusiasmo y de betel, avanzaron furiosos hácia los baluartes.

Secretamente advertido Clive del designio de su enemigo, tomó sus medidas para resistir, y despues se entregó algunos momentos al descanso. Poco tardó en sonar la alarma. Rajah-Sahib avanzaba en direccion á la plaza, llevando á vanguardia del ejército elefantes con la cabeza guarnecida de hierro, persuadido de que las puertas cederian á su impul-

so; mas no bien sintieron aquellos arietes vivos el efecto de las balas, se volvieron á todo correr, arrollando con sus enormes patas cuanto encontraban por delante, y esparciendo la confusion y el desórden entre los mahometanos. Echaron estos al foso una balsa para estar más cerca de los ingleses; y al ver Clive que sus artilleros no sabian hacer la punteria debida en aquella circunstancia, preparó por sí mismo el cañon, dió fuego y barrió la balsa. Por aquellas partes donde el foso estaba seco se arrojaban con gran denuedo; pero eran recibidos por un fuego tan nutrido y certero que hacia vacilar y decaer á los más fanáticos y embravecidos. Los ingleses ocupaban la retaguardia y proveian de fusiles cargados á sus auxiliares, que hacian fuego sin cesar sobre las masas enemigas, las cuales, despues de dar tres ataques desesperados, se replegaron detras del foso. Habia durado el combate cosa de una hora, perdiendo los sitiadores cuatrocientos hombres, y cinco ó seis los sitiados. Pasaron éstos la noche inquietos y desasosegados, temerosos de ver renovar el ataque; pero al despuntar del alba notaron con sorpresa y regocijo que, á favor de la oscuridad, se habia retirado el enemigo, dejando en su poder gran número de cañones y víveres en abundancia.

Fué acogida la noticia de esta victoria con grandes muestras de júbilo y de orgullo en el fuerte de San Jorge. Mirábase por ello á Clive como á hombre capaz de acometer las mayores empresas. Diéronsele doscientos ingleses y setecientos cipayos; y tomando con ellos actitud ofensiva, se apoderó del fuerte de Timery, reunió á sus tropas un escuadron de lanceros de Morari-Row, y á marchas forzadas se dirigió en busca de Rajah-Saib, que tenia bajo

sus órdenes cinco mil hombres, entre los cuales contaba trescientos franceses. Trabóse la pelea encarnizadamente por ambas partes; pero la victoria se decidió en favor de Clive, en cuyas manos cayó la caja del enemigo. Seiscientos cipayos de Rajah-Sahib se pasaron á los ingleses, quedando al servicio de la Compañía; Conjeveram se rindió sin resistencia, y el gobernador de Arnea desertó la causa de Chunda-Sahib, y reconoció los derechos de Mohamed-Alí.

Si la exclusiva direccion de la guerra hubiera esdo en manos de Clive, es probable que la hubiera concluido prontamente; pero la timidez y la incapacidad características de todos los movimientos de los ingleses cuando él no los dirigia en persona, prolongaron la lucha, hicieron decir á los maharatas que los soldados del jóven caudillo eran de raza distinta, y fueron causa de que Rajah-Sahib, á la cabeza de un ejército numeroso, en cuyas filas formaban cuatrocientos franceses, se acercase al fuerte de San Jorge, y que á la vista de su guarnicion cometiera todo género de violencias y robos. Pero Clive, sabedor de aquel ultraje, le salió al encuentro y lo deshizo de nuevo. Rajah-Sahib perdió más de cien soldados franceses en la batalla, lo cual equivalia á muchos miles de indígenas, y el ejército victorioso tomó el camino de San David, mandando Clive á su paso por Dupleix-Fatihabad, la ciudad de la famosa columna erigida en conmemoracion de los triunfos de las armas francesas, arrasar ambas cosas hasta los cimientos. No hizo esto Clive, á nuestro entender al ménos, por animosidad personal ni nacional, sino con un fin político justo y profundo, pues la ciudad y su nombre pomposo, y la columna y sus altaneras inscripciones, formaban parte de los me-

dios que Dupleix habia puesto en juego para avasallar la opinion pública en las Indias, y Clive queria desprestigiarlo. Dupleix habia hecho ver á los indigenas que la Francia era la primer nacion del mundo y que los ingleses no se atreverian á disputarle la supremacía, y ning una medida podia ser más eficaz para desacreditar aquella que la de arrasar pública y solemnemente los trofeos franceses.

Alentado con estos sucesos el gobierno de Madrás, determinó enviar, bajo las órdenes de Clive, un considerable refuerzo á la guarnicion de Trichinópolis; pero cuando se disponia á cumplir su cometido llegó de Inglaterra Lawrence y tomó el mando en jefe del ejército. A juzgar por el carácter discolo é indisciplinado de que tenía dadas pruebas tan repetidas en la escuela y en las oficinas de la Compañía, no hubiera sido extraño ver á Clive, despues de sus victorias, trabajar sin celo ni aficion en el puesto secundario á que lo relegaba la venida del mayor; pero como éste lo habia tratado afectuosamente hacia poco, y nuestro jóven capitán, á vueltas de su altivez y de su orgullo, era muy agradecido, se puso bajo sus órdenes con la mejor voluntad, y sirvió de una manera brillante. Lawrence conocia su mérito y el partido que podria sacarse de su cooperacion; y á pesar de no hallarse dotado de grandes cualidades intelectuales, con su buen sentido apreciaba perfectamente las de su jóven subalterno, en quien no veia un intruso, por más que no fuera militar de colegio, sino «un hombre de indomable resolucion, de carácter firme y de mucha presencia de ánimo hasta en los trances de mayor peligro; soldado por instinto, y que sin haber recibido instruccion militar, sin haber tenido siquiera relaciones con personas de la milicia, sin

más auxilio que su buen sentido y recto juicio, se habia conducido á la cabeza de sus tropas como un oficial experimentado, valiente y de consumada prudencia, por lo cual merecia y podia esperarse de él lo que sucedió.» Tal era la opinion del mayor acerca de Clive cuando llegó á la India y se hizo cargo del ejército.

Los franceses no tenian jefes que oponer á Lawrence y á Clive, porque Dupleix, si bien era fuerte en el terreno de las negociaciones y de las intrigas, carecia de las cualidades necesarias para dirigir en persona una guerra. Su educacion no era militar; tampoco le gustaba la carrera; y sus enemigos lo acusaban de cobarde, porque siempre se alejaba del fuego, como quien huye de las balas, á pretexto de necesitar silencio y reposo para consagrarse más libremente á sus meditaciones. Érale, de consiguiente, indispensable confiar á otras personas la ejecucion de sus grandes proyectos belicosos, y siempre se quejaba con amargura de estar mal servido. Bussi, oficial de mérito reconocido, le habia secundado con mucha eficacia en otras ocasiones; mas al presente se hallaba léjos de su persona, y muy ocupado en el Norte con el Nizam, atendiendo á sus particulares intereses y á los de la Francia; despues de él, sólo tenía hombres incapaces de acometer la menor empresa, ó mancebos sin experiencia, cuyas insensateces provocaban á risa los soldados.

La victoria se decidia en todas partes por los ingleses: en Trichinópolis los sitiadores quedaron convertidos en sitiados y les fué preciso capitular, y Chunda-Sahib cayó en manos de los maharatas, siendo condenado á muerte, probablemente á causa de su rival Mohamed-Alí. Sin embargo, Dupleix no

cedia, sino que continuaba resistiendo con la misma indomable perseverancia y extraordinaria fecundidad de recursos. De su país no recibia el menor auxilio pecuniario; carecia de favor con las mismas personas que lo habian enviado á la India, que censuraban su política, se oponian á sus planes, y sólo le daban de tiempo en tiempo el sobrante de los presidios franceses á guisa de soldados. A falta de esto, apeló á la intriga, á la corrupcion, al soborno; prodigó sus riquezas, abusó de su crédito para crear en todas partes nuevos enemigos al gobierno de Madrás, hasta entre los aliados de la Compañía inglesa; pidió nuevas patentes á Delhi; hizo, en fin, cuanto pudo sugerirle su inventiva; pero todo fué inútil para impedir en aquel país el engrandecimiento de la Inglaterra, y la decadencia de la Francia.

Clive, que no habia disfrutado de buena salud desde su llegada á la India, se halló, al fin, tan doliente, que determinó volver á su patria; pero ántes acometió una empresa erizada de peligros, á la cual dió cima con su habilidad y vigor de costumbre. Estaban ocupados por tropas francesas los fuertes de Covelong y Chingleput, y resueltos los ingleses á desalojarlos de ambas partes, resolvieron enviar contra ellos una expedicion; mas eran tales los soldados que tenian disponibles para realizarla, que ningun oficial quiso exponer su nombre tomándolos bajo sus órdenes. Clive aceptó el mando. Componíase la columna de quinientos reclutas cipayos, y de doscientos ingleses, alistados en las tabernas de Lóndres por los agentes de la Compañía, entre lo más abyecto y envilecido de la sociedad. Débil y enfermo como se hallaba, se propuso convertir en soldados aquella horda, y tomó el camino de Covelong. Un tiro disparado desde el fuerte mató

á uno de ellos, y esto fué suficiente para que los demás volvieran las espaldas y se pronunciaran en vergonzosa fuga, costando no poco trabajo á Clive detenerlos y reunirlos. Al fin, á fuerza de constancia y de exponerse siempre en primera línea, pudo conseguir infundirles horror á la cobardía, y formar un cuerpo de buenos soldados con elementos que tan poco prometían. Covelong cayó en sus manos; y al saber que venía de Chingleput un fuerte destacamento en auxilio de la fortaleza recién conquistada, despues de tomar sus medidas para impedir que llegase á noticia de los enemigos la toma de la plaza, apostó su gente en el camino, cayó sobre ellos de improviso, les mató cien hombres á la primer descarga, hizo trescientos prisioneros, persiguió á los fugitivos hasta las puertas de Chingleput, cercó la plaza, que pasaba por una de las más importantes de las Indias, abrió brecha, y ya á punto de tomarla por asalto, capituló el comandante frances, retirándose con la guarnicion.

Clive volvió á Madrás cubierto de gloria; pero en un estado de salud que no le permitia permanecer mucho tiempo en el país. Entónces contrajo matrimonio con la señorita de Maskelyne, hermana del célebre matemático y astrónomo de S. M. Dicen sus contemporáneos que era hermosa y de talento, y á juzgar por las cartas de su marido, la amó mucho miéntras vivió. A poco de haberse casado, salieron ambos para Inglaterra: Clive volvía muy diferente de cuando, diez años ántes, se hizo á la vela en las costas de su patria para ir á buscar fortuna á las Indias; áun no habia cumplido veintiocho, y ya gozaba en la Gran Bretaña reputacion de ser uno de sus mejores soldados. Reinaba la paz en toda Europa; el único punto del globo donde hubiese guerra

entre ingleses y franceses era el Carnate; los grandes proyectos de Dupleix habian puesto en la mayor inquietud á la Cité de Lóndres, y disipádola el cambio repentino sobrevenido en el teatro de los sucesos, merced al esfuerzo y al talento de Clive. En India-House no se le conocia sino bajo el lisonjero sobrenombre de general Clive, y así se le llamaba en los brindis que, á su salud, hacian los directores de la Compañía. Apenas llegó, fué objeto del mayor interes y admiracion para sus conciudadanos; la Compañía le manifestó de la manera más expresiva su reconocimiento, y le regaló una espada magnífica guarnecida de brillantes; pero él tuvo la delicadeza de no aceptarla si no se hacía lo propio con su jefe y amigo, el mayor Lawrence.

Fácil es comprender la satisfaccion y el orgullo de su familia al recibirlo; todos dudaban del testimonio de sus ojos, sin comprender cómo podia ser el mismo que diez años ántes era una causa continúa de disgustos para cuantos lo rodeaban el caudillo famoso que tenian entre sus brazos. Particularmente su padre no quiso dar crédito á cuantas hazañas se referian de él hasta que se supo en Inglaterra de una manera oficial la noticia de su heroica defensa de Arcot: sólo entónces se oyó murmurar entre dientes al buen viejo que su hijo servía para algo útil; pero desde aquel momento fué tomando su aficion y su entusiasmo por Roberto mayores proporciones, á medida que iba teniendo noticia de sus empresas, hasta llegar á convertirlo en objeto de adoracion.

Por muchos conceptos debia regocijarse su familia al verlo, pues aparte de la natural satisfaccion que sentiria, su venida iba á remediar la situacion apurada de sus individuos. Habian tocado á Clive

sumas de mucha importancia en los despojos causados á los indos durante la guerra, y él las empleó en auxiliar á su padre, y levantar las cargas que pesaban sobre sus bienes. Lo demas lo disipó en cosa de dos años, viviendo con magnificencia, vistiendo con el mayor lujo y teniendo carruaje y caballos de montar; y como si estos medios no fuesen bastante eficaces para desembarazarse de cuanto traia, recurrió á una eleccion disputada y reñida, que es en Inglaterra el más pronto y de más inmediato resultado. Anulada su acta, á pesar de los grandes esfuerzos que hizo Fox en la Cámara para evitarlo (1754), y sin recursos para continuar la vida espléndida que hacia, volvió á pensar, naturalmente, en la India, con tanto más motivo, cuanto que la Compañía y el gobierno deseaban mucho utilizar sus servicios.

Se habia hecho por entónces en Carnate un tratado muy favorable á la Inglaterra; Dupleix se hallaba en Europa con los restos de su inmensa fortuna, para verse perseguido y calumniado hasta la muerte, y otro jefe ocupaba su puesto; mas como ya se advertian muchos signos precursores de una guerra entre Francia y la Gran Bretaña, era necesario enviar á la India un jefe capaz. Los directores nombraron á Clive gobernador del fuerte de San David, y el Rey le dió el grado de teniente coronel en el ejército, saliendo en seguida (1755) para su destino.

La primera empresa que se le confió al regresar á Oriente fué la de tomar el fuerte de Gheriah, construido sobre un promontorio de peñascos, rodeado por todas partes del Océano, y que servia de guarida al pirata Angrea, cuyas barcas eran el terror del golfo Arábigo. El almirante Watson, jefe de la

escuadra inglesa en los mares de Oriente, incendió la flotilla de Angrea, mientras Clive atacaba por tierra la fortaleza. Cedió la plaza, y los vencedores se repartieron ciento cincuenta mil libras esterlinas de botín. Pero á los dos meses de hallarse de vuelta en su gobierno de San David, recibió una nueva que puso en juego toda la energía de su carácter activo y emprendedor.

De todas las provincias sometidas á la casa de Tamerlan, era la más rica la de Bengala. Ninguna otra parte de la India reunía tantas ventajas naturales para la agricultura y el comercio: el Ganges, al lanzarse por cien brazos al mar, había formado una inmensa llanura de aluvion, cuya riqueza y fecundidad son extraordinarias; los arrozales producen cantidades verdaderamente fabulosas; la especería, el azúcar y los vegetales aceitosos abundan con increíble profusion; el cauce de los rios apenas basta para contener los peces; las islas desiertas en la costa son malsanas, efecto de su misma feracidad, las pueblan tigres y ciervos, y proveen de sal en abundancia á los distritos cultivados, y el caudaloso rio que fecunda el suelo es al propio tiempo la grande arteria del comercio de Oriente. En sus márgenes se alzan las ciudades más ricas, las capitales más suntuosas, y los templos más concurridos y venerados de la India. En vano ha luchado la tiranía del hombre contra la excesiva liberalidad de la naturaleza, pues, á pesar de los déspotas musulmanes y de los bandidos maharatas, la provincia de Bengala era conocida en todo el Oriente bajo los nombres de Jardin del Eden ó de Reino Rico; su poblacion crecia y se multiplicaba de una manera extraordinaria; las provincias lejanas se mantenian del sobrante de sus graneros, y las damas de la aris-

tocracia inglesa ó francesa lucian los elegantes y primorosos productos de sus telares. La raza que habitaba en aquel país, enervada por el clima, y habituada sólo á ocupaciones pacíficas, era respecto de los demas asiáticos, lo que éstos son en general á los esforzados y atrevidos europeos. El bengalí es afeminado, lo hace todo con flojedad, gusta de la vida sedentaria, teme el trabajo corporal, y áun cuando es retador y pendenciero, rara vez entra en lucha, y jamás sienta plaza de soldado; tanto es así, que puede ser que no llegue á cien bengalís los que haya en todo el ejército de la Compañía de las Indias. Como se ve, ningun pueblo ha sido más á propósito para recibir el yugo de la dominacion extranjera.

Las grandes empresas comerciales de Europa tenían, de mucho tiempo ya, establecidas factorias en aquella parte: los franceses en Chandernagore, que siguen ocupando; los holandeses, remontando el Hougley, en Chinsurah, y los ingleses en el fuerte William, más cerca de la orilla del mar. Una iglesia, vastos almacenes, y las casas de los principales comerciantes de la Compañía de las Indias orientales se alzaban á las márgenes del rio; más léjos habia una gran ciudad indígena, recién edificada, en la cual tenían su residencia algunos comerciantes indios muy acaudalados. Tal era entónces Calcuta. En el espacio que ahora ocupan los palacios de Chowringhee, sólo se veian á la sazón chozas miserables, cubiertas de paja; y donde al presente se halla la ciudadela y el paseo de carruajes, sólo habia en la época referida un matorral, donde se guarecian los caimanes y los pájaros acuáticos. Los ingleses pagaban al Gobierno la renta de la tierra ocupada por su colonia; pero ejercian en ella cierta

jurisdiccion, á semejanza de los señores feudales.

Gobernaba la gran provincia de Bengala desde hacia mucho tiempo, así como las de Orissa y Barber, un virey, conocido entre los ingleses bajo el nombre de Anaverdy-Kan, el cual, de hecho, era independiente del Gran Mogol. Murió en 1756, y le sucedió en la soberanía de sus Estados su nieto Surajah-Dowlah, uno de los déspotas más bárbaros y feroces que haya producido la India. De cortas luces y carácter desapacible, enervado y corrompido por sus maestros, ni daba oídos á la razon ni cabida en su pecho á ningun impulso generoso: con el abuso de los placeres debilitaba su cuerpo y su ya escasa inteligencia; y con el de las bebidas espirituosas exaltaba su cerebro hasta la locura. Rodeábase con preferencia de hombres de la más baja extraccion, cuyo único mérito consistia en ser aduladores, serviles y bufones; y habia llegado á tal refinamiento de maldad, que hallaba tanto placer en atormentar como otros en hacer bien á sus semejantes. Cuando niño, se divertia en dar tortura á los animales; ya hombre, se gozaba en hacer sufrir á los seres humanos.

Aborrecia Surajah-Dowlah instintivamente á los ingleses; odiarlos era su pasion favorita; y como nadie se opuso nunca á las suyas, ésta creció con su poder y llegó á ser como él, sin limites. Además, se habia formado una idea muy exagerada del botin que podria producirle el saqueo de Calcuta, sin alcanzársele que, aun cuando la riqueza de los ingleses fuera superior á sus cálculos, nada seria en compensacion del quebranto que sufriria la provincia de Bengala si, por sus violencias y extorsiones, se alejaba de ella el comercio europeo. No era difícil hallar pretexto para una querella en el estado

actual de las cosas. Los ingleses, previendo el caso de hallarse en guerra con Francia, empezaron á fortificar la colonia, sin permiso especial del Nabab. Esto bastaba; pero puso el colmo á su enemiga el haberse negado el gobernador de Calcuta á entregarle cierto rico indígena, á quien queria despojar, y que, huyendo de sus manos, se habia refugiado en el fuerte. En consecuencia, Surajah-Dowlah se puso en marcha contra el Fort-William, á la cabeza de un gran ejército.

Dupleix habia obligado á los funcionarios de la Compañía, en Madrás, á ser estadistas y militares; pero como los que se hallaban en Bengala sólo eran á la sazón comerciantes, se aterraron con la nueva del próximo peligro. El gobernador y el comandante militar fueron los primeros en tomar la fuga, dejando al fuerte desamparado, cuya guarnicion hizo poca resistencia al enemigo. Gran número de ingleses cayeron en poder de Surajah-Dowlah, el cual mandó traer á su presencia á Mr. Holwell, por ser el de más importancia, y al recibirlo en la sala de la Factoría, se burló de la insolencia de los britanos, se quejó de la exigüidad del tesoro que habia encontrado, y despues de prometerle la vida de sus compañeros lo despidió, yéndose á dormir.

Entónces se cometió aquel crimen horrendo, memorable por la manera como fué perpetrado y por la venganza terrible que le siguió. Habian quedado los prisioneros á merced de los soldados, y éstos, con el fin de ponerlos en lugar seguro durante la noche, resolvieron encerrarlos hasta el otro dia en el calabozo de la guarnicion, espacio reducido, pues apenas medía veinte piés cuadrados, con tan escasas y altas lumbreras y respiraderos que difficilmente hubiera podido servir de cárcel á un europeo.

Era el solsticio de verano, época durante la cual solo es soportable el calor á los ingleses cuando viven en casas espaciosas y llenas de comodidades. Los prisioneros llegaban hasta ciento cuarenta y seis. Mandáronles entrar en el calabozo; pero al ver que sólo hacinados podrian caber en aquel estrecho y lóbrego recinto, lo tomaron á burla de sus guardas. Poco tardaron en conocer su engaño. Recurrieron entónces á las súplicas y á los ruegos; pero todo fué en vano, porque los indos amenazaron con la muerte á los tardos en obedecer, y á empellones y golpes los hicieron entrar, cerrando tras ellos la puerta y reforzándola con parapetos.

No hay en la historia ni en cuanto ha podido imaginar la ficcion de más horrible, ni siquiera el suplicio de Ugolino, cuando muriéndose de sed entre los hielos eternos humedeció sus áridos labios en el sanguinolento cuero cabelludo arrancado de la cabeza de su verdugo, nada que iguale á la horrible relacion que hicieron de sus congojas y padecimientos en aquella noche pavorosa los pocos individuos que sobrevivieron á ella. Holwell ofreció sumas considerables á sus carceleros, los demas pidieron gracia de cuantas maneras son imaginables: á todos se contestó que nada era posible hacer sin órden expresa del Nabab, que éste dormia, y que recibiria grande enojo si se le despertaba. Entónces los ingleses, locos de desesperacion, trabaron una furiosa lucha para acercarse á los respiraderos y para disputarse las gotas de agua que, como por burla, les otorgaban los indos en la agonía; y solo se oian en el calabozo gritos, blasfemias, plegarias y maldiciones, confundidas con las carcajadas de los guardas, que, alumbrándose con antorchas, desde afuera presenciaban sus infernales tormentos, sus

gestos, sus contorsiones con la misma risa que si fuera un espectáculo de mímica. Poco á poco fué cesando el tumulto, é hizo lugar á los gemidos, á los suspiros y al estertor de los que morian. Llegó el nuevo dia, y el Nabab permitió que abriesen la puerta, siendo preciso amontonar los casi corrompidos cadáveres para que pudiesen salir los veintitres espectros que aún alentaban, y á quienes no hubieran reconocido sus mismas madres. Abrióse al punto una fosa, y echaron á ella los ciento veintitres muertos, sin que número tan considerable de víctimas excitase remordimientos ni lástima en el Nabab ni en los soldados, ni fuese parte á infundirle compasion hácia los vivos. Aquellos que nada poseian quedaron en libertad; pero los que pudieron ofrecer algun rescate continuaron prisioneros y siendo tratados con el rigor más extremado. Uno de estos fué Holwell, á quien mandó comparecer á su presencia para dirigirle improperios y amenazas, y luégo darle orden de salir, cargado de cadenas, á pesar de la situacion lastimosa en que se hallaba, para el interior del país, juntamente con otros de quienes sospechaba sabian más de lo que decian respecto de los tesoros de Calcuta. Alojóseles bajo miserables techumbres, y dióseles por todo limento arroz y agua, hasta que, á ruego de algunas mujeres parientas del Nabab, pudieron alcanzar la libertad. Una sola inglesa sobrevivió á tan grandes penalidades, y fué destinada al harem de Surajah-Dowlah. en Moorshedabad.

El vencedor puso en noticia de su jefe nominal el resultado de la reciente conquista, y despues de guarnecer el fuerte William y de prohibir á los ingleses fijar su residencia en aquellas inmediaciones, mandó que, en memoria del triunfo conseguido por

sus armas, se llamase Calcuta en lo sucesivo *Alinagore*, lo cual quiere decir el Puerto de Dios.

En Agosto llegaron á Madrás las noticias de la pérdida de Calcuta, causando la más viva y profunda impresion: un grito de venganza resonó por todas partes; y cuarenta y ocho horas despues de haberse difundido la nueva estaba resuelto el envío de una expedicion al Hougley, bajo las órdenes de Clive y Watson, respectivamente, las tropas de mar y tierra. Novecientos hombres de infantería inglesa, buenos y valientes soldados, con mil quinientos cipayos, componian el ejército que se embarcó para castigar á un príncipe que tenía más vasallos que Luis XIV y la emperatriz María Teresa. Diéronse á la vela en Octubre, y despues de luchar con los vientos contrarios llegaron en Diciembre á Bengala.

Recreábase, miéntras, el Nabab en Moorshedabad, con sus concubinas y cortesanos, persuadido de que los ingleses no cometerian nunca la temeridad de invadir su territorio. Su ignorancia era tal en este punto, que no creia hubiese diez mil hombres en toda Europa; deduciendo de aquí la inferioridad é impotencia de sus enemigos. Pero si no abrigaba el menor recelo respecto de la fuerza militar de los ingleses, su ausencia de la colonia empezaba ya á causarle cierto disgusto, en razon á que las rentas habian bajado de una manera notable desde la toma de Calcuta, y sus ministros logrado hacerle comprender, no sin esfuerzo, que más provecho resulta, á veces, á los soberanos, de proteger á los comerciantes, que de perseguirlos y ponerlos en el tormento para descubrir sus tesoros.

En tal disposicion, y cuando se hallaba á punto de permitir á la Compañía que volviese á continuar

sus operaciones en Bengala, llegó á su noticia el armamento de los ingleses y su entrada por el Hougley. Dió entónces órden al ejército de reunirse en Moorshedabad, y marchó sobre Calcuta.

Clive habia dado principio á las operaciones con la mayor rapidez y energía: tomó á Budgebudge, derrotó á la guarnicion del fuerte William, reconquistó á Calcuta, y ganó por asalto á Hougley y lo entró á saco. El Nabab, que se sentia dispuesto á entrar en arreglo con los ingleses ántes de probar la suerte de las armas, se afirmó todavía más en su primera intencion con las pruebas que le daban de su esfuerzo y poder, y en consecuencia lo manifestó así á los capitanes del ejército enemigo, prometiéndolo restablecer la factoría é indemnizar á los que hubieran sido despojados.

A fuer de soldado, creia Clive deshonroso el entrar en arreglos con Surujah-Dowlah; pero como sus poderes eran limitados, y una junta, compuesta en su mayor parte de agentes de la Compañía que habian servido en Calcuta, tenía la direccion general de los negocios, sus miembros estaban ya impacientes por volver á sus destinos y ser indemnizados. Además, el gobierno de Madrás temia verse atacado de nuevo por los franceses á causa de la guerra que acababa de estallar en Europa, y esperaba con ánsia la vuelta del ejército expedicionario; y como, por otra parte, las promesas del Nabab eran bastante considerables y los resultados de la lucha dudosos, Clive consintió entrar en tratos con él, si bien manifestando cuánto le dolia no poder concluir aquella empresa tan gloriosamente como hubiera deseado.

Preséntase con este motivo bajo nueva faz el caudillo de los ingleses; porque si hasta entónces

sólo habia sido soldado de fortuna, y ejecutor hábil y valiente de los planes de otro, á partir de entónces se hace necesario considerarlo principalmente como hombre de Estado cuyas operaciones militares están subordinadas á sus proyectos políticos. Pero sí es innegable que desplegó en el nuevo papel las mayores facultades y que obtuvo los triunfos más brillantes, tampoco debe ocultarse que su modo de proceder empañó su reputacion y carácter moral. No por eso estamos conformes con Mill cuando dice que «si el engaño y la falsedad le convenian, echaba mano de ellos, sin escrúpulo ni remordimientos;» ni tampoco podemos estarlo con Malcolm que sólo ve integridad y honor en la conducta de su héroe. Clive era valiente hasta la temeridad, sincero hasta la indiscrecion, apasionado en los afectos, noble en las enemistades, y en sus relaciones oficiales ó particulares con los ingleses franco y leal, y lleno de generosidad y grandeza de sentimientos. Su conducta en la India está explicada por la manera que tenia de considerar la política de Oriente: la creia un juego, en el cual, para ganar, estaba permitido hacer trampas; sabia que el código moral de los indigenas diferia mucho del de los ingleses; que tenia que habérselas con hombres destituidos de honor, que hacian sin vacilar y violaban sin vergüenza todo género de promesas, y que sin escrúpulo alguno recurrían á la corrupcion, al perjurio, á la falsedad para conseguir sus fines. Sus cartas demuestran cuanto pensaba en la gran diferencia que separa la moral asiática de la europea, y el error en que, á nuestro entender, se hallaba al no parecerle posible luchar con éxito contra semejantes adversarios si se ligaba con lazos que á ellos no sujetaban, si decia siempre la ver-

dad sin oír la nunca de su boca, y si cumplía, aún en perjuicio suyo, los compromisos contraídos con unos hombres que nunca obedecían á otra ley que á la de su provecho y conveniencia. Así, pues, Clive, que en las demas circunstancias de la vida era un militar valiente y pundonoroso, no bien se hallaba en lucha con indos intrigantes, se volvía como ellos, y sin el menor empacho cometía falsedades, prodigaba hipócritas halagos, sustituía unos papeles con otros y hasta falsificaba firmas.

Fueron conducidas las negociaciones entre los ingleses y el Nabab especialmente por Mr. Watts, funcionario de la Compañía, y un bengalí llamado Omichund, á quien la expedición del Nabab contra Calcuta había hecho sufrir pérdidas inmensas en su comercio. Era Omichund muy conocedor del carácter de los ingleses y á propósito para servirles de intermediario con las cortes de la India, pues gozaba de gran influencia entre los suyos, y poseía en grado superior sus cualidades y defectos: la observación, el tacto y la perseverancia, y el servilismo, la codicia y la perfidia.

El Nabab se condujo en aquel negocio con la mala fe propia de un hombre de Estado indo, y la ligereza de un niño. Prometió, se retractó, vaciló y eludió el cumplimiento de sus promesas. Avanzó con aspecto amenazador contra Calcuta; pero al ver que los ingleses tomaban una actitud firme, retrocedió espantado y se avino á suscribir la paz, bajo las condiciones que le propusieron. Mas no bien hubo firmado, se consagró á formar contra ellos nuevos proyectos de hostilidad, intrigando con las autoridades francesas de Chandernagor, y solicitando de Bussi que viniese á expulsar los ingleses de Bengala. Informados de estos manejos

Clive y Watson, resolvieron dar un golpe decisivo, atacando á Chandernagor ántes de que las fuerzas en él existentes pudieran recibir socorro, ya fuese del Mediodía de la India, ya de Europa. Watson dirigió la expedicion por mar, y Clive por tierra: el éxito de sus operaciones combinadas fué rápido y completo: el fuerte, su presidio, la artillería y las provisiones militares cayeron en su poder, y entre los prisioneros, quinientos soldados europeos.

El Nabab, que temia y odiaba á los ingleses cuando áun podia oponerles los franceses, al ver á éstos rotos y deshechos concibió mayor aversion contra sus vencedores, sin atreverse, no obstante, á seguir con ellos una marcha fija é invariable, pues su carácter irresoluto y falta de principios lo tenía siempre vacilando entre la humillacion y la insolencia. Un dia envió á Calcutá una fuerte suma con el objeto de pagar parte de las indemnizaciones debidas, y al siguiente despachó emisarios á Bussi con grandes regalos, exhortándolo á venir contra Clive, á quien deseaba ver abandonado para siempre de la fortuna, segun decia su Alteza. Mandó á sus tropas salir contra los ingleses, y, á poco, dió contraórden. Escribia en los términos más halagüeños y pomposos á Clive, y hacía pedazos sus contestaciones; despedia de su presencia á Watts, amenazando con hacerlo empalar, y no bien lo perdía de vista, lo llamaba de nuevo para pedirle perdon de aquella ofensa. Tal era el Nabab, y así se conducia con los extranjeros, en tanto que su administracion detestable, sus locuras, sus costumbres disolutas, su aficion á rodearse de la gente más depravada lo iba por dias haciendo aborrecible á todas las clases de sus vasallos, desde los tímidos y económicos indos, hasta los altivos y fastuosos mahometanos.

Esto dió por resultado que se formara una conspiracion formidable contra él, dirigida por Roydullub, ministro de Hacienda, Meer-Jaffier, general en jefe del ejército, y Jugget Seit, el banquero más poderoso de las Indias. Revelóse el plan á los agentes ingleses, y los descontentos de Moorshedabad entraron en relaciones con la junta de Calcuta, cuyas dudas y temores venció Clive, votando en favor de los conjurados. Decidióse que los ingleses contribuirían por su parte de una manera eficaz á destruir á Surajah-Dowlah y á poner en lugar suyo á Meer-Jaffier, el cual, á su vez, se obligó, para el caso de que el proyecto se realizase, á indemnizar generosamente, así á la Compañía como á sus empleados, y á ser no ménos espléndido con el ejército, la marina y la junta de Calcuta. Los vicios repugnantes de Surajah-Dowlah, el daño que habia causado á los ingleses, los peligros á que se hubiera visto expuesto el comercio, de continuar en el trono un príncipe tan indigno, justifican, á nuestro parecer, la resolucion formada por todos de privarlo de la corona. Lo que no puede justificarse de ningun modo es la disimulada conducta de Clive, pues envió, precisamente en aquellas circunstancias, cartas tan afectuosas á Surajah-Dowlah, que llenaron su pecho de confianza. El mismo correo portador de «la misiva tranquilizadora,» como él la llamaba, llevó á Mr. Watts un despacho concebido en los términos siguientes: «Decid á Meer-Jaffier que no tema nada. Yo iré á su encuentro con cinco mil hombres que jamás han vuelto la espalda al enemigo. Marcharé dia y noche para llegar más pronto en su auxilio, y lo sostendré mientras me quede un soldado.»

No era posible que una conjuracion tan vasta pu-

diese permanecer secreta mucho tiempo. El Nabab recibió aviso de lo que se tramaba contra su persona, y esto despertó sus sospechas. Mas Omichund, con artificios y ficciones supo tranquilizarlo, apartando aquella idea de su ánimo. Cuando llegaba todo á sazón, Clive descubrió que su ingenioso auxiliar Omichund se disponia á venderlo, revelando el proyecto á Surajah-Dowlah. Habíase prometido al astuto bengalí una crecida indemnizacion por los perjuicios que sufrió en Calcuta; convino en ello; pero luego, sin duda, hubo de pensarlo mejor, y pidió más. En sus manos estaba el hilo de la intriga; y como una palabra suya podia deshacer toda la trama, y costar la vida á Watts, á Meer-Jaffier y demas conspiradores, determinó aprovecharse de aquellas críticas circunstancias para imponer nuevas y más grandes condiciones, y pidió trescientas mil libras esterlinas en precio de su silencio y su trabajo. Irritados los individuos de la Junta al ver tanta perfidia, é inciertos y temerosos de las consecuencias que pudiera tener la menor torpeza, no sabian á cuál partido inclinarse, si á negar ó á conceder. Clive propuso combatir á Omichund con sus mismas armas. Tratándose, dijo, de un miserable, todos los artificios que se empleen para destruir sus maquinaciones deben reputarse legitimos: prométase cuanto pide ahora, que presto se hallará á merced del vencedor, y entónces podremos castigar su mala fe, negándole no sólo esto, mas tambien la indemnizacion que se le debe por las pérdidas que tuvo en Calcuta cuando el saqueo de Surajah-Dowlah.

Convino la Junta en seguir los consejos de Clive; pero, ¿cómo ejecutarlos, si para ello se hacía necesario engañar á uno de los hombres más prudentes

y sagaces de la India? Omichund habia exigido que, en el tratado que estaba á punto de celebrarse entre Meer-Jaffier y los ingleses, se incluyera una cláusula relativa á sus derechos; cláusula que debia ver él mismo con las firmas de los contratantes al pié. Clive dispuso entónces la redaccion de los tratados, uno en papel blanco y otro en papel de color: el primero era válido, el segundo nulo; en éste habia un artículo en favor de Omichund, en aquél ni parecia su nombre siquiera. Así las cosas, surgió una dificultad, á causa de la repugnancia que tenía Watson de firmar el tratado ficticio; y como la cautela y penetracion del bengalí eran muy grandes, la falta de aquel nombre al pié del convenio hubiera sin duda despertado recelos en su ánimo. Pero Clive no era hombre de hacer las cosas á medias, y falsificó, vergüenza da el decirlo, la firma del almirante.

Cuando todo estuvo prevenido, Mr. Watts salió secretamente de Moorshedabad, Clive puso las tropas en movimiento, y escribió á Surajah-Dowlah en tono muy distinto que lo habia hecho hasta entónces, haciéndole cargo de cuantos males habian padecido los ingleses, proponiéndole someter los puntos en litigio al arbitraje de Meer-Jaffier, y anunciándole, en conclusion, que como se acercaba la época de las lluvias, durante la cual los pasos y caminos quedaban intransitables, salia en aquel punto con su ejército para recibir sin más tardanza la respuesta de su Alteza.

Surajah Dowlah reunió con presteza las fuerzas que tenia disponibles y fué al encuentro de los ingleses. Habíase convenido de antemano que Meer-Jaffier con el grueso de su division desertaria las banderas del Nabab, pasándose con ella á las de Clive; pero en el momento decisivo pudo más en él

el temor que la ambicion. Clive se hallaba ya en Cossimbazar, y Surajah-Dowlah con sus tropas á poca distancia de allí, en Plassey; y Meer-Jaffier, sin resolverse á cumplir sus compromisos, contestaba de una manera evasiva á los requerimientos del caudillo inglés, cuya posicion con tal motivo era cada vez más crítica y peligrosa, pues ni podia fiarse ya del valor y sinceridad de su confederado, ni tampoco, por más confianza que tuviera en su buena estrella, en su talento militar y en el arrojo y disciplina de sus tropas, era fácil alcanzar el triunfo, empeñando un combate con el ejército de Surajah-Dowlah, veinte veces más considerable que el suyo. Delante del campo de Clive corria un rio de muy escaso caudal y fácil de vadear, pero por el cual no volveria uno solo de sus soldados, si las cosas no salian bien: aquella fué la primera y última vez que su alma intrépida vaciló un momento ante la terrible responsabilidad de una resolucion. Convocó á consejo, y al ver que la mayoría opinaba contra la batalla, manifestó ser ese tambien su parecer; mas de allí á poco, despues de consultarlo consigo mismo por espacio de una hora escasa, determinó arrostrarlo todo, y dió las órdenes necesarias para que se hallasen los suyos prevenidos y dispuestos á pasar el rio la mañana siguiente. Algunos años despues dijo Clive que no habia convocado en su vida sino un consejo de guerra, y que si hubiera seguido su parecer no habrian sido jamás los ingleses dueños de Bengala.

Pasaron el rio, y despues de marchar todo el dia, hicieron alto al anochecer en un bosquecillo inmediato á Plassey, y á una milla del enemigo, cuyos tambores y timbales estuvieron oyendo sin cesar hasta la aurora. Clive no pudo cerrar los ojos aque-

lla noche, no porque le faltase el valor al sentir tan cerca de sí el peligro de una sangrienta y terrible batalla, sino por las consecuencias que pudiera tener su resultado, según fuese favorable ó adverso para las armas de su patria.

No era más tranquilo el descanso de Surajah-Dowlah, cuyo ánimo débil y cobarde turbaba en aquel momento un miedo terrible, que le hacía pensar con espanto en la grave y crítica situación en que se hallaba, desconfiando de sus capitanes, temiendo de cuantos se le acercaban y temblando de verse solo. Así pasó la vispera del combate el poderoso Nabab, y al verlo en su tienda tan triste y abatido, hubiérase dicho que lo asediaban los espíritus de aquellos que murieron maldiciéndolo en el lúgubre calabozo de Calcuta.

Al fin amaneció el día en cuyo espacio debía decidirse de la suerte de las Indias. Al salir el sol avanzaron sobre los ingleses en grandes masas las tropas del Nabab, que constaban de cuarenta mil infantes armados de mosquetes, lanzas, sables y flechas; de cincuenta piezas de artillería de grueso calibre, tiradas por bueyes blancos y elefantes; de algunos cañones más pequeños, pero más temibles á causa de estar servidos por franceses; y de quince mil caballos, cuyos jinetes, como advirtió Clive al punto, no eran de la raza bengalí, sino de la vigorosa y fuerte de las provincias del Norte. A esta inmensa muchedumbre solo podía oponer Clive tres mil hombres, si bien mil de ellos eran ingleses y todos estaban bajo las órdenes de oficiales de su nación. Formaban la vanguardia los soldados del regimiento número 39, cuya bandera, entre otras gloriosas inscripciones conquistadas después en España bajo lord Wellington y en Gascuña, luce el

nombre de Plassey, ganado aquel dia, y esta divisa:
Primus in Indis.

Empezó la batalla por un cañoneo que no causó daño de consideracion á los ingleses, miéntras sus piezas de campaña producian no pequeño estrago en las filas enemigas, privándolas de los oficiales más distinguidos. Cundió con esto el desórden, y como el terror de Surajah-Bowlah iba creciendo á medida que arreciaba el ardor de la pelea, no vaciló un punto en acoger el insidioso consejo de retirarse que le fué sugerido por uno de los conspiradores. Dió, pues, órden de retroceder, y esto decidió de su suerte, porque Clive, en aquel punto, mandó avanzar á los suyos, y arrolló en ménos de una hora al ejército enemigo, poniéndolo en desordenada y vergonzosa fuga, dispersándolo para siempre, causándole quinientos muertos y tomándole su campamento, artillería, bagajes, un inmenso convoy é innumerable cantidad de ganados. Tan señalada victoria, que bastó para someter un imperio más grande y populoso que la Gran Bretaña, fué obtenida por un ejército de tres mil hombres sobre otro de sesenta mil, y sólo costó al vencedor veintidos muertos y sesenta heridos.

Meer-Jaffier, que no habia prestado el menor auxilio á los ingleses durante la batalla, no bien vió decidida en favor suyo la victoria, destacó su division del grueso del ejército, se situó en paraje conveniente, y así que terminó el combate mandó felicitar á Clive. Inquieto y receloso de la recepcion que le aguardaba, salió de su campo al dia siguiente para visitar al caudillo inglés; pero todos sus temores se desvanecieron al ver que se le hacian los honores debidos á su rango, y que Clive le salia al encuentro, le abrazaba, lo proclamaba nabab de las

tres provincias de Bengala, Bahar y Orisa, despues de oir sus excusas con atencion y bondad, y que le instaba vivamente para dirigirse sin más tardanza á Moorshedabad.

Surajah-Dowlah se habia escapado del campo de batalla y corrido á refugiarse en Moorshedabad, á donde llegó sin tomar descanso en veinticuatro horas. Convocó al punto su consejo, le dió cuenta del estado de las cosas y le pidió parecer. Dos fueron los principales: opinaban los más avisados que, pues no debia temer nada por su vida, y sólo, pero remotamente, por su poder y su libertad si capitulaba, se rindiese á los europeos; los más jóvenes ó ménos prudentes querian tentar de nuevo la suerte de las armas. Agradó esta proposicion al Nabab, rechazó la primera por considerarla obra de la perfidia de sus autores, y se preparó á la resistencia; pero al saber de allí á poco que Meer-Jaffier se acercaba, se desalentó de nuevo, y sin esperar más, ni querer exponerse á las eventualidades de un combate, se disfrazó, tomó un cofrecillo lleno de piedras preciosas, y, á favor de la oscuridad, huyó del palacio, descolgándose por una ventana con dos servidores, y se embarcó en el rio, la vuelta de Patna.

Pocos dias despues entró Clive en Moorshedabad con doscientos ingleses y trescientos cipayos. Diéronle por alojamiento un palacio rodeado de jardines, tan yastos, que todas sus tropas pudieron acampar en ellos cómodamente. Sin pérdida de tiempo quiso Clive verificar la ceremonia de la instalacion del nuevo nabab: al efecto convocó á los notables indigenas, y á presencia suya, condujo de la mano á Meer-Jaffier al puesto de honor, lo hizo sentar, le ofreció, con arreglo al ceremonial de los

orientales, un presente de monedas de oro, y luégo, volviéndose á los testigos de aquella escena, los felicitó por la suerte que habian tenido al quedar libres del tirano (1).

Habia llegado para Meer-Jaffier el caso de cumplir sus compromisos con los aliados, y con el objeto de disponer lo conveniente á este fin, se tuvo una conferencia en casa del opulento banquero Juggat Seit. Omichund, que se creia en gran favor con Clive, á juzgar por su aparente é inalterable benevolencia respecto á él, asistió como uno de los principales auxiliares de la empresa. Dióse lectura del tratado blanco, en el cual, como es sabido, se habia hecho omision de todo lo relativo al astuto bengalí, y entónces Clive, dirigiéndose á Mr. Scrafton, empleado de la Compañía, le dijo en inglés: «Ya es tiempo de desengañar á Omichund.» «Omichund, dijo Mr. Scrafton en indostan, el tratado rojo es falso, de consiguiente nada teneis.» El infeliz, al oír estas palabras, cayó sin sentido en los brazos de sus criados; y si bien volvió luégo en sí, quedó para siempre trastornada su inteligencia. Clive, á quien no contenia ningun escrúpulo en sus relaciones con los políticos indos, pero que no carecía de buenos sentimientos, se dolió del bengalí, lo fué á visitar algunos dias despues, le habló con dulzura, le aconsejó hiciese una peregrinacion para ver si mudando de aires conseguia restablecerse, y hasta se propuso, á pesar de lo pasado, utilizar

(1) Clive en aquella circunstancia tuvo que valerse de un intérprete, pues nunca pudo hablar con facilidad ningun dialecto del país, á pesar de su prolongada residencia en las Indias, del gran conocimiento que tenia del carácter y política de los naturales, y de la influencia y predominio que ejercia sobre sus soldados indios.

de nuevo sus servicios en provecho de la causa pública; pero el golpe habia sido demasiado terrible, y el infeliz Omichund, cuyo talento y gustos sencillos fueron ántes la admiracion de todos, concluyó por volverse idiota, prodigando los últimos restos de su fortuna en juguetes, vestidos lujosos y adornos de pedrería, hasta quedar en pocos meses reducido á la última extremidad, y morir pobre y olvidado, víctima de fraude inmundo. Nada puede, no ya justificar, pero ni aún atenuar esta falta de buena fe cometida por Clive; y como además, tenemos la íntima conviccion de que fué, no solo innecesaria, sino perjudicial en sumo grado á los verdaderos intereses de la Gran Bretaña, nos parece inútil decir que condenamos el hecho absolutamente.

No faltan autores que traten de justificar la conducta injustificable de Clive en esta circunstancia; pero nosotros profesamos el principio de que la política leal y honrada es la mejor de todas, y la única que conviene así á los individuos aislados como á las colectividades, á los hombres como á los pueblos. Podrán citarse algunos nombres de personas á quienes el dolo y la infamia hayan sido parte muy eficaz á su engrandecimiento; pero dudamos mucho de que exista un solo Estado que, á la larga, haya granjeado algo menoscabando y hollando la fe pública. Y si no hubiera otros ejemplos de cuánto es necesaria esta á la prosperidad de los imperios, la historia de la India estableceria verdad tan importante cual es la de que nunca, en ningun caso, se debe oponer la perfidia á la perfidia, sino la sinceridad; porque ni el valor ni la inteligencia de los ingleses han contribuido tanto á extender su dominacion en aquellas regiones como la lealtad y

a rectitud, y es nada todo cuanto hubiéramos podido ganar imitando la falsía y los perjurios empleados contra nosotros, en comparacion de lo que hemos ganado con nuestra buena fe. Tanto es así, que ningún juramento ni prenda ninguna merece hoy dia más crédito entre aquellos pueblos que el *sí* ó el *no* de los agentes británicos; y que si desde hace cincuenta años nos hubiéramos conducido con todos los Omichund como Clive, y hubiéramos mentido como los indos, y hecho traicion y practicado el engaño y el fraude como ellos, creemos firmemente que ni el valor, ni la pericia, ni la superioridad de nuestras armas habrian logrado, no ya extender, pero ni áun conservar siquiera nuestro imperio allende los mares.

No fué Omichund la única víctima de la revolucion, pues Surajah-Dowlah cayó algunos dias despues en poder de su contrario. El prisionero se arrastró á los piés de Meer-Jaffier, implorando misericordia, cosa que jamás tuvo con nadie cuando era nabab. El vencedor dudaba; pero su hijo Meeran, jóven de pocos años, cuya escasa inteligencia y natural perverso lo hacian muy semejante al desgraciado cautivo, fué implacable y no dió entrada en su pecho á ningún sentimiento humanitario. Llevaron á Surajah-Dowlah á un lugar apartado y secreto del palacio, y allí le dieron muerte. Los ingleses no tuvieron la menor parte en aquella sentencia; tanto es así, que Meer-Jaffier se creyó en la necesidad de disculparse con ellos por haberlos vengado de su peor enemigo.

Raudales de oro comenzaron entónces á entrar en Calcuta, para donde salieron de una sola vez, desde Moorshedabad, setenta y seis millones de reales en cien barcas, acompañadas de músicas y

engalanadas con vistosas banderolas. La ciudad que poco tiempo ántes ofrecia un aspecto triste y desconsolador, renació á nueva vida: los empleados y la Compañía volvieron á estar en la abundancia, el comercio tornó á realizar pingües beneficios, y en todas partes se advirtieron inequívocas señales de bienestar, de prosperidad y de riqueza. En cuanto á la de Clive, sólo podia limitarla su moderacion: estaban á merced suya los inmensos tesoros de Bengala, donde yacian amontonados, segun la costumbre de los monarcas indígenas, enormes cantidades de plata y oro, y mezclados con la moneda del país los florines y besantes con los cuales pagaban los venecianos las telas y las especias de Oriente mucho ántes de que ningun buque hubiera doblado el Cabo de Buena-Esperanza. Una sola palabra lo hubiera hecho dueño de cuanto hubiese querido; pero se dió por satisfecho con veinte ó treinta millones de reales.

Muy censurados fueron algunos años despues estos tratos de Clive con Meer-Jaffier, dentro y fuera del Parlamento inglés. Los enemigos del general victorioso representaban sus beneficios en aquellas circunstancias con los más negros colores: unos como el salario de su venalidad, otros como despojos arrancados á un indefenso amigo. A su vez, los de Clive consideran tan cuantioso donativo como un acto que hacia tanto honor á quien daba como á quien recibia, y lo comparan á las mercedes que otorgaron las naciones extranjeras á Nelson, Malborough y Wellington. Siempre hubo en Oriente, dicen, la costumbre de hacer y recibir regalos, y entónces aún no habia prohibido el Parlamento á los funcionarios ingleses en la India que se aprovecharan de aquellas prácticas peculiares del Asia. En

cuanto á nosotros, no estamos completamente conformes ni con la severidad de los contrarios de Clive, ni con la indulgencia de sus parciales; pero si bien no sospechamos que por nada ni por nadie vendiese nunca los intereses de la Compañía ni de su patria, tampoco podemos disculparlo de haber dado un ejemplo muy pernicioso. Un general debe servir á su gobierno, única y exclusivamente; de aquí se sigue que, cuantas recompensas reciba en premio de sus servicios, deben venir de su gobierno, ó con pleno conocimiento y aprobacion suya, áun cuando trate de la cosa más trivial, por ejemplo, de una medalla ó de una cruz. ¿Cómo es posible que un gobierno pudiera estar bien servido, si sus generales tuviesen la libertad de recibir de monarcas extranjeros donativos más ó menos crecidos sin su beneplácito? No es ménos frívolo el argumento que se funda, para juzgar á Clive, en la no existencia de la ley citada cuando Meer-Jaffier le hizo el presente, porque su conducta en aquella circunstancia debe someterse al criterio que presidió á la ley, á las razones que tuvo en cuenta la Cámara para votarla, y que se hallaban en la mente de todos mucho tiempo ántes de hacerla objeto de sus discusiones por ser de derecho y de sentido comun. Supongamos, si no, por un momento que, despues de la campaña de 1815, hubiera recibido secretamente de Luis XVIII el duque de Wellington, en premio de sus buenos servicios á la casa de Borbon, cinco ó seis millones de francos. ¿A cuántos comentarios no habria dado lugar esa conducta del general inglés? Y, sin embargo, ninguna ley se lo vedaba.

Fuerza será convenir, para obrar con entera imparcialidad, que hay muchas circunstancias atenuantes en el caso de Clive. Él se consideraba ser-

vidor, no de la Corona, sino de la Compañía; y como ésta, implícitamente al ménos, habia autorizado á sus agentes á enriquecerse por medio de los príncipes indígenas y de otras maneras más reprehensibles aún, no era fácil hallar en los inferiores ideas de un órden más elevado que en la Junta directiva. Y si bien es cierto que no puso en conocimiento de sus jefes lo pasado entre él y el Nabab para pedirles la vénia, no lo es ménos que nunca hizo de ello misterio alguno: tan persuadido estaba de no haber obrado mal, que siempre decia con la mayor franqueza que á la liberalidad de Meer-Jaffier debia su fortuna. Creemos que nada debió recibir en aquella forma, que dió un mal ejemplo, tanto peor, cuanto era más fácil de imitar; pero aplaudimos su moderacion. Ya hemos dicho que aceptó veinte *lackhs* (1) de rupias; una sola palabra suya hubiera bastado para duplicar aquella suma; no la pronunció, y esta virtud no la hubiera tenido uno por cada ciento de los que tanto declamaban en Inglaterra contra su rapacidad, al verse tan cerca de los tesoros de Moorshedabad.

No podia Meer-Jaffier sostenerse en el trono sin el apoyo de los ingleses, porque si bien no era un jóven inexperto, ni habia tenido la desgracia de nacer príncipe de la sangre, ni adolecia de los defectos de su predecesor, tampoco poseia ninguna de las condiciones indispensables en su situacion. En cuanto á su hijo Meeran, era un segundo Surajah Dowlah. El último trastorno habia causado grandes males en el país, donde reinaba la más viva agitacion; estaban muchos jefes en guerra abierta con el nuevo nabab, y el virey de la rica y poderosa pro-

(1) El *lackh* equivale á 50.000 pesos fuertes.—N. del T.

vincia de Ouda, que, de hecho, era soberano independiente como todos los demas vireyes del Mogol, amenazaba con sus huestes á la de Bengala. Sólo podia conjurarse el peligro en aquella circunstancia por medio de Clive, cuyo talento y autoridad eran capaces de sostener al vacilante gobierno de Meer-Jaffier. Así las cosas, llegó un buque de Inglaterra portador de despachos, escritos en Lóndres ántes de que la noticia de la batalla de Plassey fuese conocida del *Consejo de las Indias*. Habia resuelto la junta de directores poner las colonias inglesas de Bengala bajo un gobierno constituido de la manera más absurda que imaginarse pueda; y para completar su torpeza y agravar el mal, no daba cabida en él á nuestro héroe. Pero las personas designadas para formar el nuevo gobierno enmendaron la falta, tomando sobre sí la responsabilidad de no cumplir las órdenes de sus jefes, é invitando á Clive para que empuñara las riendas del gobierno, con lo cual se hicieron dignos de aplauso. Clive aceptó, y vióse de allí á poco que los agentes de la Compañía no habian hecho otra cosa sino anticiparse á los deseos de la Junta directiva; porque tan luego tuvieron noticia sus individuos de la victoria obtenida por él sobre las tropas enemigas en los campos de Plassey, lo nombraron gobernador de sus posesiones de Bengala. Con esto, su poder no tuvo límites, y sobrepujó al ejercido por Dupleix en el Sur de la India. Meer-Jaffier lo respetaba como un esclavo. Cuentan que un dia, reprendiendo severamente á un jefe indígena de alto rango, cuyos criados habian tenido una querrela con algunos cipayos de la Compañía, le dijo: «¿Sabes quién es el coronel Clive, y en qué situacion lo ha colocado el señor?» Entónces, el jefe, que, á fuer de antiguo amigo de Meer-Jaffier,

podía tomarse con él ciertas libertades, le contestó: «¡Atreverme yo á faltar en lo más mínimo al coronel, cuando la primer cosa que hago todos los dias al levantarme de la cama es saludar tres veces á su caballo!» Apénas si era esto una exageracion, porque tanto los europeos como los indigenas, lo consideraban como el único hombre que pudiera obligar á Meer-Jaffier á cumplir sus compromisos con ellos; y Meer-Jaffier, á su vez, lo consideraba como el único que pudiera proteger la nueva dinastía contra las agresiones de vasallos turbulentos y de vecinos ambiciosos.

Cumple á nuestra imparcialidad decir que Clive hizo uso de su poder con vigor y habilidad nada comunes en beneficio de su patria. Envió por entónces una expedicion al Norte de Carnate, donde áun eran poderosos los franceses y convenia mucho desalojarlos, confiando la direccion de la empresa á un oficial llamado Forde, á la sazón desconocido, pero en quien él habia ya descubierto grandes dotes militares. El éxito de la expedicion fué pronto y brillante.

Miéntas que una parte muy considerable del ejército de Bengala se hallaba ocupada del modo que dejamos dicho, un nuevo y grave peligro amenazó las froteras occidentales. El Gran Mogol habia caido prisionero en Delhi, y estaba á merced de un súbdito: su hijo primogénito, Shah-Alum, que debia ser durante largos años juguete de la mala fortuna, é instrumento, primero de los maharatas y despues de los ingleses, habia huido del palacio de su padre. Su nacimiento se respetaba todavía en la India, y algunos príncipes poderosos particularmente el nabab de Ouda, estaban dispuestos á sostenerlo. Poco trabajo costó á Shah-Alum atraer á su bando y

en número considerable á los soldados aventureros que tanto abundan en el país; y de esta suerte reunió en muy corto espacio de tiempo un ejército de cuarenta mil hombres, de diferentes razas y creencias religiosas, maharatas, rohillas, jautos y afghanes, proponiéndose derrocar con ellos al intruso que los ingleses habian colocado en el trono, y extender su autoridad á las provincias de Bengala, Orissa y Bahar.

El terror de Meer-Jaffier no tuvo límites; y el único medio que se le ocurrió en el primer momento de conjurar el peligro, fué conseguir, mediante una gran suma de dinero, un arreglo con Shah Alum; expediente al cual habian recurrido ya en repetidas ocasiones sus antecesores en el gobierno de las ricas y pacificas provincias de la embocadura del Ganges, pero que Clive calificó de una manera dura y despreciativa, y digna de su indomable valor. «Si obráis así, le escribió al tener noticia del suceso, el nabab de Ouda, los maharatas y muchos otros vendrán sobre vuestros Estados para ponerlos á contribucion con sus amenazas hasta que nada quede en él. Confíad en la fidelidad de los ingleses y de las tropas que os son adictas para rechazar esas agresiones.» En el mismo tono se dirigió al gobernador de Patna, que era un valiente indígena, á quien profesaba especial predileccion. «No consintais en capitular, le dijo; defended la plaza hasta que no quede piedra sobre piedra; y descansad en la confianza de que los ingleses son amigos fieles y firmes, y que no abandonarán nunca una causa por cuyo triunfo hayan trabajado.»

Clive cumplió su palabra. Shah Alum habia cercado á Patna, y estaba á punto de dar el asalto cuando supo que el coronel se acercaba á marchas

forzadas, con un cuerpo de cuatrocientos cincuenta europeos y dos mil quinientos cipayos. A pesar de la exigüidad de sus fuerzas comparadas con las del sitiador, era tal y tan terrible la reputacion que habian sabido adquirir él y sus ingleses, que infundian espanto á todo el Oriente. Así fué que, no bien divisaron las avanzadas de Shah Alum la vanguardia del caudillo británico, huyó despavorido su ejército. Algunos aventureros franceses, que rodeaban la persona del príncipe, le aconsejaron arriesgarse á correr los azares de la guerra; mas fué inútil, y á los pocos dias, aquel gran ejército, causa de tantas inquietudes y zozobras para la corte de Moorshedabad, estaba disuelto y disperso para siempre.

El vencedor volvió en triunfo al Fort-William. El contento de Meer-Jaffier, al verse libre de su enemigo, fué sin límites, como lo habia sido su temor al sentirse amenazado por él, y queriendo recompensar proporcionalmente á su libertador, le hizo donacion vitalicia de la renta anual que le pagaba la Compañía de las Indias Orientales por el extenso territorio que ocupaban los ingleses al Sur de Calcuta, la cual ascendía á la enorme suma de ciento cincuenta mil duros, y era más que suficiente para que Clive pudiera sostener con dignidad en Inglaterra el rango más elevado entre los grandes. A nuestro parecer, Clive podia, sin el menor escrúpulo, aceptar este agasajo, con tanta más razon, cuanto que, por su misma naturaleza, no podia permanecer secreto. Por lo demas, el asentimiento de la Compañía á ser su censataria demostraba implícitamente su aprobacion á lo hecho por Meer-Jaffier.

No duró mucho, sin embargo, el agradecimiento de Meer-Jaffier. Comprendiendo el Nabab que el poderoso aliado á quien debia su encumbramiento po-

dia derrocarlo cuando mejor le pareciera, se dió á buscar por todas partes un apoyo contra él; y como sabía que no era posible hallar entre los naturales de la India el núcleo de un ejército capaz de arros-
trar el ímpetu de los ingleses, y que la importancia de los franceses iba en descenso, se volvió del lado de los holandeses, cuya reputacion habia sido tan grande los tiempos pasados en los mares de Oriente: como se ve, áun no conocia el Asia la decadencia de Holanda en Europa.

La corte de Moorshedabad estableció secretas negociaciones con la factoría holandesa de Chinsurah, y de este último punto se remitieron despachos muy apremiantes al gobierno de Batavia, exhortándolo á tomar parte en una expedicion que pudiese contrabalancear el poder de los ingleses en Bengala. Las autoridades de Batavia, ganosas de extender la influencia de su nacion en aquellas regiones, y mucho más todavía de apropiarse una parte siquiera de las riquezas que recientemente habian hecho poderosos á tantos aventureros ingleses, equiparon una fuerte armada. Cuando todo estuvo prevenido y ménos lo esperaban los ingleses, se presentaron en el Hogley siete grandes bajeles procedentes de Java, con mil quinientos hombres de desembarco, de los cuales la mitad eran europeos. Ninguna ocasion podia ser más favorable al buen éxito de la empresa; porque Clive habia enviado al interior para combatir con los franceses tan numerosos y fuertes destacamentos, que su ejército era en aquellos momentos inferior al de los holandeses. Por otra parte, sabía que Meer-Jaffier secundaba encubiertamente la invasion, y comprendia la gran responsabilidad que tomaba sobre sí atacando las tropas de una potencia amiga, cosa que los ministros ingleses no debian

aprobar, entónces, cuando se hallaba la nacion empeñada, de tiempo atras, en una lucha con la Francia, y podia, no sólo censurarse su conducta por los consejeros de la corona, sino merecerle un castigo.

Además, recientemente habia remitido á Europa gran parte de su fortuna por medio de la Compañía holandesa de las Indias Orientales, y tenia, como es natural, mucho interes en evitar un rompimiento; pero, como estaba convencido de que si dejaba remontar el rio á la expedicion holandesa y reunirse con el presidio de Chinsurah, Meer-Jaffier se acogeria á los nuevos aliados, quedando con esto muy mal parada la supremacia de la Gran Bretaña en Bengala, tomó su partido con resolucion, y fué hábilmente secundado por sus oficiales, en particular por el coronel Forde, á quien confió la parte más principal de las operaciones. Así fué que, al intentar los holandeses abrirse paso, hallaron la más viva resistencia por mar y tierra; y si bien tenian en ambos elementos mucha superioridad sobre los ingleses, quedaron derrotados, perdiendo sus buques, y casi la totalidad de sus tropas europeas de desembarco. El triunfo de Clive fué completo. A seguida puso cerco á Chinsurah, y los jefes de la colonia, humillados y abatidos, se vieron en la necesidad de aceptar las condiciones impuestas por el vencedor, obligándose á no construir obras de defensa, y á no levantar más tropas que las indispensables al órden y policia de sus establecimientos, so pena de ser expulsados del territorio de Bengala á la primera infraccion del convenio.

Tres meses despues de aquella señalada victoria, Clive salió para Inglaterra, donde le aguardaban grandes honores y recompensas. Sin corresponder,

tal vez, á sus derechos y á su ambicion, debemos convenir, teniendo en cuenta su edad, su rango en la milicia, y su posicion en la sociedad, que el premio fué magnífico, pues se vió elevado al rango de par de Irlanda, y se le prometió para más adelante un título inglés. Jorge III, que acababa de subir al trono, lo recibió con grandes muestras de aprecio; los ministros lo distinguieron sobre manera, y Pitt, cuya influencia en la Cámara de los Comunes y en la nacion era ilimitada, se apresuró á manifestar públicamente el respeto que le merecia un hombre cuyas proezas habian contribuido de una manera tan eficaz al esplendor y brillo de aquella época memorable. En otra ocasion anterior, ya la tuvo el célebre orador de presentar á Clive en el Parlamento, como un general formado por Dios mismo, como un hombre verdaderamente extraordinario, que despues de haber seguido una carrera mercantil y administrativa, descubrió tan altas dotes militares, que causaron la admiracion del gran Federico de Prusia. A pesar de no conocerse aún la taquigrafía, llegaron aquellas palabras á la India, llevadas de boca en boca, hasta los oidos de Clive, á quien halagaron por extremo. A decir verdad, desde la muerte del general Wolfe, Clive era el único militar inglés de alta graduacion de cuyo comportamiento pudieran estar completamente satisfechos sus conciudadanos. El duque de Cumberland habia sido muy desgraciado las más de las veces; y como la única victoria que alcanzó fué sobre sus compatriotas y ejerció con ellos terribles represalias, esto perjudicó más á su fama que sus numerosas derrotas anteriores; Conway era muy entendido en la ciencia militar y tenía mucho valor personal, pero carecia de vigor y de capacidad; Gramby era

honrado, generoso y valiente como un leon, pero sin talento alguno; y Sackville, que no cedia en saber y capacidad á sus contemporáneos, tuvo la desgracia de adquirir, á nuestro juicio sin motivo alguno, la nota más perjudicial al buen nombre de un militar. Si á esto se agrega que, bajo las órdenes de un general extranjero, habian triunfado los ingleses en Minden y Warburgo, se comprenderá más fácilmente el orgullo con que saludaria la nacion á un caudillo que le pertenecia, y á quien su valor personal y capacidad instintiva ponian al nivel de los grandes tácticos alemanes.

La riqueza de Clive le permitia rivalizar con los más grandes personajes de Inglaterra. Se sabe que ántes de salir de la India remesó á su patria más de ciento ochenta mil libras esterlinas por conducto de la Compañía Holandesa, y más de cuarenta mil por la Inglesa, aparte de otras considerables sumas enviadas por casas particulares. Además, poseia joyas de gran precio, medio muy generalizado entónces de traer valores á Europa (1), y en la India era dueño de propiedades cuyas rentas estimaba él mismo en veintisiete mil libras: de modo que sus ingresos anuales, cuando ménos, segun la opinion de sir John Malcolm, pasaban de cuarenta mil libras esterlinas (3.800.000 reales), rentas en aquella época tan pingües y raras como lo son en la nuestra las de cien mil libras. Así que podemos afirmar, sin temor de incurrir en exageracion, que ningun inglés que comenzara la vida sin bienes de fortuna ha llegado, como Clive, á encontrarse á los treinta y tres años poseedor de tan inmensas riquezas.

(1) Con este fin compró, solamente en Madrás, por valor de veinticinco mil libras esterlinas.

Injusto sería no dejar consignado á continuacion que Clive hizo el mejor uso de su hacienda, pues desde que, con motivo de la batalla de Plassey, hubo comenzado á enriquecer, envió diez mil libras á sus hermanas, distribuyó igual cantidad entre parientes y amigos pobres, dió encargo á su agente de pasar á sus padres una renta de ochocientas al año y de exigir que tuviesen carruaje, é instituyó una pension vitalicia de quinientas en favor de su antiguo jefe Lawrence, cuya fortuna era ménos que mediana. Puede calcularse en cien mil libras esterlinas la suma, que Clive distribuyó de esta manera.

Despues consagró su atencion á los trabajos electorales; y merced á las grandes adquisiciones territoriales que hizo, encaminadas en gran parte á franquearle las puertas de la Cámara de los Comunes, tomó asiento en ella con motivo de las elecciones generales de 1761, hallándose á la cabeza de cierto número de miembros que dependian de él, y cuyo apoyo hubiera sido muy eficaz auxilio para cualquier Gabinete. Sin embargo, no representó un papel importante en la politica inglesa. Ya lo hemos visto afiliado bajo la bandera de Mr. Fox; despues lo atrajeron el talento y los triunfos parlamentarios de Mr. Pitt, pero al fin concluyó por formar la más estrecha alianza con Jorge Grenville (1).

(1) Al inaugurarse la legislatura de 1764, y en los momentos en que las impolíticas é ilegales persecuciones dirigidas contra el cobarde Wilkes tenian sobreexcitada la atencion pública, era la diversion de Lóndres una anécdota que nos conservan las Memorias de Horacio Walpole. Parece que el padre de Clive, que á favor de la elevacion de su hijo habia empezado á frecuentar una sociedad para la cual no reunia condiciones, se presentó una mañana en Palacio, y como el Rey le preguntara por lord Clive, él le

Pero todos los pensamientos de Clive iban encaminados á la India, donde habia representado un papel tan brillante como militar y estadista, ajustando siempre su conducta política en Inglaterra á las consideraciones, necesidades y conveniencias de aquellas apartadas colonias. Estamos convencidos de que la autoridad de la Compañía de las Indias, á pesar de ser una anomalía, es muy provechosa en nuestros tiempos; en los de Clive era un mal, porque no existia el tribunal de lo contencioso, porque los directores eran en su mayor parte comerciantes que ignoraban así la política general como los rasgos característicos del dilatado imperio sujeto á su dominio, y porque la junta de accionistas imponia su voluntad siempre y cuando lo estimaba oportuno. Estas juntas eran á la sazón mucho más influyentes y numerosas que hoy, pues cada accion de quinientas libras esterlinas daba derecho á un voto; y así, las reuniones no podian ménos de ser concurridas por extremo, agitadas, y á veces tumultuosas, á causa de los violentos discursos que se pronunciaban. Todos los medios, por turbulentos y corruptores que fueran, se veian empleados en aquellas asambleas, llegándose al extremo, cuando se trataba de asuntos de gran importancia para los accionistas, de simular votaciones. Clive mismo adquirió acciones por valor de cien mil libras esterlinas para distribuirlas entre propietarios nominales de su confianza que votaban siempre lo que él queria; otros hacian lo propio, si bien en menor escala.

El interes que tomaba entónces el pueblo inglés

respondió en alta voz y de manera que pudiesen oirlo todos los presentes: «Pronto estará de vuelta en Lóndres, señor, y entónces tendrá V. M. un voto más.»

por los negocios de la India era infinitamente mayor que en nuestros días, y la razón es muy obvia. En la actualidad, los empleados entran jóvenes al servicio de la Compañía, ascienden con lentitud, y pueden estimarse dichosos si á los cuarenta y cinco años vuelven á su patria con el goce de un retiro de mil libras y treinta mil de ahorros. Así, los funcionarios ingleses, en conjunto, ganan mucho en las Indias; pero separadamente, ninguno acumula grandes riquezas, y lo que adquiere lo reúne con lentitud, honradez y laboriosidad. Sólo cuatro ó cinco elevados empleos políticos se reservan para los hombres públicos de Inglaterra; que las plazas de presidentes, secretarios, consejeros de Hacienda y magistrados, se hallan todas ocupadas por hombres que han consagrado al servicio de la Compañía los mejores años de su vida; y ni el talento, ni la influencia, por grande que sea, pueden alcanzar nunca que se nombre para una de ellas, por ménos importante y lucrativa que sea, á quien no haya ingresado en la carrera por sus principios ó ascendido por riguroso escalafón. Hace setenta años venía de la India ménos dinero que hoy; pero se distribuía entre un número de personas infinitamente más limitado; y con mucha frecuencia se acumulaban pingües riquezas en el espacio de algunos meses. Todo inglés, cualquiera que fuese su edad, podía esperar, no sin fundamento, un empleo lucrativo en la Compañía; y si pronunciaba un buen discurso en Leadenhall-Street, ó publicaba un folleto en favor del presidente, tenía grandes probabilidades de ser enviado á la India, y de regresar á su patria al cabo de tres ó cuatro años tan opulento como Clive ó Pigot. Era, pues, el Consejo de la Compañía una administración de loterías, que in-

vitaba á jugar á todo el mundo y tenía reservados grandes premios para unos pocos. Por esta causa, no bien se supo en Inglaterra que en un lugar del globo se habia hecho donacion á un teniente coronel de propiedades tan considerables como pudieran ser las de los mayores potentados de la Gran Bretaña, y que en aquella tierra los funcionarios ingleses, sin más trabajo que pedir las, tenían al punto diez ó veinte mil libras esterlinas, la sociedad inglesa empezó á manifestar los mismos síntomas que cuando el famoso asunto de la mar del Sur: excitacion febril, impaciencia irresistible por alcanzar grandes riquezas en poco tiempo, y el más profundo desprecio hácia todos los medios de adquirirlas lenta, gradual, segura y modestamente.

Hacia mucho tiempo que se hallaba á la cabeza del partido predominante en el consejo de la Compañía de las Indias un director capaz, poderoso y lleno de ambicion, llamado Mr. Sullivan. Estaba celoso de Clive, y no sin cierto enojo recordaba que éste, durante la época de su mando en Bengala, cuando era gobernador de aquella provincia, habia dejado sin cumplimiento muchas órdenes de los directores de la Compañía. Al volver Clive de la India se reconciliaron en la apariencia; pero su recíproca enemiga siguió profundamente arraigada en el corazon de entrambos. Era entónces reelegible todos los años la junta directiva, y al verificarse las elecciones de 1763, Clive se propuso destruir el poder de la fraccion de Mr. Sullivan. La lucha fué terrible, al decir de aquél; pero como éste quedó dueño del campo, se apresuró á tomar venganza de su adversario. El donativo de una renta vitalicia que Meer-Jaffier le habia hecho, era válido en la opinion de los más distinguidos abogados de la Gran Bretaña,

tenía su origen en la misma autoridad de quien recibió la Compañía sus principales posesiones de Bengala, y además lo disfrutaba Clive con pleno asentimiento y aprobacion de la Junta directiva. Nada de esto bastó para impedir que, atropellándolo todo, se acordase confiscarla; lo cual puso á Clive en la dura necesidad de acudir á los tribunales en demanda de justicia.

Pero todo iba muy pronto á cambiar de aspecto para Clive. Hacía ya tiempo que los buques procedentes de Bengala traian malas nuevas de aquella lejana colonia, cuyo mal gobierno habia llegado á un extremo por demas peligroso. ¿Ni qué podia tampoco esperarse de funcionarios continuamente expuestos á tentaciones irresistibles á la sangre y la carne, como dijo Clive una vez, armados de poder sin límites, y responsables sólo de sus actos ante una Compañía corrompida, turbulenta, fraccionada y mal impuesta de lo que ocurría, cuyo centro directivo se hallaba tan lójos que los despachos tardaban por lo regular diez y ocho meses en recibir contestacion? Durante los cinco años que siguieron á la salida de Clive para Inglaterra, el gobierno de los ingleses llegó á tan subido punto de corrupcion é inmoralidad en la provincia de Bengala, que apénas parece compatible con la existencia de la sociedad. Los procónsules romanos, que robaban en un bienio en las provincias sometidas á su autoridad lo bastante para edificar suntuosos palacios en las riberas de la Campania, para beber el néctar en copas de ámbar, alimentarse de las aves más preciosas y divertirse haciendo combatir ejércitos de gladiadores, y los vireyes españoles de América, de proverbial rapacidad, quedaron sobrepujados por los ingleses en la India. No decimos con esto que

la crueldad fuese uno de tantos defectos como tenían los empleados de la Compañía; pero la crueldad más feroz no puede producir mayores males que los engendrados por su carencia de principios y su ánsia de alcanzar en poco tiempo grandes riquezas. Lanzaron del trono á su hechura Meer-Jaffier, reemplazándolo con otro nabab llamado Meer-Cossim, hombre inteligente y de voluntad enérgica, y por más que se sintiera dispuesto á oprimir y vejar á sus vasallos, se le hacía insoponible verlos, sin provecho para él, sojuzgados por extranjeros que sólo pensaban, discurrían y ejecutaban aquello que más fácil y prontamente los pusiera en posesion de la riqueza del país con perjuicio de sus particulares intereses, toda vez que ingresaba en las arcas de la Compañía lo que, á su parecer, le pertenecía por derecho propio. Al conocer los ingleses estas disposiciones del Nabab lo destituyeron, restaurando en lugar suyo al destronado Meer-Jaffier. Meer-Cossim, despues de vengarse de una manera que superó en barbarie y crueldad á la horrible matanza del *Calabozo Negro* de Calcuta, se acogió al territorio del nabab de Uda.

A cada revolucion que ocurría, el nuevo príncipe franqueaba á los ingleses las puertas del tesoro de su antecesor y lo repartía entre ellos, dejándolos, además, por árbitros y señores de sus pueblos, que, por tal manera, se convertían en despojos del vencedor, á quien por todos los medios imaginables querían los improvisados monarcas tener siempre satisfecho y contento á trueque de conservar una sombra siquiera de realeza. A su vez, los empleados de la Compañía se hacían conceder, no por los nababs, sino *auctoritate propria*, el monopolio del

comercio interior. Obligaban á los naturales á comprar caro y vender barato; desacataban á los tribunales impunemente, á la policía, á los agentes y autoridades todas del país, y protegían á un ejército de indígenas, que dependía de ellos, y que recorría los pueblos, llevando consigo la desolacion y la ruina. Los servidores de un funcionario inglés tenían los mismos privilegios y autoridad de sus amos, y éstos, por su parte, todo el poder de la Compañía. De esta manera se improvisaban enormes caudales en Calcuta, mientras treinta millones de hombres se veían reducidos á los mayores sufrimientos y miserias. Los indos habían nacido y estaban acostumbrados á vivir bajo el yugo de la tiranía; pero no igual ni semejante siquiera á la impuesta por los ingleses. Además, bajo sus antiguos señores habían tenido el recurso de la insurreccion cuando el mal se hacía intolerable, medio que no podían emplear al presente con los ingleses para destruir su Gobierno, despótico y opresivo al igual de los más bárbaros y crueles, y superior en refinamiento de maldad al de los mayores tiranos, porque tenían de su parte la fuerza que da la civilizacion y el progreso material sobre quienes carecen de tan poderosos elementos. Así que, ni la desesperacion hubiera sido parte á infundir á los débiles y apocados bengalís el esfuerzo necesario para levantarse en armas contra los ingleses y arrostrar sus iras en los campos de batalla. Por eso nunca lo intentaron, sometiéndose á veces á sufrir el yugo pacientemente, y otras huyendo al divisar á los europeos, como sus antepasados habían huido de los maharatas, hasta el punto de que los viajeros ingleses cruzaran aldeas y ciudades solitarias que dejaba desiertas el sólo rumor de su llegada.

Los dominadores europeos de Bengala eran igualmente aborrecidos de todos los Estados limítrofes; pero no cedían por eso, ántes por el contrario, á todos hacían rostro con denuedo; y sus ejércitos, acaudillados por jefes de la escuela de Clive, aunque inferiores en número, quedaban siempre vencedores, y sostenían con honra el prestigio de sus banderas. «No es ya posible dudar, dice el historiador musulmán de aquella época, del valor, serenidad, firmeza de carácter é indomable bravura de los ingleses: en ellos se ve reunido el arrojo á la prudencia, y son incomparables en el arte de la guerra. Si á estas grandes cualidades acompaña-se la solicitud y el buen deseo de consolar al pueblo de Dios, nación ninguna sería más digna de mandarnos; pero el pueblo gime por do quiera bajo su yugo, y en todas partes se ve reducido á la indigencia y la miseria. ¡Señor, acorre á tus afligidos siervos y libértalos de la esclavitud!»

No podía el ejército pasar mucho tiempo sin contagiarse de los males y vicios que habían penetrado en los demás ramos del gobierno. Así fué que la rapacidad, el lujo y la indisciplina cundieron de los empleados civiles á los militares, llegando el mal á tomar tanto cuerpo, que cada reunión de oficiales era un *club* de conspiradores, y que sólo á costa de ejecuciones en masa pudiera mantenerse el orden y la obediencia entre los cipayos.

El estado de cosas de Bengala se hizo, al fin, tan grave y alarmante que puso en cuidado á la metrópoli. Las repetidas revoluciones que allí tenían lugar, su desorganizada é inmoral administración, la opresión en que se hallaban los indígenas sin provecho para la Compañía, los aventureros que cada día regresaban con grandes caudales adquiri-

dos como por encanto, las nuevas alarmantes que traian respecto del porvenir rentístico de la colonia, su guerra con las provincias limítrofes, el descontento del ejército, y sobre todo el descrédito en que habia caído la nacion á causa de los excesos cometidos con los indos, bastaban á poner espanto en los hombres conocedores del país. Con esto se declaró la opinion pública por Clive, presentándolo como el único capaz de salvar de la ruina el Imperio fundado por su valor y esfuerzo; y cundiendo aquella idea, ganó el ánimo de los accionistas, y en una tempestuosa junta fué propuesto y apoyado con calor y energía. Los hombres de todos los partidos, temerosos de perder sus dividendos, dieron al olvido pasadas desavenencias y discordias, para convenir y declarar de la manera más terminante que Clive era el jefe que reclamaban las circunstancias, y que la Compañía estaba en el deber de pedirle que volviese á las Indias, devolviéndole ántes, como era de justicia, las rentas que tan inícuamente le tenia confiscadas.

Clive, que se hallaba presente, se levantó entonces y dijo que por lo tocante á sus bienes, estaba dispuesto á hacer proposiciones de tal naturaleza á los directores que les permitieran arreglar las cosas amigablemente; pero que, en cuanto á lo de encargarse de la gobernacion de Bengala, se negaba á ello mientras fuese presidente de la Compañía su adversario Mr. Sullivan. Con esto se promovió un gran tumulto; Sullivan no podia dejarse oír en la asamblea, dominada por la mayoría de Clive, y en vano pidió á los concurrentes que votasen, pues como los estatutos de la Compañía sólo autorizaban las votaciones á peticion de nueve accionistas, por más que allí los hubiese á centenares, no fué posi-

ble hallar nueve personas que suscribieran la petición. En consecuencia, Clive fué nombrado gobernador general de las posesiones inglesas en Bengala, y como persistiera en su primer propósito, se negó á entrar en funciones hasta ver el resultado de la nueva eleccion de directores. Fué la lucha empeñadísima; pero Clive triunfó, y Sullivan, que hasta entónces habia dominado en el Consejo de Indias, estuvo á punto de perder hasta su plaza de Consiliario en el mismo: un voto decidió de su suerte é hizo pasar la presidencia y vicepresidencia á dos amigos del nuevo gobernador.

Bajo tales auspicios, emprendió Clive su tercero y último viaje á la India. En Mayo de 1765 llegó á Calcuta y halló la colonia aún más desquiciada de lo que creia. Meer-Jaffier, despues de perder á su hijo Meeran, habia muerto; y los funcionarios ingleses, si bien tenian ya órdenes terminantes para no aceptar regalos de los príncipes indígenas, como estaban ávidos de riquezas y desacostumbrados á obedecer y respetar las instrucciones de jefes que, á la circunstancia de hallarse muy distantes de sus inferiores, reunian su incapacidad y abandono, sacaron de nuevo á subasta el trono de Bengala. Nueve de los principales agentes de la Compañía se repartieron en consecuencia una suma de ciento cuarenta mil libras esterlinas, y quedó á seguida instalado en el solio un hijo, casi niño, del difunto Nabab. Supo Clive, al llegar, este vergonzoso comercio, y en carta particular, escrita á uno de sus más íntimos amigos, desahogó toda la amargura de que se hallaba poseido con motivo de aquel suceso y de otros semejantes, expresándose en términos tan conmovedores que, por haberlos usado él, opuesto por carácter y naturaleza á hacer gala de sus senti-

mientos, nos parecen dignos de transcribirse: «¿De qué modo se ha desprestigiado el nombre inglés? Tan abatido y mancillado está, que no he podido contener el llanto al considerar perdida para siempre, tal vez, la gloria de nuestra patria, tan espléndida en otros tiempos. Pero, ¡lo juro por cuanto hay de más sagrado! he venido con el firme propósito de extirpar el mal; y como me siento con fuerzas para conseguirlo, aún cuando supiera perder la vida en la demanda, lo combatiré sin tregua ni descanso hasta concluir con él.»

En la primera reunion del Consejo, Clive anunció el propósito firmísimo en que se hallaba de dar principio á la reforma en todos los ramos de la administracion, haciendo uso al efecto, y con la mayor latitud, de las amplias facultades que, así en lo civil como en lo militar, se le habian conferido. Johnstone, uno de los hombres más osados y corrompidos que asistian á la junta, dió muestras de oposicion; lo cual visto por Clive, dió lugar á que lo apostrofara, preguntándole con altivez si queria poner á prueba su poder. Con esto se intimidó Johnstone y trató de disculparse, negando que tal fuera su propósito, y los demas concurrentes, mohinos y cabizbajos, se retiraron del salon sin atreverse á replicar palabra.

Clive cumplió la suya; y en el corto espacio de diez y ocho meses que permaneció aquella vez en las Indias, acometió y llevó á término feliz una de las más grandes, dificiles y saludables reformas que haya podido realizar un hombre de Estado. Por esa causa recordaba siempre á su vuelta con orgullo aquel período. Entónces hubiera podido triplicar su ya inmensa fortuna, tomando parte en los abusos que se cometian y fingiendo corregirlos, y captarse

la buena voluntad de todos los ingleses residentes en Bengala, dejando abandonada á su rapacidad la raza indígena, de suyo tímida, falta de apoyo, indefensa, ignorante, y cuyas quejas era punto ménos que imposible pudieran dejarse oír en la Gran Bretaña. Y, á pesar de que sabía que al emprender la reforma excitaria contra sí las malas pasiones de sus compatriotas, aventureros sedientos de riquezas que solo habian ido á la India con el fin de adquirirlas en poco tiempo y á poca costa, y que no le perdonarian la ruina de sus esperanzas, no vaciló en seguir el buen camino con ánimo resuelto, y se dispuso á entrar en aquella batalla, más temerosa y difícil que la de Plassey. Pareció el éxito dudoso en un principio; mas, de allí á poco, cedieron los obstáculos que se oponian á su voluntad incontrastable. Prohibió terminantemente á los empleados de la Compañía comerciar con los naturales del país, y recibir de ellos el más pequeño regalo; y como contra tan justas providencias se alzase un clamor universal en la colonia, declaró el inflexible gobernador que si no hallaba en el Fort-William todo el apoyo necesario, lo buscaria en otra parte; y poniendo en ejecucion su amenaza, destituyó á los más tenaces en la oposicion y los reemplazó con otros oficiales que hizo venir de Madrás para que lo secundaran en su obra reparadora, sin suscitarle nuevas dificultades. Al ver esto los demas, se sometieron, y, al cabo de poco tiempo, la hostilidad cesó completamente.

No se ocultaba á la penetracion de Clive que una parte muy considerable de los abusos que se habia propuesto extirpar con mano firme, provenian de una causa que, tan luego se alejara él de la India, reproduciria los mismos fatales efectos. Porque,

fundándose la Compañía en un principio equivocado, señaló sueldos muy cortos á sus dependientes; y y como con ellos era no sólo imposible hacer economías, sino hasta proporcionarse en el país las comodidades necesarias, y no era tampoco posible imaginar que seres dotados de razon fuesen voluntariamente á pasar los mejores años de la vida bajo un sol abrasador sin ventaja ni provecho de ningun género, se les dejó en libertad de enriquecerse por medio del comercio, con lo cual se originó grave daño á los intereses de la corporacion. Tanto es así, que ya bajo el reinado de Jacobo I, el inteligente y observador sir Tomás Røe instó á los directores de la Compañía para que aplicasen pronto remedio á tales abusos. «Prohíbese, decia, de la manera más absoluta el comercio particular, y los negocios de la Sociedad marcharán mejor. Conozco que esto es muy duro, y sé tambien que los empleados dicen que sólo por el sueldo no vendrian á trabajar á la India. Aumentéseles, pues, su haber de modo que los satisfaga, y entónces sabrá la Compañía lo que da.»

Mas, á pesar de tan saludable consejo, persistió la Compañía en el antiguo sistema, dando sueldos cortos y cerrando los ojos á los beneficios indirectos de los empleados. Un miembro del Consejo tenia entónces trescientas libras esterlinas de sueldo al año, cuando era notorio que un funcionario de tan elevada categoría no podia vivir en la India sin gastar por lo ménos tres mil; y si á esto se agrega el natural deseo de hacer algunas economías para la vuelta á Inglaterra, se comprenderá mejor á cuántas tentaciones y abusos se hallaba expuesto. Antes de la conquista de Bengala, este sistema podia influir en perjuicio de los accionistas y

propietarios sin causar otro daño; pero no desde que la Compañía se hallaba erigida en gobierno. Dábase aún á sus empleados el nombre de agentes y negociantes de segunda y de primera clase, cuando eran en realidad los procónsules, los proprettores, los procuradores de aquellas vastas regiones, revestidos de un poder ilimitado casi, y aunque reconocian todos que sus haberes, asignados en los presupuestos, eran insuficientes, los antiguos hábitos y la autorizacion tácita de sus jefes les daba derecho á enriquecerse por medios indirectos: de aquí la opresiva y corrompida manera de ser del gobierno de Bengala. Claramente vió entonces Clive cuán absurdo sería tener investidos de grandes facultades y poderes discrecionales á unos individuos á quienes se retribuía de una manera tan mezquina, y concluyó con sobrada razon que ninguna reforma sería eficaz si no se adoptaba al propio tiempo una medida que permitiese remunerar generosamente á los empleados de la Compañía. Los directores, por su parte, no se hallaban muy dispuestos á sancionar un aumento de haberes que habia de salir de sus cajas; y por esta causa, el único medio de que podia disponer en aquella circunstancia para evitar los males gravísimos de que estaba siendo teatro la India expuso á Clive á ser juzgado con harta frecuencia de manera injusta á nuestro parecer. Aplicó, pues, al sostenimiento del servicio civil el monopolio de la sal, que ha continuado siendo hasta nuestros dias uno de los primeros elementos de riqueza de las rentas indostánicas, y distribuyó sus productos proporcional y equitativamente entre los empleados. Acusáronlo, entonces, sus enemigos, y en pos de ellos los historiadores, de haber faltado á sus instrucciones y á

sus promesas, y autorizado el mismo abuso que tenia la mision de destruir, esto es, el comercio de los dependientes de la Compañía. Pero los hombres imparciales y dotados de alguna penetracion no podrán ménos de reconocer que no habia nada de comun entre el sistema fundado por Clive y el que debia destruir, pues si el monopolio de la sal era un manantial de riqueza para el gobierno de la India ántes de que naciera Clive, continuó siéndolo tambien despues de su muerte. Es indudable que los empleados civiles tenian derecho á ser sostenidos por las rentas locales: Clive, por su parte, se limitó á disponer que algo de ellas se aplicase á este fin, y por tal manera consiguió extirpar el medio que habia dado origen á tantas y tan colosales é improvisadas fortunas, facilitando al propio tiempo á todos los funcionarios ingleses empleados en Oriente los de adquirir de un modo lento, pero seguro, algunas riquezas. Sin embargo, tal es la injusticia de los hombres, que ninguno de los actos que real y verdaderamente mancillaron su nombre, le ha valido tantas censuras como esta disposicion, indispensable para el buen éxito de las demas reformas que se proponia llevar á cabo.

Clive habia reprimido la oposicion de los funcionarios civiles como queda dicho; pero le restaba combatir y vencer la de los militares, que bajo todos aspectos era la más temible. No tardó ésta en manifestarse de una manera muy grave con motivo de algunas economías introducidas por los directores en el presupuesto de la guerra, y que afectaban á sus intereses. El mismo César no se hubiera empeñado, sino en caso extremo, en una lucha con quienes tenian en sus manos la fuerza de las armas en un país regido únicamente por la ley de la espada.

Doscientos oficiales ingleses entraron en una conspiración contra el Gobierno, y tomaron el acuerdo de presentar el mismo día sus respectivas dimisiones, persuadidos de que Clive, ántes aceptaría cuantas condiciones le impusieran, que verse privado de sus servicios en el ejército, de cuya firmeza y disciplina dependían completamente la existencia de la colonia y el predominio de la Gran-Bretaña en Oriente. Pero no conocían el temple de su carácter. Clive contaba con la fidelidad de los oficiales que lo rodeaban; y como eran pocos, pidió refuerzo al castillo de San Jorge, y empezó á nombrar para cubrir las bajas de los dimisionarios á los empleados comerciales que se ofrecieron á sostenerlo en aquella crisis. Dispuso asimismo que fuesen trasladados á Calcuta, sin demora, cuantos oficiales dimitiesen. Hasta entónces no comprendieron su error los conspiradores. Lo demás del ejército permaneció en la obediencia, y los cipayos, sobre quienes siempre había ejercido el Gobernador un influjo extraordinario, le dieron pruebas inequívocas de inquebrantable fidelidad. Clive estuvo inflexible con los discolos, castigando cual merecían á los jefes de la rebelión. Abatidos, entónces, y desalentados los otros, pidieron como gracia que les fuera permitido retirar sus renunciaciones, y no pocos demostraron con lágrimas su arrepentimiento. El Gobernador trató con benignidad á los jóvenes, mas no así á los cabezas del motin; sin embargo, á ninguno favoreció por simpatía personal, ni agravó su pena por odio, sino que á todos hizo justicia; y mientras hacía prevalecer y respetar de modo tan rígido su autoridad, mostraba magnánima indiferencia para los insultos é injurias personales. Con este motivo, se refiere que al oír acusar á uno de los conspiradores

de haber concebido el proyecto de asesinarlo, impuso silencio al delator, exclamando: «Esos oficiales son ingleses y no asesinos.»

Miéntras se ocupaba con tan feliz éxito como hemos visto de la reforma del servicio civil y de restablecer la disciplina en el ejército, no le favoreció ménos la fortuna en un asunto de gran importancia, íntimamente relacionado con su política exterior; así que bien puede decirse que su llegada á la India fué la señal de la paz. El nabab de Uda, á la cabeza de un ejército considerable, se hallaba en aquella sazón en las fronteras del Bahar. Gran número de afghanes y maharatas habian acudido á ponerse bajo sus banderas, y era muy de temer una coalicion general de los indígenas contra los ingleses. El solo nombre de Clive bastó para contenerlos y hacerles implorar la paz en los términos más humildes, aceptando cuantas condiciones les impuso el recién venido gobernador.

Dióse por aquel tiempo nueva forma al gobierno de la provincia de Bengala, donde hasta entónces no habia estado claramente definido el poder de los ingleses, pues ni formaba parte de la constitucion antigua del Imperio, ni habia sido nunca reconocido por tratado alguno, pudiéndose comparar tan sólo con el que los grandes jefes de los mercenarios extranjeros, los Ricimeros y los Odoacres, ejercian en Italia, durante la decadencia del Imperio de Occidente, elevando y desposeyendo á su capricho á una serie de príncipes nominales, condecorados con los títulos de Césares y Augustos. Pero en la India, como en Italia, creyeron útil y provechoso los soldados extranjeros dar á su dominacion, fundada en el derecho de la fuerza, la fuerza del derecho, recurriendo para ello á las antiguas autoridades; y de l

propio modo que Teodorico tuvo por buena política la de solicitar y obtener de la lejana corte de Bizancio un decreto nombrándolo gobernador de la península, así Clive, siguiendo igual sistema, se dirigió á la corte de Delhi para que lo invitiese oficialmente del poder que ya ejercía en realidad. El Gran Mogol estaba falto de tropas; los ingleses le ofrecían una gran suma en pago del decreto, y él, comprendiendo que no tenía medios de arrancarles aquel caudal de rupias sino en cambio del documento exigido, que, por otra parte, nada le costaba, vino en ello y promulgó el decreto, autorizando á la Compañía para recibir y administrar las rentas de Orisa, Bahar y Bengala.

Hecho esto, Clive determinó desembarazarse de un nabab que habia quedado en aquella parte, y cuya situacion, respecto de las autoridades inglesas, era muy parecida á la que tuvieron respecto de sus hábiles y enérgicos gobernadores de palacio, Carlos Martel y Pepino, los últimos soberanos de la raza merovingia. Pero, como creyese despues que el nombre de nabab podia serle por demas útil para servirse de él en cuanto con las relaciones exteriores con las otras potencias de Europa se rozara, por parecerle que tanto los franceses como los dinamarqueses y holandeses convendrian mejor en someterse á un príncipe indígena, cuya autoridad siempre habian respetado, que no á una corporacion mercantil y rival, modificó su proyecto. Podia ser esta política juiciosa, entónces, y acertada; mas, á poco, todos reconocieron que el engaño era sobrado manifesto para no ser advertido, y se renunció á ella. El heredero de Meer-Jaffier reside aún en Moorshedabad, antigua corte de sus antepasados, lleva el título de nabab, y los ingleses le dan tra-

tamiento de Alteza, le toleran algo de la pompa de que sus mayores se rodeaban, y le pagan una pensión de ciento sesenta mil libras al año; pero, áun cuando su carroza va rodeada de guardias y precedida de maceros, y la jurisdicción ordinaria de los ministros de la justicia no puede traspasar los umbrales de su palacio, no tiene la menor parte de poder político, ni es, en suma, sino un rico y noble vasallo de la Compañía.

Muy fácil le hubiera sido á Clive, durante su segundo gobierno, acumular riquezas superiores á las fortunas más pingües de Europa; porque sin someter los habitantes acaudalados de la provincia de Bengala á una opresión mayor que la ejercida sobre ellos por sus príncipes más benéficos, habria recibido anualmente regalos por valor de treinta millones de reales. Los magnates vecinos hubieran pagado su amistad y su favor á cualquier precio: el rajah de Benares le ofreció diamantes de valor inmenso, y el nabab de Uda le rogó con las más vivas instancias que aceptara una fuerte suma de dinero, juntamente con gran cantidad de piedras preciosas. Pero Clive rehusó cortés y categóricamente, y sin hacer alarde alguno de su desprendimiento, ni hablar jamás de ello, por cuyo motivo no fueron conocidos estos rasgos hasta después de su muerte y del expurgo que se hizo en sus papeles con tal motivo, considerando bastante para ocurrir á sus gastos sus haberes, la parte que le correspondia en los beneficios de la venta de la sal y los regalos que, conforme á la costumbre del país, no podia ni debia rehusar, distribuyendo lo sobrante entre algunos amigos fieles que lo habian acompañado á la India. Con razón, pues, se alabó siempre, y á nuestro parecer, apreciando los hechos con en-

tera imparcialidad, de haber cercenado su caudal en vez de aumentarlo durante la época de su segunda administracion.

Aceptó, sin embargo, una crecida suma (sesenta mil libras esterlinas) que le habia legado por su testamento Meer-Jaffier; pero no contravino por eso á lo establecido en los nuevos estatutos, que no sólo prohibian á los funcionarios de la Compañía recibir presentes de los naturales del país, sino tambien legados *in articulo mortis*, porque no lo tomó para sí, sino es para ponerlo íntegramente en manos de la Compañía á fin de mejorar con él la situacion de los oficiales y soldados inútiles para el servicio. Aun existe un fondo que lleva su nombre, y que debe su origen á tan espléndido como generoso donativo.

Al cabo de diez y ocho meses de residencia en Bengala, el mal estado de su salud obligó á Clive á regresar á Inglaterra; y, en consecuencia, dejó por última vez, á principios de 1767, la nacion sobre cuyos destinos habia ejercido tan poderosa influencia.

La segunda vuelta de Bengala no fué saludada de sus compatriotas con el júbilo que la primera; que las causas innumerables que acibararon el resto de su vida y dieron con él prematuramente en el sepulcro empezaban á surtir sus perniciosos efectos. Los antiguos enemigos de Clive áun eran poderosos y desplegaban la mayor actividad en el Consejo de las Indias, auxiliados de considerable refuerzo de malcontentos cuya violencia y enojo excedia infinitamente al suyo. Procedian estos últimos de la horda de latro-tiranos de que Clive habia libertado á los bengalis, y cuya saña implacable, propia de su abyecta naturaleza, lo perseguia por todas partes

sin tregua; los cuales malvados, á fin de atormentar al hombre cuya firmeza puso límites á su rapacidad, se interesaron en gran número en la Compañía, y áun fundaron periódicos sin más propósito que el de injurarlo. Estas maquinaciones, que en otras épocas normales no hubieran sido parte á producir efecto alguno, causaron entónces impresion extraordinaria, merced al estado en que se hallaba el espíritu público.

Los grandes acontecimientos sobrevenidos en las Indias y el progreso de las conquistas y adquisiciones de los ingleses en aquellas lejanas tierras habian producido en la metrópoli una nueva clase designada con el nombre de *nababs*. Pertenecian sus individuos en general á familias no nada ricas ni antiguas, que los habian enviado á Oriente á probar suerte y que habian vuelto á su patria colmados de bienes de fortuna. Natural cosa era que no habiendo tenido muchas ocasiones de frecuentar la buena sociedad, dieran muestras despues de falta de tacto y de amor sin límites al lujo mal entendido y al fausto grotesco á que son tan propensos los ricos improvisados, y que, unido esto á los hábitos y gustos que traian del Asia, tan extraños y á las veces tan opuestos y repugnantes á quienes no habian salido nunca de Inglaterra, se hicieran poco simpáticos á las clases elevadas. Ni tampoco deberá parecer extraño que luégo de haber hecho gran papel en la India se resignaran de su grado á no representar ninguno en su patria; y que, como tuvieran cuantiosos bienes de fortuna, ya que no alcurnia y relaciones, alardearan de una manera importuna y enojosa de la única cualidad que poseyeran, hasta el punto de que donde quiera que asentaran su residencia comenzara la rivalidad y la lucha entre los

señores advenedizos y los de abolengo, durando largo tiempo como signo característico de los *nababs* el odio á la nobleza. Tanto es así, que más de veinte años despues de la época á la cual nos referimos, Burke decia que podian clasificarse como Jacobistas á casi todos los *indianos*, «á quienes se hacía intolerable no ver tan medrada su importancia como su riqueza.»

Hiciéronse impopulares por tales modos los *nababs*; y si bien es cierto que algunos demostraron en Oriente gran capacidad y prestaron buenos servicios, no lo es ménos que sus merecimientos y aptitudes eran poco apreciados y conocidos en Inglaterra. Sabíase únicamente, y esto muy á la menuda, que procedian de familias oscuras que se habian enriquecido en la India, que hacian de su caudal ostentacion hasta ridícula, que por ello encarecian en las comarcas que habitaban el precio de las subsistencias, que la librea de sus criados eclipsaba la de los primeros magnates del Reino Unido, que sus carrozas eran más lujosas que las del *lord maire*, que el desórden y el mal ejemplo de sus servidores corrompia los demas del país, que con toda su esplendidez y magnificencia carecian de buenos modales, y que, á pesar de sus grandes caballerizas, de su muchedumbre de lacayos y palafreneros, de sus alfombras, de sus muebles suntuosos, de sus vajillas de plata y de porcelana de Sajonia, de sus manjares succulentos y de sus vinos exquisitos, habian salido de la nada y seguian siendo gentes sin educacion y sin principios. Pero si la clase á la cual aspiraban por cuantos medios son imaginables, les mostraba mala voluntad y aversion invencible, al desprecio de la aristocracia se unia el odio que producía la envidia en la clase de la cual

procedian, y que no les perdonaba su grandeza, su engreimiento y su olvido, tal vez, de lo pasado. Por eso, cuando llegó á decirse que aquellas enormes riquezas se habian adquirido violando la fe pública, despojando á príncipes legítimos y reduciendo á la miseria provincias enteras, los más puros y elevados instintos de la naturaleza humana se unieron á los peores y más bajos sentimientos del corazon, para declararse unánimemente la opinion pública en contra de los infames que por tales medios se habian enriquecido; apareciendo entónces á los ojos de todos los *nababs* como un compuesto de los más ridículos personajes de la comedia y de los más odiosos y repugnantes de la tragedia; mezcla confusa de Turcaret y Neron, de M. Jourdain y de Ricardo III.

Una tempestad de maldiciones y de silbidos, comparable sólo á la explosion del espíritu público en contra de los puritanos al verificarse la Restauracion, estalló por todos los ámbitos de Inglaterra contra los empleados de la Compañía; y miéntras la humanidad de unos se sentia herida de la manera como habian adquirido sus riquezas, los instintos económicos de los otros se revelaban contra sus disipaciones, y los *dilettantis* hacian mofa de su falta de gusto, y los elegantes les echaban bola negra cuando ellos pretendian ser admitidos en los *clubs*, y los escritores de más opuestas opiniones, los metodistas y los libertinos, los filósofos y los bufones, todos estaban acordes y conformes en este punto. Nada exageramos con decir que por espacio de treinta años un ramo de la literatura inglesa estuvo reflejando estos mismos sentimientos. Foote puso en escena, como personaje principal de una de sus obras, á un anglo-indo disoluto, tiránico, sin

generosidad, avergonzado de los amigos de su juventud, maldiciendo de la aristocracia y anhelando de una manera pueril y ridícula formar parte de ella, prodigando su caudal entre una caterva de aduladores, haciendo lucir á sus lacayos flores criadas expresamente en invernáculo, y dejando atónitos y maravillados á los ignorantes con su continuo hablar de *rupias*, de *lagos* y de *jaghires*. A su vez, Mackenzie trazó con sátira punzante y delicada el cuadro de una familia de costumbres sencillas, que vive en el campo, apartada del bullicio de las ciudades, y que de repente y por obra del testamento de uno de sus parientes, indiano poderoso, llega á verse en la opulencia; la cual familia excita la hilaridad de todo el mundo al querer imitar el estilo y las maneras de los grandes. Y Cowper, tambien, con inspiracion digna de los poetas hebreos, consideró la conducta despótica y opresiva de los ingleses en la India como el primero entre los grandes crímenes nacionales, augurando que sería castigado por la Justicia Divina con largos años de guerras desastrosas, derrotas marítimas en sus propias aguas, y, finalmente, con la pérdida de su imperio trasatlántico. Demas de esto, si alguno de nuestros lectores se toma el trabajo de hojear cualquiera novela publicada sesenta años hace, no será difícil que el primer malvado que tope en ella sea un *nabab* viejo, poderoso, de rostro enjuto, de tez morena, enfermo del hígado, con el corazon empedernido y el espíritu atrabiliario.

Tal era entónces, á lo que hoy puede apreciarse, el estado de los ánimos en Inglaterra respecto de los *nababs* en general. Clive, el *nabab* por excelencia, el más capaz, el más célebre, el más rico, el más encumbrado de todos, hacía brillar sus tesoros

de una manera que no podia ménos de excitar encono y animosidad en contra suya. Vivía con magnificencia en Berkeley-Square, y además, se había hecho construir un palacio en el Shropshire y otro en Claremont, y rivalizaba su influencia parlamentaria con la de aquellas familias más poderosas; pero la riqueza y las dignidades iban tan mal á algunos de sus parientes, que no sin apariencias de razon merecian los saetazos de la envidia y de la maledicencia. Él mismo, á pesar de sus grandes cualidades, no estaba del todo exento de las flaquezas que los satíricos de la época presentaban como indicio gráfico y cierto de la clase á la cual pertenecía; porque si en campaña era severo, rigido y frugal como conviene á todo militar, y viajaba siempre á caballo, sin despojarse nunca del uniforme, y se alimentaba como los soldados, apénas se apartaba de las tropas, el espartano se tornaba en sibarita; y á pesar de que su traza no tenía nada de elegante, y de que la fealdad de su rostro sólo estuviera compensada con su expresion severa, imponente y audaz, gustaba de vestir ropas vistosísimas y lujosas por extremo y tenía un equipaje inmenso. Sir John Malcolm cita una carta suya, digna de sir Mateo Mite, de la cual tomaremos algunas palabras que servirán para comprobar nuestro aserto: «Encargo, dice, doscientas camisas, de lo mejor que se haga por amor ó por dinero;» locura ésta, y otras parecidas, que exageradas por sus enemigos y repetidas hasta la saciedad en todas partes, produjeron en el público la impresion más desfavorable y perjudicial. No era esto, sin embargo, lo que podia traerle peores consecuencias, sino las atrocidades que se le atribuian, y de las cuales la mayor parte no eran sino pura invencion. Por tal manera cayó sobre

Clive cuanto se habia cometido de más odioso en la India, y no solamente se le acusó de las malas acciones que una ó dos veces cometió, si que tambien de todas las injusticias, robos, violencias y muertes que cometieron los ingleses en Oriente en la época de su mando y en ausencia suya; le imputaron aquellos mismos abusos y vicios que él habia combatido tan enérgica y noblemente, y lo designaron per inventor de cuanto con razon ó sin ella se achacaba á los aventureros ingleses. Nosotros mismos recordamos haber oido hablar á los ancianos que no conocian una palabra de la historia de Clive; pero que conservaban arraigadas las preocupaciones de su juventud, como pudieran hacerlo de un poseido. Jonhson empleaba siempre este lenguaje; Brown, á quien Clive mandó trazar su parque, se admiraba viendo en la casa del noble propietario un cofre que habia estado en otro tiempo lleno de oro en la tesorería de Moorshsedabad, sin lograr explicarse cómo podia dormir tranquilo el criminal que lo poseia teniéndolo á dos pasos de su alcoba; y los labriegos del Surrey, á su vez, consideraban con terror el imponente palacio de Claremont, y decian por lo bajo que si el malo de lord Clive habia hecho construir tan gruesos los muros de su vivienda, era porque asi pensaba cerrar mejor el paso al diablo cuando viniera por él para llevarlo en cuerpo y alma á los infiernos. Entre los rústicos oyentes de tan medrosa historia, solia estar á veces un jóven de mala traza y corto entendimiento, llamado Hunter, muy conocido despues bajo del nombre de William Huntington; y la supersticion, que de una manera tan extraña se mezclaba en este fanático impostor á la trapacería, parece que tuvo principio ó se arraigó en su ánimo con las relaciones que algu-

nas veces entendió de la vida y carácter de Clive.

Con el trascurso del tiempo fué debilitándose el impulso dado á la administracion de Bengala por lord Clive, y no sólo abandonaron sus sucesores en muchos puntos la política planteada por él, sino que los abusos reprimidos con su mano férrea comenzaron á renacer. Para colmo de desdicha, una de esas calamidades terribles que no es parte á conjurar el mejor de los gobiernos, vino á empeorar los males producidos por el peor de todos. Es el caso que durante el estio de 1770, como faltaran las lluvias, la tierra quedó yerma, secos los pozos y sin caudal los rios, y que con esto el hambre, una de esas hambres conocidas sólo en los pueblos donde el alimento de cada familia depende de la cosecha del pedazo de tierra que cultiva, sumió al valle del Ganges en la mayor desolacion. Mujeres jóvenes y hermosas que jamás habian parecido en público sino es cubierto el rostro cual conviene al recato de las costumbres orientales, salian desesperadas de lo más escondido de sus casas, donde ántes vivian recluidas, y de rodillas y con los brazos extendidos en ademan suplicante, y voces lastimeras, imploraban en calles y plazas la caridad para llevar á sus hijos un puñado de arroz con que comieran. Las aguas del Hoogley arrastraban cada dia cadáveres sinnúmero, que veian pasar los conquistadores ingleses desde sus terrados y jardines, dispuestos en ambas orillas; las mismas calles de Calcuta estaban llenas de muertos y moribundos, y débiles y estenuados los que sobrevivian, ni se cuidaban de llevar los cuerpos de sus parientes á la pira ó al rio sagrado, ni ménos podian evitar que sirvieran de pasto á la voracidad de buitres y chacales aún en medio del dia. Nunca se supo de una

manera exacta la cifra de los que sucumbieron al estrago del hambre; sólo se sabe que ascendió á millones.

La relacion de tan tristes sucesos aumentó la agitación que ya cundia por todo el Reino Unido sobre los asuntos de la India; los propietarios y accionistas de la Compañía se alarmaron más y más por la suerte de sus dividendos, y todas las gentes honradas y de humanitarios sentimientos, al saber cómo y cuánto padecian los naturales de aquel país, se sintieron conmovidas de la indignacion y la piedad á un tiempo. Decíase que los empleados habian ocasionado el hambre, monopolizando todo el arroz del país y vendiéndolo despues ocho, diez y doce veces más caro que les costó; y se citaba en prueba de ello á un funcionario inglés que el año anterior no poseia cien guineas de capital, y que en aquellos momentos de miseria y desolacion acababa de remesar á Lóndres sesenta mil libras esterlinas. Creemos infundadas estas acusaciones, porque si bien es probable que los empleados de la Compañía se hubiesen aventurado despues de la salida de Clive á comerciar en el arroz, y que escaseando este artículo realizaran considerables beneficios, no por eso debia ni podia en justicia el público atribuirles el origen y consecuencias de una calamidad que se explicaba suficientemente por causas físicas. De consiguiente, el clamor que en aquella ocasion se levantó contra ellos fué tan infundado como las acusaciones lanzadas tiempos atras por los hombres de Estado de Inglaterra contra los comerciantes en trigo, á quienes achacaron el hambre que sufrió el país; acusaciones que áun hoy repiten algunas viejas. Empero la indignacion fué tan viva y tan general, y subió tanto de punto, que llegó á impresio-

nar á un hombre tan elevado sobre el nivel de los demas y de las preocupaciones del vulgo como Adam Smith, siendo lo más extraordinario del caso que aquellos calamitosos acontecimientos hicieron más impopular aún á lord Clive.

Años hacía que el antiguo gobernador de la India se hallaba de regreso en Inglaterra, cuando empezó el hambre sus estragos: ninguna de sus medidas habia podido ni remotamente ser causa de semejante calamidad; y si los empleados de la Compañía se dedicaban al comercio de granos, era contravieniendo á los reglamentos y disposiciones dictados por él y que tan rigurosamente mantuvo mientras se halló á la cabeza del gobierno; pero como á los ojos de sus conciudadanos era el *nabab* por excelencia y la personificación del carácter anglo-indo, mientras atendia en el condado de Surrey al cuidado de su hacienda lo hacian responsable de las sequías de Bengala.

No habia consagrado hasta entónces el Parlamento su atencion á los asuntos de Oriente, porque desde la muerte de Jorge II los ministerios que se sucedieron en el poder fueron débiles y de poca duracion, y pasaron su vida ocupados con las intrigas palaciegas, los amañes y las traiciones cortesanas, los motines de la capital y los movimientos y alteraciones de las colonias americanas, y carecieron por tanto del espacio y calma necesarios para estudiar el estado de los asuntos de la India. Por eso, cuando intervenian en ellos era de un modo que no lo parecia. Cierta es que lord Chatham, en el corto espacio que duró su grande influencia en los consejos de Jorge III, concibió la idea de proponer una serie de medidas generales á propósito de las conquistas de la Compañía; pero sus planes aborta-

ron á causa de la extraña enfermedad que por aquel entónces comenzó á oscurecer su brillante inteligencia. Sin embargo, en 1772 todos comprendieron que el Parlamento no podia descuidar los negocios de la India. El ministerio era más fuerte que todos cuantos le habian precedido desde la ruptura sobrevenida en 1761 entre Mr. Pitt y el gran partido *whig*: ningun asunto preferente de política interior ó exterior llamaba en aquellos momentos la atencion de los hombres políticos; la excitacion producida por las elecciones del Middlesex se habia calmado, y el descontento de los americanos aun no hacía temer la guerra civil. Así las cosas, ocurrió una crisis en la Compañía, ocasionada por sus apuros pecuniarios, que puso al gobierno en el caso de intervenir en sus asuntos, y con este motivo la tempestad que amenazaba á Clive tanto tiempo hacía, estalló al fin sobre su cabeza.

La situacion de Clive no podia ser más desdichada: lo detestaba su país, el Consejo de la Compañía, y principalmente los empleados ricos y poderosos cuya rapacidad y tiranía reprimió y castigó con mano fuerte, teniendo por tanto que sufrir las consecuencias que en tal estado de cosas debian ocasionarle sus buenas y malas acciones: las reformas realizadas por él y los abusos cometidos por todos. El estado de la política era tal que no le permitia contar con el auxilio de ningun aliado poderoso: su partido, el de Jorge Grenville, habia hecho la oposicion al Gobierno, pero sin unirse, no obstante, de una manera franca y decidida á las demas fracciones de la minoría, ya fuese á la de los pocos partidarios de lord Chatham, ya fuese á la más numerosa que capitaneaba lord Rockingham: Jorge Grenville habia muerto; sus amigos estaban dispersos, y lord

Clive, sin adictos en los grupos más importantes que dividían la Cámara, sólo podía contar con el apoyo de los individuos que le debían su elección. Sus adversarios, principalmente los enemigos de sus virtudes, eran feroces, implacables y sin escrúpulos; su propósito no era otro que la ruina total de su fortuna y de su fama, y trabajaban sin vagar para expulsarlo del Parlamento y conseguir su deshonoración y el secuestro de sus bienes. ¡Quién sabe si esto hubiera bastado á saciar su sed de venganza!

Empero no contaban con la táctica parlamentaria de lord Clive, la cual era como su táctica militar, pues al verse solo, cercado de enemigos, amenazado de sus golpes y en peligro de perder cuanto había de más caro para él, en vez de quedarse á la defensiva, se lanzó al ataque; y en un discurso extenso, luminoso y perfectamente preparado, abordó la cuestión al inaugurarse los debates sobre los asuntos de la India, logrando justificarse de gran parte de las acusaciones fulminadas contra él, y produciendo en su auditorio inmensa y profunda impresión. Lord Chatham, que no era ya sombra de lo que fué, pero que gustaba de frecuentar el antiguo teatro de su gloria, concurrió á la sesión aquella desde una tribuna, y dijo al concluir Clive su discurso que no había oído jamás oración más elocuente. Algun tiempo despues, mandó lord Clive imprimirla, y su lectura demuestra, aunque dejemos mucha parte de su mérito á la intervencion que pudieran tener en ella sus amigos literatos, que no solamente poseía clarísimo talento, sano criterio y valor, sino es grandes dotes oratorias que, cultivadas con esmero, hubieran podido elevar su fama parlamentaria á la mayor altura. Pero como en

aquella circunstancia se limitó á defender las medidas de su último gobierno, logrando éxito tan completo y satisfactorio, sus adversarios tuvieron que cejar, adoptando para lo porvenir otro punto de ataque, á saber, la primera parte de su vida militar y política.

Desgraciadamente ofrecia ésta más de un punto vulnerable á su animosidad. Nombróse una comision con el encargo de informar acerca de los asuntos de la India, y sus individuos examinaron con prolija malevolencia toda la historia de la gran revolucion que causó el destronamiento de Surajah-Dowlah y la proclamacion de Meer-Jaffier. Con este motivo, tuvo Clive que prestarse á sufrir minuciosos y repetidos interrogatorios, y fué tratado, como él dijo despues, cual pudiera serlo un ladron de carneros; pero el valor y la franqueza de sus respuestas en aquella circunstancia, bastarian por sí solas, si otras pruebas faltaran, para poner de manifiesto cuán extraños y opuestos á su carácter fueron los manejos torcidos que algunas veces empleó en sus tratos con los orientales, pues declaró sin empacho el fraude ideado por él para engañar á Omichund, y añadió resueltamente que no sólo no se arrepentia de ello, sino que si volviese á encontrarse otra vez en iguales circunstancias, procederia del propio modo. Reconoció sin titubear haber recibido grandes sumas de manos de Meer-Jaffier; pero negó que lo hiciese á costa de su moralidad y en menoscabo de su honra; describió á grandes rasgos la situacion en que lo habia colocado la victoria de Plassey: un principe poderoso dependiente de su voluntad, una ciudad opulenta temerosa de verse entregada al saqueo, multitud de banqueros millonarios mendigando una sonrisa de sus labios, tesoros llenos de

incalculables riquezas, y cuyas puertas tenía él francas y expeditas á todo momento: «por Dios, señores, concluyó, que al pensar en todo esto, me admiro de la moderacion que demostré!»

Los interrogatorios fueron tan largos, y tantos y tan prolijos, que acabó aquella legislatura sin que concluyeran, y continuaron en la siguiente. Cuando la comision dió de mano á sus tareas y fueron conocidos sus trabajos, no quedó ya duda en orden al partido que debian tomar á los hombres ilustrados é imparciales; porque si resultaba suficientemente probado que Clive era culpable de ciertos actos injustificables si se atendia á las eternas leyes que regulan y dirigen las relaciones de los individuos entre sí y de los Estados, no ménos se demostraba tambien su gran talento, su virtud, su valor, y los eminentes servicios que habia hecho á su patria y á los pueblos de la India, y tambien la perversidad de sus contrarios que lo traian á tal extremo y lo perseguian con el encarnizamiento y el encono que acaba de verse, no por sus relaciones con Meer-Jaffier, ni por el engaño de que hizo víctima á Omichund, sino por la enérgica é incontrastable resistencia que opuso á su tiranía y rapacidad.

Como la administracion de justicia no admite la teoría de las compensaciones, no es posible hacer valer ante los tribunales ni áun la más meritoria de las acciones humanas en descargo de la más leve acusacion, y así, por ejemplo, al contraventor de cualquiera ordenanza municipal no le servirá para nada en su descargo el alegar que en tal ó cual circunstancia, y con grave riesgo de su vida, salvó la de un semejante. Pero si bien esto es así en el orden legal, no lo es ménos que no deben ser tratados por tal manera los hombres que ocupan un lu-

gar muy por sobre la generalidad y que se hallan expuestos á cada paso á tentaciones extraordinarias, sino es con la mayor indulgencia por parte de sus jueces; que los grandes hombres deben ser juzgados por sus contemporáneos del propio modo que lo son despues por la posteridad. No decimos con esto que se califiquen de buenas sus malas acciones, ni tampoco que unas y otras no se aquilaten con escrupulosa equidad, sino que si una vez hecho esto pesa más el bien que no el mal en la balanza, entendemos que debe ser el fallo no solo absoluto, sino aprobatorio de su conducta. Tanto es así, que no hay en la historia un solo grande hombre que pueda ser absuelto si sus jueces se obstinan en no atender más que á sus actos injustificables: Bruce, libertador de Escocia; Mauricio de Saxonía, libertador de Alemania; Guillermo de Orange, libertador de Holanda; Murray, el buen regente; Cosme de Médicis, el padre de la patria; Enrique IV, de Francia; Pedro el Grande, de Rusia; ¿cómo podrían resistir á un exámen semejante? La historia considera los hechos y las acciones de los hombres de una manera más elevada que los tribunales y los jueces, y por lo tanto el mejor tribunal para entender en los grandes procesos políticos sería aquel cuya sentencia se anticipara al fallo de la historia.

Los hombres razonables y moderados de todos los partidos pensaban de este modo respecto de Clive; y si bien comprendían que no era posible declararlo exento de culpa, no por eso estaban dispuestos á dejarlo abandonado á merced de sus infames y viles perseguidores. Lord North, entre otros, aunque no se hallaba predispuesto en favor suyo, tampoco se habria ensañado con él. Durante la sustanciacion del proceso, Clive, á quien algunos años

antes habia condecorado el Rey con la órden del Baño, fué cruzado con gran solemnidad en la capilla de Enrique VII; y como poco despues se le nombrase lord-lugarteniente del Shropshire, al ser recibido en audiencia por Jorge III, que siempre estuvo bien dispuesto en favor suyo, habló á S. M. de los negocios de la India y de la manera como se recompensaban sus servicios en aquellas apartadas regiones, quedando el Soberano visiblemente conmovido de sus palabras.

Al cabo llegó el dia de la acusacion, que tuvo lugar ante la Cámara de los Comunes. Burgoyne, presidente de la comision, hombre de carácter afable, de feliz ingenio, digno, pundonoroso, de maneras distinguidas, autor de amenas composiciones dramáticas, militar valiente y de reconocida capacidad, recibió encargo de sostener la acusacion. Los individuos del Gabinete se dividieron en dos bandos, porque á la sazón todas las cuestiones eran libres, excepto las proposiciones presentadas por el Gobierno ó aquellas que por su naturaleza implicaban la censura del Gabinete. Thurlow formaba con los contrarios de Clive, y Wedderburne, sinceramente adicto á su persona, lo defendió con argumentos vigorosos y elocuentes palabras, lo cual no impidió que andando el tiempo trocaran ambos de papeles en ocasion semejante, y que Thurlow fuera el campeon más resuelto y animoso de Warren Hastings, y Wedderburne uno de los más sangrientos enemigos de tan eminente hombre de Estado. Clive se defendió en aquella circunstancia de una manera enérgica y conmovedora, si bien su oracion fué más breve y ménos hábil que la del año anterior: recordó, empero, con oportunidad, sus grandes hechos en la India, enumeró los agravios que habia

recibido en premio de ellos, y terminó diciendo á sus jueces que tuvieran en cuenta al pronunciar la sentencia que iban á fallar no sólo sobre su honra y fama, sino sobre la honra y fama de todos ellos, y abandonó la sala.

Decidieron los Comunes que «las conquistas alcanzadas con las armas del Estado, sólo á éste pertenecen, y que por tanto, sus servidores no pueden apropiárselas sin cometer ilegalidad notoria;» pero convinieron, además, en que «por regla general los funcionarios ingleses habian siempre infringido tan saludables preceptos.» En la sesion del dia siguiente, dió la Cámara un paso más, y estuvo acorde en cuanto á que lord Clive habia obtenido de Meer-Jaffier grandes sumas de dinero, merced al poder ilimitado de que se hallaba revestido en su calidad de comandante en jefe de las tropas inglesas de la India; mas al llegar á este punto, se detuvo, esto es, despues de votar las dos partes del silogismo de Burgoyne, se abstuvo de hacer deduccion alguna; viéndose por tal manera que, si bien al proponerse á la Cámara declarase que lord Clive habia cometido abusos de autoridad, y dado pernicioso ejemplo á los demas funcionarios del Estado, votó la cuestion prévia, no vaciló un punto en votar tambien la proposicion formulada por Wedderburne, y que consistia en declarar que, al propio tiempo, Clive habia prestado á su patria muchos y muy relevantes servicios.

El resultado de juicio tan memorable, parécenos que hace honor á la imparcialidad, á la moderacion y al buen sentido de la Cámara de los Comunes. A decir verdad, tampoco tenian sus miembros el menor deseo de pronunciar un fallo condenatorio contra lord Clive, razon por la cual los mismos que

hubieran sido malos jueces al tener que sentenciar ó absolver á hombres políticos como Jenkinson ó Wilkes, se condujeron en el asunto del ex-gobernador de la India, que nada se rozaba con lo que ha dado en llamarse cuestiones de partido, con la cordura y sensatez propias de ingleses bien nacidos cuando no los extravía la pasion.

Esta conducta moderada y equitativa de la Cámara de los Comunes pareció más noble y digna todavía por el contraste que ofreció con la observada por los envilecidos ministros de Luis XV, los cuales, directa ó indirectamente, acabaron con cuantos franceses se habian distinguido en Oriente sirviendo á su patria. Labourdonnais fué á la Bastilla, de donde salió para morir al cabo de largos años de sufrimiento; Dupleix se vió despojado de sus inmensos bienes, y despues de recibir infinitas humillaciones, pasó de esta vida sin que nadie se apercibiera de ello, y Lally fué al cadalso con una mordaza en la boca. Miétras esto pasaba en Francia, la Cámara inglesa trataba á lord Clive con la justicia y consideracion que raras veces se tributa á los que viven; porque si bien estableció principios generales, sanos y justos, se limitó á indicar de una manera delicada los puntos en que el ex-gobernador de la India se habia separado de aquellos principios, y atenuó el mal efecto de su reprehension cubriéndolo de mercedos elogios. Lo hecho por la Cámara en el caso que dejamos referido, causó grande impresion en el ánimo de Voltaire, parcial siempre en favor de la Inglaterra y en contra de los Parlamentos franceses. Parece ser que por aquel entónces proyectaba escribir la historia de la conquista de Bengala, que comunicó su pensamiento al doctor Moore cuando recibió su visita en Ferney, y

que Wedderburne lo acogió con mucho calor, y festinó á Clive para que proporcionase materiales. Pero si Voltaire hubiese puesto en ejecucion su pensamiento, sólo hubiera producido un libro donde, á vueltas de mil relaciones á cual más pintoresca y llena de vida, y de muchas ideas humanitarias y justas, expresadas con brillantez y tersura, habria un sinnúmero de chanzonetas ocasionadas á excitar la hilaridad de los lectores, gran cosecha de burlas á propósito de la cronología de Moisés, no pocas anécdotas escandalosas con motivo de los misioneros católicos, y una serie considerable de rasgos de teo-filantropía sublime tomados del Nuevo Testamento y puestos en boca de los brahamas virtuosos y filósofos.

Al fin llegó el dia en que Clive pudo gozar con tranquilidad de sus bienes y honores, rodeado de amigos y parientes afectuosos, y en edad no avanzada todavía; pero desgraciadamente su inteligencia comenzaba á oscurecerse para quedar pronto sumida en profundas tinieblas. Habia estado sujeto desde su primera juventud á padecer frecuentes accesos de esa negra melancolía que hace que los hombres «anhelen como el mayor de los bienes pasar de esta vida;» y ya vimos, al comienzo de la presente biografía, que siendo empleado en Madrás, intentó, á causa de esto mismo, poner fin á su existencia. Las continuas ocupaciones que despues embargaron su vida, y la prosperidad, ejercieron la más favorable influencia en su ánimo, viéndosele en la India, mientras se halló absorbido por asuntos del Gobierno, y en Inglaterra, en tanto que el rango y las riquezas nuevamente adquiridas le ofrecieron novedad, resistir á la natural tristeza de su carácter. Pero cuando quedó inactivo, y ya no tuvo nada que

desear y se hubo saciado de cuanto poseia, comenzó á languidecer y agostarse como planta traida del extremo Oriente á las tierras del Norte, y que no puede resistir á las inclemencias del tiempo. No poco habia influido tambien para ponerlo así la malevolencia desplegada contra él por sus enemigos, el indigno tratamiento de que lo hizo objeto la comision investigadora, y la censura pronunciada contra sus actos por la Cámara de los Comunes, por más que la hubiese dulcificado recordando al propio tiempo sus grandes merecimientos. La idea de que todo esto lo hacia pasar á los ojos de gran número de sus conciudadanos como un tirano pérfido y cruel, irritaba su espíritu y abatia su cuerpo, combatido, además, por agudas afecciones, contraidas durante su larga estancia bajo el sol abrasador de la India. Allí se habituó á la perniciosa costumbre de acudir al opio para mitigar la intensidad de sus dolores; y este remedio, peor aún que la enfermedad, lo convirtió en panacea universal, de la que no podia prescindir, y que de una manera lenta y continuada iba consumiendo su ya débil organizacion. Sin embargo, en los momentos que le dejaban libre la melancolía ó el opio, bajo cuya influencia pasaba la mayor parte del tiempo, discurría con gran tino acerca de los más graves y difíciles asuntos, desplegando en todo su vigor y fuerza sus dotes de militar y de hombre de Estado para caer despues de nuevo en su anterior letárgico reposo.

Por aquel entónces, el estado de los negocios de Inglaterra con sus colonias de América se habia empeorado de tal modo, que parecia inevitable recurrir á la fuerza de las armas. Más de una vez pensaron los ministros en Clive con tal motivo, y si hubiera continuado siendo á la sazón lo que fué cuan-

de hizo levantar el sitio de Patna y destruyó la flota y el ejército de los holandeses en la embocadura del Ganges, tal vez habría vencido la resistencia de los colonos y dilatado por algunos años su inevitable separación de la madre patria. Era ya, por desgracia, demasiado tarde, y nada podía esperarse de Clive sino es la muerte, en la triste situación á que lo había traído la muchedumbre de sus males. Pero no queriendo esperar con resignación el término natural de su vida, puso fin á ella, suicidándose, el día 22 de Noviembre de 1774, á los 49 años de edad.

Vió el vulgo en este trágico desenlace la confirmación de sus lúgubres preocupaciones respecto á él, llegando algunos hombres de reconocida piedad y claro entendimiento á olvidarse por ello de tal modo de cuanto la religión y la filosofía nos enseñan, que atribuyeron sin embozo el horrible fin de lord Clive á la justicia de Dios y á los remordimientos de su conciencia. De muy diversa manera se ofrece á nuestros ojos un desastre que fué ocasionado del abatimiento, del hastío de la vida, de las enfermedades y de las humillaciones y ultrajes.

Que Clive cometió grandes faltas, es innegable; pero si las ponemos en parangón con sus merecimientos, teniendo en cuenta las tentaciones á que se halló expuesto, no podrán ser parte, á nuestro parecer, á privarle del lugar preferente que por sus virtudes merece ocupar en la historia, y que la posteridad debe concederle.

El renombre adquirido por los ejércitos ingleses en Oriente data de la primera época pasada por Clive en las Indias; que ántes los hijos de la Gran Bretaña sólo gozaban allí reputación de mercaderes, mientras el valor, el esfuerzo, la pericia, cuan-

tas cualidades son necesarias para vencer y dominar, se creian patrimonio exclusivo de los franceses. Pero su denuedo é inteligencia, tantas y tan repetidas veces demostrados en aquella larga serie de triunfos que tuvo principio con la defensa de Arcot y que terminó con la toma de Ghizni, persuadieron á los indos de su error. Bueno será tambien tener presente que sólo contaba Clive veinticinco años cuando empezó á dar pruebas tan evidentes de su grande aptitud y madurez para el mando. Acaso no sea posible decir con justicia otro tanto de ningun guerrero. Porque si bien es cierto que Alejandro, Condé y Cárlos XII ganaron muy rudas y empeñadas batallas, siendo aún más jóvenes, no lo es ménos que tenian á su alrededor generales de consumada experiencia, y á cuyos prudentes consejos debe atribuirse las victorias del Gránico, de Rocroi y de Narva, en tanto que Clive, escaso de años, de práctica y de conocimientos, era superior á cuantos se hallaban á su lado, y se vió en la necesidad, por tanto, de formarse y de formar á los suyos. Napoleon es el único guerrero que, á nuestro entender, haya dado tan tempranas y grandes muestras de genio militar.

A su vez, la importancia política de los ingleses en la India tuvo principio durante la segunda residencia de Clive en aquel país. Porque su habilidad y su arrojo realizaron, y aún excedieron, en el corto espacio de algunos meses, los más grandes proyectos y las más brillantes y atrevidas ilusiones de Dupleix, pudiéndose muy bien afirmar que ningun procónsul romano aportó jamás al imperio territorios tan extensos, tan feraces, tan poblados y tan ricos; y que en ninguna época vió pasar el pueblo de Roma bajo los arcos de triunfo de la ciudad,

siguiendo por el Foro y la vía Sacra hasta las puertas del templo de Júpiter Tarpeyano, despojos de más precio que los que han valido á la Inglaterra las conquistas de Clive; y que la fama de los vencedores de Antíoco y de Tigranes palidece al ser comparada con la gloria obtenida en la India por el jóven aventurero á la cabeza de su ejército, inferior en número de soldados á media legion.

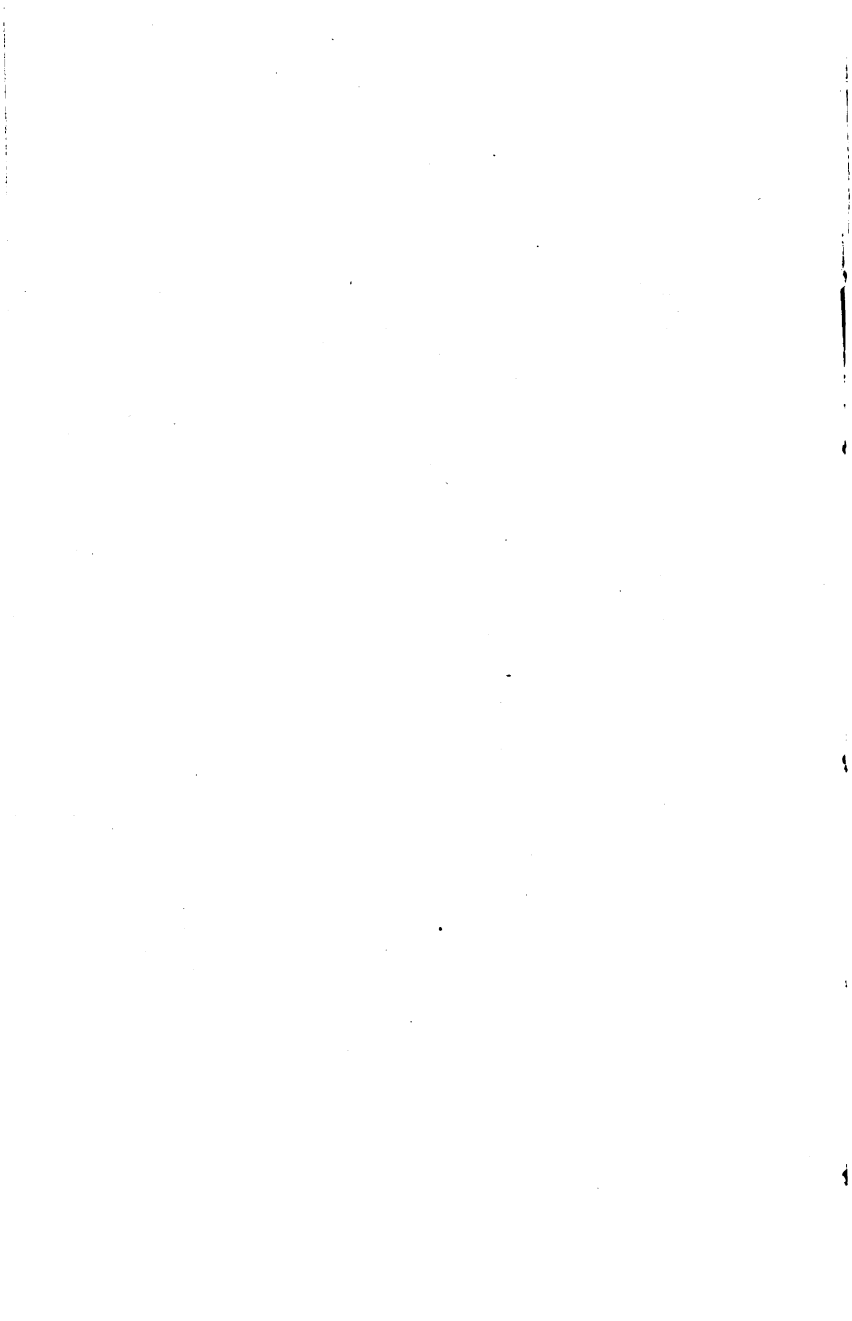
La pureza, la integridad administrativa data en las posesiones inglesas de Oriente de la tercera residencia de Clive en aquel país. Cuando el futuro gobernador de tan dilatadas regiones desembarcó en Calcuta, por los años de 1763, era tenuta la parte de Bengala como un lugar á propósito para enriquecer en poco tiempo y á todo trance á los que iban allí; y él fué quien primero combatió sin tregua tan corruptor sistema, exponiendo para ello su tranquilidad, su reputacion y su inmensa fortuna. El mismo sentimiento de justicia que nos impide ocultar ó paliar las faltas de la primera parte de su vida, nos obliga á decir que estas fueron despues noble y generosamente reparadas; pues si la mala reputacion que tuvo en otro tiempo la Compañía se ha desvanecido; si el yugo, pesado siempre, de un amo extranjero, ha sido en la India más soportable que el de la mejor dinastía indígena; si á las hordas de latro-funcionarios públicos, que llevaban consigo por todas partes el espanto y la desolacion, hemos visto suceder un cuerpo de empleados tan notables por su integridad, desinteres, inteligencia y amor al trabajo; si vemos en nuestros dias á un Munro, á un Elphinstone, á un Metcalfe (1) volver pobres á su pa-

(1) El general Elphinstone, hombre dotado de grandes virtudes y merecimientos, murió prisionero de los afganes, despues de la desastrosa guerra de 1841.

tria, despues de haber conducido sus ejércitos á la victoria y quitado y puesto reyes en un país donde no hace muchos años todos los agentes de la Compañía podian adquirir incalculables riquezas, la gloria, la honra que de esto reporta la Gran Bretaña debe atribuirse en mucha parte á lord Clive. Pero no sólo ocupa su nombre lugar preferente en el catálogo de los conquistadores, sino tambien en el más glorioso de los que han cooperado y sufrido por bien de la humanidad: por eso la historia, al inscribirlo al lado de los de Lúculo y Trajano, respetará la memoria del reformador tanto como los franceses la de Turgot, y las más remotas generaciones de los indos la de lord William Bentinck.

Munro fué uno de los reformadores de la política anglo-indostana y autor de la abolicion de ciertos privilegios aristocráticos que disfrutaba una clase determinada del país sobre los labradores.

Metcalfe se distinguió mucho como diplomático en las negociaciones que tuvieron lugar con Rungeet-Sing, y más principalmente por la defensa que hizo siempre de la libertad de comercio y de la colonizacion para desarrollar con prontitud los elementos de riqueza de la India.—
N. del T.



WARREN HASTINGS.

1732 á 1818.

Al escribir el presente bosquejo biográfico de Warren Hastings, nos hallamos tan distantes de participar del encono que en 1787 sentia contra él la Cámara de los Comunes, que lo acusó y residenció, como de la benevolencia que le mostró la de 1813, cuyos individuos, al recibirlo y darle asiento en ella, se levantaron y descubrieron respetuosamente. Hastings tuvo grandes cualidades y prestó eminentes servicios al Estado; pero sería convertirlo en un personaje ridículo presentarlo á los ojos de la posteridad como tipo de intachable virtud; y ya que otras razones no tuviesen, siquiera por respeto á su memoria, hubieran hecho bien sus amigos y partidarios en no prestarse á contribuir á pueriles adu-
laciones. Persuadidos estamos de que, si él viviera, no les agradecería la pena que se han tomado, y de que con su buen juicio y grandeza de alma desearía que lo representaran á la posteridad tal como fué. Sabía que sobre su reputacion habian caido

grandes manchas, pero tambien que podia soportar muchas más; y así, hubiera ciertamente preferido la severidad de Mill á los enfáticos elogios de Gleig, ya que no se hiciera su *vera effigie*, y si su miniatura favorecida hasta el extremo de no tener con él semejanza ninguna. «Pintadme tal cual soy,» dijo un dia Cromwell al jóven Lely que lo retrataba, «porque, si os olvidais de mis arrugas y cicatrices, nada os daré por el trabajo.» El gran protector demostraba hasta en esto su espíritu elevado y recto juicio: no queria que borrasen de sus facciones aquellos rasgos característicos, y ménos aún que las revistiesen de las formas regulares, de la frescura y morbidez proverbiales en los favoritos de Jacobo I, sino que pasaran á la posteridad conservando las huellas que el tiempo, la guerra, las privaciones, las inquietudes, y tal vez los remordimientos, dejaron en ellas, dando testimonio de su valor, de su sagacidad política, de su autoridad, y de su constante preocupacion del bien público. Si los hombres verdaderamente grandes conocieran bien sus intereses, así es como querrian ver hecho el retrato de su carácter.

Descendia Warren Hastings de una ilustre y antigua familia, cuyos orígenes, al decir de algunos genealogistas, podian remontarse al gran rey dinamarqués que con sus naves fué terror de las costas de la Mancha, y que luego, tras muchos encarnizados combates, acabó por ceder al esfuerzo y pericia de Alfredo. Pero no habian menester los Hastings de acudir á los tiempos casi fabulosos en demanda de abuelos ilustres para dar más brillo á sus blasones: una rama de la familia llevaba en el siglo XIV la corona condal de Pembroke; de otra nació aquel famoso paladin de la Rosa Blanca, cuya

historia ha sido manantial inagotable para narradores y poetas; y, andando el tiempo, sus antepasados recibieron de los Tudors el condado de Huntington, del cual quedaron despues desposeidos, recuperándolo en nuestros dias á consecuencia de una serie de sucesos que apénas tendria semejantes en los romances y en los libros de caballerías.

Los señores de Daylesford, en el condado de Worcester, pretendian ser jefes de tan ilustre casa. Habia prosperado ménos que las segundas esta rama principal; pero áun cuando carecia de títulos, era rica y gozaba de gran consideracion en el pais hasta hace cosa de dos siglos, en que, con motivo de la guerra civil, perdió hacienda y estados. Era entónces jefe de la familia un caballero muy partidario del rey, y al ver comprometida su causa, levantó un empréstito hipotecando sus tierras, fundió su vajilla en la casa de la moneda de Oxford, y se incorporó á las tropas de Cárlos, bajo cuyas banderas estuvo hasta ser hecho prisionero por los enemigos.

La mitad de su patrimonio llevaba ya gastado; de la otra mitad tuvo que dejar la mayor parte en manos del orador Benthall para obtener su libertad. El castillo de Daylesford continuó, sin embargo, en poder de la familia, que apénas lograba mantenerse en él decorosamente; pero la inmediata generacion tuvo al fin que venderlo á un comerciante de Londres.

Antes de enajenarlo, el último Hastings de Daylesford nombró cura de la parroquia en que se hallaba el castillo á su hijo segundo; mas la parroquia, de suyo pobre, una vez vendido el castillo escasamente producía lo necesario para mantener á su pastor; y como éste, además, estaba siempre en

lucha con el nuevo propietario con motivo de la percepción del diezmo, quedó por último arruinado. Su hijo mayor Howard, jóven de buena conducta, obtuvo un destino en aduanas; el segundo, Pynaston, perezoso y de malas costumbres, casó cuando apenas contaba diez y seis años, perdió á su mujer dos despues, y murió en las Indias Occidentales, encomendando á su padre un niño que estaba destinado por la Providencia á las mayores y más memorables vicisitudes.

Warren Hastings, hijo de Pynaston Hastings, nació el dia 6 de Diciembre de 1732: su madre murió algunos dias despues, y él quedó de consiguiente sin más proteccion que la de su abuelo, quien lo acogió á seguida. Hizolo ir desde muy niño á la escuela del lugar, donde tuvo por compañeros á los hijos de los labriegos de aquella campiña, que ni vestían ni se alimentaban peor que él. A pesar de tan oscuros principios, nada fué parte á eclipsar los albores de su ingenio y de su ambicion; y así, al ver continuamente las tierras y el castillo que sus antepasados poseyeron, en manos de gente extraña, su jóven inteligencia se preocupaba de las ideas y proyectos más singulares. Gustábale sobremanera de hacerse referir todo aquello que tenía relacion con su familia; que le hablasen de la riqueza y esplendor de su casa, y de la lealtad y valor de sus mayores. Acalorada su fantasía con estas relaciones, un dia que seesteaba orillas del arroyo que cruza por las tierras de Daylesford ántes de mezclar sus aguas con las del Isis, brotó por primera vez en su imaginacion un proyecto que despues jamás perdió de vista, á pesar de los mayores contratiempos: el de rescatar los bienes patrimoniales y llamarse con el tiempo Hastings de Daylesford.

Esta resolucíon, tomada, segun él mismo dijo setenta años despues, cuando solo tenía siete y se hallaba sumido en la mayor pobreza, fué adquiriendo cada dia más consistencia, creciendo y desarrollándose con él, que sin cesar la fomentaba con la perseverancia y la inquebrantable firmeza propias de su carácter. En las Indias, cuando regía aquel dilatadísimo Imperio y gobernaba á cincuenta millones de hombres, en medio de los mayores cuidados, atendiendo siempre á la administracion, á la Hacienda, á la justicia y á la guerra, su anhelo y sus esperanzas cruzaban los mares é iban á posarse en las almenas de Daylesford; y cuando hubo concluido su larga carrera, tan llena de males y de bienes, de infamia y de gloria, á Daylesford fué á retirarse para pasar los últimos años de su vida en el castillo señorial de sus antepasados.

Cuando hubo cumplido ocho años, resolvió su tío Howard encargarse de él para educarlo. Al efecto lo envió á un colegio de Newington, donde se daba buena enseñanza, y por lo visto mala comida, siendo esto causa de que atribuyese despues nuestro Warren Hastings su pequeña estatura al régimen alimenticio de aquel establecimiento. Dos años más tarde, pasó á la Universidad de Westminster, que florecia entónces bajo la direccion del Dr. Nichols. Vinni Burne, como lo apellidaban familiar y afectuosamente sus discípulos, ocupaba una de las cátedras: Churchill, Colman, Lloyd, Cumberland y Cowper eran condiscípulos de Hastings, que se hizo muy amigo del último; y á pesar de la diferencia de sus caracteres, opiniones y trabajos, se profesaron mutuamente afecto constante y decidido.

Parece ser que despues de su salida del colegio no volvieron á verse nunca; pero su afecto conti-

nuó inalterable; y cuarenta años despues, cuando la voz de muchos y muy célebres oradores fulminaba los cargos más grandes y graves contra Warren Hastings y pedia el castigo del opresor de los indos, el tímido poeta, cuya vida pasaba en el retiro y la soledad, no podia figurarse al famoso gobernador general, contra quien se habia desencadenado aquella tempestad, de otra suerte que remando por las aguas del Támesis, ó jugando con él en los claustros de Westminster; y se negaba, de consiguiente, á dar crédito á los que acusaban de tantas y tales iniquidades á un tan buen muchacho como habia sido en el colegio. No era esto extraño en quien vivia entregado á la meditacion, al rezo y á los ensueños, y que conservaba en toda la pureza primitiva el candor de la niñez, á pesar de haberse visto en más de una ocasion cruelmente afligido en su espíritu y sometido á grandes pruebas. No fueron, sin embargo, tantas ni tan grandes que lo indujeran jamás á violar grosera y torpemente las reglas de moral sobre las cuales se apoya y descansa la sociedad, ni tampoco se vió nunca cercado de mortales y poderosos enemigos, ni se halló en la terrible alternativa de escoger entre la rectitud y la grandeza, y el crimen y la desgracia. Así, pues, por más convencido que estuviera de cuán degenerada y corrompida estaba la humanidad, sus costumbres eran de tal naturaleza, que no le permitian comprender que hubiera hombres de buen natural y principios, á quienes la ambicion de mando, la pasion, el odio, ó el furor de la lucha pudiese arrastrar fuera del cauce de la verdad y la justicia.

Otro amigo tenia Warren Hastings en el colegio de Westminster, acerca del cual ya se nos presentará la ocasion de hablar más adelante. Llamábase

Impey, y aún cuando es poco lo que se sabe de su vida en la Universidad, conociendo el carácter de ambos, bien podemos suponer, sin aventurar mucho, que Hastings se valdria de Impey como de una máquina para poner en ejecucion las travesuras más arriesgadas, ganándolo á su partido mediante cualquier golosina.

Distinguíase nuestro Hastings entre sus condiscípulos, tanto por su habilidad en la natacion, como por su aprovechamiento en los estudios clásicos. A los catorce años ganó el primer premio en los exámenes; y su nombre, que aún existe escrito con letras de oro en las paredes de uno de los dormitorios, da testimonio de aquel triunfo, alcanzado sobre competidores de más edad que él. Dos años más pasó en Westminster, y se preparaba para entrar en *Chirst-Churh*, cuando sobrevino un acontecimiento que cambió el curso de su vida. Howard Hastings murió, confiando la tutela de su sobrino á un pariente lejano llamado Mr. Chiswick, quien, sin rehusar el depósito, se propuso desembarazarse de él lo ántes posible, y al efecto mandó suspender los estudios clásicos del jóven, siendo inútiles cuantos esfuerzos hizo Mr. Nichols para contrarestar tan grave resolucion, que, de llevarse á cabo, privaria, segun él, á la patria de uno de los primeros eruditos de su tiempo. El buen Mr. Nichols ofreció costear la carrera de Warren en Oxford, temiendo que el gasto fuese la causa de aquella medida; pero Mr. Chiswick permaneció inflexible; y como se hallaba en posicion de hacerlo nombrar para un destino en las oficinas de la Compañía de las Indias, pidió para él una plaza; que una vez allí, ya muriese de una afeccion al hígado, ya hiciese fortuna, de todas maneras quedaria libre de su carga. Salió,

pues, Warren de Westminster, y despues de pasar algunos meses en una escuela de comercio para estudiar aritmética y teneduría de libros, el mes de Enero de 1750, pocos dias despues de haber cumplido diez y siete años, se hizo á la vela para Bengala, llegando á su destino en Octubre siguiente.

Entró á seguida en la secretaría de Calcuta, y permaneció en ella doce años. El Fort-William era entónces no más que un establecimiento mercantil. En el Mediodía de la India, la política ambiciosa de Dupleix habia trastornado, contra su voluntad, á los empleados de la Compañía en diplomáticos y guerreros; porque tambien la guerra de sucesion se hallaba empeñadisima en el Carnate, donde la fortuna parecia inclinarse á favor de los ingleses, gracias al genio del jóven Clive; pero en Bengala, como quiera que los europeos estuvieran en paz y buena amistad con los naturales, sólo pensaban en comerciar.

Despues de pasar dos años más de tenedor de libros en Calcuta, fué Hastings enviado á Cossimbazar, ciudad del interior, asentada á orillas del Hougley, á un cuarto de legua de Moorshedabad, y que, á la sazón, estaba respecto de esta como la *cité* de Lóndres lo está de Westminster. Moorshedabad era la residencia del principe que regía con autoridad independiente de hecho, pero que parecia delegada del Gran Mogol, las tres provincias de Bengala, Orissa y Bahar: la corte, el harem y los establecimientos públicos tenian allí su asiento, y Cossimbazar era una plaza comercial, célebre por la cantidad y calidad de las sederías que se vendian en su mercado, y por las muchas flotas que continuamente salian y entraban en su puerto. La Compañía estableció allí grandes almacenes, sucursales de los

del Fort-William, y en ellos pasó Hastings algunos años, ocupado en negocios con los indígenas.

Así las cosas, Surajah-Dowlah subió al trono, y á poco, declaró la guerra á los ingleses; y como Cossimbazar estaba tan á su alcance y desprevenido para la defensa, no tardó en caer bajo su yugo. Hastings fué hecho prisionero y llevado á Moorshe-dabad; pero, gracias á la mediacion de la Compañía holandesa, no se le dieron malos tratamientos. Proseguia en tanto el Nabab su marcha sobre Calcuta, cuyo gobernador y jefe militar huyeron, y con esto la ciudad y su fuerte quedaron por él, y la mayor parte de los prisioneros ingleses pereció en el tristemente célebre *Calabozo Negro*.

Estos sucesos fueron causa del engrandecimiento de Warren Hastings. Porque, como el gobernador y sus compañeros se hallaban refugiados en la pequeña isla desierta de Fulda, cerca de la embocadura del Hougley, y naturalmente deseaban adquirir noticias y datos fidedignos de lo sucedido y de los planes ulteriores del Nabab, pareciéndoles que Hastings era la persona más á propósito para proporcionarlos, tanto mejor, cuanto que sólo estaba prisionero bajo su palabra, lo designaron para el caso. Así se convirtió en agente diplomático, llegando á adquirir en poco tiempo gran reputacion de habilidad y arrojo. La traicion que tan funesta fué algun tiempo despues á Surajah-Dowlah, comenzaba por entónces á tramarse; pero no siendo aún hora de dar el golpe, y hallándose en grave riesgo, buscó tambien Hastings refugio en la isla de Fulda.

Poco tardó en presentarse en el Hougley la expedicion que venía de Madrás bajo las órdenes de Clive, á castigar los desmanes y muertes causados por el Nabab, y el jóven Warren, excitado de su intrepí-

dez, y tal vez del ejemplo del caudillo de aquellas tropas, que, despues de haber sido como él agente comercial de la Compañía, era entónces militar renombrado, determinó de seguir el mismo camino, y sentó plaza. Pero el ojo certero de Clive tardó poco en conocer que su cabeza sería más útil que no su brazo; y despues de la batalla de Plassey, al ser nombrado Meer-Jaffier nabab de Bengala, Warren Hastings recibió el encargo de residir en la corte del nuevo soberano, en calidad de agente político.

Hasta 1761 vivió en Moorshedabad, en cuya época lo eligieron consejero, y tuvo que trasladarse á Calcuta, ejerciendo su cargo en el intérvalo que separó la primera de la segunda administracion de Clive, durante cuyo tiempo cayeron tantas manchas sobre la Compañía, que no han sido parte á borrarlas completamente largos años de buen gobierno. Ejercíalo á la sazón Mr. Vansittart, que se hallaba por tal motivo á la cabeza de un imperio nuevo y extraño, en el que por una parte habia una multitud de funcionarios ingleses, osados, inteligentes, afanosos de adquirir en poco tiempo grandes riquezas, y por otra un pueblo indígena numeroso, tímido, indefenso y habituado á la servidumbre. Si el esfuerzo necesario para impedir que la raza más fuerte hiciera víctima de su rapacidad á la más débil, era proporcionado á la energía y demas condiciones de Clive, no lo era ni con mucho á las de Vansittart, quien, á pesar de su buen deseo, hacía un gobernador débil é impotente para combatir el mal. Así fué que la raza conquistadora rompió durante la época de su mando todas las trabas que ántes la sujetaban al deber, ofreciendo el espectáculo más horrible que darse pueda, esto es, el que ofrece siempre la fuerza de la civilizacion cuando no la

suaviza la dulzura, que debe ser su compañera inseparable.

Para el despotismo y la tiranía ignorantes existe un freno, insuficiente á decir verdad, sujeto á grandes peligros, pero que, sin embargo, da garantías á la sociedad de que no se hollarán los límites del sufrimiento humano; y es que llega un tiempo en el cual los males producidos por la obediencia se hacen más temibles que cuantos pueda producir la resistencia, y entónces el miedo infunde una especie de valor que, comunicando impulso convulsivo y como desesperado, por decirlo así, al cuerpo social, enseña á los tiranos á no abusar de la paciencia de los pueblos. ¡Pero cómo luchar contra el Gobierno que á la sazón tenía subyugada la provincia de Bengala, cuando la inteligencia y la energía de la raza dominadora lo hacian irresistible! Si los bengalís se hubieran levantado contra los ingleses, hubiera sido una guerra entre corderos y lobos, entre hombres y demonios. La única proteccion que hubieran podido esperar los vencidos, consistia en la clemencia, la moderacion y la política ilustrada de los vencedores. Con el tiempo gozaron de estos beneficios; pero al principio, el poder de los ingleses se dió á conocer entre ellos sin su moralidad: hubo un intévalo entre el momento en que sólo pensábamos en tener derechos sobre los indos, y aquel en que comprendimos que á estos derechos iban unidos deberes muy sagrados, durante el cual los empleados de la Compañía sólo se ocuparon en robar á los indígenas de cuantas maneras son imaginables en el plazo más breve, con el objeto de regresar á Inglaterra enriquecidos de rapiñas, ántes de sentir los perniciosos efectos del clima, casarse con las hijas de los pares del reino, comprar elec-

tores que los votaran en el condado de Cornwall, y dar grandes fiestas en *Saint James's Square*.

Poco se sabe acerca de la conducta observada por Hastings en esa época; pero le hace honor y da testimonio de que no participó de los latrocinios de sus compatriotas, y de que no pudiendo proteger á los indos, se abstuvo de saquearlos y de oprimirlos: esto es cuanto estaba en su mano hacer. Si no hubiera procedido así, sólo con ser poco escrupuloso y humano habria hecho fortuna fácilmente. Ni tampoco se le acusó nunca por nadie de complicidad en los grandes abusos que á la sazón se cometian, á pesar de ser muchos, muy hábiles y muy encarnizados los enemigos que despues lo persiguieron, y que se habrian dado prisa á denunciar sus delitos si los hubieran descubierto. El exámen minucioso, severo, hasta malévoló á que ha sido sometida toda su vida pública, residencia única, á nuestro parecer, en la historia de la humanidad, es provechoso hasta cierto punto y bajo algunos aspectos á su reputacion; porque, si pone de manifiesto gran número de manchas, le da tambien derecho á que se le crea exento de cuantas no han sido descubiertas por sus inquisidores.

Pero lo más cierto y averiguado es que las tentaciones á que tantos funcionarios ingleses sucumbieron bajo el gobierno de Vansittart, no eran parte á conmovér las pasiones dominantes de Warren Hastings; el cual, si no era escrupuloso en materia de intereses, nunca conoció avaricia ni rapacidad. Demas de esto, tenía la necesaria claridad de ingenio para no considerar un gran Imperio únicamente como una mina en explotacion; así que, áun cuando hubiera estado más corrompido, su inteligencia lo habria librado de cometer tales bajezas. Hastings

fué un estadista no nada escrupuloso, sin principios, tal vez, pero no un capitán de ladrones.

En 1764 regresó á Inglaterra con escaso caudal, y poco tardó en darle fin, auxiliado de su generosidad y mala traza para manejarlo. Parece ser que con sus parientes estuvo muy liberal. Había dejado en Bengala más de la mitad de sus economías con la esperanza de obtener los crecidos beneficios que allí reporta generalmente el dinero puesto á rédito; pero como la importancia de estos se halla siempre en razón inversa de la seguridad, firmeza y garantía de los capitales, no pasó mucho tiempo sin que Hastings perdiese una cosa y otra.

Cuatro años permaneció en Inglaterra. Poco se sabe de él durante aquella temporada; mas se asegura, y es muy probable, que invirtió la mayor parte del tiempo en el estudio y en cultivar el trato de los hombres de letras. Y no estará demás dejar consignado aquí, en elogio suyo, que en una época durante la cual los agentes y auxiliares de la Compañía consideraban las lenguas orientales sólo como medio de comunicarse con los tejedores y traficantes de aquellas regiones apartadas, él buscó y halló en las ciencias del Asia gran esparcimiento á su espíritu y nuevos puntos de vista sociales y de gobierno. Es posible que, como casi todos los hombres que han estudiado mucho ciertos ramos del saber humano que se hallan fuera del alcance de la generalidad, se sintiera siempre dispuesto á exagerar la importancia de los que más fuesen de su gusto; por su parte, creía que el conocimiento de la literatura persa podría contribuir con ventajoso resultado á la educación liberal de los ingleses; á este fin escribió una memoria, y parece que la Universidad de Oxford, donde el estudio de la litera-

tura oriental no ha caído nunca en desuso desde la época del Renacimiento, debía ser la escogida para poner en práctica su proyecto, esperando Hastings que á ello proveerian con munificencia los directores de la Compañía, y que, merced á su generosidad, pudiera traerse de Oriente maestros capaces de interpretar á Hafiz y Ferdusi.

Por aquellos dias visitó á Jhonson, que gozaba de la mayor reputacion literaria, le comunicó sus ideas y procuró interesarlo en favor de ellas, sabedor de las íntimas relaciones que lo unian con el claustro de Oxford. La entrevista dejó en el ánimo del filósofo la impresion más favorable en cuanto á las facultades y conocimientos de Hastings; y largos años despues, cuando éste gobernaba el vasto imperio de la India, con motivo de una carta que le dirigió, hizo alusion en los términos más lisonjeros y dignos á sus cortas, pero agradables relaciones personales.

Presto comenzó Hastings á pensar de nuevo en la India. Lo que poseia era muy poco; y como sus apuros pecuniarios iban creciendo, se decidió, al fin, á pedir un destino á los directores, que accedieron sin tardanza á su solicitud, nombrándolo individuo del consejo de Madrás; con lo cual hicieron justicia á su talento y probidad. Para emprender el viaje tuvo que pedir dinero á préstamo; mas no por eso rebajó nada de lo que habia señalado á sus parientes pobres. Cuando todo lo hubo dispuesto, se dió á la vela en el *Duque de Grafton* la primavera de 1769, y fué su viaje una serie de aventuras novelescas.

Entre los pasajeros del *Duque de Grafton* iba un aleman llamado Imhoff, titulado baron, pero cuyos bienes de fortuna debian ser muy escasos,

pues se trasladaba á Madrás con la esperanza de ganar algunas pagodas (1), de las que los ingleses adquirian y disipaban tan fácilmente á la sazón, haciendo retratos. Acompañábalo su mujer, la cual era jóven, de agradable fisonomía, buena educacion y modales seductores. Habia nacido en Arkangel, cerca del polo ártico, y estaba destinada á representar el papel de reina bajo el trópico de Cáncer. Despreciaba á su marido de todas véras, y no sin razon, como lo probará el suceso cumplidamente. Hastings le fué simpático, gustó de su trato y compañía, y cuanto hizo en su obsequio la cautivó.

La situacion era por demas ocasionada á peligros; porque no hay lugar tan á propósito para desarrollar grandes afectos y odios mortales como un buque, durante larga travesía. Contadas son las personas que no hallan por extremo enojoso un viaje de algunos meses, en que todo cuanto interrumpe la monotonía es bien recibido, ya sea la vista de otro buque, ya un tiburón, ya un hombre al agua. Algunos para distraerse recurren al medio de hacer dos comidas más que en tierra; otros, y son los más, apelan al amor, si hay damas á bordo, y no pocos acaban siempre por indisponerse con sus compañeros: que para todo esto dan ancho campo los estrechos límites del barco de pasajeros. Los que lo habitan se hallan á todas horas en más íntimo contacto que en una casa de campo, pues no hay otro medio de huir de sus compañeros de viaje sino es cerrarse en un calabozo llamado camarote: se come, se pasea sobre la cubierta, siempre con los demas ó entre ellos, nunca solo; la etiqueta se proscribía casi, y de esta manera no hay cosa más fácil á una persona

(1) Moneda del país.

mal intencionada que causar mil molestias, ni tampoco más á propósito para que un buen amigo dé repetidas pruebas de su afecto; aconteciendo á las veces que sufrimientos ó peligros verdaderos hacen salir á la superficie en toda su hermosura ó deformidad naturales virtudes heroicas ó vicios abyectos que habrían permanecido ignorados hasta de los más íntimos amigos durante largos años de trato en lo que se llama sociedad. En esta situación, pues, se hallaron Warren Hastings y la baronesa Imhoff. Ambos estaban dotados de cualidades que habrían llamado la atención en cualquiera corte de Europa: Hastings era soltero y libre; la baronesa casada; pero los vínculos de su matrimonio estaban muy relajados, pues ni respetaba á su esposo, ni éste á su vez tenía en mucho aprecio la honra para ser capaz de hacerse respetar.

Una vez en pendencia de amores Hastings y la de Imhoff, ciertos accidentes que no habrían tenido lugar en tierra, sirvieron para estrecharla más: él cayó enfermo, y con este motivo la baronesa lo cuidó con la tierna solicitud y el amoroso desvelo que saben emplear las mujeres en casos tales. Este proceder aumentó el afecto de su amigo, cuyo cariño hacía ella era de naturaleza característica y propia de él, y llevaba impreso el sello de sus pasiones, y como su odio y su ambición, era inmenso, profundo, reconcentrado y tranquilo, pero incontrastable.

Pasado algun tiempo, Imhoff fué llamado á tomar parte en las deliberaciones habidas entre su mujer y el amante, y quedó convenido que la baronesa presentaría la demanda de divorcio á los tribunales de Franconia; que el baron allanaría cuantas dificultades pudieran ocurrir y estuviera en sus atribucio-

nes de marido; que continuarían viviendo juntos hasta que se pronunciara la sentencia de separación; que Hastings daría pruebas materiales de su agradecimiento al esposo; que, tan luego quedase disuelto y roto su matrimonio, casaría con su ex-mujer, y, finalmente, que adoptaría los hijos de la baronesa nacidos antes del divorcio.

No juzgamos con severidad esta falta de Warren Hastings y de la señora de Imhoff, porque, á decir verdad, ambos tenían muchas circunstancias atenuantes en su favor. Pero no por eso convendremos nunca con el muy reverendo Mr. Gleig, cuya parcialidad por Hastings no conoce límites, en que la conducta del baron fué juiciosa y prudente, cuando sólo fué baja y despreciable y capaz hasta de excusar la de los amantes.

Halló Hastings en Madrás en muy mal estado el comercio de la Compañía, y conociendo que el favor de sus jefes dependía principalmente de la importancia de los dividendos, y que éstos á su vez dependían de las imposiciones, determinó de aplicar toda su atención á este ramo tan descuidado desde que los funcionarios de la Compañía dejaron de ser comerciantes para trasformarse en soldados y políticos. A dejarse llevar de su gusto é inclinaciones personales, habría preferido consagrarse ántes á la parte política que no á la económica; pero, así y todo, realizó en pocos meses importantes reformas, que merecieron la más completa aprobación de sus jefes, quienes para recompensar de una manera digna la inteligencia y celo que había desplegado en ellas, lo pusieron al frente del gobierno de Bengala. A principios de 1772 dejó, pues, el fuerte de San Jorge, y se trasladó á su nuevo destino, acompañado del baron y de la baronesa de Imhoff,

quienes, «obrando juiciosa y cuerdamente,» segun dice Gleig, vivian con él hacia dos años.

Hallábase la provincia de Bengala, cuando Hastings fué allá de gobernador, administrada con arreglo al sistema establecido por Clive; sistema ingenioso y hábilmente concebido con el propósito de facilitar secretamente el triunfo de una gran revolucion; pero que no ofrecia sino inconvenientes y dificultades una vez consumada. Porque habia dos gobiernos: el verdadero y el aparente: el poder supremo pertenecia á los ingleses, y era de hecho el más arbitrario que pueda imaginarse, pues el único freno que hubiera sido parte á sujetarlos, consistia en su justicia y humanidad; que ni la Constitucion ponia límites á su imperio, ni la resistencia de los naturales hubiera sido capaz de contenerlos; pero los ingleses, soberanos absolutos en realidad, no habian asumido las formas de la soberanía; poseian el territorio como vasallos del monarca de Delhi; percibian las rentas á título de colectores del Emperador, nombrados por él; los sellos oficiales traian grabado los títulos del monarca, y la moneda se acuñaba con su busto.

De suerte que aún existia en Bengala un nabab que, respecto de los ingleses, dueños de su Estado, se hallaba en la misma relacion que Augústulo con Odoacro, ó que los últimos merovingios con Cárlos Martel y Pipino: vivia en Moorshedabad rodeado de régia magnificencia, hacíansele los mayores acatamientos, empleábase su nombre en los actos públicos; pero en realidad influia ménos en la gobernacion de su pueblo que el último empleado ó el cadete más jóven de la Compañía.

El Consejo que la representaba en Calcuta estaba entónces constituido de manera muy diversa de

como se halla hoy. En la actualidad, el gobernador posee un poder ejecutivo absoluto: puede nombrar y destituir funcionarios públicos, y declarar la guerra y hacer la paz, contra el parecer unánime de los consejeros. Estos tienen derecho á saber y discutir cuanto se hace, de aconsejar, de representar y de protestar; pero la suprema autoridad allí es el gobernador, único responsable de todo. Creemos que este sistema, introducido por Pitt y Dundas, á despecho de Burke, es el mejor que puede plantearse en un Estado donde faltan los elementos indispensables para desarrollar el régimen parlamentario.

En tiempo de Hastings, el gobernador tenía voz en el Consejo, y en caso de empate en las votaciones, su voto decidía; acaeciendo con harta frecuencia que en los asuntos más graves é importantes lo hacía contra su voluntad cediendo á influencias que no podía dominar; y no hubiera sido extraño que llegase á quedar excluido, durante más ó ménos tiempo, de la verdadera dirección de los negocios públicos.

Habían fijado muy poco su atención en lo tocante al gobierno interior de Bengala los funcionarios ingleses del Fort William. Los únicos asuntos políticos en que se ocupaban con asiduidad, eran las negociaciones con los príncipes indígenas, descuidando casi completamente la policía, la administración de justicia y los detalles de la Hacienda. A pesar del tiempo que va trascurrido, aún se advierte en los funcionarios de la Compañía restos de los antiguos resabios; y es cosa muy usual verles emplear la palabra *política* como sinónimo de *diplomacia*. Hoy mismo existen personajes á quienes se aprecia en elevadas regiones como prendas inestimables para el servicio público y de gran aptitud

para ejercer la jefatura de presidencias, y que son nulidades para los asuntos políticos.

En Bengala delegaban los ingleses el gobierno interior á un ministro indígena, que residia en Moorshedabad, con facultades sobre todo lo que no fuese del orden militar ni se rozara con las relaciones exteriores: dábanle cien mil libras esterlinas de sueldo al año; y como, además, pasaba por sus manos y, hasta cierto punto, se hallaba á su disposicion el salario del Nabab, que ascendia á trescientas mil libras esterlinas, puede muy bien suponerse cuán envidiado no sería el cargo, vista su importancia, lucro y brillo, de los indígenas capaces y poderosos. Por esta causa costó gran trabajo á Clive el decidirse, cuando proveyó la plaza de ministro, entre pretendientes rivales; que dos grandes partidos presentaban cada uno su candidato en representacion de razas y religiones diversas.

Era el de uno Mohamed-Reza-Kan, musulman de origen persa, hombre capaz, activo, religioso á la manera de su pueblo y muy amado de sus correligionarios. En Inglaterra se le hubiera tenido por un político avaro y venal; pero á juzgarlo con el criterio indostánico, casi podria considerársele como á persona honrada.

Brahamino indo era su competidor, y se llamaba el Maharajah Nuncomar, nombre que se halla en la historia inseparablemente unido al de Warren Hastings á consecuencia de un terrible suceso.

Habia representado Nuncomar muy principal papel en cuantas revoluciones tuvieron lugar en aquella parte de Bengala desde los tiempos de Surajah Dowlah; y á la consideracion y respeto que allí se rinde á los hombres de raza pura y de noble alcurnia, unia la importancia que dan en todas partes

la riqueza, el talento y la experiencia. Muy difícil sería dar idea de su carácter á quien no conoce la humanidad sino bajo la forma que reviste en Europa; porque Nuncomar era á los otros bengalís lo que el italiano es al inglés, lo que el indo al italiano, lo que el bengalí á los demás indos.

La constitucion física del bengalí es delicada y hasta femenil; vive constantemente en un baño de vapor; sus ocupaciones son sedentarias; débiles sus miembros, lánguidos y perezosos sus movimientos; el valor, la independendencia, la viveza son cualidades que no tiene, y así se ha visto largos años sojuzgado por hombres de condicion más fuerte y atrevida. Su espíritu se halla en perfecta analogía con su fisico: es débil hasta la impotencia, cuando se trata de una resistencia vigorosa; pero de habilidad y tacto tan singular que infunde admiracion y desprecio juntamente; porque todos los recursos que constituyen la defensa natural de los débiles contra los fuertes se hallan más incarnados en esta raza que entre los jonios de la época de Juvenal, ó los judíos de la Edad Media, pudiéndose decir que el engaño y la falsía son para el bengalí lo que la garra para el tigre, el aguijon para la abeja, ó la belleza del tipo griego para la mujer. Grandes promesas, excusas plausibles, historias tejidas de mentiras circunstanciadas, perjurios, falsificaciones de todo género: hé aquí las armas ofensivas y defensivas de los hijos del bajo Ganges.

Cuéntanse por millones y no dan un solo cipayo á la Compañía; pero en cambio como usureros, negociantes y abogados de habilidad, no ceden á los de ningun pueblo de la tierra. A pesar de la dulzura de su carácter, no es propenso el bengalí á la conmiseracion, ni transige nunca con sus enemigos,

ni cede en sus proyectos sino bajo la presión del miedo; tampoco le falta cierto valor *sui generis* de que á las veces carecen sus dominadores, pues opone á los males inevitables una resistencia pasiva y un esfuerzo semejantes al que los estóicos atribuían á su sabio imaginario. El soldado europeo que se arroja sobre una batería lanzando gritos de guerra, podrá darlos de dolor al sentir el bisturí del cirujano, ó entregarse á la desesperación al oír su sentencia de muerte; pero el bengalí, que dejaría invadir su patria por el enemigo, incendiar su casa y perecer á su familia sin atreverse á dar un golpe en defensa de objetos tan caros, ha sufrido más de una vez la tortura con la firmeza de Mucio Escévola, y marchado al cadalso con paso tan firme y rostro tan sereno como Algernon Sydney.

Personificaba este carácter nacional y con exageración el Mahrajah Nuncomar. Había tomado parte en las más criminales intrigas, como tuvieron ocasión de averiguar los funcionarios de la Compañía; una vez levantó falso testimonio contra otro indio, é intentó probar su imaginaria culpa presentando papeles mañosamente contrahechos; y en cierta circunstancia se descubrió que, mientras fingía la más grande amistad á los ingleses, estaba en todas las conspiraciones que se urdían contra ellos, llegando á saberse también, algún tiempo después, que servía de intermediario entre la corte de Delhi y las autoridades francesas de Carnate. Estos crímenes y maldades fueron causa que pasara largo tiempo encarcelado; pero, al fin, no sólo quedó libre, sino que, merced á su talento é influencia, pudo recuperar, en cierto modo, la consideración perdida entre naturales y extranjeros.

Era Clive muy opuesto á poner al frente de la ad-

ministracion de Bengala á un musulman; empleo al que por otra parte le repugnaba elevar á un hombre convicto tantas veces de todo género de maldades. En consecuencia, y á despecho del Nabab, sobre quien habia sabido Nuncomar adquirir la mayor influencia, y que deseaba vivamente ver al hábil y artero indo á la cabeza del Gobierno, se decidió en favor de Mohamed-Reza-Kan, en lo cual anduvo muy cuerdo. Siete años hacia que desempeñaba el cargo cuando Hastings fué nombrado gobernador. Un hijo de Meer-Jaffier, niño de tierna edad, era á la sazón nabab, y su custodia y tutela se habia confiado al ministro.

Entónces Nuncomar, movido de sus depravados instintos, se propuso minar la autoridad de su rival, cosa no difícil, porque las rentas de Bengala no producian bajo su administracion el excedente que se prometió el Consejo de la Compañía.

Teníase á la sazón en Inglaterra la idea más absurda en órden á la riqueza de la India: los mismos hombres de negocios al ocuparse de aquel país lo veian poblado de palacios de pórfido, con las paredes cubiertas de brocado, y por todas partes lleno de montañas de perlas y diamantes y *pagodas* y *mo-hurs* de oro que se median como semilla. Pero nadie parecia creer lo que sin embargo era cierto, esto es, que la India era más pobre que otros pueblos reputados por tales, como Irlanda ó Portugal; y los lores de la Tesorería y los representantes de la *Cité*, no sólo abrigaban la conviccion de que Bengala se bastaba á sí propia para ocurrir á sus gastos, sino que podia producir grandes dividendos á los accionistas, y considerables recursos á la real Hacienda de Inglaterra. Quedaron defraudadas tan locas esperanzas, y entónces los directores prefirie-

ron naturalmente atribuir su desengaño á la mala gestion de Mahomed que á su completa ignorancia del país; y como llegasen á confirmarlos en su error los agentes que Nuncomar tenía en Leadenhall Street, á poco de hallarse Hastings en Calcuta recibió cartas particulares del Consejo directivo con la órden de deshonorar á Mohamed, de reducirlo á prision, como asimismo á su familia y partidarios, y de residenciarlos. Añadíase en ellas que haria bien el gobernador de valerse de los buenos oficios de Nuncomar para el mejor resultado del asunto, y que, áun cuando sus defectos eran capitales, sería fácil utilizarlos en aquellas circunstancias, animándolo con la esperanza del premio, pero sin fiarse mucho de él. Nada de esto se comunicó al Consejo de Calcuta por el de Lóndres.

No era Nuncomar de la devocion de Hastings: ambos se habian conocido en Moorshedabad años atras y enconádose de tal manera, que, para evitar mayores consecuencias, se hizo indispensable la intervencion de sus jefes. Discordaban en todo, ménos en lo de ser ambos implacables por naturaleza. Con Mohamed no tenía Hastings ningun resentimiento, ni el menor motivo de queja: sin embargo, se dispuso á poner en ejecucion las órdenes de la Compañía con un celo desacostumbrado en él cuando no se hallaban en perfecto acuerdo con su parecer las instrucciones que se le dirigian. En nuestro concepto, queria utilizar aquella ocasion para desembarazarse del doble sistema de gobierno existente en Bengala; y como la carta de los directores le daba pié para ello, dispensándolo de la necesidad de discutir el asunto con los de su Consejo, tomó al efecto las medidas que mejor le parecieron con la energía y habilidad propias de él.

A media noche hizo cercar por un batallon deipayos el palacio de Mohamed, en Moorshedabad, y prender al ministro, quien, al comunicársele la órden, bajó la cabeza con gravedad musulmánica y se sometió. No caia solo. Era gobernador de Bahar un jefe llamado Schitab Roy, cuyo denuedo, esfuerzo y lealtad eran notorios á los ingleses, que le tenian en gran aprecio desde el dia memorable en que los habitantes de Patna vieron desde sus murallas roto y disperso todo el ejército del Mogol por el pequeño cuerpo del capitán Knox. Schitab Roy hizo en aquella jornada prodigios de valor, y así lo declararon unánimes los ingleses. «Nunca he visto á un asiático batirse como él,» dijo Knox al conducirlo cubierto de sangre y polvo á presencia de los funcionarios reunidos en la factoría. Empero no fué parte su glorioso pasado, ni las simpatías adquiridas, para librarlo de la ruina de Mohamed, y quedó deshonorado y preso. Los miembros del Consejo nada entendieron hasta que los prisioneros iban camino de Calcuta.

Con diversos pretextos se fué dilatando la instruccion del proceso algunos meses, durante los cuales permaneció Mohamed en blando cautiverio, y miéntras, Hastings completaba su obra: suprimió el cargo de ministro; puso en manos de los empleados de la Compañía la administracion interior; organizó un sistema, imperfecto, á decir verdad, para la de justicia civil y criminal, bajo la vigilancia de los ingleses; quitó al Nabab toda participacion verdadera y áun aparente en el gobierno, dejándole sólo el sueldo, que era muy crecido, y los atributos de la soberanía; y como era menor de edad y fuese necesario proveer á la custodia de su persona y bienes, confió aquella á una concubina de su padre,

llamada Munny Begun, y esta á Goordas, hijo de Nuncomar: que se necesitaba de los servicios del padre, y no pudiendo conferírsele impunemente el poder, creyó Hastings conciliarlo todo, recompensando al hombre capaz, pero sin principios, en la persona de su inofensivo hijo.

Hecho esto, y en plena posesion de Bengala, no tuvo ya Hastings motivo de tratar con rigor á los antiguos ministros, á quienes hizo comparecer ante una comision presidida por él. Quedó absuelto Schitab Roy; y no pareciendo esto bastante todavía al gobernador, se le dió cumplida satisfaccion, prodigándole todas las muestras de respeto acostumbradas en Oriente: se le revistió de un traje de ceremonia, se le hicieron ricos presentes, regalósele un elefante aparejado con el mayor lujo, y se le restituyó á su gobierno de Patna; pero su salud se habia quebrantado en la prision y hondamente abatido su espíritu pundonoroso, y á poco murió de melancolía.

No resultó tan clara la inocencia de Mahomed-Reza-Khan; mas como no se hallaba Hastings dispuesto á tratarlo con severidad, al fin, despues de un largo interrogatorio, en el cual Nuncomar hizo el papel de acusador y desplegó el ensañamiento y habilidad propias de su carácter, declaró que no habia pruebas para condenarlo, y lo mandó poner en libertad.

Nuncomar, que se habia propuesto derrocar la administracion musulmana para elevarse sobre sus ruinas, vió entónces defraudadas sus esperanzas; que su maldad quedaba sin recompensa; que Hastings se habia servido de él como de instrumento para traer el gobierno de manos de los indígenas á las de los ingleses; que su rival, el enemigo á quien

tanto envidió, contra quien tanto se ensañó, quedaba libre de responsabilidad, y que aquel cargo tan suspirado de ministro se suprimía y era perdido para él. Desde aquel punto fué Hastings para el vengativo brahamino un objeto de odio; sin embargo, disimuló; que la ocasion no era propicia para ejecutar malos pensamientos. No tardaria mucho en presentarse oportunidad, y entónces la lucha sería desesperada y mortal.

Hecho esto, debió Hastings fijar la atencion en los asuntos exteriores. La diplomacia del gobernador consistia entónces en procurarse dinero; que su Erario se hallaba casi exhausto, y él resuelto á salir de apuros á todo trance y por cualquier medio. La famosa y antigua divisa de una de las grandes familias merodeadoras del Téviotdale y que decia: *Todo te faltará ántes que me falte algo*, podrá explicar la naturaleza de las relaciones de Hastings con sus vecinos, pues no parece sino que estableció como principio fundamental é indiscutible que, cuando no tenia el número de *lagos* de rupias necesario para ocurrir á las atenciones del servicio público, podia tomarlos de quien los poseyera. Fuerza es consignar en su descargo, que sus jefes lo hostigaban de tal modo, que para resistir á las órdenes del Consejo directivo hubiera sido necesario una virtud á toda prueba, pues lo ponian en la disyuntiva de consumir los mayores desafueros, ó de presentar su dimision, renunciando de consiguiente á la esperanza de adquirir fortuna y honores. No es que los directores le mandaran cometer la más leve accion digna de censura, ni ménos que la hubieran aprobado; que toda su correspondencia durante aquella época contiene gran copia de preceptos justos y humanos, formando casi un código de moral política,

sino que cada exhortacion se anulaba á seguida, pidiendo más dinero, verbigracia: gobernad con dulzura, y enviad más oro, ó, lo que es lo mismo, sed padre del pueblo y oprimidle; sed justo é injusto, moderado é inhumano; y como estas instrucciones fueron las únicas que recibió mientras estuvo en la India, dicho se está que sólo habia un medio de no cumplirlas, y era volverse á Inglaterra.

Tampoco acusaremos de hipócritas á los autores de tales despachos: escribian á seis mil leguas de distancia del lugar en donde sus órdenes debian tener cumplido efecto, sin advertir la grosera contradiccion de sus disposiciones; pero el Gobernador, á quien se le pedia sin demora medio millon de libras esterlinas, cuando el tesoro de Bengala se hallaba exhausto, el ejército sin pagar, su mismo sueldo atrasado, perdidas las cosechas y fugitivos los recaudadores, tenía que decidirse por las recomendaciones morales ó las exigencias pecuniarias de los jefes, y en la forzosa disyuntiva de incurrir en desobediencia por algun concepto, ¿qué le perdonarian sus jefes más fácilmente? Hastings concluyó que lo más seguro sería dar de lado á la moral y procurar dinero.

Un hombre tan fecundo en recursos de todo género, á quien tan poco embarazaban los escrúpulos de conciencia, no podia ménos de hallar muy en breve algun remedio á los apuros rentísticos del Gobierno. En efecto; muy luégo, y para dar comienzo á su obra, redujo de una plumada la pension del nabab de Bengala de trescientas veinte mil libras á la mitad, y despues anuló totalmente la de trescientas mil que la Compañía estaba obligada á pagar al Gran Mogol, á título de tributo por las provincias que habia puesto bajo su custodia; pero,

como ésta le tenía cedido á su vez los distritos de Corah y Allahabad, á pretexto de que el Mogol no era independiente en realidad, sino instrumento de otros, Hastings retiró sus concesiones y despachó tropas que los ocuparan; y pues la situación de las plazas, reunidas ahora, era de tal naturaleza que, de seguir ocupadas por los ingleses, causarían grandes dispendios sin proporcionar ventajas de importancia, Hastings, que buscaba dinero y no territorios, determinó de venderlas. No faltaron compradores.

Habia caído la rica provincia de Uda en manos de la gran familia musulmana que hoy la gobierna, en los momentos de la disolución general del imperio mogólico. Hace veinte años tomó esta familia, previa la vención de los ingleses, título real, cosa que no hubieran hecho ciertamente mahometanos de la India en tiempo de Hastings, por reputarla odiosa impiedad. Así, pues, el príncipe de Uda, si bien ejercía entónces el poder, no usaba título de soberano, añadiendo sólo al nombre de nabab ó virey el de visir de la monarquía indostánica, del propio modo que los electores de Sajonia y Brandeburgo, á pesar de ser independientes del Emperador y de hacerle á veces la guerra, tenían en mucho llamarse grandes mariscales de la cesárea majestad. A la sazón era nabab-visir Surajah-Dowlah, y se hallaba en las mejores relaciones con los ingleses; además poseía cuantiosos bienes; Allahabad y Corah podían convenirle, y á la Compañía no eran estas plazas de utilidad ninguna. Poco tardaron en avenirse comprador y vendedor, y al fin, las provincias arrancadas al Gran Mogol pasaron al dominio de los príncipes de Uda, mediante quinientas mil libras esterlinas, poco más ó ménos. Quedaba, sin embargo,

por resolver una cuestión más importante aún: la de la suerte futura de aquel pueblo animoso y esforzado; y se decidió de tal manera, que ha impreso una mancha indeleble en la fama de Warren Hastings y de los ingleses.

Los habitantes del Asia central habían sido siempre, respecto de los indostanes, lo que los guerreros de las selvas germánicas fueron á los romanos de la decadencia; y así el indo, cenceño, de color moreno y no nada valiente, temía entrar en lucha con los blancos y fornidos habitantes del otro lado de los desfiladeros. Hay muchas razones para suponer que, en los tiempos prehistóricos, el pueblo que hablaba la elegante y rica lengua sanscrita viviera de las regiones situadas más allá del Hífaso y del Hitaspe, imponiendo su yugo á los indígenas. Es cierto que, durante los diez últimos siglos, invasiones sucesivas de la parte de Occidente cayeron sobre el Indostan, y que el curso de la conquista no volvió jamás hácia el sol poniente hasta la memorable campaña que hizo brillar la cruz de San Jorge sobre los muros de Ghoizni.

Los mismos emperadores del Indostan procedían de la parte opuesta á la gran cadena de montañas, y tenían y conservaban siempre la costumbre de reclutar sus tropas en la raza valiente y esforzada de la cual provenía su ilustre casa. Entre los aventureros militares que acudieron á ponerse bajo de las banderas mongólicas, desde las inmediaciones de Cabul y de Candahar, sobresalian muchos de los conocidos con el nombre de Rohillas, y que recibieron en recompensa de sus servicios dilatados territorios, verdaderos feudos (si es lícito usar esta palabra) que se extendían por la llanura que cruza el Ramgunga al descender de las nebulosas altu-

ras del Kumaon y mezclar sus aguas con las del Ganges.

En medio de la confusion general que siguió á la muerte de Aureng-Zeb, se hizo independiente de hechó aquella colonia guerrera. Distinguíanse los rohillas de los demas habitantes de la India por la blancura particular de su tez; y por su valor en la guerra, y su destreza y habilidad en las artes de la paz, ocupaban lugar más preferente aún. Miétras duró la lucha, desde Lahora al cabo Comorin, gozó su pequeño territorio de paz y tranquilidad al amparo de su valor, é hicieron medrar el comercio y la agricultura, sin desatender por eso la poesia; tanto es así que muchos ancianos, que aún viven, recuerdan haber oído á otros ancianos hablar con pena de la edad de oro en la cual reinaron los príncipes afghanos en el valle de Rohilcund.

Habiase propuesto Surajah-Dowlah reunir á sus Estados tan rico distrito. Sus derechos sobre aquel territorio eran iguales á los que Catalina II hubiera podido aducir sobre Polonia, y Napoleon sobre la península española; á su vez, los rohillas poseian su territorio por igual título que él los suyos, habiéndose gobernado mejor sin comparacion alguna que Surajah-Dowlah sus Estados. Por otra parte, no eran hombres á quienes se pudiera dominar fácilmente, á pesar de hallarse establecidos en una inmensa llanura desguarnecida de naturales medios de defensa, porque circulaba por sus venas la noble sangre afghanistana, y porque si como soldados carecian de la firmeza que sólo va unida á la práctica rigurosa de la disciplina, tenian probado su indómito valor en los campos de batalla. Decíase que sus jefes, cuando se veian amenazados de un peligro comun, podian poner en campaña 80.000 hombres.

Surajah fué testigo en más de una circunstancia de cuanto eran capaces aquellos hombres, y por esa causa no se mostraba muy dispuesto á medirse con ellos; pero habia un ejército en la India contra el cual era inútil la resistencia, siquiera fuese la que pudieran oponerle las vigorosas tribus del Cáucaso pues estaba probado que ni la superioridad numérica, ni el ímpetu marcial de las asiáticas más esforzadas eran parte á contrarestar su pericia y denuedo: era éste el inglés. ¿Sería posible reducir al gobernador de Bengala á que vendiera á peso de oro la energía irresistible de aquel pueblo-rey, su pericia militar, su disciplina, que tantas veces triunfó de los mayores esfuerzos del fanatismo y de la desesperacion, en una palabra, el indomable valor británico que nunca se halla más tranquilo y resuelto que al fin de un combate dudoso y encarnizado?

Esto quiso el Nabab-visir y otorgó Hastings sin más tardanza, quedando ambos conformes en lo que habian de dar y de recibir, como que cada negociador tenía con que ocurrir á la necesidad de su compañero. Hastings necesitaba oro para sostener el gobierno de Bengala, y las rentas de Surajah-Dowlah eran muy considerables; éste anhelaba encadenar á su carro los rohillas, y aquél disponia de los únicos soldados que pudieran subyugarlos. Convínose, pues, que se daria á Surajah un ejército inglés, y que él satisfaria por su arriendo cuatrocientas mil libras esterlinas, siendo de su cargo, además, todos los gastos de las tropas mientras durase la campaña.

«A decir verdad,» exclama Mr. Gleig (1), «no pue-

(1) El presente estudio se escribió en 1841 con motivo de la obra del Reverendo G. R. Gleig, titulada *Memoirs of the life of Warren Hastings*, 3 vol., Lóndres, 1841.—N. del T.

do darme cuenta de las razones de justicia moral ó política que autoricen á calificar de infames tales hechos.» De nosotros podemos decir que, si comprendemos con exactitud el sentido de las palabras, así es infame cometer malas acciones por dinero, como lo es la de hacer á otro la guerra sin haber sido provocado á ella. Además, en aquella guerra no faltaban circunstancias agravantes. El objeto que la movia contra los rohillas, era privar de un buen gobierno á un pueblo numeroso que nunca nos infirió el menor agravio, para someterlo contra su voluntad á un gobierno detestable, y por tal manera la Inglaterra se degradaba más aún que aquellos príncipes alemanes que por entónces tambien vendian soldados al gobierno de la Gran Bretaña para pelear por él en América; porque siquiera los mercaderes de húsares de Hesse y de Anspach tenian la seguridad de que las expediciones en las cuales debian ser empleados sus reclutas estarian ajustadas y conformes á las reglas de humanidad de la guerra civilizada. ¿Pero era probable que aconteciera lo propio en la lucha con los rohillas? ¿Estipuló el gobernador que se haria la guerra al modo que la hacen los pueblos cultos? Sabía perfectamente cómo peleaban los indos, y, comprendiendo cuánto y de qué modo tan bárbaro se abusaria del poder que ponía en manos de Surajah-Dowlah, no exigió ninguna promesa ni seguridad para prevenir y evitar el mal uso que de él pudiese hacer. Ni siquiera se reservó el derecho de retirar sus tropas en ningun caso. Mr. Gleig repite una y otra vez en su libro la por demas absurda excusa del mayor Scott, quien pretende que Hastings tenía derecho á dar tropas inglesas para el esterminio de los rohillas, en atencion á que éstos no eran de raza indostánica, sino

es colonos venidos de lejanas tierras. Pero, preguntaremos nosotros, ¿quiénes eran los ingleses? ¿Eran ellos, por ventura, los llamados á expulsar á los extranjeros? ¿Era lógico y natural oír sostener por los ingleses que el colono extranjero fundador de imperios en la India es un *caput lupinum*? ¿Qué habrían dicho si otra potencia, fundándose en pretexto igual ó parecido, los hubiese atacado, sin más motivo ni provocacion, en Madrás ó en Calcuta? Semejante defensa es lo que habia menester tan infame convenio para que la barbarie del crimen y la hipocresía de la excusa fueran dignas una de otra y se completaran.

Una de las tres brigadas que componian el ejército de Bengala, se puso en marcha bajo las órdenes del coronel Champion, para reunirse con Surajah-Dowlah. Los rohillas hicieron representaciones, suplicaron, ofrecieron un tributo considerable; todo fué en vano. Entónces determinaron defenderse hasta el último extremo; libróse una batalla terrible y sangrienta; «el enemigo, dice Champion, dió pruebas de grandes conocimientos militares, y no es posible imaginar resolucion más obstinada que la suya»: el cobarde soberano de Uda huyó del campo, quedando solos nuestros soldados ingleses, cuyo fuego y empuje se hicieron irresistibles. No obstante, sólo despues de la pérdida de sus jefes más ilustres, que cayeron como valientes á la cabeza de los suyos, fué cuando las filas de los rohillas començaron á ceder. Entónces llegó el Nabab-visir con sus hordas de bandidos y entró á saco el campamento de aquellos bravos, á quienes no fué osado á mirar de frente en los momentos de peligro. Los soldados de la Compañía, sujetos y habituados á severa disciplina, se mantuvieron en orden, miéntras sus mi-

serables aliados lo saquearon todo. Oyéronse, no obstante, algunas voces que decían: «Nosotros nos hemos baído solos, y esos canallas recogen el botín!»

Entónces se desencadenó la guerra en las ciudades y deliciosas campiñas del Rohilcund, con todo el séquito de horrores, propios de la lucha en aquellos países. La comarca entera se cubrió de cenizas y de sangre: más de cien mil personas abandonaron sus hogares para refugiarse en bosques impenetrables é insalubres, prefiriendo el hambre, la fiebre y las garras de los tigres á la tiranía del hombre á quien un gobierno inglés y cristiano habia vendido sus riquezas, su felicidad y el honor de sus mujeres y de sus hijas, incitado de vergonzosa granjería. El coronel Champion hizo fuertes cargos al Nabab, y dirigió enérgicas protestas al Fort William; pero como el gobernador no habia puesto condiciones á la manera de hacer la guerra, sino que sólo se habia preocupado de sus cuarenta *lagos* de rupias (1), aunque podia desaprobar la barbarie de Surajah-Dowlah, no se creyó con derecho á intervenir de otra suerte que por medio de consejos y advertencias. Esta delicadeza excita la admiracion de su reverendo biógrafo, que dice: «Mr. Hastings no podia dictar leyes al Nabab, ni permitir al jefe de las fuerzas de la Compañía que las diese tampoco en orden al modo como debia conducirse la guerra.» No, ciertamente; Mr. Hastings no tenía otra mision que la de sofocar por medio de la fuerza los generosos impulsos de un pueblo inocente que defiende su libertad; y una vez terminada y vencida la resistencia militar, ya su deber estaba cumplido, y po-

(1) Equivalentes á 40 millones de reales.—N. del T.

dia ser testigo inmóvil y mudo del incendio y saqueo de los pueblos, de la muerte de los niños y de la violacion de las mujeres. ¿Por ventura, sostiene Mr. Gleig en serio tan absurda opinion? ¿Existe regla más clara y definida que aquella por la cual se obliga al hombre que confiere á otro un poder incontrastable sobre séres humanos, á vigilar sobre él á fin de que no abuse de una manera cruel de ese poder? Proposicion tan evidente no es discutible siquiera.

Apresurémonos á llegar al fin de tan vergonzosa y triste historia. La guerra terminó; el pueblo más noble de la India quedó sometido al yugo de un tirano ávido de riquezas, cobarde y feroz; el comercio y la agricultura languidieron, quedando la rica provincia que habia excitado á tan alto punto la codicia de Surajah-Dowlah reducida á ser la parte más miserable de sus Estados. Aun vive ese pueblo; á largos intervalos de distancia ha solido dar muestras de su antiguo valor, y todavía la bravura, el respeto de sí mismo, su espíritu caballeresco, raro en el Asia; y la triste y amarga memoria del gran crimen cometido por la Inglaterra distinguen y caracterizan la ilustre raza de los afghanes. Aun gozan fama de ser los más esforzados cipayos en el manejo del arma blanca; y un hombre que ha tenido muchas ocasiones de estudiarlos decia recientemente que los únicos indígenas de la India á quienes pueda con exactitud y verdad apellidarse caballeros son los rohillas.

Peró, cualquiera que sea nuestra opinion en órden á la moralidad de Hastings, es innegable que los resultados rentísticos de su política hicieron honor á su talento. Ménos de dos años despues de haberse encargado del gobierno, sin gravar con

nuevos impuestos al pueblo sometido á su autoridad, aumentó las rentas de la Compañía en cuatrocientas cincuenta millibras esterlinas próximamente, además de un millon que la remesó en efectivo, y alivió la Hacienda de Bengala de gastos que ascendian, un año con otro, á doscientas cincuenta mil libras esterlinas, que puso á cargo del nabab-visir de Uda. Sin duda que, si tales resultados los hubiera obtenido por buenos y legales medios, habria sido digno de las mayores alabanzas, y del reconocimiento de su patria; pero, de todas maneras, y cualesquiera que fuesen los empleados por él, sus efectos demostraron que tenia gran talento administrativo.

Habíase, por entónces, consagrado la Cámara de los Comunes á muy largas y profundas discusiones acerca de los negocios del Asia. El ministerio de lord North adoptó, durante la legislatura de 1773, una medida que fué ocasion de grandes cambios en la constitucion del gobierno de la India, votando una ley, conocida bajo el nombre de *Acta reguladora*, en la cual se prescribia que la presidencia de Bengala ejerciera cierta intervencion en las demas posesiones de la Compañía; que el magistrado que desempeñara esa presidencia llevara el título de gobernador general; que tuviera cuatro consejeros, y que se estableciera en Calcuta un Tribunal supremo de Justicia, compuesto de un presidente y tres magistrados. Este tribunal sería independiente del gobernador y del Consejo, con jurisdiccion civil y criminal ilimitada. Por el acta se nombraba el gobernador general y los consejeros que debian ocupar sus destinos por cinco años. Hastings era el primer gobernador; Mr. Barwel, uno de los cuatro nuevos consejeros, persona de gran experiencia y

desde hacía mucho tiempo al servicio de la Compañía, se hallaba entónces en la India; los demas, el general Clavering, Mr. Monson y Mr. Francis, fueron de Inglaterra.

El más capaz de los nuevos consejeros era sin duda Felipe Francis, y los escritos que ha declarado y reconocido como suyos prueban que tenía mucha instruccion y elocuencia. Lo habia familiarizado con los negocios su larga carrera de empleado en los ministerios; pero miéntras sus enemigos jamás le negaron intrepidez y valor, sus amigos tuvieron que confesar que siempre tuvo exagerada idea de su mérito, que fué de carácter irritable y de maneras bruscas y violentas, y arrebatado y tenaz en sus odios (1).

(1) No es posible hablar de este hombre superior sin hacerse esta pregunta, que su solo nombre sugiere desde luego á todos los ánimos: ¿Fué autor de las cartas de *Junius*? Estamos íntimamente convencidos de ello. La letra de *Junius* es la de Francis, que era muy notable, aunque un poco desfigurada. En cuanto á la posicion, ocupaciones y amigos de *Junius*, hé aquí los hechos más importantes que puedan reputarse por enteramente ciertos y averiguados: en primer lugar, estaba al corriente de las formas técnicas de las oficinas administrativas; en segundo, conocia á fondo los asuntos del ministerio de la Guerra; en tercero, durante la guerra de 1770, siguió los debates de la Cámara de los Lores, tomando nota de los discursos, en particular de los de Chatham; en cuarto lugar, se resintió por extremo del nombramiento de Mr. Chausier para el cargo de subsecretario de la Guerra, y, finalmente, se hallaba unido á lord Holland por algun poderoso vínculo. Ahora bien; Francis pasó algunos años en las oficinas del secretario de Estado; luégo fué al ministerio de la Guerra de oficial primero; en repetidas ocasiones ha dicho él mismo, que habia oido varios discursos á lord Chatham en 1770, y de estos se han impreso algunos con sujecion á sus notas; hizo dimision del cargo que desempeñaba en la se-

Los magistrados del Tribunal Supremo acompañaban á los tres nuevos consejeros. Era el presi-

cretaría de la Guerra, cuando fué nombrado subsecretario Chausier, y lo hizo por despecho; y, por último, á lord Holland debió su ingreso en las carreras del Estado. Hé aquí cinco rasgos característicos que deben hallarse en *Junius*, y que reúne Francis, siendo no sólo difícil, sino punto ménos que imposible, descubrir en cualquiera otro siquiera dos de estos indicios. Si el argumento no decide el asunto, inútil nos parece razonar por induccion.

Las pruebas intrínsecas indican la misma cosa: el estilo de Francis tiene gran semejanza con el de *Junius*, sin que nos hallemos dispuestos á recibir como bueno lo de que los escritos reconocidos por Francis son inferiores á las cartas anónimas. El argumento que se deduce de la inferioridad expresada podría, en todo caso, aplicarse con fuerza por lo ménos igual á todos los pretendientes que jamás se han citado, excepto Burke, porque sería perder lastimosamente el tiempo proponerse demostrar que Burke no era *Junius*. Despues de todo, ¿qué conclusion puede sacarse de la simple inferioridad de estilo? ¿No acontece á los autores hacer una obra mejor que todas las demas que hayan escrito? ¿Y no es posible tambien que el intervalo que separe á esta obra de las que le anteceden ó suceden sea grande? Nadie dirá que las mejores cartas de *Junius* sean más superiores á las obras reconocidas por Francis que puedan serlo si se comparan tres ó cuatro tragedias de Corneille á tres ó cuatro comedias de Ben-Johnson, el *Viaje del Peregrino* en comparacion de las demas obras de Bunyan, ó *Don Quijote*, puesto al lado de los otros libros que produjo el ingenio de Cervantes. No es ménos cierto que el hombre misterioso que ocultaba su apellido bajo el seudónimo de *Junius*, era escritor muy desigual, tanto que, sin salir de las cartas que llevan la firma indicada, encontraremos que solamente la aspereza del tono es lo que hallamos de comun entre las dirigidas á Horne Tooke y la dirigida al Rey. Y sabido es que la aspereza era ingrediente que rara vez faltaba en los escritos ó discursos de Francis.

Una de las mayores pruebas que tenemos de que Francis era *Junius*, es la semejanza moral de ambos. No es cosa difícil formarse idea cabal de su carácter estudiando las

dente Elías Impey, antiguo amigo de Hastings, y si el gobernador general lo hubiera escogido entre

cartas que, bajo diferentes firmas, consta que fueron escritas por *Junius*, y ménos aún teniendo conocimiento de sus relaciones con Woodfall y otras personas. Era, sin duda, hombre á quien no faltaba grandeza de alma y verdadero patriotismo, y cuyos defectos no se hallaban manchados de bajeza; pero debia tambien ser, al propio tiempo, insolente y orgulloso, y en grado sumo inclinado á la malevolencia y á considerar este vicio como virtud cívica. «¿Haces bien, preguntó una vez el Eterno al profeta hebreo, encolerizándote?», y éste respondió: «Hago bien.» Tal era evidentemente la continúa disposicion de ánimo de *Junius*, y á esta causa es á la que debemos atribuir el brutal ensañamiento que rebosan algunas de sus cartas, implacables cuando confundia los odios con los deberes. Y no estará demas decir que, á pesar de hallarse *Junius* ligado al partido democrático, era, en política, precisamente lo contrario: atacaba á los enemigos con dureza y encono, violando sin cesar todas las leyes de la guerra literaria; pero consideraba las partes más defectuosas de las antiguas instituciones con un respeto que llegaba á la afectacion; abogaba con fuego por la causa del distrito de Old-Sarum, y decia en tono despreciativo á los capitalistas de Leeds y Manchester que, si querian tener derecho electoral, fuesen á comprar tierras en los condados de Lancastre y de York. Estos rasgos habria que reproducirlos, sin alteracion casi, al hacer el retrato de Felipe Francis.

No debe causar extrañeza que el anónimo y célebre publicista se hallara dispuesto por aquel tiempo á dejar un país que tan hondamente habia conmovido y perturbado con su elocuencia, porque todo conspiraba en su daño. La fraccion política que más preferia y que acaudilló en vida Jorge Grenville, se habia dispersado con su muerte, no sin que ántes le arrancara lord Suffolk la mayor parte de sus adictos para engrosar las filas de la mayoría; además, la fermentacion producida por las elecciones del Middlesex habia cesado; nada, pues, podia ser parte á detenerlo cuando todo se le hacía odioso. Y como sus opiniones acerca de los asuntos interiores del país lo separaban del ministerio, cuanto las que profesaba en orden de las colonias lo separaban de la oposicion, arrojó lejos de sí la

mil, no hubiese podido hallar instrumento más útil para secundar sus planes. Pero ni los individuos del Consejo se hallaban dispuestos á la sumision, ni la nueva forma de gobierno era del agrado de Hastings, quien, además, se habia formado triste idea de sus coadjutores. Estos, á su vez, sabian la disposicion de ánimo del gobernador, y estaban, de consiguiente, prevenidos contra él y recelosos. En tales casos, la menor bagatela basta para producir una querrela, como así sucedió en efecto. Los individuos del Consejo esperaban ser recibidos con una salva de veintiun cañonazos por el Fort-William; y como Hastings no hizo disparar sino diez y siete, saltaron en tierra de mal humor, se saludaron con fria reserva, y al otro dia estalló ya la querrela, que, despues de haber conmovido profundamente la India inglesa, se renovó en la metrópoli, dando lugar á que los oradores y hombres de Estado más eminentes de su siglo tomaran parte en ella en pro ó en contra del uno ó de los otros.

Barwell sostenia á Hastings, pues aún cuando no se habian llevado siempre muy bien, la llegada de los nuevos consejeros produjo naturalmente el efecto de reconciliar á los antiguos empleados de la

pluma, impulsado de la misantropía y el desaliento. Su carta de adios á Mr. Woodfall, fechada el 19 de Enero de 1773, dice que sería preciso ser idiota para escribir de nuevo, que sus intenciones en favor de su causa y del pueblo inglés fueron buenas siempre, pero que todo lo abandonaba, puesto que no habia diez hombres dispuestos á ponerse acordes sobre ningun punto concreto. «Todo es lo mismo, añadia: todo es bajo y despreciable... ya que no habeis, al ménos que yo sepa, flaqueado nunca, celebraré mucho veros en prosperidad.» Estas fueron las últimas palabras de *Junius*; un año despues, Felipe Francis navegaba la vuelta de Bengala.

Compañía. Sin embargo, Clavering, Monson y Francis formaban mayoría, y merced á ella, quitaron en seguida el gobierno de manos de Hastings; condenaron, no sin justicia, sus recientes relaciones con el Nabab-visir; retiraron de Uda el agente inglés, sustituyéndolo con una hechura suya; dispusieron que la brigada que habia vencido á los rohillas volviese al territorio de la Compañía, y abrieron una informacion acerca del modo cómo se habia conducido la guerra. Comenzaron á seguida, y á pesar de las observaciones del gobernador, á ejercer de la manera más imprudente su nueva autoridad sobre las presidencias inferiores; pusieron en Bombay todos los asuntos en el más completo desórden, é intervinieron con incalificable y temeraria debilidad en las querellas intestinas del gobierno maharata. Se mezclaron al propio tiempo en la administracion interior de Bengala y atacaron el sistema financiero y judicial, defectuoso sin duda, pero que personas recién llegadas de Inglaterra no eran las más á propósito para reformar y mejorar. Los efectos de su reforma fueron quedar sin proteccion ni amparo las vidas y las propiedades é infestarse de ladrones los alrededores de Calcuta, donde se cometian robos y asesinatos impune y constantemente.

Hastings continuó habitando el palacio de gobierno, percibiendo los haberes de gobernador general, y presidiendo el Consejo cada vez que se trataba del despacho de los negocios corrientes, porque sus adversarios no podian ménos de conocer que sabia muchas cosas que ellos ignoraban y que resolvia segura y prontamente acerca de asuntos que los hubieran dejado perplejos; mas en lo que hace á la autoridad superior del gobierno, lo habian despo-

jado de ella, así como tambien de toda influencia en el nombramiento de funcionarios para los cargos importantes.

Poco tardaron los indígenas en apercibirse de esto; consideraron á Hastings como á hombre caido en desgracia, y procedieron en consecuencia conforme á sus hábitos. Tal vez algunos de nuestros lectores habrán visto en las Indias bandos de cuervos rematando á picotazos los buitres enfermos; y tal acontece en aquel país siempre que la fortuna deja de su mano á un hombre poderoso y temido, porque todos los malvados que la víspera estaban dispuestos á mentir por él, á falsificar para él escrituras y firmas, á encargarse de sus envenenamientos y á servirle de terceros, se apresuran á merecer entónces el favor de sus enemigos victoriosos, acusándolo. Así que, un gobierno indo no necesita sino dejar entrever que desea causar la ruina de un hombre, y veinticuatro horas despues se hallará en posesion de graves acusaciones, exornadas de tantos detalles y pormenores, que quien no tenga la experiencia y la práctica del país y no conozca la manera de mentir de los asiáticos, no podrá ménos de creerlas concluyentes y decisivas. Y no será extraño que la firma de la víctima se halle hábilmente falsificada al pié de algun contrato ilegal que al efecto se exhiba, ó que hallen medio de ocultar en algun sitio de su casa papeles que lo comprometan, como, por ejemplo, planes de conspiracion.

Teníase á Hastings á la sazón por hombre perdido sin remedio; y como el poder de hacer y deshacer la fortuna de todo el mundo en Bengala parecia estar al presente vinculado en manos de los nuevos consejeros, luégo al punto comenzaron á caer como

llovidas las acusaciones contra él, las cuales se acogian con fruicion por el Consejo, cuyos miembros, si eran personas demasiado honradas para favorecer calumnias á ciencia cierta, no conocian á los orientales lo bastante para saber que en esa parte del mundo el más ligero estímulo es eficaz á producir en ocho dias más Oates, Bedloes y Dangerfields, que Westminster Hall en un siglo.

Por demas extraño hubiera sido ver en la inaccion á Nuncomar en aquella coyuntura. Aquel malvado, movido á un tiempo de la malignidad, de la codicia y de la ambicion, vió llegada la hora de vengarse de su enemigo, de saciar en él su odio envejecido de diez y siete años, de ganar el favor de la mayoría del Consejo y de convertirse en el más poderoso de los indígenas de Bengala. Como apenas hubieron llegado los nuevos consejeros comenzó él á hacerles la corte, y fuese por ende ignominiosamente despedido del palacio de gobierno, puso en manos de Francis un papel que contenia gran número de acusaciones de la mayor gravedad é importancia todas ellas, pues afirmaba que Hastings habia vendido ciertos cargos y empleos, recibido además cantidades de dinero para libertar á criminales de la accion de la justicia, y, principalmente, que Mahomed-Reza-Khan alcanzó la suya, merced á una considerable suma que dió al gobernador para conseguirla.

Leyó Francis aquel documento en el Consejo, produciéndose con esto un fuerte altercado. Hastings se quejó amargamente de la conducta que se observaba con él, habló con desprecio de Nuncomar y de sus acusaciones, y negó el derecho que pudiera tener el Consejo á proceder contra el gobernador. Nuncomar dirigió entónces nueva comunicacion al

Consejo para la próxima junta, pidiendo ser oído á fin de ratificar sus cargos. Sucedió nueva tempestad: el gobernador sostuvo que la sala del Consejo no era lugar conveniente para lo que se trataba de hacer; que no podía esperar de ánimos enconados por la lucha diaria que contra él sostenian, aquella elevacion é imparcialidad que tan indispensables son á los jueces; y, por último, que no debía, sin grave menoscabo y detrimento de la dignidad y prestigio de su cargo, permitir que se le pusiera enfrente de un hombre como Nuncomar. La mayoría, empero, acordó examinar las acusaciones. Hastings, al ver esto, levantó la sesion y abandonó la sala seguido de Barwell, lo cual no impidió que los demas continuaran en sus puestos, votando al punto su constitucion en Consejo, elevando por consiguiente á Clavering á la presidencia, y haciendo comparecer en el acto á Nuncomar. El vengativo indígena se ratificó en sus primeras acusaciones, y conforme á la costumbre de Oriente, adujo más cargos y amplió los anteriores: declaró que Hastings habia recibido una fuerte suma del rajah Goordas para nombrarlo tesorero de la casa del Nabab, y al propio tiempo para encargar á la Munny Begum del cuidado de la persona de su alteza, y presentó una carta con el sello, segun él decia, de la Munny Begum para testificar de la verdad de su historia.

Pero este sello, ya fuese falsificado, como afirmaba el gobernador, ya fuese auténtico, y tal nos sentimos inclinados á creerlo, no era parte á probar nada, pues bastaba que Nuncomar hubiese dicho á la Munny Begum que una carta suya en aquellos términos sería bien acogida de la mayoría del Consejo, para que luego al punto la tuviese. Los que

conocen la India, saben cuán fácil y hacedero es esto en el país. La mayoría votó, sin embargo, que la acusacion quedaba probada, conviniendo en que Hastings habia recibido treinta ó cuarenta mil libras esterlinas en precio de su venalidad, y que se hacía menester obligarlo á restituirlas.

La opinion general de los ingleses era en Bengala muy favorable al gobernador, cuya inteligencia de los negocios, conocimiento del país y habitual cortesía de maneras, lo hacian muy superior á sus perseguidores. Por su parte, los empleados de la Compañía más se inclinaban, naturalmente, á tomar partido en favor del individuo más ilustre del cuerpo, que de un empleado del ministerio de la Guerra que, sin conocer la lengua ni el carácter de los indígenas, tomaba sobre sí el cargo de regularizar todos los ramos de la administracion. Hastings se hallaba, no obstante, á pesar de la universal simpatía de sus compatriotas, en una situacion por extremo penosa y difícil; porque si bien le quedaba el recurso de apelar á la autoridad suprema en Inglaterra, tambien, si ésta se inclinaba del lado de sus contrarios, érale ineludible renunciar á su gobierno. Obrando en consecuencia, envió la dimision á su agente en Lóndres, el coronel Maclean, previniéndole que no la presentara sino en el caso de que la opinion del Consejo de la Compañía le fuese resueltamente hostil.

Creíase completo el triunfo de Nuncomar. Su casa era frecuentada por multitud de compatriotas suyos que le hacian la corte, y hasta el mismo Consejo fué á visitarlo un dia; y como parecia ser el centro donde debieran recibirse todas las acusaciones contra el gobernador general, allí acudian todos movidos del temor ó del halago, persuadiendo de

esta suerte el pérfido brahamino á muchos de los más ricos y hacendados de la provincia para que comparecieran en queja. Jugaba, empero, juego peligroso, por no ser prudente ni cuerdo exasperar á hombre de ánimo tan resuelto y que tuviera en sus manos tantos recursos y poder como Warren Hastings; pero Nuncomar, con toda su malicia y sagacidad, no habia comprendido aún ni reflexionado bien acerca de la naturaleza de las instituciones bajo de las cuales vivia.

Veia de su parte á la mayoría de un cuerpo que hacia los tratados, daba los empleos y percibia los impuestos; pero no tenia la más leve idea de la diferencia y separacion que existia entre las funciones políticas y las judiciales; tanto es así, que probablemente no se le ocurrió jamás que pudiera existir en Bengala un poder independiente del Consejo, una autoridad capaz de proteger á los que quisiera destruir, y de enviar al cadalso á quienes quisiera salvar. Y, sin embargo, así era: el Tribunal Supremo, en la esfera de sus atribuciones, tenia la más completa independencia respecto del Gobierno; Hastings comprendió, con su natural sagacidad, el partido que podia sacar de la posesion de tan formidable baluarte, y procedió en consecuencia, tanto más eficazmente, cuanto que los jueces, y sobre todo el presidente, eran hostiles á la mayoría del Consejo.

De repente sorprendió á Calcuta la noticia de haber sido preso Nuncomar y acusado. Imputábasele el delito de haber cometido una falsificacion de contratos comerciales seis años atras, en perjuicio de un indigena, que era el querellante ostensible. Pero entónces, como ahora, fué la opinion general de cuantos tuvieron noticia del suceso, excepto de

los idiotas y de los biógrafos, que Hastings era el verdadero autor de aquella máquina.

Extremada fué la cólera de la mayoría del Consejo, que protestó contra las medidas adoptadas por el Supremo y envió á los jueces repetidos y apremiantes mensajes para que dejase á Nuncomar en libertad bajo fianza. Los magistrados los rechazaron con altivez y decision; y el Consejo entónces quedó reducido á demostrar sus simpatías por el preso, acumulando los honores y los sueldos en su familia, como en efecto lo hizo. Entretanto comenzó el proceso, y Nuncomar compareció ante sir Elías Impey y un Jurado compuesto de ingleses. La tramitacion fué lenta y difícil á causa de los muchos incidentes que produjo el negocio y de la necesidad que hubo de traducir literalmente todas las declaraciones; pero al fin condenó á muerte al acusado.

Es Mr. Gleig de una tan singular ignorancia, que se atreve á suponer á los jueces sin atribuciones y facultades de hacer esto, y añade que la prerogativa de indultar al reo pertenecía, sin duda alguna, al Consejo, culpando de consiguiente á Francis y á su partido de todo cuanto sucedió despues.

Era de suponer que un autor de cinco ó seis volúmenes relativos á la historia y negocios de la India se hubiera tomado, ántes de poner mano á escribirlos, la pena de instruirse de los principios fundamentales del gobierno en aquella parte; y así habria sabido que, con arreglo al Acta Reguladora, tenía derecho el Tribunal Supremo á dejar en suspenso la sentencia hasta conocer la voluntad del monarca, y que carecia, por consiguiente, de facultades el Consejo para inmiscuirse en el proceso. Estamos convencidos, y lo creemos evidente, del deber en que se hallaba Mr. Elías Impey de mandar

suspender la ejecucion de Nuncomar: lo que no se halla bien averiguado es si todo el procedimiento no fué ilegal y arbitrario; pero de lo que no queda el menor género de duda, es de que, cualquiera que fuese, conforme á ciertas reglas técnicas de interpretacion, el efecto del estatuto en virtud del cual tuvo lugar el proceso, resulta siempre por extremo injusto condenar á muerte á un indigena por el hecho de haber falsificado firmas y escrituras.

La ley que imponia esa pena en Inglaterra por el crimen de falsificacion, se votó en el Parlamento sin tener en cuenta el estado de la sociedad en la India, cuyos naturales no la conocian, y en donde jamás se aplicó, aunque no por falta de falsificadores: por otra parte, chocaba con sus ideas; no comprendian la distincion que las diversas circunstancias particulares y propias de nuestro estado social nos han conducido á establecer diferencias entre el delito de falsificar y otros análogos; que imitar un sello ó una firma era para ellos un modo como cualquiera otro de cometer una estafa, sin que jamás se les hubiese ocurrido que tal cosa pudieran castigarla los tribunales con tanto rigor y tan severamente como el asesinato ó el robo en los caminos. Un juez imparcial hubiera, sin duda, reservado por estas razones la resolucion definitiva del negocio al soberano; pero Impey no quiso que le hablasen ni de sobreseimiento ni de gracia.

La excitacion era grande, y participaban de ella todas las clases. Francis, con sus poco numerosos parciales, acusaba de asesinos al gobernador general y al presidente Impey; Clavering es fama que juraba rescatar de sus manos homicidas á Nuncomar, áun cuando fuese al pié del patíbulo; y la masa de los europeos, á pesar de su adhesion al gober-

nador, no podia ménos de sentir lástima por un hombre que, por tan largo espacio y contra la corriente de sus enemigos, ocupó un lugar tan principal á sus ojos, que fué grande y poderoso mucho ántes de comenzar el imperio británico en la India, y á quien los gobernadores y miembros del Consejo, entónces meros agentes comerciales, hubieron de hacer la corte para merecer su proteccion. Pero entre quienes produjo impresion más profunda esta rigorosa medida, fué en los indos; los cuales, por lo mismo que no eran gente á propósito para poner en ejecucion la menor cosa en favor de su compatriota, con su sentencia quedaron sumidos en la mayor consternacion.

Juzgando á Nuncomar áun por el nada severo Código de la moral indostana, era un malvado, pero, así y todo, el jefe de su raza y de su religion, un brahmino distinguido entre los brahminos, y, por su alcurnia, de la casta más pura y elevada: demas de esto, habia practicado siempre con la más prolija exactitud todas las ceremonias á que los supersticiosos bengalís dan más importancia que al cumplimiento minucioso de los deberes sociales, y sentian, por consiguiente, lo que un católico devoto de la Edad Media hubiera sentido viendo á un príncipe de la Iglesia condenado á muerte por un tribunal secular. Conforme á sus antiguas leyes nacionales, un brahmino, cualquiera que fuese su crimen, no podia ser condenado á muerte; y el de que se acusaba á Nuncomar, y por el cual debia morir, se les antojaba cosa tan trivial y de tan poco momento como podria parecer á un *jockey* del condado de York la venta de un mal caballo al precio de uno bueno.

Los musulmanes fueron los únicos que en aquella

circunstancia vieron con placer la desgracia del poderoso indo que trató de levantarse y engrandecerse con la ruina de Mohamed-Reza-Kan. Tanto es así, que el historiador mahometano de aquel tiempo parece que se goza en acumular las acusaciones en contra de Nuncomar cuando trata del asunto, y dice de una manera terminante que se halló en su casa un cofrecillo con los sellos falsificados de todas las personas ricas de la provincia, relacion que, si en sí misma no es imposible, no hemos visto confirmada en parte alguna.

El día fatal se acercaba, y Nuncomar se disponía á la muerte con el valor y serenidad que los bengalís, tímidos cual mujeres en toda lucha personal, despliegan generalmente cuando las desgracias son irremediables. La víspera de la ejecucion fué á visitarlo el *Shérif*, quien con la humanidad propia del inglés bien educado, le aseguró de que ninguno de los favores permitidos en tales casos por la ley se le negaría. Dióle Nuncomar las gracias con la mayor urbanidad y calma imperturbable, sin que un músculo de su semblante se alterase, ni el más leve suspiro saliera de su pecho; y poniendo un dedo sobre su frente, le dijo de una manera tranquila que debía dejarse cumplir el destino, por no ser posible resistir á la voluntad de Dios. Le rogó saludase á Francis, Claving y Monson y lo despidiese de ellos, encomendando á su solicitud al rajah Goordas, en quien con motivo de su muerte recaería la jefatura de los brahminos de Bengala: con esto el *Shérif* se partió de su lado muy conmovido, y Nuncomar tomó asiento cerca de una mesa para escribir algunas cartas y examinar cuentas de su casa, en cuyo trabajo se reconcentró con admirable imperturbabilidad.

Al otro día, poco ántes de que el sol hubiese alcanzado su mayor fuerza, una multitud inmensa se agolpaba en derredor del sitio donde habia de verificarse el suplicio: el horror y la pena se reflejaban en todos los semblantes, áun cuando hasta que lo vieron no pudieron convencerse los indos de que los ingleses tuvieran, en efecto, la intencion de quitar la vida al gran brahmino. Al fin sonó la hora, y la lúgubre procesion atravesó la plaza. Nuncomar, sentado en su palanquin, iba mirando en torno suyo á la congregada muchedumbre con la misma serenidad que si se tratara de un paseo, y eso que acababa en aquellos momentos de separarse de sus parientes más cercanos, los cuales con sus gritos y lamentaciones habian llenado de espanto á los ingleses, sin producir la más leve emocion en el ánimo estóico del reo. Solo demostró una inquietud: la de que su cuerpo, despues de muerto, fuese tocado por otras manos que las de indos, como él, de la casta sacerdotal.

Encargó de nuevo que le despidieran de sus amigos del Consejo, y subiendo con paso firme las escaleras del cadalso, dió la señal al verdugo. Al caer la báscula, se alzó de aquella multitud un inmenso alarido de dolor y desesperacion: centenares de personas volvieron la vista á otra parte para no ser testigos del espectáculo; y otros corrieron en direccion al Hugley y se sumergieron en sus ondas como para purificarse de la culpa de haber presenciado tamaño crimen. No fué sólo en Calcuta donde se calificó y sintió así la ejecucion de Nuncomar; que toda la provincia se conmovió profundamente, y en particular los de Dacca dieron grandes muestras de dolor y espanto.

Es imposible calificar con la verdad que merece la

conducta de Impey. Hemos dicho ántes que, á nuestro parecer, cometió una injusticia negando un sobreseimiento á Nuncomar, y en vista de su conducta se comprende que sólo siguió aquel camino con el objeto de agradar y servir al gobernador general.

Pero si acerca de esto hubiera dudas, las habria disipado al punto la carta que publica Mr. Gleig, pues en ella Hastings, al escribirla, pasados que fueron dos ó tres años del suceso, habla de Impey como del hombre «á cuyo apoyo debió en un momento dado la seguridad de su fortuna, de su honra y de su reputacion.» Expresiones tan enérgicas sólo pueden aplicarse al negocio de Nuncomar, y significan, sin duda, que Impey mandó dar muerte al indio para servir á Warren Hastings. Por esto dijimos, y nos ratificamos ahora en ello, que Impey, siendo magistrado, condenó injustamente á un hombre á perder la vida, sólo para secundar las miras de un partido político.

La conducta de Hastings debemos juzgarla bajo un punto de vista diferente; porque defendia su fortuna, su honra, su libertad y cuanto de más caro hay en la vida, de la saña de enemigos encarnizados y sin principios, de quienes no podia esperar nunca justicia, y de consiguiente no es fácil formular contra él un cargo por haber buscado el medio de confundir á sus contrarios.

Tambien es cierto que no debió de haber puesto en juego á este fin sino aquellos medios que son legítimos; pero no lo es ménos que él reputase como tales los que por buenos y legítimos declaraban unos magistrados, cuya mision era la de juzgar con absoluta imparcialidad entre los adversarios, y cuya educacion debia de haber preparado de

una manera conveniente al cumplimiento de tan sagrado ministerio. Por lo demas, nadie ha exigido nunca de las partes la equidad del juez; y á éstos se les nombra é instituye por no ser posible confiar ni á los hombres más honrados y probos la resolucion de los asuntos que les atañen. No pasa dia en los tribunales de justicia sin que un litigante honrado pida cosas que ningun juez imparcial debe conceder; ni es tampoco extraño que un hombre, cuando ve peligrar sus más caros intereses y en ocasion de hallarse por esa causa sobreexcitadas sus más violentas pasiones, sea más justo contra sí mismo y en su daño que los mismos dispensadores de la justicia.

Áun cuando no dudamos de que tan memorable ejecucion deba ser atribuida á Warren Hastings, no tenemos gran seguridad de que, en rigor, pueda clasificarse en el catálogo de sus crímenes. Dictó su conducta la más profunda política: se hallaba en minoría en el Consejo; sabía que la situacion podia prolongarse mucho; conocia como pocos el carácter de los indos, y por tanto, se le alcanzaba que, suponiéndolo en desgracia, lloverian las acusaciones y denuncias contra él, cual siempre acontece allí, áun tratándose de los más inocentes é inofensivos. Penetrado, pues, de que no habia en toda la poblacion de color de la provincia de Bengala un funcionario, un pretendiente, un colono del gobierno que no estuviera cierto de mejorar de posicion declarando contra él, el hombre de Estado perseguido determinó persuadir á la horda de sus acusadores que, si estaba en minoría en el Consejo, su poder áun era formidable. La leccion que les dió fué tremenda y no nada fácil de olvidar, ahorcando en la plaza pública, en mitad del dia y á la vista de

millares de testigos, al jefe de la trama urdida contra él, siendo el más rico, poderoso y capaz de los indos, protegido de los que á la sazón ejercían la autoridad y amparado por el respeto supersticioso de millones de incógenas.

Cuanto podia ser parte á la eficacia del aviso, se reunió en aquella ocasion: la grandeza de la víctima, la solemnidad del procedimiento, la rabia impotente y los inútiles esfuerzos del Consejo, todo pareció haberse concertado para que el triunfo fuera más completo y decisivo. Tanto fué así, que desde aquel punto quedaron los indigenas convencidos de la mayor conveniencia que les reportaría el afiliarse al partido de Hastings, á pesar de hallarse en minoría, que al de Francis, á pesar de su numérica superioridad; pues, segun la frase del poeta oriental, los que se aventuraban á perseguir al gobernador con propósito de cazarlo, podían fácilmente tropezar con un tigre mientras batían el monte tras un corzo. De un solo golpe, los innumerables acusadores de Hastings enmudecieron; y de aquel día en adelante no surgió para él ninguna dificultad producida por delaciones de los indos.

Bueno sería dejar consignado aquí, que una de las cartas de Hastings al doctor Johnson está escrita, segun lo indica su fecha, pocas horas despues de la muerte de Nuncomar, y que mientras toda la colonia se hallaba en movimiento y agitacion profunda, mientras los sacerdotes de una religion antigua lloraban sobre los restos mortales de su jefe, el vencedor de aquella lucha terrible se puso á escribir, con la mayor sangre fria, una disertacion acerca del viaje á las Hébridas, de la gramática persa de Jones y de la historia, tradiciones, artes y productos naturales de la India.

Llegó, al fin, á Lóndres la noticia de la guerra contra los Rohillas y de las primeras querellas ocurridas entre Hastings y sus colegas, é inclinándose con esto los directores á favor de la mayoría del Consejo, escribieron al gobernador una carta llena de las más severas observaciones sobre su conducta, y proclamando, en términos enérgicos, pero justos, cuán inicuo era el acometer una guerra ofensiva con el solo propósito de sacar ventajas pecuniarias. Pero, al decir esto, se olvidaban por completo de que si Hastings habia obtenido ventajas pecuniarias por medios ilícitos, no lo hizo en su provecho personal, sino para ocurrir á sus exigencias y satisfacerlas, y que la Compañía entónces por hábito y práctica encargaba con gran encarecimiento á sus delegados la probidad, al par que requería de ellos lo que no era posible cumplir, guardando el precepto: «tampoco quería lady Macbeth hacer trampas en el juego; pero sí ganar siempre y de todos modos.»

El *Regulating Act*, por el cual Warren Hastings habia sido nombrado gobernador general durante cinco años, daba á la Corona el derecho de separarlo á instancia de la Compañía: lord North deseaba que se hiciera la peticion; los tres individuos del Consejo enviados de Inglaterra eran hombres de su eleccion; Clavering, por su parte, se hallaba sostenido en el Parlamento por gran número de amigos, y ningun ministerio hubiera querido indisponerse con ellos; y aunque el primer ministro anhelaba destituir á Hastings y colocar á Clavering á la cabeza del gobierno, como los partidos eran casi de la misma fuerza en el Consejo de directores, diez votaron en su favor y once en contra. Visto esto, se convocó la junta de propietarios. La sala de juntas ofreció, con tal motivo, un aspecto extraño: el se-

cretario de la tesorería invitó por medio de circular á todos los amigos del Gobierno, accionistas de la Compañía de las Indias, para que asistieran, y, en efecto, allí acudieron: lord Sandwich, á su vez, reunió en torno suyo con su habilidad peculiar á los amigos de la Administración; y además se vió confundidos entre la multitud cincuenta Pares del reino ó consejeros privados, cosa rara en aquel barrio de Lóndres. La discusión duró hasta media noche; los adversarios de Hastings alcanzaron escasa mayoría, y pedido el escrutinio, dió por resultado el triunfo del gobernador general sobre sus contrarios (1), á pesar de los esfuerzos combinados de los directores y del Gobierno. Lo cual produjo en el ánimo de los ministros, por considerarlo una derrota, la mayor irritación, llegando á tan alto punto la cólera de lord North, de suyo apacible y flemático, que amenazó con una convocatoria del Parlamento, ántes de Pascua, para presentarle un proyecto de ley que despojara de todo poder político á la Compañía, limitando sus atribuciones á lo estrictamenté comercial.

El coronel Macleane, que habia sostenido con el mayor empeño la causa de Hastings durante la lucha, creyó entónces que su representado corria grave peligro de ser expulsado, sometido á la censura de la Cámara y tal vez perseguido; y despues de consultar á los abogados de la Corona respecto de ciertos puntos relativos á la conducta del gobernador general, persuadido de que habia llegado la hora de asegurarle una retirada honrosa, creyó deber suyo presentar la dimision que Hastings le habia enviado tiempo atras. Y, en efecto, áun cuando

(1) Por más de cien votos de mayoría.

el papel no estaba redactado en debida forma, como los directores deseaban deshacerse de él, no formularon el menor escrúpulo, y aceptándola, nombraron para sustituirle á uno de ellos, llamado Mr. Wheeler, encargando al general Clavering, decano del Consejo, del ejercicio de las funciones de gobernador hasta la llegada del propietario.

Pero, miéntras esto sucedia en Inglaterra, se habia verificado un gran cambio en Bengala: Monson murió, dejando el gobierno reducido á cuatro individuos; y como de un lado quedaban Francis y Clavering, y de otro Barwell y Hastings, el último con voto decisivo, éste, que durante dos años se vió privado del poder y de la influencia en todo, pasó de un golpe á tenerla en todo absoluta y completa.

Luégo al punto, comenzó á usar de represalias con sus enemigos; anuló sus medidas, destituyó á sus hechuras, y dispuso una nueva evaluacion de las tierras de Bengala, con el fin de fijar el impuesto, y que los expedientes se instruyeran á nombre del gobernador, así como cuanto á ello hiciese referencia. Acariciaba tambien, por entónces, en su mente un vastísimo proyecto de conquistas y dominacion, proyecto que se vió despues realizado por otro, andando el tiempo. Era su intento aliarse con los príncipes indígenas, especialmente con los soberanos de Uda y de Berar, y establecer por tales medios la supremacia de la Gran Bretaña en toda la India. Mas cuando meditaba tan grandes pensamientos, llegó á su noticia la de que ya no era gobernador, que su renuncia estaba admitida, que Mr. Wheeler debia llegar en breve, y que, miéntras tanto, Clavering ejerceria la gobernacion general.

Si Warren Hastings se hubiese hallado aún en minoría en el Consejo, es probable que se hubiera

desprendido del mando sin empeñar la lucha; pero siendo como era por entónces el verdadero amo de la India inglesa, no se sintió dispuesto á descender de tan elevado puesto, y en su consecuencia, declaró que jamás habia dado instrucciones á nadie que pudieran justificar lo hecho en su nombre en Inglaterra; que además habia olvidado el texto de sus instrucciones, pues si bien guardó copia de ellas, ya no la tenía; que recordaba únicamente haber dicho repetidas veces á los directores que no queria presentar su dimision, y que no se le alcanzaba cómo el Consejo, en vista de una tan terminante declaracion, pudo aceptarla de manos de un agente desautorizado. Si pues la dimision carecia de valor alguno, todas las disposiciones tomadas y que en ella se fundaban eran nulas, y Hastings debia seguir siendo gobernador general.

Más adelante manifestó que, áun cuando sus agentes no hubiesen procedido con arreglo á instrucciones, se habria considerado en el caso de ratificar sus actos y de cumplir religiosamente sus compromisos, si Clavering no hubiese intentado apoderarse por la fuerza del poder supremo. Parece ser que el general reclamó las llaves del fuerte y del Tesoro, que tomó posesion de los archivos y celebró consejo, al que asistió Francis. Hastings, á su vez, presidia otro en otra Cámara, donde se hallaba Barwell. Con esto habia dos poderes, revestidos ambos de aparente derecho á seis mil leguas de distancia de la autoridad superior. Un llamamiento á las armas parecia ser el único medio de zanjar la cuestion, y Hastings, confiado en la influencia que ejercia sobre sus compatriotas residentes en la India, no se mostraba dispuesto á retroceder ni áun ante aquel peligro. Así fué que dió la orden á los oficia-

les de la guarnicion del Fort-William y de sus inmediaciones, de no dar cumplimiento á órden alguna que no emanara de su autoridad; mas al propio tiempo tuvo el tacto admirable de proponer á Clavering la sumision del asunto al Tribunal Supremo, sujetándose á su fallo. Hastings, al hacer esto, nada exponia, y la proposicion, sin embargo, era de tal naturaleza, que no podian fácilmente rechazarla sus contrarios; porque, ¿quién sería osado á reputar facciosos á los que acataran á una autoridad solemnemente declarada por legítima? El más atrevido debía temer mucho recurrir á las armas para dar su apoyo á quien los jueces declarasen usurpador. Por esta causa, sin duda, y despues de largo y maduro exámen, Clavering y Francis anunciaron, bien á pesar suyo, que aceptarían el fallo del Tribunal. Y como el Tribunal declaró que, careciendo de valor alguno la dimision, Hastings debía continuar ejerciendo el gobierno, con arreglo al *Regulating Act*, y los individuos del Consejo quedaron, además, persuadidos de que la opinion pública les era contraria en la colonia, se dieron por vencidos y aceptaron el fallo.

Supo Hastings, por entónces, que los tribunales de Franconia, despues de un largo litigio, habian declarado la separacion y divorcio entre Imhoff y su mujer. Inmediatamente salió el marido de Calcuta, llevando en su equipaje la suma necesaria para establecerse en Sajonia, y su esposa vino á ser *mistress Hastings*, celebrándose con grandes fiestas el suceso. Dió, con este motivo, un baile el gobernador, é invitó para él á todas las personas notables de la ciudad, sin distincion de partido, y Clavering, á lo que refiere el cronista musulman, como estuviera enfermo y no nada dispuesto, además, por el

estado de su espíritu á tomar parte en fiesta alguna, se excusó de asistir á la recepcion; pero Hastings, á quien sus triunfos políticos y amorosos habian satisfecho y complacido por extremo, no quiso aceptar la disculpa; fué personalmente á buscar al general, y al fin logró llevar en triunfo á su enemigo vencido al círculo que rodeaba á la recién casada. Aquel esfuerzo, demasiado grande para un hombre abatido ya por las dolencias del cuerpo y del espíritu, acabó con Clavering, el cual murió pocos dias despues.

Wheler, que habia salido con la esperanza de ser gobernador y hubo de contentarse luégo con una plaza en el Consejo, votaba generalmente con Francis; mas el gobernador general, con el auxilio de Barwell y del voto decisivo que le pertenecia, era siempre dueño del campo. Y como sobreviniera entónces un cambio en las miras del Consejo directivo y de los ministros de la Corona, se abandonó todo proyecto contra Hastings, y luégo, cuando espiró el término de cinco años, en el cual concluia el período de su mando, se le reeligió pacíficamente. Verdad es tambien que, siendo por aquel tiempo difícil y azarosa la situacion, y hallándose de todas partes amenazados de gravísimo peligro los intereses públicos, ni lord North ni la Compañía podian ver con indiferencia un gobernador en quien hasta sus mismos enemigos reconocian talento, experiencia y resolucion nada comunes.

Este estado de cosas era verdaderamente grave; porque el grande y victorioso imperio á cuyo solio ascendió diez y ocho años ántes Jorge III en medio de las mayores y más universales y alhagüeñas esperanzas que jamás hizo concebir soberano alguno de Inglaterra, se hallaba en aquella sazón, merced

á su desacordado gobierno, al borde mismo del precipicio. En América, millones de ingleses luchaban en guerra con la madre patria, á quien debian origen, lengua, religion é instituciones, y á la cual amaban aún poco hacía con igual afecto que los hijos de Norfolk ó del condado de Leicester. Las grandes potencias de Europa, humilladas hasta entónces por el esfuerzo vigoroso y el ingenio que dirigieron los Consejos de Jorge II, veian con placer acercarse la hora de tomar señalada y memorable venganza. Acercábase, en efecto, un tiempo de triste recordacion para Inglaterra, en el cual, miéntras luchaba, para sujetarlos, contra los Estados-Unidos de América, y tenía que ocurrir á conjurar el peligro más cercano á que la condenaba el justo enojo de la Irlanda, se veia combatida por la Francia, la España y la Holanda, amenazada por la neutralidad armada del Báltico, y con su poder marítimo en tanta decadencia, que las flotas enemigas se enseñoreaban del estrecho de Calpe y de los mares de Méjico, miéntras el pabellon inglés apénas si era parte á proteger el canal de la Mancha. En esta coyuntura, la más azarosa de cuantas registra la historia de la Gran Bretaña, fué un bien inmenso para ella que se hallase al frente de sus posesiones de la India Warren Hastings, por más graves y grandes que fueran sus defectos.

Si bien no era temible un ataque por mar en Bengala, habia peligro de que los enemigos europeos de la Inglaterra formasen alianza con alguna potencia indigena, la proveyesen de tropas, armas y municiones, y con ellas atacasen por la parte de tierra. Especialmente de los maharatas era de quienes Hastings esperaba el daño. Habitaron éstos en un principio las montañas agrestes que se extienden á

lo largo de la costa occidental de la India. Bajo del reinado de Aureng-Zeb, los maharatas, acaudillados por el gran Sevajee, comenzaron á bajar de las cumbres y á invadir las tierras de sus vecinos, más ricos y ménos guerreros. La energía, la ferocidad y el engaño, propios de los maharatas, los hicieron pronto distinguirse de los demas pueblos y nacionalidades que nacieron de la corrompida y vacilante monarquía: primero fueron bandidos; luégo llegaron á conquistadores, reduciendo por este medio la mitad de las provincias del imperio á principados maharatas, y de bandoleros nacidos de las castas inferiores y habituados á oficios serviles, se transformaron en poderosos Rajahs. Bonslas, á la cabeza de una horda de salteadores, ocupó la vasta region del Berar; Guicowar, que quiere decir *Pastor*, fundó la dinastía que áun reina en Guzerate; las casas de Scindia y de Holkar llegaron á ser poderosas en Malwa; un caudillo aventurero estableció su guarida sobre la inaccesible roca de Gooti, y otro se convirtió en señor de las mil aldeas extendidas por los verdes arrozales de Tanjore.

El sistema del doble gobierno era entónces general en toda la India; que el poder y la apariencia del poder se hallaban separados. Los nababs musulmanes, que habian venido á ser príncipes soberanos, el visir de Uda y el nizam de Hyderabad tomaban siempre nombre de vireyes de la casa de Tamerlan, y de la propia manera los Estados marahatas, en realidad independientes unos de otros, pretendian formar parte de un solo imperio, reconociendo todos, en su lenguaje y ceremonias, la supremacía del heredero de Sevajee, rey que mascaba betel y se divertía con las bailarinas en Sattara, manera de prision de Estado, así como la del Peshwa ó inten-

dente de palacio, gran magistrado hereditario que residia con pompa régia en Poonah y se hacia obedecer en las dilatadas provincias de Aurungabad y de Bejapoor.

Algunos meses ántes de la declaracion de guerra en Europa, el gobierno de Bengala se alarmó con nuevas de la llegada á Poonah de un aventurero frances, reputado por hombre de grandes condiciones. Decíase que habia sido recibido con señaladas muestras de aprecio, que fué portador de cartas y presentes de Luis XVI para el Peshwah, y que acababa de firmarse un tratado entre la Francia y los maharatas, hostil á los ingleses.

Con esto, Hastings tomó sin pérdida de momento la resolucion de dar el primer golpe; y como los títulos que tenía el Peshwah para ejercer su cargo eran dudosos y disputados, y una parte de la nacion maharata se inclinaba en favor de un pretendiente, el gobernador general patrocinó su causa y se propuso hacer entrar en la península índica un ejército y aliarse con la casa de Bonslas, que reinaba en el Berar, y que no cedia en punto á poder y dignidad á ninguno de los príncipes maharatas.

Habíase ya puesto en marcha el ejército y estaban entabladas las negociaciones con Berar, cuando una carta del cónsul inglés en el Cairo trajo la noticia de haberse declarado la guerra en Lóndres y Paris. Hastings no perdió momento, entónces, en adoptar cuantas medidas exigia la crisis: se apoderó de las factorías francesas; dió la órden de ocupar inmediatamente á Pondichery; levantó alrededor de Calcuta fortificaciones avanzadas, que, al decir de todos, debian imposibilitar su asedio; formó una escuadra para la defensa del rio, y alistó nueve batallones de cipayos y un cuerpo de artillería indíge-

na, escogiendo sus individuos entre los lascars más vigorosos y bizarros de la bahía de Bengala. Hechas estas prevenciones, anunció el gobernador general con tranquila confianza que su presidencia se hallaba al abrigo de todo ataque, á ménos que los maharatas no cayesen sobre Calcuta, unidos á los franceses.

La expedición que Hastings habia enviado al Occidente no logró su objeto ni tan completa ni tan prontamente como la mayor parte de sus empresas; porque el oficial bajo cuyas órdenes iba perdió tiempo, y las autoridades de Bombay cometieron grandes torpezas; pero no cejó por eso el gobernador general, y despachó á un nuevo jefe que sirvió para reparar las faltas de su predecesor, alcanzando algunas señaladas victorias sobre los enemigos que hicieron famosa la reputación militar de los ingleses en aquellas regiones, donde ántes nunca tremoló ninguna bandera europea. Es probable que, si nuevos peligros y más urgentes necesidades no hubieran obligado á Hastings á cambiar completamente de política, sus proyectos relativos al imperio maharata habrían entónces alcanzado completo desarrollo.

Habian enviado prudentemente las autoridades inglesas á Bengala en calidad de jefe de las fuerzas militares y de individuo del Consejo á uno de los oficiales más distinguidos de aquel tiempo. Sir Eyre Coote, que es á quien nos referimos, logró señalarse, algunos años ántes, entre los fundadores del imperio inglés en Oriente. En el consejo de guerra que precedió á la batalla de Plassey, apoyó calurosamente, contra la opinión de la mayoría, la por extremo atrevida conducta que al cabo, y despues de algunas vacilaciones, se adoptó, siendo coronada del éxito más brillante: ejerció mandos en el Medio-

día de la India contra el bravo y desgraciado Lally; alcanzó sobre los franceses y sus aliados indígenas la decisiva victoria de Wandewash; tomó á Pondichery, y asentó la supremacía de los ingleses en el Carnate.

Veinte años habian trascurrido desde que tuvieron lugar tan señaladas victorias, y Coote no tenia ya la actividad fisica de que tan repetidas muestras supo dar en otro tiempo; su espíritu vigoroso estaba un tanto decaido; habíase tornado caprichoso y atribiliario, y para ponerlo, siquiera por breves instantes, de buen humor, era preciso apelar á mil expedientes. A estos defectos debe agregarse, por desgracia, que la pasion del dinero habia hecho en su alma grandes progresos, y que se preocupaba más de las pagas y ménos de los deberes de lo que hubiera podido esperarse de hombre tan eminente en el ejercicio de su noble profesion. Era, sin embargo, el oficial más capaz que por aquel entónces tenia el ejército inglés, y entre los soldados indígenas gozaba de gran renombre y de influencia ilimitada y sin igual. Tanto es así, que áun conservan religiosamente su recuerdo, y que todavía viven algunos venerables cipayos de barba blanca (1), cuyo mayor placer consiste en hablar de Porto-Novo y de Pollilore. Hace tiempo fué uno de esos ancianos á presentar una solicitud á un oficial inglés que ocupa elevado cargo en la India; y como hubiera en la habitacion un retrato de Coote, el veterano reconoció al punto al caudillo que no habia visto en medio siglo, y olvidándose de saludar al vivo, se detuvo, se cuadró y saludó militarmente, pero con el mayor respeto, la imágen del muerto.

(1) Esto se escribia en 1841.

Cooté no votaba con tanta frecuencia como Barwell con el gobernador; pero como no tenía tampoco el propósito de formar parte de la oposicion sistemática, al fin se concertaba con él. Hastings le correspondia tributándole grandes distinciones, visitándolo con frecuencia y cediendo gustoso á sus más exageradas pretensiones pecuniarias, para mejor obligarlo en todo.

Podia esperarse con fundamento, en aquella circunstancia, que una reconciliacion general pusiera fin á las querellas que tanto desacreditaron y disminuyeron la fuerza del gobierno de Bengala, por espacio de algunos años: el peligro del Estado podia ser bastante poderoso para que hombres animados de patriotismo, como lo eran Francis y Hastings, depusieran odios y enemistades y obrasen de concierto en bien de la patria. Cooté nunca tomó parte en aquellas desavenencias; Wheler estaba ya cansado de tanta lucha; Barwell habia hecho gran caudal, y si bien habia prometido permanecer en Calcuta miéntras fuera necesario al Consejo, anhelaba volver á Inglaterra y ponía de su parte lo posible para que un convenio lo dejara en libertad de restituirse á ella. Llegóse, al cabo, á un acuerdo, y quedó concertado que Francis desistiera de su oposicion, y que Hastings, á su vez, prometiera colocar á los amigos de Francis en altos y lucrativos destinos: con esto hubo, por espacio de algunos meses, aparente armonia en el Consejo.

Nunca fué, tampoco, más necesaria que en aquel entónces; porque calamidades interiores, de mayor peligro que la misma guerra, amenazaban á Bengala. Los autores del Acta Reguladora de 1773 habian establecido, con absoluta independendia uno de otro, dos poderes: el judicial y el político; y con un

descuido verdaderamente imperdonable, pero frecuente, por desgracia, en la legislación inglesa, omitieron de señalar los límites de ninguno. Aprovechándose de la vaguedad del *Regulating Act* en este punto, trataron los jueces de apoderarse de la autoridad suprema, no sólo en Calcuta, mas también en el dilatado territorio sometido á la presidencia del Fort-William. Pocos ingleses habrá que nieguen la natural lentitud con que procede la justicia en la Gran Bretaña, y los gastos excesivos que ocasiona; pero, sin embargo, ha prosperado su sistema en el país, y si bajo ciertos respectos se acomoda bien á los sentimientos de la nación, bajo muchos otros ha ido poco á poco haciendo que los sentimientos se armonicen con la tradición. Conocen los ingleses prácticamente sus graves inconvenientes, mas aún cuando los deploran, no por eso experimentan el temor y el recelo que les infundirían males ménos graves, pero desconocidos. En la India, la situación es diferente; y la ley inglesa, trasplantada allí, con todos los defectos que la son propios, y acrecentada de otros mayores, en comparación de los cuales son bagatela los primeros, se hace insoportable. Si en Inglaterra es lenta la tramitación de la justicia, más lenta se hace su marcha en un país donde todos los jueces y abogados deben necesariamente recurrir al auxilio de los intérpretes; y si es dispendiosa en Inglaterra, lo es más en la India, donde se hace necesario llevar los letrados de muy léjos. Todo empleo, toda profesión, todo cargo ejercido por ingleses en aquella tierra, debe ser mejor retribuido que en la Gran Bretaña; porque nadie quiere desterrarse á la zona tórrida sin ventaja ni compensación. La misma regla existe cuando se trata del ejercicio de la abo-

cia; porque ningun jurisconsulto inglés quiere trabajar á seis mil leguas de su patria, cuando marca el termómetro á la sombra noventa y seis grados Fahrenheit, por los emolumentos que consideraria bastantes en Lóndres: esa es la causa de que sean en Calcuta los honorarios triples que en Westminster-Hall, áun siendo la poblacion de la India mucho más pobre que la de Inglaterra.

Sin embargo, por más penosas que sean las dilaciones y excesivas las costas, no constituyen la parte principal, sino secundaria, por decirlo así, de los males que habia de producir naturalmente la ley inglesa, impuesta y planteada sin modificacion alguna en la India; y contra ella se revelaban los más poderosos instintos de la naturaleza humana: el honor, la religion y el recato de las mujeres. La prision preventiva era el primer paso en casi todos los procedimientos civiles; y para un indígena de alto rango, no sólo era esto un vejámen, sino una injuria personal: á cada instante se exigia el juramento ó su renovacion, lo cual los ponía fuera de sí, por lo que lastimaba sus convicciones: en Oriente se considera ultraje imperdonable penetrar en las habitaciones de una mujer distinguida y obligarla á mostrar su rostro á los extraños; ofensa más temida de ellas que la muerte, y que sólo puede hacer expiar la sangre del culpado: pues bien, cada dia se hallaban expuestas á tales ó parecidos desacatos las familias más principales de Bengala, Bahar y Orissa. Detengámonos un momento á considerar cuál sería el estado de nuestra patria, si en un momento dado se introdujeran en ella las prácticas de una jurisprudencia que fuese para nosotros lo que la legislacion inglesa para los asiáticos. Consideremos lo que sucederia en Inglaterra, por ejemplo, si se

admitiera que toda persona, por el solo hecho de jurar que otra le debía dinero, adquiría por ende el derecho de insultar personalmente á los hombres más honrados y de más elevada posición social, así como el de ofender el pudor de las mujeres, de dar de palos á un general, ó de poner á un obispo en el cepo; que tal era, con muy escasa diferencia, el efecto de la tentativa que hizo el Tribunal Supremo para extender su jurisdicción á la totalidad del territorio de la Compañía.

El imperio del terror comenzó entonces, y el misterio acreció el terror, pues más aún que los males presentes, con ser horribles, se temían los desconocidos. Nadie sabía qué esperar de tan extraño tribunal, venido del otro lado de las ondas negras (nombre temeroso que da el pueblo de las Indias al mar), y compuesto de hombres que no conocían las costumbres de los millones de individuos sobre quienes aspiraban á ejercer autoridad sin límites, los cuales escribían las sentencias en caracteres desconocidos y las pronunciaban en lengua extraña. La peor parte de la población indígena formaba ya como un ejército en torno de los jueces: delatores, testigos falsos, busca-pleitos, todo, en fin, cuanto pueda ser necesario para llevar la discordia y la perturbación á los hombres, allí estaba reunido, viéndose, de consiguiente, perseguidos y encarcelados, en Calcuta, gran número de indígenas de las familias más principales del país, á quienes, no por supuestos delitos, ni por deudas justificadas y probadas, sino por medida preventiva, se cerraba en rigurosa y estrecha prisión hasta que se instruyera su causa. Venerables ancianos cayeron bajo de la acción de las leyes con el único deliberado propósito de arrancarles dinero, y murieron de vergüenza

y de rabia entre las garras de los miserables alguaciles de Impey: los harenes de los grandes señores mahometanos, santuarios respetados en Oriente por gobiernos que nada respetaban, fueron violados por los corchetes, dando lugar á que los musulmanes, más valientes y ménos sumisos que los indios, defendieran sus hogares con las armas en la mano, y á que los débiles y temerosos bengalís que se habian prosternado tantas veces á los piés de Surajah Dowlah, que habian enmudecido durante la administracion de Vansittart, pareciera como que sacaban fuerzas de flaqueza y aliento de su desesperacion. Jamás invasion alguna de los maharatas causó en aquella comarca el espanto que produjo la irrupcion de los golillas venidos de Europa; que todas las injusticias, todos los desórdenes, todas las depredaciones de los antiguos opresores, asiáticos ó europeos, parecian bendiciones del cielo comparadas á la *justicia* del Tribunal Supremo.

Todas las clases del pueblo, indígenas ó europeos, excepto la turba de indignos abogados que hacía su fortuna despojando á toda la provincia, protestaban contra semejante tiranía. Pero los jueces eran implacables: si las víctimas de su rapacidad resistian al corchete, los soldados protegian al corchete, y si un empleado de la Compañía se negaba á obedecer las órdenes de los corchetes y curiales de Impey, cuya insolencia y rapacidad excedia á la de los ladrones de camino real, era reducido á prision por desacato á la ley. Tales y tantos fueron estos atropellos, que apenas si han sido parte á borrarlos de la memoria de aquel pueblo sesenta y más años de recta y equitativa justicia, administrada por magistrados de probidad y ciencia notorias.

Los individuos del gobierno se hallaban unánimes

acerca de esta cuestion. Hastings habia procurado ganar los jueces á su partido, recordando de cuán grande utilidad fueron en otro tiempo en sus manos, como dóciles instrumentos; pero en modo alguno pensaba ponerse á su servicio, haciéndolos amos suyos y de la India.

En su gran penetracion y profundo conocimiento del carácter de los indígenas, vió que el sistema seguido por el Tribunal Supremo perjudicaba en gran manera, no sólo al gobierno, sino al pueblo á quien destruia, y determinó de oponerse á él resueltamente. A consecuencia de su acuerdo, la amistad, si es lícito usar esta palabra para definir la naturaleza de las relaciones que habia entre él é Impey, desapareció por completo durante algun tiempo: el gobernador se interpuso entre el pueblo y el tiránico Tribunal, y su presidente se dejó llevar con este motivo á los mayores y más insensatos excesos, citando repetidas veces al gobernador y á los demas individuos del Consejo para que comparecieran á presencia de los jueces á dar cuenta de sus actos. Esto era demasiado para Hastings, el cual no sólo rehusó con desprecio el comparecer, sino que puso en libertad á los tan injustamente detenidos por Impey, y tomó además sus medidas para resistir los atropellos y vejaciones de sus dependientes hasta por la fuerza de las armas, si fuera necesario.

Pero el gobernador tenia, además de esto, un proyecto relativo á Impey que, una vez puesto en práctica, debia evitar el empleo de la fuerza. Ya sabemos que Hastings era hombre de recursos y que conocia perfectamente y de antiguo á Elías Impey. Reducíase, pues, el proyecto á comprar al presidente. Era Impey juez por designacion del Parla-

mento, é independiente del gobierno de Bengala, con ocho mil libras esterlinas de sueldo. Hastings le propuso nombrarlo al propio tiempo juez al servicio de la Compañía, revocable á voluntad suya, dándole otras ocho mil libras al año, á condicion de que renunciase á sus pretensiones. Si persistia en ellas, podia el gobierno privarlo al punto de su nuevo empleo. Demas será decir que, una vez convenidas ambas partes, todo volvió á su antiguo estado, salvándose Bengala, y quedando Impey rico, tranquilo y sin honra.

Fué la conducta sucesiva de sir Elías Impey ajustada y conforme á estos tratos y de acuerdo con todo lo demas de su historia que ha pasado á ser del dominio público; pudiendo afirmarse que ningun otro juez ha deshonrado tanto la toga inglesa desde que Jefferies murió ebrio en la torre de Lóndres. A pesar de esto, no seremos nosotros de los que hagan cargos á Warren Hastings por su transaccion. El descuido ó la negligencia con que hubo de redactarse la *Regulating Act* permitian á Elías Impey lanzar á un gran pueblo en la más temerosa confusion y desórden; estaba, demas de esto, decidido á usar y abusar de su poder hasta los límites de lo posible, á ménos que no se le pagara bien la renuncia, digámoslo así, de sus atribuciones, y Hastings vino en ponerles precio. La necesidad de llegar á un extremo tan vergonzoso es lo sensible para nosotros, que no el hecho del gobernador general. Tambien es doloroso y sensible que los secuestradores y bandoleros puedan exigir rescate por sus prisioneros, amenazándolos con la muerte si no lo aprontan, y siempre se ha reputado por accion caritativa y cristiana la de rescatar, siendo por demas absurdo el decir que quien paga corrompe la vir-

tud del malhechor. Esta es la comparacion que, en justicia, puede hacerse de la situacion respectiva de Impey, Hastings y de los pueblos de la India. Otro asunto es averiguar si Elías Impey hacia bien pidiendo ó aceptando el precio de una autoridad que, de pertenecerle, no podia renunciar, que no hubiera debido usurpar si no le correspondia, y que en ningun caso podia vender honradamente; y otro, tambien distinto, inquirir si Hastings hizo mal en comprar á Impey por una suma de dinero más ó ménos considerable, prefiriendo esta corrupcion á dejar abandonados al pillaje millones de séres humanos ó libertarlos por medio de la guerra civil.

Francis se opuso enérgicamente á este arreglo, pudiendo suponerse que su aversion personal hácia Impey entró en su ánimo por tanto, cuando ménos, como el bienestar de la provincia. ¿Quién sabe si para su alma, devorada por el resentimiento, pudo parecer preferible abandonar la provincia de Bengala en manos de sus opresores, que no redimirla enriqueciéndolos? No es ménos probable, por otra parte, que Hastings se sintiera tanto más propicio á utilizar un expediente en provecho de Impey, cuanto que ya este alto funcionario le habia sido de grande utilidad y podia volver á serlo tan luego como se calmaran sus mutuas querellas de aquel entónces.

Mas no era sólo en el asunto de Impey en lo que Francis hacia la guerra al gobernador; que la paz entre ellos no fué sino tregua breve y engañosa, durante la cual su antipatía recíproca se acreció con el caudal de nuevos odios hasta que llegó el momento de la explosion. Entónces Hastings acusó públicamente á Francis de haberlo engañado y de haber inducido á Barwell á dejar el servicio de la

Compañía, valiéndose para conseguir su propósito de falaces promesas. Con esto se empeñó en pleno Consejo una disputa que tomó grandes proporciones: ambos se acusaron públicamente de malos procederes, y Hastings llegó á decir «que no podia fiarse de las promesas de Francis, porque estaba convencido de su mala fe, y que juzgaba de su conducta pública por su conducta privada, que halló siempre falta de honor y de verdad;» palabras que consignó, además, en un despacho y que hizo trascribir en el acta.

Cuando se levantó la sesion, Francis desafió al gobernador, el cual aceptó el duelo en el acto. Se batieron, y Hastings atravesó de un balazo á su adversario, que fué trasladado á una casa vecina, donde los médicos declararon grave la herida, aunque no mortal. Hastings, no satisfecho con informarse á menudo del estado de Francis, quiso visitarlo; pero conocido su deseo por el paciente rehusó la entrevista, diciendo que agradecia las atenciones del gobernador, pero que no podian verse ya sino es en el Consejo.

Poco tardó en percibirse claramente la magnitud del peligro á que habia expuesto á la colonia el gobernador en esta circunstancia; que en la crisis que sobrevino sólo él era capaz de regirla y conservarla á la Inglaterra, no siendo aventurado decir que si no hubiera estado Hastings al frente de los negocios, los años de 1780 y 81 habrian sido tan funestos á nuestro poder en Asia como lo fueron en América.

Los maharatas habian sido largo tiempo causa de las mayores inquietudes de Hastings: las medidas que hubo de adoptar, con el fin de reducirlos á la impotencia, fueron siempre ineficaces por los erro-

res que cometieron las personas encargadas de poner en ejecucion su pensamiento; y cuando á fuerza de perseverancia y de habilidad parecia estar más próximo á ver consumada su obra, surgió un peligro más formidable y temeroso en el horizonte.

Hacia treinta años que un soldado mahometano habia empezado á distinguirse en las guerras del Mediodía de la India. Su educacion era escasa, y su origen humilde, como que su padre desempeñó un empleo insignificante en el ramo de Hacienda, y que su abuelo fué derviche errante; mas, en cambio, y áun cuando ignoraba el valor de las letras del alfabeto, no bien se halló á la cabeza de un cuerpo de tropas, demostró que habia nacido para mandar y vencer. Entre los muchos jefes que se disputaban á la sazón los girones de la India, ninguno podia comparársele, ni como caudillo ni como hombre de Estado. Cuando fué general, se hizo soberano; y de trozos de antiguos principados que se desmembraron en el naufragio universal, formó un imperio considerable, compacto y poderoso, que regía con la habilidad, la energia y la vigilancia propias de Luis XI.

Era inclinado á los placeres licenciosos, é implacable en sus venganzas; pero sabia que la prosperidad y bienestar de los súbditos robustece y vigoriza la fuerza de los gobiernos. Era un tirano; pero, al ménos, tenia el mérito de proteger á sus vasallos contra toda opresion extranjera; y á pesar de lo avanzado de su edad, su inteligencia estaba tan despejada y su corazon tan firme como en la flor de los años. Este grande hombre, fundador del reino mahometano en el Mysore, y enemigo el más temible que hayan tenido los conquistadores de la India, se llamaba Hyder-Alí.

Si Warren Hastings hubiera sido gobernador de

Madrás, Hyder-Alí habria vivido en paz y amistad con la Inglaterra, ó hubiese hallado en ella un poderoso enemigo; pero, desgraciadamente, las autoridades inglesas del Mediodía excitaron y provocaron la cólera de su poderoso vecino sin hallarse preparados á rechazarlo. Así fué que vieron, cuando ménos lo esperaban, descender por agrestes desfiladeros, cubiertos de maleza, un ejército de 90.000 hombres, muy superior en disciplina y valor á todos los demas ejércitos indígenas. Aquella irrupcion que bajaba del Mysore á los llanos del Carnate, arrastraba consigo 100 piezas de artillería, y estaba dirigida por oficiales franceses, educados en los mejores colegios militares de Europa.

La marcha de Hyder-Alí lo era de triunfo. En varios presidios ingleses los cipayos rindieron las armas; algunos fuertes abrieron sus puertas al enemigo, unos por desaliento de sus guarniciones, otros por traicion, y de esta suerte en pocos dias quedó sometida á su imperio la llanura que se extiende al Norte del Coleorn, pudiendo ver los ingleses por las noches desde el monte de Santo Tomás el ancho semicírculo de fuego en que ardan los pueblos, aldeas y caseríos situados al Oriente. Las blancas villas, donde los ingleses se recogen despues de sus ocupaciones en el comercio ó en la administracion, quedaron desiertas, porque se habian visto cuadrillas de feroces jinetes del Mysore vagando por las inmediaciones; y la ciudad misma llegó á ofrecer poca seguridad, amparándose los negociantes y funcionarios ingleses en el fuerte de San Jorge.

Habia, es cierto, medios de reunir un ejército que defendiera la presidencia y rechazara el enemigo á las montañas, como que sir Hector Munro se ha-

llaba al frente de un cuerpo considerable y que Baillie avanzaba con otro, y que reunidos hubieran sido temibles áun para enemigo tan esforzado cual era Hyder-Alí. Pero los generales ingleses descuidaron esta regla fundamental del arte militar, cuya utilidad es evidente al sentido común, difirieron su reunion y fueron atacados separadamente, quedando destruidas las tropas de Baillie y viéndose Munro en la triste necesidad de abandonar sus bagajes, de arrojar su artillería en los pozos y de buscar su salvacion en una retirada que más bien debe llamarse fuga. Tres semanas despues de haber comenzado la guerra se hallaba el poder británico del Mediodía de la India en las más difíciles y graves circunstancias. Sólo quedaban algunas plazas fortificadas; pero el prestigio de las armas inglesas habia desaparecido por completò. Agréguese á esto el fundado temor de ver presentarse la hora ménos pensada una poderosa expedicion francesa en la costa de Coromandel, y que la Inglaterra, estrechada por todas partes de fuertes enemigos, no se hallaba en estado de proteger sus colonias, y se tendrá una idea de la situacion que rodeaba á Warren Hastings.

Entónces fué cuando el fecundo ingenio y el valor indomable y sereno del gobernador general aparecieron en toda su grandeza y alcanzaron su victoria más decisiva. Un buque ligero, llevado en alas de la monzon del Sud-Oeste, fué portador de aquellas malas nuevas á Calcuta. A las veinticuatro horas, el gobernador general habia preparado el plan político-militar conveniente á la nueva faz de los negocios.

La lucha con Hyder-Alí era asunto de vida ó muerte, y por lo tanto, necesario sacrificar á la conservacion de Calcuta todos los asuntos secunda-

rios. Madrás necesitaba refuerzos considerables y recursos pecuniarios: Hastings los disponia; pero hubieran sido inútiles y perdidos de continuar la conducta de la guerra en las inhábiles manos en que se hallaba. Y como no habia tiempo que perder, Hastings determinó de hacer uso de sus facultades hasta los últimos límites, suspendiendo al gobernador de San Jorge, que tan repetidas muestras tenía dadas de incapacidad, y nombrando en lugar suyo á un general distinguido, de carácter enérgico y bizarro que hiciera frente á Hyder-Alí. Su elección recayó en sir Eyre Coote.

A pesar de la oposicion de Francis, que restablecido de su herida tomaba de nuevo parte en el Consejo, aprobó la mayoría la política firme y acertada del gobernador general. Despacháronse los refuerzos con gran prontitud y llegaron á Madrás ántes que la escuadra francesa pareciera en los mares de la India. Coote, agobiado por la edad y las enfermedades, no era ya lo que otro tiempo habia sido en Wandewash; pero aún era general hábil y resuelto, y supo detener los progresos de Hyder-Alí, elevando algunos meses despues á grande altura el honor de las armas inglesas con la victoria de Porto-Novo.

Francis habia vuelto por entónces á Inglaterra, y Warren Hastings estaba con esto más libre y desembarazado. Por su parte, Wheler, despues de haber cedido mucho de su oposicion, luego que partió su implacable colega, marchó en toda ocasion de acuerdo con el gobernador, cuya influencia, siempre grande sobre los ingleses, aumentó considerablemente los últimos tiempos, merced al vigor y al éxito de sus resoluciones.

Pero una vez terminadas y resueltas de la manera que dejamos referida las dificultades y embara-

zos que producía la división del Consejo, surgieron otras de muy grave, difícil y apremiante solución, que tenían por causa el estado lamentable de la Hacienda. Necesitaba Hastings hallar los medios de ocurrir, no sólo á los gastos ordinarios del gobierno en Bengala, sino también á los que traía consigo el sostenimiento de una guerra por extremo dispendiosa contra los enemigos indos y europeos del Carnate, y al envío de fondos á Inglaterra. Pocos años ántes se había procurado medios saqueando al Gran Mogol y reduciendo los robillas á esclavitud, y aún cuando parecía que todos sus recursos estaban agotados, su ingenio fecundo descubrió un rico venero con el cual atender á la necesidad. Al efecto concibió un proyecto contra Benares, población asiática de primer orden por el número de sus habitantes, su riqueza, su importancia y su santidad.

Decíase que quinientos mil seres humanos se agrupaban en aquel laberinto de largas calles, adornadas de templos, minaretes, balcones y ventanas esculpidas en las que se veía jugar centenares de monos. Al decir de los viajeros, era difícil abrirse paso al través de la multitud de santos, de mendigos y de toros, no ménos santos, que discurrían en todas direcciones de la ciudad. Por la hermosa y ancha escalera que descendía de aquellas moradas hasta donde se bañaba el pueblo, bajaba diariamente una multitud innumerable de adoradores. Las escuelas y templos atraían infinidad de piadosos indos de todas las provincias en que se profesaba la religión de Brahma, y los devotos llegaban por centenares para morir en ella, persuadidos de que los difuntos que de la ciudad santa iban al río sagrado gozaban en la otra vida de una singular

bienaventuranza. Mas no era la supersticion el único fin que se proponian los extranjeros al acudir á la gran metrópoli, pues tantos peregrinos le llevaba el comercio como la idea religiosa, y así se veian las orillas del rio santo cubiertas de flotillas cargadas de ricas mercancías, y los talleres de la ciudad ocupados en tejer las magníficas sedas que luego habian de adornar los salones de Saint-James ó del Petit Trianon, y los bazares atestados de muselinas de Bengala, de armas de Uda, de perlas y joyas de Golconda y de chales de Cachemira.

Aquella rica y populosa capital y el país circunvecino habian sido gobernados durante largos años por un principe indostánico tributario de los emperadores mogoles. Durante la época de anarquía en que vivió la India tanto tiempo, los señores de Benares se hicieron independientes de la corte de Delhi; pero se vieron luego forzados á someterse á la autoridad del nabab de Uda. Oprimidos de tan temeroso poder, invocaron la proteccion de los ingleses, los cuales se la otorgaron, concluyendo el Nabab-Visir por ceder todos sus derechos sobre Benares á la Compañía en un tratado solemne, desde cuya fecha el rajah era vasallo del gobierno de Bengala, reconociendo su supremacía y obligándose á pagar un tributo anual al Fort-William. El principe reinante, Cheyte-Sing, habia cumplido siempre y con estricta exactitud con este deber.

Se ha discutido larga, prolija y sutilmente acerca de la naturaleza y relacion legal que habia entre la Compañía y el rajah de Benares, alegando por una parte que Cheyte-Sing era un gran vasallo á quien tenia el derecho de recurrir el poder supremo en demanda de auxilio cuando así lo exigieran las necesidades del imperio; y por otra que era principe

independiente, sobre quien la Compañía sólo tenía un derecho: el de recibir un tributo anual fijo; y que satisfecha esta carga con puntualidad, como en efecto lo era, los ingleses no podían exigirle otra cosa. Nada es más fácil que hallar precedentes y analogías en pro y en contra de las opiniones apuntadas; pero, á nuestro parecer, ni una ni otra manera de considerar la cuestión es exacta, pues incurrian entónces con harta frecuencia los ingleses, en el error de suponer que había en la India una Constitución clara y definida, conforme á la cual podían decidirse las cuestiones de este género, y el hecho es que, durante el intervaio que medió entre la caída de la casa de Tamerlan y el establecimiento de la supremacía inglesa, no hubo semejante Constitución.

Había pasado el antiguo orden de cosas, pero el nuevo no se hallaba establecido aún; era un período de transición, de oscuridad y de desorden, durante el cual cada uno defendía su derecho y su persona como sabía, apropiándose cuanto se hallaba á su alcance. Momentos parecidos ha visto la Europa, como lo demuestra la época de la disolución del imperio de Carlo-Magno. ¿Quién podría discutir en serio, ni poner en claro el grado de obediencia y la suma de auxilios pecuniarios que Hugo Capeto, por ejemplo, tuviera el *derecho constitucional* de reclamar del duque de Bretaña ó del de Normandía? Las palabras *derecho constitucional* carecían de sentido legal en aquel estado de la sociedad; y si Hugo Capeto hubiera confiscado las posesiones del duque de Normandía, habría esto podido ser injusto é inmoral; pero no ilegal en el mismo sentido que lo fueron las ordenanzas de Carlos X. Del propio modo, si el duque de Normandía hubiera hecho la guerra

á Hugo Capeto, por injusto é inmoral que fuera su proceder no habria sido ilegal en el mismo sentido que lo fué la expedicion del príncipe Luis Bonaparte.

El estado de la India, en la época de que nos ocupamos, tenía mucha semejanza con el de la Francia de Hugo Capeto. De todos los gobiernos existentes no ha habido uno solo que pudiera invocar la legitimidad, ni aducir otros títulos sino es los de último ocupante, ni casi una provincia en la cual no se hallaran divididas la soberanía verdadera y la nominal: es cierto que subsistian aún ciertos títulos y formas que implicaban la autoridad suprema del heredero de Tamerlan, cuyos lugartenientes eran los nababs; pero no lo es ménos que, en realidad, era su prisionero, y que los nababs eran independientes en ciertas provincias, y en otras, como en las de Bengala y Carnate, sólo eran sombras de poder, asumiéndolo todo la Compañía.

Entre los maharatas, el heredero de Sevajee conservaba todavía el título de Rajah; pero estaba cautivo, y su primer ministro, el Peshwa, era el jefe hereditario del Estado, bien que luego cayó á su vez en la situacion humillante á que habia reducido al soberano. En una palabra, no existia desde el Himalaya al Mysore un sólo gobierno que fuese á la vez *de facto et de jure*, que se hallara en posesion de los medios materiales necesarios para ser respetado de propios y extraños, y que tuviese la autoridad que da la ley á una larga posesion.

Reconoció Hastings, entónces, claramente lo que la mayor parte de sus contemporáneos no supo siquiera discernir, esto es, las inmensas ventajas que podia sacar de tal estado de cosas un gobernante revestido de grandes facultades y atribuciones, y li-

mitado por muy pocos escrúpulos. Y como en todas las cuestiones internacionales que pudieran surgir tenía libre la eleccion entre el *hecho* y el *derecho*, era probable que no le faltarian nunca razones para sostener el pro y la contra de aquello que más le conviniera poner en ejecucion, como así lo hacía, en efecto, sin preocuparse de las consecuencias ni de la lógica, teniendo siempre algun expediente á su disposicion que, á los ojos del vulgo, lo justificara. De este modo, así convertia en monarca revestido de grande autoridad al nabab de Bengala, como no veia en él sino un soberano ilusorio; así le parecia el Visir mero lugarteniente, como príncipe con todos los atributos de la realeza; así, de convenir á los intereses de la Compañía, consideraba documento solemnísimo aquel por el cual el Gran Mogol la concedió las rentas de Bengala, como cuando el monarca exigia la parte que se reservó en la concesion le contestaba que el dominio de Inglaterra tenía otro fundamento más sólido y firme que sus convenios, y que si podia continuar representando papeles de rey á medida de su deseo, no debia esperar tributos de los verdaderos soberanos de la India.

Es cierto que muchos podian, como Hastings, hacer estos equilibrios; pero tambien lo es que, cuando surgen desavenencias entre los gobiernos, de poco sirven los sofismas si no se hallan sostenidos por la fuerza. Hay un principio, susceptible de los mayores abusos, indiscutible en el estado actual de las leyes, que Hastings profesó y sostuvo siempre con la mayor energia y la más inquebrantable perseverancia, y es, que al surgir un asunto dudoso entre dos gobiernos, si no pueden venir á un acuerdo, no queda otro remedio sino es apelar á la

fuerza, debiendo prevalecer la opinion del vencedor; y como quiera que todas las cuestiones eran dudosas en las Indias y que el Gobierno inglés era el más fuerte, resultaba de una manera clara y evidente que éste tenía en su mano hacer lo que mejor le pareciera.

En aquella ocasion convenia mucho al Gobierno inglés sacar dinero á Cheyte-Sing; y así, del propio modo que ántes se le habia tratado como á príncipe soberano, ahora se le trataba como á súbdito. Si un hombre de ménos habilidad que Hastings hubiera podido hallar siempre, en el caos de leyes y costumbres en que á la sazón se hallaba sumida la India, razones y argumentos para el pro y la contra de cualquiera línea de conducta que le acomodara seguir, ¿cómo dudar de la del gobernador general, y ménos cuando estaba exhausto de recursos y conocia las pingües rentas de Cheyte-Sing, y, además, calculaba grandes riquezas en el tesoro que se le suponía? Por otra parte, no estaba muy en favor el Rajah con el Gobierno británico, á causa de las simpatías que hubo de mostrar á Francis y á Clavering, en ocasión de hallarse Hastings en circunstancias algo embarazosas.

El gobernador, ántes por política que por malas pasiones, á nuestro entender, dejaba rara vez impune una injuria ó una ofensa, y tambien por esta causa hizo á Cheyte-Sing objeto de su rigor; que así serviría de lección á los príncipes de aquella comarca, como el castigo de Nuncomar lo fué para los moradores de Bengala.

En 1778, al comenzar la guerra con Francia, tuvo Cheyte-Sing que pagar, además del tributo establecido, una contribucion extraordinaria de 50.000 libras esterlinas. En 1779 aconteció lo propio, y en

1780 se renovó la petición. Con la esperanza de obtener alguna rebaja, ofreció secretamente Cheyte-Sing al gobernador la suma de 20.000 libras, que Hastings tomó con ánimo de apropiárselas, si hemos de creer á sus amigos. Pero es lo cierto que, si bien nada dijo por de pronto al consejo de Bengala ni á los directores de la Compañía, ni dió nunca explicacion plausible de este secreto, al cabo, ya fuera por patriotismo, ya por temor de ser descubierto, parece que resistió la tentacion y entregó en la tesorería el dinero recibido, insistiendo para que el Rajah satisficiera los deseos del Gobierno inglés. Cheyte-Sing, conforme á la costumbre de sus compatriotas, tergiversó el asunto, solicitó, imploró y habló mucho de su pobreza; mas no era fácil escapar de las manos de Hastings, el cual, no sólo exigió del Rajah las 50.000 libras pedidas, sino tambien 10.000 más de recargo por su morosidad, y despachó tropas en busca de la contribucion.

Se cobró el dinero; pero esto no bastaba, porque los acontecimientos que habian tenido lugar últimamente en el Mediodía de la India, hubieron de aumentar las dificultades pecuniarias de la Compañía, por cuya causa Hastings tenía determinado el despojo de Cheyte-Sing, y con este objeto sólo buscaba el medio de producir un choque. Poco tardó en hallarlo, exigiendo del Rajah que mantuviera un cuerpo de caballería que sirviese á las órdenes del Gobierno inglés. Cheyte-Sing hizo algunas observaciones y eludió la orden: era lo que Hastings deseaba, pues así ya tenía un pretexto para tratar como delincuente al más rico de sus vasallos. «Determiné, dice el mismo gobernador, aprovecharme de su falta en beneficio de la Compañía, poniéndolo en el caso de comprar muy caro su perdon, por cuyo

medio se remediarian las dificultades rentísticas que la abrumaban, y de no ser así, castigarlo con rigor inexorable por sus faltas pasadas.» El plan consistía únicamente en exigir contribuciones cada vez más considerables, hasta que el Rajah se viera en la necesidad de quejarse por ello, y calificando luego al punto de crimen sus protestas, castigarlo confiscándole sus posesiones.

Al tener noticia Cheyte-Sing de los propósitos del gobernador, quedó aterrado; y á fin de aplacar la saña de los ingleses ofreció la suma de 200.000 libras esterlinas; pero Hastings le hizo saber entónces que no aceptaria nada ménos de 500.000. Y como por aquella sazón comenzara el gobernador á pensar en la venta de Benares al príncipe de Uda, del propio modo que habia vendido en otra época Rohilcund y Allahabad, y no pudiera tratarse cómoda y convenientemente de léjos el negocio, determinó de trasladarse á Benares.

Recibió Cheyte-Sing á su señor con todas las muestras posibles de respeto: hizo con su guardia más de sesenta millas de camino para salir á su encuentro y servirle de escolta, y le manifestó cuánto le afligia el descontento de los ingleses, llegando al extremo, que tan abatido estaba, de quitarse el turbante y ponerlo sobre las rodillas de Warren Hastings, lo cual se considera en Oriente como la más grande y reverente prueba de respeto y sumisión. Hastings se condujo, empero, con fria severidad y altivez; y una vez en Benares, envió al Rajah un papel expresando lo que pedia el gobierno de Bengala. Quiso, en respuesta, justificarse el Rajah de las acusaciones que contra él se formulaban; mas el gobernador, que habia menester dinero y no excusas, sin dejarse ablandar por los artificios or-

dinarios en las negociaciones orientales, dispuso que luego al punto fuera reducido á prision Cheyte-Sing, quedando bajo la guarda de dos compañías de cipayos.

Al tomar Hastings tan severas medidas con el Rajah no demostró su acostumbrado buen juicio, y es probable que, habiendo tenido pocas ocasiones de observar personalmente otros indígenas que los bengalís, no conociera la diferencia que existe entre su carácter y el de los naturales de las tribus que habitan las provincias superiores. Se hallaba en un país más favorable al desarrollo y vigor del cuerpo humano que lo era el delta del Ganges, en una comarca fecunda en soldados dignos de formar en los batallones ingleses, con los cuales habian entrado por la brecha más de una ocasion. Demas de esto, el Rajah era popular entre sus vasallos, porque los habia gobernado con dulzura; la prosperidad y el bienestar de sus Estados ofrecia un vivo contraste con la miseria de las provincias castigadas de la tiranía del Nabab-visir, y en ninguna parte de la India era más poderosa que en la metrópoli de las supersticiones brahmínicas la enemiga nacional y religiosa contra los ingleses. No parece, pues, que Warren Hastings, ántes de lastimar el amor propio de Cheyte-Sing, haciéndolo prender, no se hubiera prevenido, reuniendo á su alrededor fuerzas bastantes para reprimir toda resistencia, y sin embargo, nada hizo.

El puñado de cipayos que lo acompañaba hubiera bastado, tal vez, para imponer á Moorshedabad ó á la Ciudad Negra de Calcuta; pero no podia luchar ventajosamente con el populacho de Benares. Así sucedió, en efecto, agolpóse la muchedumbre inquieta, hostil y armada, segun el uso de la India

superior, en las calles próximas á palacio, y poco despues el tumulto era una batalla, y la batalla una carnicería: los oficiales ingleses defendieron su puesto con valor desesperado, mas sucumbieron al número superior de sus contrarios y cayeron espada en mano: de los cipayos no quedó ninguno. Forzaron las verjas, entónces, los asaltantes, y aprovechando aquellos momentos de confusion, el príncipe cautivo logró encontrar un paso que daba sobre la orilla escarpada del Ganges, descendió al rio por medio de una cuerda hecha de turbantes de sus parciales, entró en un esquife y voló á guarecerse en la otra orilla.

Pero si Hastings se habia colocado en una situacion difícil y comprometida, cometiendo una imprudente violencia, fuerza será reconocer que supo salir de ella con habilidad y presencia de ánimo superiores á sus ordinarios talentos. Tenía consigo no más de cincuenta hombres, y el edificio donde se hallaba lo habian cercado por todas partes los insurgentes; mas no por eso vaciló un solo momento.

No bien hubo llegado el Rajah á la orilla opuesta y considerádose á salvo, le despachó un mensajero, disculpándose y haciéndole proposiciones liberales. Hastings no se dignó contestar. Buscó y halló entre sus adictos algunos hombres emprendedores y osados, y les dió encargo de atravesar las masas enemigas y de llevar á los cantones ingleses la nueva de aquel suceso.

Acostumbran los naturales de la India á llevar grandes pendientes de oro; y cuando viajan, se los quitan por temor de los ladrones, y se ponen, á fin de que los agujeros no se cierren, cañoncitos de pluma ó de papel: Hastings colocó, pues, en las

orejas de sus indos pequeñas tiras de papel, arrolladas en la forma dicha: una, dirigida á su mujer para tranquilizarla respecto de él; otra, al encargado de negociar con los maharatas, que necesitando instrucciones, el gobernador se las enviaba en tan crítica y temerosa coyuntura, con la misma sangre fría y meditacion que hubiera podido hacerlo desde su palacio de Calcuta, y otras más á varios jefes.

No habian, empero, llegado las cosas á lo peor, cuando un oficial inglés de más corazon que prudencia y ganoso de distinguirse, atacó, ántes de tiempo y sin estar convenientemente prevenido, á los indígenas en sus posiciones del otro lado del rio, quedando sus tropas, inferiores en número, destrozadas en un laberinto de callejuelas, muerto él y los demas forzados á rendirse.

Este suceso produjo el efecto que siempre ha producido en las Indias el más leve descalabro de los europeos; y la nacion entera, á cien leguas á la redonda, se levantó en armas contra el enemigo comun. Todos los habitantes de Benares, incluso la gente campesina, corrieron á la capital para defender á su príncipe, alcanzando el contagio hasta la provincia de Uda, donde los naturales se insurreccionaron contra el Nabab-Visir, negándose á pagar los impuestos, y poniendo en fuga á los empleados del fisco. Y como vió Cheyte-Sing el efecto producido entre los suyos por aquel suceso, y que hasta la provincia de Bahar, de antiguo agitada, parecia dispuesta á secundar la revolucion, cobró aliento, y en vez de pedir gracia á la manera de humilde vasallo, comenzó á expresarse con altivez, y cual si fuera conquistador, amenazando, á lo que dicen, de guerra á muerte á los usurpadores blancos. Pero

las tropas inglesas se iban reuniendo entretanto apresuradamente, porque soldados y oficiales sentían por el gobernador el más vivo entusiasmo; y así, acudían en su auxilio con una presteza nunca vista en otras ocasiones, á lo que decía Warren Hastings lleno de orgullo.

El mayor Popham, esforzado y hábil militar que se había distinguido mucho en la guerra con los maharatas, y á quien dispensaba toda su confianza el gobernador general, tomó el mando de las tropas, derrotando en una breve campaña al tumultuoso ejército del Rajah, y tomando por asalto sus fortalezas. Treinta mil hombres abandonaron sus estandartes en pocas horas, y volvieron á sus tranquilas ocupaciones; el desgraciado príncipe huyó para siempre de su patria, y sus Estados se incorporaron á las posesiones inglesas. Nombróse Rajah á un pariente suyo; pero el de Benares no debía ser ya sino príncipe asalariado de la Compañía, como era el nabab de Bengala.

Este suceso aumentó las rentas de la Compañía en 200.000 libras esterlinas al año; pero en cuanto á los resultados inmediatos, no fueron tan considerables como se creyó en un principio. Calculábase generalmente que ascendería el tesoro de Cheyte-Sing á un millon de libras, y sólo se halló la cuarta parte de esta suma, de la cual se apoderó el ejército, repartiéndosela.

Defraudado Hastings en las esperanzas que había concebido respecto de Benares, fué más duro con los de Uda que lo hubiera sido en otras circunstancias. Había muerto hacía tiempo Surajah Dowlah (1),

(1) Sujah-Dowlah ó Surajah-Dowlah, que de ambas maneras lo hallamos escrito.—N. del T.

y su hijo y sucesor Asaph-ul-Dowlah era uno de los más débiles y viciosos príncipes orientales, pues pasaba la vida sumido en la embriaguez y en los deleites más repugnantes, dilapidando sus riquezas, mientras el desconcierto y la miseria desolaban sus pueblos.

El Gobierno inglés fué lenta y hábilmente reduciendo á este príncipe soberano á vasallo de la Compañía, porque como hubiera menester unas veces del auxilio de tropas británicas para defenderse de sus vecinos, que lo despreciaban por su debilidad, y otras para contener á sus súbditos que aborrecían su despotismo, pidió al fin y obtuvo una brigada, obligándose á pagarla y mantenerla siempre en pié de guerra, con lo cual perdió por completo su independencia, quedando á merced de su guardia. Hastings, por su parte, no era hombre que desdeñaba las ventajas que adquiría, y así se propuso explotarlas en aquella ocasion. Comenzó á quejarse por entónces el Nabab de la carga que habia tomado sobre sus hombros, alegando para no cumplir la obligacion en que estaba de atender al mantenimiento de los soldados, que sus rentas iban en descenso y que ni á sus servidores podia pagar. Hastings no quiso dar oídos á estas excusas, y contestó que el Visir habia solicitado las tropas del gobierno inglés de Bengala con promesa de ocurrir á sus necesidades, y que, bajo ese supuesto, se las dió; que, si bien era cierto que en el convenio no se fijó tiempo para la residencia en Uda del contingente, podia determinarse ahora entre las partes; que si las fuerzas inglesas se retiraban, el reino de Uda sería presa de la anarquía y tal vez invadido por un ejército maharata; que si la Hacienda del príncipe se hallaba exhausta de recursos, debía eso

atribuirse á la incapacidad y á los vicios de Asaph-ul-Dowlah, y que si gastaba ménos dinero con las tropas era para prodigarlo entre miserables favoritos. Dicho se está que quien habia de decidir el asunto era el más fuerte.

Tuvo primero Hastings la intencion de trasladarse á Lucknow, á fin de celebrar una entrevista con Asaph-ul-Dowlah, tan luégo hubiera terminado sus asuntos en Benares; pero se anticipó á sus deseos el obsequioso Nabab-Visir, saliéndole al encuentro seguido de algunos individuos de su servidumbre, y la conferencia se verificó en la fortaleza que, desde las escarpadas alturas de Chumar, domina el Ganges.

A primera vista parecia imposible que pudiera terminar la negociacion amistosamente, porque Hastings reclamaba una cantidad exorbitante de dinero, y Asaph-ul-Dowlah pedia que le fueran perdonados los atrasos. Quedaba, sin embargo, un medio aceptable para los dos, que prometia, una vez realizado, aliviar, así el Tesoro de Uda como el de Bengala, y el gobernador vino con el Nabab-Visir en recurrir á él. Tratábase no más que de unir ambos sus fuerzas para despojar de sus bienes á un tercero, siendo éste la madre de uno de los usurpadores.

La madre del último Nabab y su viuda, de quien era hijo Asaph-ul-Dowlah, llevaban el nombre de Bégums ó princesas de Uda. Habian gozado de la mayor influencia sobre Surajah-Dowlah, y á su muerte quedaron en posesion de cuantiosos bienes; sus Estados eran inmensos y muy pingües sus rentas, y el tesoro del último Nabab, que se estimaba en quince millones de duros, habia quedado en su poder. Habitaban el palacio favorito de Surajah-Dowlah, en Fyzabad (el Buen Retiro), y Asaph-ul-

Dowlah residia en la grandiosa ciudad de Lucknow, edificada por él á orillas del Goomti y enriquecida de magníficas mezquitas y hermosos colegios.

Y como hubiera Asaph-ul-Dowlah en repetidas ocasiones arrancado á su madre sumas considerables de dinero, y ésta recurrido, al fin, á la mediacion de los ingleses é intervenido ellos, habíase celebrado un convenio, con arreglo al cual la madre favoreceria de tiempo en tiempo á su hijo con algunos socorros pecuniarios, obligándose éste, por su parte, y en buena correspondencia, á no atentar á sus derechos. Garantizó el gobierno de Bengala oficialmente lo tratado; pero como eran otros los tiempos y hacia falta metálico, el poder que dió la garantía no se avergonzó de incitar al expoliador á que pusiera por obra lo que á él mismo le repugnaba tanto hacer.

Era indispensable hallar un pretexto con el cual quedase cubierta la confiscacion y el robo proyectado, cosas ambas que no sólo se acordaban mal con la fe jurada y las reglas de la humanidad y la justicia, sino que rechazaban esas leyes de la piedad y del amor filial que hasta sobre las tribus salvajes más feroces y las sociedades más depravadas extienden los límites de su imperio y ejercen su benéfico influjo entre los hombres. Y como nunca faltaban pretextos á Warren Hastings si se proponia buscarlos, y la insurreccion de Benares produjo turbulencias en la provincia de Uda, parecióle ocasionado atribuir aquellos desmanes á manejos de las princesas. Carecia de fundamento la acusacion, á ménos que no se dé tal nombre á las relaciones que circulaban de boca en boca entre las gentes del pueblo, añadidas y comentadas por cada nuevo interlocutor; pero se abrió el proceso. No se dió tras-

lado á las princesas de las primeras diligencias, ni se les permitió defenderse, porque el gobernador general reflexionó prudentemente que, si tal hacía, pudiera muy bien suceder que lo dejaran sin pretexto de consumir el despojo, y así convino con el Nabab-Visir en privar á su madre y abuela de cuanto poseian en beneficio de la Compañía por sentencia de confiscacion absoluta, recibiendo el gobierno de Bengala en abono de la deuda de Uda las cantidades que por tales medios se procurase.

Mientras Asaph-ul-Dowlah permaneció en Chunar estuvo completamente subyugado por el carácter firme y dominador del hombre de Estado inglés; pero cuando se hubieron separado, luégo al punto comenzó el Visir á reflexionar con inquietud en el compromiso que habia contraido; y como le suplicaran y protestaran de aquella manera de proceder con lágrimas y lamentos su madre y abuela, faltóle la fuerza para resistir; que, áun cuando lo habian mudado y corrompido el ejercicio del poder absoluto y los placeres licenciosos, no carecia por completo de buenos sentimientos. El residente inglés de Lucknow, hasta entónces adicto á Warren Hastings en todo, no se atrevió á dar curso al negocio; pero el gobernador estuvo inexorable, y escribió al residente con dureza, previniéndole que si no ponía sin más tardanza en ejecucion lo mandado, iria él mismo á Lucknow para hacer lo que los débiles y apocados consideraban con tanta repugnancia y horror. Entónces el residente cedió, y dirigiéndose al palacio de S. A., insistió para que tuviera debido efecto el tratado de Chunar. El Nabab inclinó la frente; protestó de la fuerza que se le hacía, y el despojo de las tierras se consumó, no así el del tesoro, que ofrecia verdaderas dificultades. Para ven-

cerlas apelaron los ingleses á la violencia. Un destacamento de soldados de la Compañía marchó á Fyzabad y forzó las puertas del palacio: las princesas quedaron encerradas en sus habitaciones particulares; y como se negaran á declarar lo que tanto deseaban saber los de Hastings, idearon éstos un medio de coaccion más enérgico á su parecer y eficaz, y del cual no puede hablarse, á pesar del espacio trascurrido, sin sentir vergüenza y dolor al propio tiempo.

Habia en Fyzabad dos ancianos pertenecientes á esa clase infortunada á quien una práctica inmemorial entre los orientales separa y excluye de los goces del amor y de la esperanza de tener posteridad. Siempre se ha creído en las cortes del Asia que seres privados por tal manera de contraer afecciones de simpatía con sus semejantes, eran aquellos que los príncipes pudieran admitir en su más íntima confianza; y Surajah-Dowlah, que profesaba esta creencia, la dió sin límites á los dos eunucos, que despues de su muerte quedaron al frente de la casa de su viuda.

Estos hombres, pues, fueron presos de órden del Gobierno británico y cargados de cadenas, haciéndoseles sufrir privaciones de todo género, á fin de arrancarles por este medio el secreto que guardaban acerca del lugar donde se hallaba el tesoro de las princesas. Al cabo de dos meses de duro cautiverio y malos tratamientos, enfermaron los presos, y pidieron la gracia de que se les dejara libres un espacio cada dia para pasearse por el jardin de la cárcel. El oficial encargado de ellos no vió peligro alguno en acceder á la súplica; pero sus jefes, que tenian el plan de atormentar de cuantos modos son imaginables á los infelices eunucos, negaron el permiso. No

fué esto lo peor; el Gobierno inglés determinó entregarlos al verdugo, y al efecto dispuso que el ejecutor se trasladase á Lucknow. Se ignora qué pasó en aquellos tristes calabozos; pero en los anales del Parlamento se conserva un oficio escrito por un residente inglés á un militar, y cuyo contenido hace á ello referencia. Dice así: «Habiendo determinado el Nabab imponer algunos castigos corporales á los prisioneros que se hallan bajo su custodia, sírvase V. S. dejar libre acceso al lugar donde se hallen éstos, para que puedan hacer de ellos lo que crean necesario los portadores de esta comunicacion.»

Miéntras se cometian estas atrocidades en Lucknow, las princesas continuaban cautivas en Fyzabad, y sitiadas por hambre tan estrechamente, que las mujeres de su servicio sé vieron en peligro de morir de inanicion, prolongándose la serie de sus martirios por espacio de algunos meses, hasta que al fin, despues de haberles arrancado 1.200.000 libras esterlinas, comenzó Hastings á creer que ya estaba exhausto su tesoro, y que no sería posible lograr más dinero. Entónces se dió libertad á los prisioneros de Lucknow, y cuando los carcereros limaron sus grillos y abrieron las puertas de la prision, con lágrimas en los ojos y temblando dieron gracias al Padre comun de las criaturas con tanto fervor y humildad, que conmovieron el firme corazon de los soldados ingleses, testigos de aquella escena.

Hay un hombre á quien la conducta de Hastings en el asunto referido parece, no sólo disculpable, sino digna de los mayores elogios, y que dice con este motivo: «Séame perdonado si me aventuro á calificar de infinitamente ridícula y perversa la sen-

sibilidad de quien ponga en la balanza como contrapeso de la conservacion de la India inglesa los sufrimientos personales que hubieron de padecer algunas personas, miéntras se negaron á dejar en manos de los ingleses una parte de las riquezas que por derecho habian perdido en fuerza de ser traidores, así como sus amas.» No podemos, á decir verdad, envidiar al reverendo biógrafo las ideas que profesa en órden á la perversidad y al ridículo. ¿Es así como se demuestra la nobleza de carácter de un soldado inglés ó la caridad de un ministro del Evangelio? ¿Ninguna de las dos carreras seguidas por M. Gleig ha podido instruirlo en los primeros rudimentos de la moral? ¿O es, por desgracia, la moral una cosa que tiene su lugar en los sermones y que no cabe en los estudios biográficos?

No debe pasar desapercibida la conducta de sir Elías Impey en esta circunstancia. Difícil y peligroso era inmiscuirse en asunto tan extraño á sus deberes oficiales; pero las maldades que se consumaban en Lucknow lo movieron á ello, sin duda, por su magnitud é importancia; y con gran premura se trasladó al teatro de los sucesos. Una multitud innumerable compareció á su presencia, provista de testimonios contra las princesas, redactados en forma y prevenidos, como se ve, de antemano, los cuales recogió sin leer. Ni tampoco hubiera podido hacerlo por sí con todos, áun cuando quisiera, porque los habia escritos en el dialecto de la India septentrional, que él no conocia (1). Y despues de

(1) Se sabe que no hizo uso de ningun intérprete. Debemos hacer constar que, despues de publicada la primera edicion de la presente obra, en la cual dijimos que sir Elías Impey ignoraba todas las lenguas indígenas en que se hallaban escritas las declaraciones, un escritor, fundán-

tomar juramento á los testigos de la manera más breve posible, sin hacerles una sola pregunta, ni siquiera informarse de si habian leído ú oído leer las declaraciones que acababan de jurar, subió á su palanquin y volvió en posta camino de Calcuta para no faltar á la apertura de los tribunales.

Él mismo dijo despues que la causa de Lucknow no caia debajo de su jurisdiccion, y así era en efecto; que tenía tanto derecho á intervenir en los delitos cometidos por los indígenas de la provincia de Uda, como el lord presidente del tribunal de Escocia á presidir en Exeter. Si pues carecia de atribuciones para procesar á las Bégums, y por lo tanto, tampoco hizo su proceso, ¿con qué fin emprendió tan largo y penoso viaje? Con el de sancionar de algun modo los crímenes de quien lo habia tomado á sueldo, y de imprimir á una gran masa de testimonios, confusa y no nada digna de crédito, el prestigio y autoridad que les faltaba, merced á su firma de primer magistrado de la India.

Acercábase, no obstante, la hora en que sir Elias Impey quedaria deshonorado de su empleo, despojándolo el gobierno de la metrópoli de una toga que nadie deshonoró tan vergonzosamente como él desde la época revolucionaria. Preocupaba en gran manera el estado de la India y su administracion al Parlamento inglés hacia ya tiempo. Al concluir la guerra de América, dos comisiones de la Cámara de

dose tal vez en datos desconocidos de nosotros, ha negado el hecho y afirmado que poseia el persa y el bengalí. Y como algunas de estas declaraciones estarian redactadas en persa, sir Elías pudo leerlas; pero no lo hizo: las otras, lo estaban en los dialectos nacionales de la India superior para él desconocidos. Por lo demas, el bengalí es tan inútil en Lucknow como el portugues en Suiza.

los Comunes, dirigida una por Edmundo Burke y otra por Enrique Dundas, hombre versátil, pero de habilidad notoria y á la sazón lord-abogado de Escocia, examinaron con el mayor detenimiento los asuntos de la India; y puede muy bien decirse que, á pesar de los cambios y novedades introducidas de sesenta años á esta parte en las posesiones inglesas de Asia, los dictámenes que ambas comisiones presentaron á la Cámara son todavía por extremo interesantes é instructivos.

Aun no estaba por aquel tiempo la Compañía relacionada con ningún bando político, ni tenían los ministros razón alguna que los inclinase á defender y patrocinar los abusos cometidos en las Indias. Antes por el contrario, se hallaban interesados en demostrar hasta donde podían, que así el gobierno y administración como la defensa del imperio inglés en Oriente, ganarian mucho pasando á ellos; y á esto debe atribuirse el que los acuerdos tomados por la Cámara de los Comunes con motivo de los dictámenes de Burke y Dundas estuvieran inspirados en la más severa justicia y la más profunda indignación. Algunas medidas de Hastings fueron calificadas con terribles epítetos, y especialmente la guerra contra los Rohillas, votándose á propuesta de Mr. Dundas que la Compañía estaba en el deber de separar á un gobernador general que tantas calamidades había traído sobre los indostanes y deshonrado tanto el nombre inglés. Además, se votó una ley que limitaba la jurisdicción del Tribunal Supremo, y se censuró de una manera enérgica el trato celebrado por Hastings con Impey, pidiendo á S. M. que sir Elias volviese á Inglaterra para responder de sus malos procederes.

Impey fué destituido por un despacho del secre-

tario de Estado; pero en cuanto á Hastings, manifestaron los accionistas de la Compañía que no se privarian de sus servicios, y en junta general acordaron que la ley les daba derecho de nombrar y separar libremente su gobernador de la India, lo cual era cierto, y que, por tanto, no tenian el deber de acatar las resoluciones de uno de los Cuerpos Colegisladores en orden á estos nombramientos y separaciones.

Alentado así Hastings y sostenido por sus jefes, continuó al frente del gobierno de Bengala hasta la primavera de 1785. Su administracion, tan azarosa y fecunda en sucesos extraordinarios, acabó entonces en casi completa calma, con motivo de haber cesado la oposicion sistemática del Consejo á sus medidas y acabándose la guerra de los maharatas, restableciéndose la paz en la India, y de haber muerto Hyder-Alí, firmándose un tratado con su hijo Tipoo, y evacuado los ejércitos del Mysore la parte de Carnate. Por tal manera quedaba la Gran Bretaña libre de rivales y enemigos europeos en los mares de Oriente desde la conclusion de la guerra americana.

Considerando, aunque sea rápidamente, la tan prolongada administracion de Hastings, es imposible desconocer que hacen contrapeso á los grandes crímenes que la mancharon, los grandes servicios que prestó al Estado. La Inglaterra habia pasado por una crisis peligrosa, y si bien es cierto que pudo conservar su rango entre las primeras potencias europeas, y que la manera como supo defenderse de sus enemigos en una lucha tan desventajosa para ella inspiró á las demas naciones la mejor idea de su energía y de su fuerza, no lo es ménos que en todas las partes del mundo, excepto en una,

perdió terreno, pues no sólo se vió en el caso de reconocer la independenciam de trece colonias, fundadas por sus hijos, y de calmar los ánimos en Irlanda, renunciando al derecho de legislar para ellos, sino que en el Mediterráneo, en el golfo de Méjico, en la costa de Africa y en el continente americano tuvo que abandonar el fruto de conquistas hechas en épocas anteriores.

La España recuperó á Menorca y la Florida, y la Francia tomó posesion del Senegal, de Gorea y de algunas islas de las Indias occidentales, siendo aquella parte que se hallaba puesta bajo la autoridad de Hastings la única donde ningun menoscabo sufrió la Gran Bretaña; que allí, á despecho de los mayores esfuerzos de sus enemigos de Asia y de Europa, el poder inglés acreció notablemente, sometiéndose Benares y quedandø sujeto á la condicion de vasallo el Nabab-Visir. Y que todo esto era debido al talento y á la resolucion de Hastings, claramente lo decia la voz pública entre los ingleses de las Indias, los cuales declaraban que no sólo se le debia la extension de influencia que gozaba la Gran Bretaña en el país, sino el no haber visto los fuertes William y San Jorge ocupados por tropas enemigas.

Si de esto pasamos á la administracion interior de Warren Hastings, hallaremos que, á pesar de todos sus defectos, le da derecho á figurar entre los hombres más notables de Inglaterra. Él abolió el doble gobierno; puso la direccion de los negocios en manos de los ingleses; de la anarquía más completa sacó el órden, aunque de una manera imperfecta y ruda; y creó y dirigió la organizacion, por cuyo medio se administraba la justicia, se percibian los impuestos, y se mantenía la paz en un territorio

tan poblado como el Austria ó la Francia. Tanto es así, que cuando Hastings regresó á su patria se preciaba con razon de haber creado cuantos empleos y cargos públicos existian en Bengala.

Es cierto que esto sistema, despues de las mejoras y reformas que ha sugerido la experiencia en el trascurso de largos años, áun exige nuevos perfeccionamientos; pero quien reflexione algun espacio acerca de las graves dificultades con las cuales hubo de luchar en el principio para ir formando todas las piezas de una máquina tan complicada y colosal como es la del gobierno de un Imperio dilatado, reconocerá muy luégo que la obra de Hastings fué verdaderamente admirable. Sin embargo, sería tan absurdo compararlo á los grandes ministros europeos; como comparar á Robinson Crusoe con el mejor panadero de Lóndres, porque aquél, ántes de haber hecho el primer pan, tuvo que construir hasta el más pequeño y trivial instrumento de labranza para cultivar el trigo, y el molino despues, y luégo el horno.

Y sube de punto la justa fama de Hastings al considerar que no se le destinó en un principio á las carreras del Estado; que del colegio pasó á una casa de banca, y que vivió la primera parte de su juventud apartado de la buena sociedad y completamente oscurecido. Bueno será tambien tener en memoria que todos aquellos á quienes hubiera podido pedir consejo en ocasion que se hallaba á la cabeza de los negocios, eran hombres tan poco instruidos ó ménos que él.

Por el contrario, en Europa, cuando un ministro entra en funciones, se halla rodeado de personas peritas y en quienes se conservan y transmiten las tradiciones oficiales. Hastings careció de tan nece-

sario auxilio desde la primera hora de su gobierno; pero supo suplirlo con su inspiracion y su energía. Sin medios de aprender, tuvo que enseñar; y despues de haberse formado, por decirlo así, formó á los demas, no para el servicio de una sola dependencia, sino para el de todos los ramos de la administracion.

Además de esto, conviene añadir que, miéntras se preocupaba de tan énojosa tarea, las órdenes cada vez más apremiantes que llegaban de Inglaterra entorpecian y dificultaban su marcha, cuando no era una votacion contraria del Consejo la que paralizaba sus movimientos y comprometia el éxito de sus trabajos; pudiendo afirmarse que logró conservar á la patria un imperio asentado en remotas tierras, á pesar de sus muchos y formidables enemigos extranjeros, y organizar en todas sus partes un gobierno en tanto que cada correo le traia balijas enteras llenas de recriminaciones y cargos de sus colegas, los cuales, en las juntas principalmente, lo cubrian de dicterios. No creemos que ningun hombre público haya pasado nunca por más rudas pruebas que Hastings en el gobierno de la India: ni el duque de Malborough cuando se veia contrariado á cada momento por los comisarios holandeses, ni el de Wellington cuando tuvo que habérselas al mismo tiempo con la regencia de Portugal, las juntas españolas y M. Perceval, padecieron más física y moralmente. Pero el carácter de Hastings era ocasionado á resistir las mayores contrariedades, porque sin ser dulce, era tranquilo y frio, y reunia una viveza de imaginacion á una energía tan extraordinaria que soportaba sin dar muestra de sufrimiento, y con la calma de un idiota, los más crueles reveses, miéntras no les hallaba remedio.

Parece haber sido rencoroso con sus enemigos; pero, no obstante, sus resentimientos y sus odios le movieron tan raras veces á cometer alguna falta, que no es fácil averiguar si lo que se reputaba venganza era política no más.

El efecto más inmediato del equilibrio de sus facultades era el de encontrarse siempre, y en toda ocasion, en el pleno goce de una de las más fecundas inteligencias que hayan existido jamás, sin que hubiera, por consiguiente, ninguna complicacion, por peligrosa y difícil que fuera, que pudiese turbarlo. Para cada cuestion embarazosa tenía remedio eficaz é inmediato; y áun cuando podamos juzgar severamente de ciertos actos suyos no nada conformes con las reglas de la justicia, es innegable que pocas veces dejó de alcanzar por ellos el fin que se propuso.

A esta natural inclinacion y talento superior para discurrir expedientes, unia Warren Hastings en alto grado una cualidad no ménos necesaria al hombre colocado en situacion como la suya, y era la de su grande habilidad en sostener las discusiones políticas; cualidad preciosa é indispensable á un estadista en Oriente, por ser á éstos tal vez más preciso el saber redactar despachos, que á los ministros de Inglaterra el saber pronunciar discursos; que si en la Gran Bretaña juzga la nacion de las facultades de un hombre principalmente por su elocuencia y doctrina, tratándose de las Indias, sólo por las cartas y documentos diplomáticos se conoce la aptitud y condiciones del agente ó del gobernador.

En ambos casos, el talento que se estimula se desarrolla y crece á expensas de las demas facultades, y así se nota con frecuencia en Inglaterra que ciertos hombres hablan mejor que obran, del propio

modo que en el servicio de las Indias no es raro encontrar quien redacte correcta y elegantemente lo que tal vez no sería capaz de poner en ejecucion; que si el político inglés se inclina en cierto modo á discutir de viva voz, el de la India es muy dado á discutir por medio de la pluma.

Entre los numerosos empleados de la Compañía que más se han distinguido en todo tiempo con ocasion de sus despachos, es Warren Hastings el primero, y á él se le debe la norma y carácter que áun conservan los documentos oficiales del gobierno en las Indias. Tuvo que luchar con un antagonista no nada comun; pero el mismo Francis se vió forzado á confesar con harto dolor suyo que no era posible competir con la pluma del gobernador general. En efecto, su talento para plantear un asunto, embrollarlo en aquello que le convenia poner en claro, y llevar la luz de su estilo á todo lo que pudierá resistirla, era incomparable. Su estilo, sin embargo, no debe alabarse sin hacer algunas salvedades; porque, si bien era generalmente puro, enérgico y limado, á las veces, aunque pocas, solia ser oscuro y pomposo; defecto á que pudo contribuir su predileccion por la literatura persa.

Y ya que aludimos á las aficiones literarias de Warren Hastings, faltaríamos á un deber de justicia si no elogiáramos el estímulo que dispensó durante la época de su gobierno á los estudios liberales y á las investigaciones curiosas, protegiendo con prudente generosidad los viajes, las empresas, los ensayos y las publicaciones. A decir verdad, no hizo gran cosa para dar á conocer á los indígenas las obras de Milton y de Adam Smith, ni para reemplazar con la geografia, la medicina y la astronomía de Europa las añejas supersticiones de los brahaminos,

ó la imperfecta ciencia de la Grecia antigua, transmitida por los árabes á los indos; que tan notable y meritoria tarea estaba reservada para coronar la benéfica y prudente administracion de un gobernador mucho más virtuoso que no él. No es posible, sin embargo, negar grandes alabanzas á un hombre que, despues de haber dejado los libros de comercio para regir un imperio poderoso, absorbido por los negocios públicos, rodeado de gentes tan ocupadas como él, y separado de toda sociedad literaria por millares de leguas, dió con su ejemplo y munificencia tan notable impulso á la erudicion. Érale familiar la literatura persa y arábiga, y aunque no conocia el sanscrito, los que primero se ocuparon de esta lengua y la extendieron entre los sabios de Europa le fueron deudores de señaladas distinciones. Bajo su proteccion inauguró sus honrosas tareas la Sociedad Asiática, la cual lo designó desde un principio por su presidente, favor que supo rehusar con mucho tacto y delicadeza, indicando para reemplazarle á sir Willian Jones.

Uno de los mayores servicios que prestó á los orientalistas, fué sin duda el relativo á los punditos de Bengala; porque como hubieran éstos mirado siempre con recelo y temor las tentativas de los extranjeros para penetrar los misterios ocultos bajo el dialecto sagrado, y los mahometanos habian perseguido su religion, y lo que ya conocian del espíritu y tendencias de los portugueses les daba derecho á sospechar asechanzas y vejaciones por parte de los cristianos, para disipar Hastings en beneficio de la ciencia estas preocupaciones, hubo de hacer uso de mucha moderacion, habilidad y prudencia, logrando, al fin, captarse la confianza del clero hereditario de la India y persuadirlo á que revelase á los sa-

bios ingleses los secretos de la antigua teología y de la jurisprudencia de los brahmas.

Es innegable que Hastings no ha tenido quien le aventaje nunca en el gran arte de inspirar confianza y adhesión á las masas. Si se hubiera hecho popular con los ingleses, dejando abandonados en sus manos y á merced de su rapacidad á los bengalís, ó se hubiera conciliado el afecto de los bengalís enajenándose la simpatía de los ingleses, nada tendria de extraño; pero sí lo es con extremo que hallándose á la cabeza de un puñado de extranjeros, dominadores absolutos de un pueblo indígena numeroso y rico, se hiciese amar de los más que obedecian y de los ménos que mandaban. Así se vió que, áun en medio de sus mayores contratiempos y adversidades, sus compañeros le permanecieron siempre fieles; que los soldados lo amaban, como no suelen amar sino es á los caudillos afortunados que los familiarizan con la victoria; que en sus desavenencias con eminentes militares pudo contar siempre con el apoyo del ejército, y que, miéntras ejercia tanto imperio en el corazón de sus compatriotas, gozaba entre los indígenas de una popularidad que otros gobernadores han merecido, tal vez, más que él, pero que ninguno ha logrado alcanzar como él. Hablaba sus dialectos nacionales con precision y facilidad, y conocia perfectamente sus ideas y costumbres.

Dos ó tres veces, movido de un gran propósito, procedió de propio intento contra las opiniones de los indos, y esto le hizo ganar en consideración y respeto por parte de ellos más de lo que perdió en su afecto y buena voluntad; pero, por regla general, evitaba cuidadosamente cuanto pudiera lastimar las preocupaciones nacionales ó religiosas. Su admi-

nistracion era defectuosa bajo muchos aspectos; pero las ideas de los bengalís en punto á buen gobierno eran más imperfectas todavía. En tiempo de los nababs, pasaba todos los años la caballería maharata por sobre las fértiles llanuras de aluvion, destruyendo los sembrados, y en la época de los ingleses podian recogerse con seguridad en los graneros las inmensas cosechas de arroz del bajo Ganges, merced á la proteccion de sus tropas. Los primeros conquistadores, más codiciosos de riquezas y más despiadados que los maharatas, habian desaparecido ya, y la provincia se hallaba entónces en manos de un gobierno que ni cometia exacciones ni dejaba cometerlas, cosa nunca vista en la India y que bastaba por sí á captarle la benevolencia de los naturales. Mucho dejaba que desear la policia y eran abrumadores los tributos; pero ningun anciano bengalí recordaba una época de mayor bienestar y seguridad en su patria.

Por otra parte, los no interrumpidos triunfos de Hastings y la facilidad constante con que vencia las mayores dificultades lo convirtieron en objeto de admiracion supersticiosa por parte de los indigenas; y la régia magnificencia de que á veces se rodeaba para deslumbrar á los bengalís, que tienen muchos puntos de contacto con los niños, hizo que áun despues de trascurridos más de cincuenta años de su muerte los indostanes hablen todavía de Hastings como del más famoso y principal de los ingleses, celebrando en sus canciones los briosos corceles y los elefantes con ricos jaces del *Sahib Warren Hosten*.

Las faltas más graves de que se haya hecho culpable Warren Hastings no hicieron ningun daño á su popularidad entre los bengalís, porque fueron

cometidas contra Estados vecinos. Habrán comprendido ya nuestros lectores que no tratamos de justificar estas faltas; pero si ha de ser la censura proporcionada á la transgresion, débense tomar en cuenta los móviles que hayan impulsado al criminal; y como los que movieron á Hastings á cometer las peores acciones fueron siempre su celo por el servicio y el bien público, aunque mal entendido y peor dirigido, de aquí que las reglas de la justicia, los sentimientos de humanidad y la fe jurada en los tratados no fueran á sus ojos nada cuando se hallaban opuestos á los intereses del Estado.

No es esto justificar con arreglo á los principios de la moral, ni de lo que creemos idéntico á ella, la conducta observada por Hastings, sino que el buen sentido de la especie humana, que jamas se engaña en cuestiones de esta índole, establecerá siempre una distincion entre los crímenes producidos por un celo exagerado de la cosa pública y los que provienen del egoismo. Hastings tiene derecho á gozar de las ventajas de esta diferencia, porque á nuestro parecer no existe motivo alguno para sospechar que la guerra contra los rohillas, la revolucion de Benares, ni la expoliacion de las princesas de Uda fueran parte á enriquecerlo en lo más mínimo. No diremos por eso que haya mostrado en todos los asuntos rentísticos la escrupulosa integridad y el esmero que hoy se pone por parte de los funcionarios civiles de la India, y que tanto les honra, en evitar hasta la sombra del mal; pero cuando se recuerda la escuela en que se educó y las tentaciones á que se vió expuesto, más se inclina el ánimo á reconocer su habitual integridad, que á pedirle cuenta estrecha de ciertas transacciones, las cuales, si en nuestros dias podrian calificarse de irregulares y

poco dignas, costaría trabajo aplicarles la calificación de inmorales. Hastings no era codicioso; si lo hubiera sido, habría podido regresar á su patria con inmensas riquezas, pues sólo de los zemindares de las provincias de la Compañía y de los príncipes vecinos habría obtenido fácilmente, en los tres años de su gobierno, quince millones de duros, eclipsando con ellos la magnificencia de Carlton-House y del palacio real.

En lugar de esto trajo á Inglaterra un capital que cualquiera otro gobernador, aficionado al fausto y no nada económico en la India, hubiera podido ahorrar de sus emolumentos en tan largo período. No estamos ciertos de que *mistriss Hastings* fuese tan escrupulosa, porque se decía de público que aceptaba cuantos presentes le hacían, y que por este medio acumuló un caudal particular de algunos *lagos de rupias*; y nos hallamos tanto más dispuestos á creerlo así, cuanto que Mr. Gleig, sabedor sin duda del caso, ni habla de él ni lo niega, que recordemos al ménos. La influencia de *mistriss Hastings* era tan grande sobre su marido, que sin esfuerzo habría podido hacerse dar sumas mucho más considerables.

Hubo de adolecer por aquel entónces la esposa del gobernador de alguna enfermedad propia del clima de la India, y por consejo de los facultativos salió la vuelta Inglaterra con objeto de restablecer su salud. Muy sensible fué á Hastings la separación, pues parece que siempre tuvo á su mujer el afecto extremado, propio de los hombres de carácter enérgico, cuyo aprecio no es fácil ganar, y que no prodigan su cariño. Mucho se habló en Calcuta por largo tiempo del lujo verdaderamente oriental con que hizo adornar para su uso la cámara del buque

donde regresó á Inglaterra mistriss Hastings, de la profusion de maderas preciosas y de marfil que adornaban su camarote, y de los millares de rupias que gastó para proporcionarle una compañera de su agrado en el viaje.

No será ocioso decir que las cartas de Warren Hastings á su mujer son muy características, pues además de la ternura, estimacion y confianza que revelan, están redactadas en un estilo ceremonioso, lo cual es desusado entre personas unidas por vínculo tan estrecho; y el aparato y la solemnidad con que saluda á su *elegante Mariana* trae á la memoria el aire grave y digno de sir Cárlos Grandison cuando se inclinaba para besar la mano de miss Byron en el locutorio.

- Al cabo de pocos meses hizo Hastings sus preparativos de viaje para reunirse con su mujer; y cuando anunció la renuncia de su cargo, pudo verse cuánto era estimado en aquella sociedad gobernada por él tan largo número de años, porque sin cesar llegaban á sus manos exposiciones, así de los europeos como de los asiáticos, y de los funcionarios civiles y militares como de los comerciantes; y el día que resignó el mando, haciendo entrega de las llaves, insignias de su empleo, una multitud innumerable de amigos y admiradores formó en las calles del tránsito hasta el muelle, siguiéndolo no pocos en barquillas por el rio, y acompañándolo sus más íntimos á bordo hasta el momento de perder de vista las costas de Bengala.

Poco se sabe acerca de su viaje, como no sea que buscó distraccion al ocio en sus libros y papeles, y que entre las diversas composiciones literarias á que se consagró aquellos días figura una elegante imitacion del *Otium Divus rogat* de Horacio, la cual

dedicó á Mr. Shore, despues lord Teignmounth, cuya honradez, probidad y buenos sentimientos eran superiores á todo elogio; pero que habló siempre de la conducta de su amigo Hastings, como algunos otros buenos empleados de la administracion civil, con una indulgencia de que nunca hubo menester.

Feliz fué y rápido para su tiempo el viaje de Hastings, que no duró más de cuatro meses, llegando en Junio de 1785 á Plymouth, de donde se trasladó en posta á Lóndres para presentarse al Rey y á los directores en Leadenhall-Street, recogién dose luégo con su mujer en Cheltenham.

Hastings quedó por extremo satisfecho de la manera que tuvo el Rey de recibirlo. Por su parte, la Reina, á pesar de la severidad de sus costumbres, de su rígida virtud y de las censuras que le valió el favor dispensado por ella á la elegante Mariana, fué con su marido no ménos afectuosa que el Monarca. Los directores lo recibieron en junta, y el presidente le dió lectura de un voto de gracias que se habia acordado por unanimidad. «En todas partes me tratan, escribia él tres meses despues de su llegada, de un modo que me prueba la simpatía y el buen concepto de que disfruto en mi patria.»

Y es tanto más notable su tono confiado y satisfecho en aquel entónces, cuanto que sabía á qué atenerse acerca de los preparativos que se hacian ya para combatirlo, pues ocho dias despues de su llegada á Plymouth, Burke puso en conocimiento de la Cámara de los Comunes que se proponia presentar una proposicion relativa á un personaje recién venido de las Indias; proposicion que no fué posible plantear ni ménos discutir como exigia su importancia y extension por estar próxima la clausura del Parlamento.

Es lo cierto que Hastings no se daba cuenta exacta del peligro de su situación, y que la sagacidad, el juicio, la prontitud para imaginar recursos y expedientes que tanto lo habían distinguido en Oriente parecieron abandonarlo, no porque hubiera sufrido ningún menoscabo en su inteligencia, no porque no fuese ya el hombre que supo triunfar de Francis y de Nuncomar, que convirtió en instrumentos suyos al presidente del Tribunal Supremo y al Nabab-Visir, que desposeyó á Cheyte-Sing y rechazó á Hyder-Álí, sino porque, como ha dicho con grande oportunidad Mr. Grantan, no es posible trasplantar una encina de medio siglo.

El hombre que sale de Inglaterra en su primera juventud y vuelve á ella después de una expatriación de treinta ó cuarenta años en la India, fácilmente se apercibe de que, cualquiera que sean sus talentos, há menester estudiar mucho y olvidar más ántes de hacer papel entre los estadistas ingleses. El juego de las instituciones representativas, la lucha de los partidos, el arte de la discusión, la influencia del periodismo son para él novedades que lo sorprenden; y rodeado por todas partes de armas y tácticas desconocidas, se halla tan perplejo como Annibal hubiera estado en Waterloo ó Temístocles en Trafalgar. Su misma perspicacia lo engaña, y su misma energía le hace dar pasos en falso; y cuanto más exactas son y precisas sus ideas, aplicadas al estado de la sociedad donde ha vivido tan largo espacio, tanto es más seguro de que lo inducirán á error. Y este fué precisamente el caso en que se halló Hastings. En las Indias tuvo malas cartas; pero conocía el juego á maravilla y ganaba siempre: en Inglaterra las tuvo buenas; pero no supo

jugar, y así, por su propia falta y error, se vió al borde de un abismo.

El error más grave de cuantos cometió fué, tal vez, la elección que hizo de su defensor. En circunstancias análogas, Clive supo escoger con más acierto y estuvo más feliz, encomendando su causa á Mr. Wedderburn, despues lord Loughborough, uno de los mejores abogados de su tiempo y que brilló entre los pocos que á la sazón alcanzaban grandes triunfos, así en el foro como en la tribuna. Nada faltó, pues, á la defensa de Clive, ni la ciencia, ni el conocimiento del mundo, ni la práctica parlamentaria, ni la elocuencia que arrebató las asambleas políticas. Hastings, á su vez, fió sus intereses á una persona muy diferente: al mayor Scott, del ejército de Bengala, que habia regresado de la India tiempo ántes con el cargo de agente del gobernador general. Decíase que Hastings remuneraba sus servicios con munificencia oriental; pero sea de esto lo que quiera, y teniendo en cuenta los efectos de su obra y las circunstancias personales del individuo, se nos antoja que recibió en todo caso más paga que la debida. Y si bien logró entrar en el Parlamento, como allí se le consideraba únicamente á título de abogado de Warren Hastings, esto fué parte á desautorizar su palabra, despojándola del prestigio que da siempre y en toda ocasión la independencia.

Además, carecía el agente de Hastings de aquellos talentos tan necesarios á quien quiere hacerse oír en asambleas familiarizadas con grandes oradores, y que por esta causa se han hecho exigentes. Scott no se dormía, pero hacía dormir á los demás; ni sabía de qué tratar sino es de su defendido, y por tales medios alcanzó la reputación de

ser el hombre más enojoso de su tiempo. Los que conozcan la manera de ser de la Cámara de los Comunes, comprenderán fácilmente que no exageramos. Pero no limitaba sus esfuerzos el mayor Scott al Parlamento, sino que casi todos los días abrumaba á la prensa periódica de artículos enfáticos acerca de Hastings, suscritos unas veces con el pseudónimo de *Asiaticus*, otras con el de *Bengalensis*, pero siempre obra de sus manos incansables; y era contado el mes que no se vendia por arrobas á los pasteleros de Lóndres algun folleto voluminoso debido tambien á su pluma y tratando de lo mismo. En cuanto á su capacidad para dirigir en la Cámara un negocio tan grave y delicado, era escasa, como se deja ver por lo expuesto, y además en las pruebas que contienen las cartas publicadas por mister Gleig en el cuerpo de su obra. Por nuestra parte, nos limitaremos á dar una muestra de su ingenio y buen sentido, diciendo que al personaje más eminente de su tiempo lo designaba con el nombre de *reptil*. Esta calificacion le merecia Mr. Burke.

No obstante la mala eleccion de Hastings, el aspecto general de sus asuntos era favorable y hacia presentir un desenlace feliz. El Rey era todo suyo; la Compañía y sus parciales estaban llenos de celo por su causa, y entre los hombres políticos tenia muy ardientes partidarios. Era uno de ellos lord Mansfield, cuya ancianidad habia disminuido la fuerza física, pero no el vigor intelectual, y el otro lord Lausdowne, el cual, áun cuando no pertenecia á ningun bando político, tenia la importancia que dan siempre las grandes facultades y conocimientos. Por lo que hace á los ministros, se les suponía favorables al último gobernador general, fundándose para ello en que debian el poder al clamor univer-

sal que se levantó contra el *bill* sobre la India de Mr. Fox. Los autores de este *bill*, cuando fueron acusados de atacar derechos adquiridos y de exigir autoridades no reconocidas por la Constitución, se defendieron citando los crímenes de Hastings, y sosteniendo que abusos tan extraordinarios reclamaban medidas extraordinarias y ejemplares. Por su parte, los que llegaron al poder haciendo la oposición al *bill*, debían naturalmente hallarse inclinados á paliar los males que sirvieron de pretexto á la aplicación de remedios tan violentos, y tal era, en efecto, su propósito en general.

El lord canceller Thurlow, en particular, que se hallaba en el Gabinete, merced á la importancia de su cargo y á la energía de su carácter, en posición igual á la de Pitt, abrazó la causa de Hastings con apasionada vehemencia. Y Mr. Pitt, áun cuando censuró algunas partes del sistema de gobierno practicado en la India, puso mucho cuidado en no decir palabra respecto del gobernador general, manifestando privadamente á Mr. Scott que consideraba á Warren Hastings como á un grande hombre, de mérito extraordinario y merecedor de las mayores recompensas por parte del Gobierno. Una sola circunstancia le impedía, sin embargo de sus títulos, conferirle cuanto pudiera desear, y era el voto de censura de la Cámara, que subsistía en las actas; porque, si bien lo reputaba injusto, mientras no se retirase no podía él aconsejar á S. M. que hiciera merced y diese muestras de su agrado y aprobación á un hombre que se hallaba en su caso. Si hemos de dar crédito al mayor Scott, Mr. Pitt hubo de manifestarle que sólo esta razón privaba al Gobierno de conferirle la dignidad de par del reino.

Mr. Dundas era el único miembro importante del

Gabinete que tuviera empeño formal en otro sentido. El fué en otro tiempo quien propuso las resoluciones y acuerdos que ahora ocasionaban la dificultad de recompensar á Hastings; pero no habia, sin embargo, mucho que temer de su parte, pues desde que presidió la comision de asuntos de Oriente, se verificaron notables cambios en él, se rodeó de nuevos aliados, y puso sus miras en otra parte. Además, cualesquiera que fuesen sus buenas cualidades, que no eran pocas, ni la adulacion ha tratado nunca de hacerlo pasar por hombre muy consecuente.

Hastings tenía, pues, razon fundada en esperar apoyo del Ministerio, el cual era poderoso y fuerte en la Cámara. La oposicion clamaba contra él; pero, por más formidable que la hiciera la fortuna y la influencia de algunos de sus individuos, la elocuencia y el talento de otros estaba en minoría dentro del Parlamento y odiada fuera.

Tampoco la oposicion, á juzgar por lo que sabemos, deseaba unánime acometer una empresa tan importante como la de acusar á un gobernador de la India, lo cual sería obra de algunos años y abrumadora para los jefes del partido. Por otra parte, como esta tentativa no podia influir en modo alguno en el resultado de la gran lucha política empeñada, y los amigos de la coalicion estaban más dispuestos á injuriar á Warren Hastings que no á perseguirlo, no perdian ocasion de hacerlo, asociando su nombre al de los tiranos más odiosos que registra la historia. Los ingenios del *club* de Brooks asestaban los más acerados sarcasmos contra su vida pública y privada, y el asunto favorito de las murmuraciones era los hermosos brillantes que regaló á la familia real, y una cama de marfil, labrada con primor y riqueza extraordinaria, que la Reina recibió

de su parte. Un poeta satírico propuso que se inmortalizaran los altos hechos del segundo marido de la hermosa Mariana por el pincel del primero, y pidió que Imhoff se ocupara en adornar la Cámara de los Comunes con cuadros cuyos asuntos fueran la guerra de los rohillas, la ejecucion de Nuncomar y la fuga de Cheyte-Sing, descolgándose por medio de un lienzo en el Ganges.

Otro, en una parodia feliz de la égloga tercera de Virgilio, trataba de averiguar cuál podia ser el mineral que habia tenido la virtud de hacer amiga de una prostituta á la princesa mas austera del mundo. Y no faltó quien describiera con maligna intencion los ricos adornos lucidos por Mrs. Hastings en Saint James, las joyas arrancadas á las Bégums de la India, el collar radiante de votos futuros, y las cuestiones pendientes que brillaban en sus orejas. Burlas de este género y tal vez la proposicion de un voto de censura, hubieran satisfecho á la mayoría de la oposicion; pero habia dos hombres cuya enemiga y encono era imposible satisfacer á tan poca costa: Felipe Francis y Edmundo Burke.

Francis acababa de tomar asiento en la Cámara, y ya se habia creado la reputacion de hombre activo y de talento; y áun cuando una penosa enfermedad le impedia expresarse con facilidad, á las veces solia producirse de una manera tan vigorosa y digna que recordaba los más grandes oradores.

A los pocos dias de ocupar su puesto en el Parlamento hubo de caer en desgracia con Pitt, y éste lo trató despues siempre con todo el rigor que permitian las leyes de los debates públicos. Y en cuanto á su mala voluntad respecto de Hastings, era como en los peores tiempos; que ni los años ni el cambio de escena habian sido parte á debilitar los

antiguos resentimientos, sino al contrario, pues conforme á su costumbre, tomó su odio por virtud y lo fomentó por cuantos medios son imaginables, del propio modo que los predicadores aconsejan cuidar, desarrollar y fortalecer nuestras buenas disposiciones, é hizo de él en toda ocasion alarde farisáico.

El celo de Burke áun era más ardiente, pero tambien más puro. Personas incapaces de comprender la elevacion de su espíritu han buscado alguna causa no nada honrosa para explicar la vehemencia y la tenacidad de que dió pruebas tan señaladas en aquella circunstancia; pero inútilmente. Los mismos amigos de Warren Hastings renunciaron hace largo tiempo á la idea de que Burke sólo buscaba vengarse de agravios particulares.

Mr. Gleig supone que Burke fué llevado por el espíritu de partido á ejercitar su saña contra el ex-gobernador general; que conservaba muy amargos recuerdos de la caida de la coalicion, suceso que atribuia, segun él, á los esfuerzos de los accionistas de la Compañía de las Indias, y que reputaba á Hastings como jefe y representante de estos intereses. Pero basta fijar la atencion por un espacio en las fechas, para no dar crédito á las explicaciones de Mr. Gleig. Porque la hostilidad de Burke respecto de Hastings comenzó mucho ántes de la coalicion y duró mucho despues de convertirse en apasionado defensor de aquellos á quienes combatió la coalicion; esto es, tuvo principio cuando Burke y Fox, estrechamente ligados, luchaban contra la influencia de la Corona y pedian que se hiciera la paz con la república de América, y terminó cuando Burke, separado ya de Fox y colmado de favores por el Monarca, murió predicando la cruzada contra la

República francesa. Es, pues, absurdo atribuir á los sucesos de 1784 una enemiga que comenzó en 1781, y que permanecía en toda su primitiva fuerza mucho despues que Burke hubiera perdonado de todo corazon á otras personas más empeñadas y comprometidas que Hastings en los sucesos de 1784. ¿Ni á qué fin buscar otra explicacion de la conducta de Burke, sino es la que salta á los ojos?

Es lo cierto que Hastings habia cometido grandes crímenes, cuyo recuerdo hacia hervir la sangre á Burke, en quien la compasion por la desgracia y el horror á la tiranía y la injusticia se hallaban tan fuertemente desarrollados como en el P. Las Casas ó en Clarkson. Y áun cuando tan nobles sentimientos estuvieran mezclados en él—del propio modo que en Las Casas y Clarkson—de la liga inseparable de la naturaleza humana, tiene derecho como ellos á que se le rinda el homenaje debido á quien consagra sus esfuerzos durante una larga serie de años al servicio de un pueblo extraño á su raza, á su lengua, á su religion y á sus costumbres, y del cual no podia esperar recompensa, ni aplauso, ni agradecimiento.

Conocia Burke la India como llegan á conocerla pocos europeos despues de haber permanecido en ella largo tiempo, y como no ha logrado conocerla nunca ningun hombre político sin haber estado en ella; porque se dedicó á estudiar la historia, las leyes y las costumbres de Oriente con una perseverancia que rara vez se halla unida á tanta sensibilidad y tan feliz ingenio.

Otros habrán podido trabajar con igual celo y recoger no ménos caudal de documentos; pero Burke aplicaba sus grandes facultades á los hechos y á las columnas de cifras de una manera particular á él;

su espíritu filosófico y poético al propio tiempo, hablaba en los voluminosos legajos de la India, que alejaban de sí á los demas lectores, entretenida y variada enseñanza; y miéntras su razon clasificaba y analizaba aquellas masas informes, su imaginacion les daba vida y calor, sacando de la oscuridad y del caos una multitud de teorías ingeniosas y de cuadros admirables. Y como poseia en grado superior esa noble facultad que permite al hombre vivir en todos los tiempos y en todos los lugares del mundo real y del imaginario, la India y sus pobladores no eran para él de igual manera que para la mayoría de los ingleses, nombres y abstracciones, sino es una patria y un pueblo verdadero; y el sol abrasador, la extraña vegetacion de palmeras y cocoteros, los arrozales, las cisternas, los árboles corpulentos y añosos, más antiguos que el Imperio mogólico y bajo los cuales se congregan los campesinos; los techos de las cabañas, los ricos adornos de la mezquita, donde reza el iman con el rostro vuelto hácia la Meca; los tambores, las banderas, los ídolos cubiertos de pedrería, las doncellas que descienden graciosas y esbeltas las escaleras del rio, llevando la jarra tradicional en la cabeza; los rostros negros, las luengas barbas, las fajas amarillas, distintivo de secta; los turbantes y las ropas, las lanzas y las mazas de plata, los elefantes con sus torres, el lujoso palanquin del magnate y la misteriosa litera de la dama; todas estas cosas eran tan familiares á Burke como aquellas entre las cuales vivia y pasaba diariamente al ir de Beaconsfield á Saint-James's Street.

La India entera se ofrecia á la contemplacion de su espíritu, desde las espléndidas salas en que los pretendientes ponian oro y perfumes á los piés del soberano, hasta las llanuras salvajes donde se alza-

ban las tiendas de los gitanos; desde los bazares bulliciosos que parecian colmenas de abejas, hasta los bosques solitarios que recorria el indo agitando un manojo de anillos de hierro para espantar á las hienas; y estaba tan impuesto, y conocia tan perfectamente la insurreccion de Benares como el motin de lord Jorge Gordon, y la ejecucion de Nuncomar como la del doctor Dodd, siendo, en fin, para él una cosa misma la tiranía en Bengala que la tiranía en las calles de Lóndres.

Burke vió en un principio que Hastings se habia hecho culpado durante su administracion de ciertos actos injustificables, y cuanto sucedió despues fué la consecuencia natural y necesaria de aquello, dado su carácter. Porque una vez sobreexcitadas su imaginacion y sus pasiones, ya él no era dueño de sí mismo y se apartaba fácilmente de la senda de la justicia y del buen sentido.

Su razon poderosa se convertia en esclava de sentimientos que hubiera debido dirigir; su indignacion, noble y virtuosa en un principio, tomaba todo el carácter de odiosidad personal, y entónces no reparaba en las circunstancias atenuantes, ni en los méritos que, á las veces, son parte á redimir muchas faltas. Agréguese á esto que su carácter generoso y afable, pero propenso siempre á exasperarse, á consecuencia de padecimientos físicos y morales, se habia tornado huraño y desapacible; y que, teniendo conciencia de sus grandes facultades y virtudes, se veia viejo y pobre al fin de su carrera; y objeto de la saña y pérfidos manejos de la corte y del pueblo extraviado. Su elocuencia no era ya de moda en el Parlamento; y como poblaba los escaños de la Cámara una generacion nueva que no lo conocia, cada vez que se levantaba para decir

algo, ahogaban su voz con interrupciones impropias de aquel lugar los que, cuando sus discursos sobre la ley del timbre habian excitado los aplausos del gran conde de Chatham, estaban todavía en la cuna ó iban á paseo en brazos de sus nodrizas. Todo esto produjo en su alma sensible y altiva un efecto fácil de comprender.

De aquí que, al suponer algunos más violenta y áspera la conducta de Burke con motivo de los asuntos de la India que en ninguna otra circunstancia, no muestren hallarse bien informados de la historia de los últimos años de su vida, porque más saña y más violencia usó en la discusion del tratado de comercio con la corte de Versalles, en la que tuvo despues lugar sobre la Regencia, y luego cuando se ocupó de la revolucion francesa, que al perseguir á Hastings y acusarlo. Bueno será dejar consignado con este motivo que las personas que lo calificaban de maniaco, perjudicial y dañino al oír sus terribles discursos contra la guerra con los rohillas ó el expolio de las Bégums, lo enaltecieron á no poder más, calificándolo de profeta y de hombre sublime, al oírlo declamar con más violencia y con ménos razon contra la toma de la Bastilla y contra los insultos hechos á María Antonieta. En cuanto á nosotros, no lo consideramos maniaco en el primer caso, ni profeta en el segundo, sino es en ambos como á un grande hombre, bueno y virtuoso, á quien hizo cometer muchas extravagancias la tempestuosa sensibilidad que dominaba las demas facultades de su alma.

Si la conducta de Hastings hubiera sido más prudente y propia de las circunstancias, dudamos de que la personal antipatía de Francis y la más noble indignacion de Burke hubieran arrastrado á su par-

tido á tomar con él medidas extremas. El gobernador general debió entender que, por más grandes que fueran sus servicios al Estado, no estaba limpio de manchas, y conformarse por consiguiente con pasar desapercibido y no pretender los honores del triunfo.

Pero como él y Mr. Scott consideraban el asunto de otro modo, y esperaban impacientes las recompensas que, segun ellos, se habian aplazado hasta el fin de la lucha, determinaron forzar al enemigo á la batalla, cuando hubieran debido hacerle un puente de oro. Y poniendo en ejecucion su pensamiento, la primera sesion de la legislatura de 1786 recordó el mayor Scott á Burke su anuncio del año pasado, preguntándole si se proponia formalmente formular algun cargo al gobernador general. Este reto no dejó á la oposicion otro camino sino es el de acusar á Hastings, ó confesarse calumniadora de su fama. No era, por cierto, el gran partido de Fox y de North tan débil, que fuese cuerdo provocarlo, y ménos por quien tenía muchos puntos negros en la historia de su gobierno; así es que los jefes de la oposicion replicaron en el acto de la única manera que podian hacerlo, y desde aquel momento quedó el partido empeñado en perseguir á Warren Hastings.

Burke comenzó el ataque, pidiendo ciertos documentos, algunos de los cuales le negó el Ministerio, cuyo lenguaje con este motivo confirmó plenamente la idea que ya se tenía de que trataba de apoyar á Hastings. En el mes de Abril presentó Burke á la mesa la acusacion, redactada con gran talento y habilidad, si bien su estilo era más de libelo que de documento parlamentario. Dióse á Hastings copia de ella, é hizo se le saber que podria, si así lo juz-

gaba oportuno, defender su propia causa en la barra de la Cámara.

Con la misma falta de tino que había procedido desde que puso los pies en Inglaterra, obró el ex-gobernador en esta circunstancia; que no parecía sino que el hombre tan famoso en Oriente por el acierto y feliz resultado de sus empresas, sólo hacía torpezas en Europa. Cualquier jurisconsulto le hubiera dicho entónces que lo más conveniente y mejor para su causa era pronunciar en la barra de la Cámara de los Comunes un discurso elocuente, conmovedor y enérgico; pero que si no estaba seguro de poderlo hacer, y creía necesario llevar su defensa escrita, fuera lo más conciso posible, en razon á que las Asambleas, acostumbradas á las improvisaciones elocuentes de grandes oradores, no atienden con paciencia la lectura de largos escritos. En vez de esto, Hastings redactó un papel interminable, de gran mérito y mucha doctrina á ser su destino constar en las actas del Consejo de gobierno de la India, pero fuera de lugar en la Cámara de los Comunes. Así, no deberá extrañarse que no hiciera efecto alguno en una Asamblea tan habituada como aquella á las vivas y casi diarias discusiones de Pitt y de Fox; y que, despues de haber satisfecho su curiosidad, examinando la traza y las maneras de un personaje de tanto renombre, los diputados se fueran á comer, dejando á Hastings que leyera hasta media noche su historia á los hujieres de la Cámara.

Cuando se hubieron llenado estos requisitos preliminares, Burke presentó á la Cámara, los primeros dias de Junio, la acusacion concerniente á la guerra de los rohillas. Y obró con gran cordura comenzando por este punto, porque Dundas había pro-

puesto poco ántes á los Comunes un acuerdo, que fué votado, y que tenía por objeto censurar en los términos más severos la política seguida por Warren Hastings respecto de Rohilcund. Poco ó nada podía decir Dundas para defender la inconsecuencia de su conducta; pero se opuso resueltamente á la proposicion, y declaró, entre otras cosas, que si bien consideraba la guerra de los rohillas como injustificable, tambien creia que los servicios prestados por Hastings á la patria desde aquel entónces, eran tan grandes que hacian olvidar su delito. Pitt no habló, pero votó con Dundas, y Hastings fué absuelto por 119 votos contra 67.

Fuerte se creyó entónces, y seguro de la victoria, y en efecto, al parecer, no le faltaban razones para estar orgulloso. De todas sus medidas, la guerra contra los rohillas era la que sus enemigos podian atacar con más ventaja, por haber sido censurada por la Junta de directores, por la Cámara y por Mr. Dundas, uno de los ministros que despues se habian ocupado con más empeño de los negocios de la India; y por ser en terreno tan bien escogido por su contrario donde precisamente sufrió éste tan señalada derrota, todos creyeron imposible verle hacer prosperar ninguna otra acusacion despues del naufragio de la primera y más principal.

Decíase con este motivo en los clubs y cafés, que tal vez se formularan todavía en la Cámara dos capítulos de cargos contra el gobernador de la India; pero que si se notaba en ella disposiciones poco favorables á llevar adelante el proceso, la oposicion abandonaria el asunto, siendo en seguida Hastings nombrado par del reino, gran cruz de la orden del Baño, consejero privado é individuo del Consejo de la India.

A decir verdad, poco tiempo ántes de esto, lord Turlow se permitió hablar hasta con desprecio de los escrúpulos que impedían á Mr. Pitt abrir la puerta de la Cámara de los Lores á Warren Hastings, añadiendo que si el canciller del Echiquier tenía temor de la Cámara de los Comunes, el Rey estaba muy dispuesto á darle cartas de nobleza. Hasta el título estaba escogido. Hastings debía llamarse lord Daylesford; que á través de todas las vicisitudes de su vida, nunca olvidó el lugar que fué teatro de la grandeza y decadencia de su familia, y que ocupó de una manera tan preferente su atención desde la infancia.

Poco tardó en cubrirse de nubes un horizonte tan despejado y risueño. Mr. Fox presentó á la Cámara con gran talento y elocuencia el capítulo de cargos relativo á los tratamientos inferidos á Cheyte-Sing, siguiéndole Francis en el uso de la palabra.

Levantóse Mr. Pitt entónces, cosa que fué muy del agrado de los amigos de Hastings, y el ministro manifestó cuál era su parecer en el asunto con la facilidad y elocuencia de siempre: sostuvo que el gobernador general había tenido derecho de exigir del rajah de Benares auxilios pecuniarios, y de imponerle una multa cuando rehusó darlos; dijo que la conducta de Hastings durante la insurrección fué notable por la inteligencia y valor que demostró en ella; y censuró amargamente la de Francis, así en la India como en el Parlamento, reputándola deshonrosa y malévolá en alto grado. La conclusion natural de estos argumentos de Mr. Pitt parecia ser la absolucion de Hastings, y así, amigos y adversarios del ministro esperaban oír de sus labios una declaracion en este sentido; pero con gran sorpresa de todos los partidos, Pitt terminó diciendo que, si

bien hallaba justo que Hastings hubiera impuesto una multa por contumaz á Cheyte-Sing, la cantidad señalada por él en el caso presente le parecia excesiva; y fundándose en esto sólo, toda vez que por lo demas aplaudia la conducta del gobernador en el negocio de Benares, manifestó que votaba en favor de la proposicion de Mr. Fox.

La Cámara quedó silenciosa y conmovida, y no sin razon para ello. Porque, áun cuando lo hecho á Cheyte-Sing hubiera sido tan escandaloso como decian Fox y Francis, era trivial y de poco momento comparado con los horrores de Rohilcund. Además, si Mr. Pitt consideraba el asunto de Cheyte-Sing de un modo exacto, no habia tampoco motivo alguno para dar un voto de censura á Hastings, y ménos para proceder contra él; pues si su falta se limitó á esto, si tuvo derecho á imponer una multa, cuyo máximo no estaba determinado en ninguna ley, sino que él debia regular discrecionalmente, y que, no en provecho suyo, sino en beneficio del Estado, exigió una cantidad excesiva, parécenos que no hubo razon para entablar un procedimiento criminal de tanta solemnidad; procedimiento al que no se habia sometido á ningun funcionario público en más de sesenta años. Comprendemos y nos explicamos las razones que hubieran podido decidir á un hombre íntegro y honrado á tomar respecto de Hastings cualquiera otra determinacion que la de Pitt. Púdose creer necesario un gran ejemplo que, vengando el honor nacional ofendido, evitara en lo porvenir las exacciones y las iniquidades; púdose, á causa de esto mismo, votar por la acusacion en lo relativo á la guerra de los rohillas y al negocio de Benares; y se pudo tambien creer que Hastings habia redimido sus faltas con grandes y señalados servicios á

la patria y que no debía votarse la acusacion. A nuestro parecer, la conducta más imparcial y justa hubiera sido votar por la acusacion en el capítulo de los rohillas y por la absolucion en el de Benares; y así lo hubiéramos hecho tambien de considerar este último de igual modo que Mr. Pitt. Pero lo que no se concibe es que un hombre dotado de la décima parte del talento de Mr. Pitt observara su conducta, absolviendo á Hastings en lo relativo á la guerra de los rohillas, debilitando la acusacion de lo de Benares hasta el punto de no dejar fundamento para ella, y declarando luégo que era procedente.

Será bueno recordar que la razon principal que dió el Gobierno para no perseguir á Hastings á propósito de la guerra de los rohillas, fué que las faltas de la primera parte de su administracion quedaron compensadas con los servicios prestados á la patria en la última. Y siendo así, ¿no parece anómalo que los hombres que habian dicho esto votaran luégo que la segunda parte de su administracion contenia materia para perseguir sobre veinte asuntos diferentes? ¿Puede darse algo más incomprensible y contradictorio que representar primero la conducta de Hastings de 1780 á 1781 tan meritoria y digna que debiera, como en las obras de supererogacion en la teología católica, redimir las culpas pasadas, y proceder luego contra él por esa misma conducta?

Y fué tanto más grande la sorpresa que produjo el paso dado por Mr. Pitt, cuanto que veinticuatro horas antes recibieron, como de costumbre, aquellos individuos de la Cámara con cuyo apoyo podia contar el Gabinete, invitaciones de la Tesorería rogándoles puntual asistencia y que votaran contra la proposicion de Mr. Fox. Hastings afirmaba que la mañana del dia de la discusion estuvo Dundas muy

temprano á visitar á Pitt, á quien despertó, permaneciendo largo tiempo en conferencia con él, y que el resultado de la entrevista fué abandonarlo éste á la venganza de la oposicion. Sin embargo, á pesar de toda su influencia y poder, no le fué posible á Mr. Pitt arrastrar á la totalidad de sus partidarios por el nuevo camino; que muchos funcionarios de gran importancia, entre otros el fiscal del Tribunal Supremo, Mr. Grenville y lord Mulgrave, votaron en contra. Pero como el número de los ciegamente adictos á su persona, y que lo seguian sin preguntar á dónde los llevaba, era muy crecido, estos hicieron inclinar la balanza. Ciento diez y nueve votaron en favor de la proposicion de Mr. Fox, y setenta y nueve en contra. Dundas siguió en silencio á Pitt.

William Wilberforce, el gran hombre honrado y virtuoso que ya no existe, solia referir los incidentes de aquella tan memorable sesion, describiendo el asombro de la Cámara, y recordando las amargas reflexiones que hacian por lo bajo contra el primer ministro algunos habituales partidarios del Gobierno. Pitt mismo pareció comprender que su conducta necesitaba explicarse; y levantándose de su banco, fué á sentarse al lado de Wilberforce para decirle que habia llegado á ser imposible de todo punto para él continuar, en conciencia, defendiendo á Hastings por más tiempo, á causa del mal aspecto que ofrecia su negocio. Añadiremos de paso que Mr. Wilberforce daba entero crédito á la sinceridad de su amigo, y creia destituidas de fundamento las sospechas que tan extraña conducta hizo nacer; las cuales, á decir verdad, eran de tal naturaleza que cuesta trabajo repetir las. Sostenian los amigos de Hastings, en su mayor parte adictos al Gobierno,

que Dundas y Pitt habían procedido de aquella suerte por celos, en razón á que, siendo personalmente simpático al Rey, y el ídolo de la Compañía de las Indias y de sus empleados, si la Cámara de los Comunes lo absolvía y tomaba asiento en la de los Lorees, y era nombrado miembro de la Gerencia, sería casi seguro que su alianza íntima con el imperioso y enérgico Thurlow diera por inmediato resultado poner en sus manos la dirección de los negocios de Oriente; cosa que lo hubiera colocado en condiciones de ser con el tiempo un rival formidable en el seno mismo del Gabinete.

Tal vez adoptó Pitt esta conducta por haber sabido algo de las conversaciones singulares que tuvieron lugar entre Scott y Thurlow, y que el canciller se hallaba dispuesto á tomar sobre sí la responsabilidad de proponer á Hastings para el cargo de par, en vista de que él no se atrevía. Y como Pitt era el ministro que con ménos paciencia soportaba el que otros se atribuyeran sus facultades en menoscabo de su derecho y autoridad, es muy posible que tratara de poner coto á los excesos de su colega sin romper abiertamente con él. Siendo así, nada más ocasionado que su conducta; porque si la Cámara resolvía entablar un procedimiento contra el ex-gobernador, el conflicto entre el lord de la Tesorería y el canciller ya no tenía ocasión. La causa, cualquiera que fuese su resultado, duraría, por lo ménos, algunos años, y mientras, Warren Hastings quedaria excluido de los honores y cargos públicos, y apenas si se aventuraria entretanto á presentarse al Rey. Tales motivos achacaba una gran parte del público á la conducta del jóven ministro, á quien, sobre todo, se suponía por la generalidad avaro del poder que ejercía.

La suspension de las sesiones del Parlamento interrumpió luego los debates relativos al negocio de Hastings; pero se reanudaron al año siguiente, acusándolo Sheridan por el expolio hecho á las Bégums, en un discurso que, á pesar de no haber llegado hasta nosotros sino es incompleto y mal reproducido, puede muy bien decirse que fué la obra más perfecta y brillante del claro ingenio de su autor. La impresion que produjo en su auditorio no ha vuelto á reproducirse nunca en la Cámara; que Sheridan oyó aplaudir aquel dia su magnífica oracion, no sólo de sus colegas, sino de los lores allí presentes y del público de las tribunas, llegando á tal extremo el entusiasmo, que ya no pudo hacerse oír ningun otro diputado y tuvo el presidente que levantar la session. Cundió la nueva por la ciudad, y tanto deseó Lóndres conocer el discurso del acusador de Hastings, que un librero se aventuró á ofrecerle mil libras esterlinas por él si queria encargarse de corregir las pruebas.

En el ánimo de jueces muy severos y experimentados, cuyo discernimiento excitaba la emulacion, hizo un efecto tan profundo y duradero este arranque de elocuencia, que Mr. Windham decia veinte años despues, que por su mérito era digno de su fama, y que, salvo algunos defectos de gusto, inherentes á casi todas las producciones literarias y oratorias de Sheridan, fué la más bella de cuantas arengas se habian pronunciado hasta entónces. Fox, á quien lord Holland preguntó hácia la misma época cuál era el mejor discurso que hubiera oído en la Cámara de los Comunes, dió sin vacilar la preferencia al de Sheridan con motivo de los asuntos de de Uda.

Al abrirse de nuevo la discusion, se hallaba la

Cámara tan impresionada todavía contra el acusado, que ahogó la voz de sus amigos cuando intentaron hablar en favor suyo. Pitt manifestó que votaba en favor de la proposición de Sheridan, que obtuvo así ciento setenta votos contra sesenta y ocho.

Exaltada la oposición entónces con tan señalados triunfos, y sostenida por la opinión pública, procedió á presentar una serie de acusaciones concernientes todas á negocios pecuniarios, con lo cual se desalentaron los amigos de Hastings, viendo que no habria medios de evitar el proceso. Tampoco hicieron grandes esfuerzos para defenderlo. Al fin, la Cámara, despues de votar veinte cargos, dió á Burke la comision de trasladarse á la de los Lores, y de acusar al ex-gobernador general de crímenes y delitos graves. Al propio tiempo, Hastings fué preso y conducido á la barra de los Pares. Pero como la legislatura debia terminar diez dias despues, y fuera imposible ocuparse del proceso hasta el año próximo, quedó Hastings libre bajo fianza, y se difirió el procedimiento para la época en que la Cámara se reuniera de nuevo.

Cuando se convocó el Parlamento el invierno siguiente, la Cámara de los Comunes nombró una comision encargada de dirigir el proceso, figurando en ella los individuos más importantes de la minoría, con Burke á su cabeza. Mas al leerse en la lista el nombre de Francis, se levantó una violenta tempestad en la Asamblea, diciendo algunos que éste y Hastings eran enemigos, que su querrela era muy antigua, que su aversion los habia llevado al extremo de batirse, y que sería indigno escoger un enemigo privado para convertirlo en acusador público; y sosteniendo otros con gran fuerza, y entre ellos Windham, que si bien era la imparcialidad el deber

principal de un juez, nunca fué parte de los de un abogado; que en la administracion de la justicia criminal entre los ingleses (parte ofendida en el caso de Hastings), la última persona á quien debiera de admitirse en el número de los jurados era la del querellante; y que lo indispensable y requerido en un comisario no era estar exento de preocupaciones, sino tener aptitud, conocimiento del asunto, energía y actividad. Admitíase la capacidad y conocimientos de Francis, y hasta su enemiga, calificada ya de virtud ó defecto, se aceptaba tambien como garantía por lo ménos de su celo y actividad; pero aún cuando parecian difíciles de contradecir y refutar estos argumentos, como quiera que el odio inveterado de Francis á Warren Hastings causaba general disgusto, la Cámara decidió que aquel no formase parte de la comision. Pitt votó con la mayoría y Dundas con la minoría.

Avanzaban entre tanto rápidamente los preparativos del proceso, y el 13 de Febrero de 1788 comenzaron las audiencias del tribunal. Muchos espectáculos se habrán ofrecido más brillantes á la vista por el esplendor de las joyas y la riqueza de los vestidos; pero tal vez no se haya dado ninguno en la sucesion de los tiempos tan ocasionado á impresionar el ánimo del hombre reflexivo y pensador. Porque todo cuanto pueda ser parte á interesar, así de los tiempos pasados como de los presentes, se reunió con este motivo en un solo punto y en un solo momento; y todas las facultades y talentos que desarrollan de consuno la civilizacion y la libertad se manifestaron allí con todas las ventajas y todo el prestigio que nacen del contraste y de la comunidad de accion. Cada paso que se daba en el curso del proceso, traia á la mente, al través de

aquellos pasados siglos de agitacion y de tumulto, el tiempo en que se asentaron los cimientos de la Constitucion inglesa, ó, haciéndola trasponer mares y desiertos infinitos, la fijaba en medio de las razas indostánicas de color de bronce, habitadoras de un país abrasado por el sol, que adoraban extraños dioses y escribían en raros caracteres.

La alta corte del Parlamento debía juzgar con arreglo á la práctica establecida en tiempo de los Plantagenet á un inglés acusado de haber ejercido actos de tiranía sobre el señor de la ciudad santa de Benares y las princesas de Uda.

Era el lugar digno del proceso; que se habian reunido los jueces en la gran sala de Guillermo el Rojo, bajo cuyas bóvedas resonaron otro tiempo las aclamaciones con que fueron saludados á su advenimiento treinta reyes; en la sala donde con tanta justicia se condenó á Bacon y se absolvió á Somers; donde pudo la elocuencia de Strafford inspirar respeto por algun espacio y conmover á un partido victorioso y lleno de justo enojo, y en la cual el rey Carlos I arrostró con faz serena las iras y tempestades del tribunal que debía juzgarlo. Ni faltaron tampoco las pompas civiles y militares para la mayor grandeza del acto: las avenidas que conducian al edificio se hallaban cubiertas por los granaderos, y fuerzas de caballería mantenian el orden y la circulacion en las calles; los Pares, revestidos de sus mantos de oro y armiño, entraron luégo, llevando á su cabeza los heraldos y el rey de armas, en número de hasta ciento setenta, ó sea de las tres cuartas partes de la Cámara alta, como á la sazón existia, y avanzaron procesionalmente hasta ocupar sus escaños, establecidos en lugar de preferencia, próximo del tribunal.

Iba el primero el último de los barones, Jorge Eliott, lord Heathfield, ennoblecido hacia poco tiempo con motivo de su memorable defensa de Gibraltar contra la flota y ejércitos combinados de Francia y España, y cerraba la comitiva el duque de Norfolk, conde-mariscal del reino, los altos dignatarios de la corona, los hermanos y los hijos del Rey, siendo el postrero el príncipe de Gales, cuya gentil presencia y noble aspecto atraían las miradas del concurso. Los añosos muros del salon estaban cubiertos de tela de color escarlata. En las galerías se agolpaba un concurso tal, que ninguno otro semejante ha podido nunca excitar el temor ó la emulacion de los oradores: allí se veían reunidos de todos los extremos de un gran imperio libre, ilustrado y próspero, la hermosura, la gracia, el ingenio, la erudicion y los representantes todos de las ciencias y de las artes; allí estaban las jóvenes hijas de la casa de Bunswick, de nacarada tez y rubia cabellera, sentadas alrededor de la Reina; allí los embajadores de los grandes monarcas y de las grandes repúblicas, contemplaban con admiracion un espectáculo que ningun otro pueblo del mundo podia ofrecerles; allí mistriss Siddons, en todo el esplendor de su majestuosa hermosura, estudiaba conmovida una escena superior á todas las del teatro; allí el historiador del Imperio romano pensaba en los tiempos en que Ciceron acusó á Verres, defendiendo la causa de la Sicilia, y en el momento en que Tácito, ante un Senado que áun tenía ciertas apariencias de libertad, se pronunció contra el opresor del Africa; allí se hallaban tambien, uno al lado del otro, el pintor más renombrado y el erudito más profundo de su tiempo: Reynolds, á quien la grandeza del espectáculo que se ofrecia en la sala

de Guillermo el Rojo hizo dar tregua á sus pinceles, que han conservado á la posteridad las frentes pensadoras de tantos publicistas y hombres políticos, y las dulces sonrisas de tantas mujeres ilustres; y Parr, el investigador incansable, que atraído de la solemnidad del acto, suspendió sus trabajos en la recóndita y oscura mina de la cual iba sacando inmenso tesoro de erudicion,—tesoro á veces mal dispuesto para utilizarlo con fruto, pero no por eso ménos grande, precioso y magnífico;—allí la dama á quien secretamente habia hecho dueño de su corazón el heredero de la corona, lucía sus gracias seductoras; allí la nueva Santa Cecilia, progenitora de hermosa descendencia, cuyas delicadas facciones, embellecidas por el amor y la inspiracion del arte divino de la música, ofrecian admirable conjunto; allí la sociedad brillante que criticaba y jugaba del vocablo en los salones decorados con abigarrada riqueza de mistriss Montague; y allí, en fin, en torno de la duquesa de Devonshire, como guirnalda de flores, aquellas damas que, con la muda elocuencia de sus labios, más persuasiva que la del mismo Fox, derrotaron á la corte y al ministerio en las elecciones de Westminster.

Hecha la proclama, Hastings se adelantó hácia la barra y puso una rodilla en tierra. El acusado era digno del tribunal y del concurso. Habia gobernado un pueblo numeroso y dilatado, habia dictado leyes y tratados, habia puesto en movimiento grandes ejércitos, proclamado y desposeido príncipes y conducídose siempre de tal modo en su elevada posicion que todos le temieran y los más le amaran, y que hasta sus más encarnizados adversarios, aparte de la virtud, no le negasen ningun otro título á la gloria. Su traza era de grande hombre, no de mai-

vado, y su actitud, si demostraba profundo respeto al tribunal y á los circunstantes, tambien demostraba respeto á sí mismo y completa calma. Su frente despejada, la expresion pensadora de sus ojos, su boca, respirando indomable resolucion, y su rostro pálido y fatigado, pero tranquilo y no nada sombrío, parecian decir tan claramente como se lee por bajo de su retrato en la sala del consejo de Calcuta: *Mens æqua in arduis*. Tal era el aspecto con que se presentó á sus jueces el célebre procónsul.

Acompañábanlo sus abogados, á quienes su talento y erudicion encumbraron despues á los primeros cargos de la magistratura: Mr. Law, espíritu enérgico y atrevido llegó á ser magistrado del Banco del Rey; Mr. Dallas, más humano y elocuente, fué magistrado tambien de los Commons Plaids, y Mr. Palmer que, veinte años despues, dirigió con éxito tan notable y ante la misma audiencia, la defensa de lord Melville, siendo á seguida nombrado vice-canciller.

Pero el acusado y sus letrados no atraian tanto la atencion como sus acusadores. Habíase reservado un espacio en el salon, con bancos forrados de verde y mesas con arreos de escribir para la Cámara de los Comunes, y allí tomaron asiento los comisarios en traje de ceremonia. Era el primero Burke. Fox, por lo general tan descuidado en su manera de vestir, llamó aquel dia la atencion de los concurrentes, pues se presentó con espada y redescilla, en honor sin duda del tribunal y de la ilustre concurrencia. Pitt rehusó formar parte de la comision acusadora; y su ancianidad impidió á lord North de lienar en ella su cometido; por lo cual faltaria, en aquel concurso de tantos y tan diversos talentos, el auxilio de la elocuencia poderosa, fe-

cunda y sonora del primero, y el no ménos precioso del buen sentido, tacto y cortesía del segundo. Pero á falta de estas dos notabilidades, ofrecia el banco de los comisarios un grupo de oradores como tal vez no se habian visto reunidos desde la gran época de la elocuencia ateniense. Porque se hallaban allí Fox y Sheridan, el Demóstenes y el Hypérides de Inglaterra; Burke, el cual, si desconocia ó desdeñaba el arte de adaptar su estilo y sus razonamientos al gusto y facultades de su auditorio, sobrepujaba por la elevacion de su espíritu, la grandeza de su inteligencia y la exuberancia de su imaginacion á todos los oradores antiguos y modernos; y, por último, con los ojos respetuosamente fijos en Burke, el caballero más cumplido de aquel tiempo, de rostro animado y expresivo, de vigorosa y esbelta complexion, el noble, ilustrado y distinguido Windham, quien aún entre tales hombres y á pesar de sus cortos años, no pasaba desapercibido, porque siendo todavía de temprana edad, y cuando la mayor parte de los jóvenes se disputan en las aulas premios y *fellowships*, él se habia conquistado en el Parlamento envidiable posicion.

Ni tampoco le faltaba ninguna circunstancia de familia, ni de bienes, ni de fortuna para dar más realce á sus brillantes dotes y á su honor intachable. Tenía entónces veintitres años, y ya se le habia reputado digno de tomar asiento entre aquellos veteranos de la tribuna política, que parecian como representantes de la Cámara de los Comunes en la barra de la nobleza. Cuantos allí estaban con Windham el dia referido, Hastings, abogados y acusadores, han desaparecido, excepto el conde Grey, que por esta causa es el único representante de un gran siglo que ya pasó; pero los que en los últimos diez

años hayan disfrutado con delicia de su elocuente palabra, cuando le sorprendia el alba en la tribuna de la Cámara de los Lores, despues de una noche de discusion, pueden formarse idea de los talentos de aquella raza de hombres ilustres, entre los cuales no era el primero ciertamente.

Procedióse á leer las acusaciones y las respuestas de Hastings, invirtiéndose dos dias en ello, y pareció la ceremonia ménos enojosa de lo que pudiera esperarse, gracias á la entonacion agradable y buen acento del relator Mr. Cowper, pariente muy cercano del amable poeta su homónimo. Al tercero dia se levantó Burke y comenzó su discurso, destinado á servir de introduccion general á todas las acusaciones, empleando en él cuatro audiencias. Con una exuberancia de ideas y un esplendor tal de lenguaje, que sobrepujó las esperanzas de su auditorio, describió á grandes rasgos el carácter y las instituciones de los indigenas de la India, recordó las circunstancias bajo cuyo influjo nació aquel imperio de la Inglaterra, y expuso la constitucion de la Compañía y de las presidencias. Y despues de haber dado por este medio al concurso una idea de la sociedad de Oriente, tan viva como existia en su espíritu, atacó la administracion de Hastings, como sistemáticamente opuesta á la moral y al derecho de gentes. La energia y los patéticos acentos del orador, arrancaron expresiones de admiracion al severo canciller, cosa desacostumbrada en él, y más digna de ser tenida en cuenta conociendo su hostilidad hácia Burke.

El mismo acusado pareció conmovido algun espacio, á pesar de la firmeza de su carácter. Las señoras que ocupaban las tribunas, poco habituadas á tanto lujo de elocuencia, y agitadas por la solem-

nidad del acto, y tal vez dispuestas á no dejar que pasara desapercibida una ocasion tan propicia de lucir su sensibilidad, se hallaban en estado indescribible: los pomos de sales circulaban de mano en mano, se oian suspiros y sollozos mal contenidos, no habia vagar en los pañuelos, y por lo que hace á mistress Sheridan, fué menester sacarla de la sala, casi desfallecida. Cuando el orador llegó á la peroracion, alzando la voz prorumpió en estas palabras: «Por todo lo expuesto, la Cámara de los Comunes de la Gran Bretaña me manda acusar á Warren Hastings, y lo acuso, señores, en nombre de la Cámara de los Comunes, por haber faltado á su confianza, cometiendo crímenes y delitos graves; lo acuso en nombre de la nacion inglesa, por haber manchado y escarnecido su antigua y esclarecida fama; lo acuso en nombre del pueblo indostánico por haber hollado sus derechos, y convertido su patria en desierto; y finalmente, en nombre de la naturaleza humana, en nombre de todos los tiempos y de todas las clases de la sociedad, acuso al enemigo comun y al opresor de todos.»

Luego que se hubo hecho silencio y apagado el murmullo que se alzó al terminar Burke su discurso, dirigióse Fox á los lores á propósito de la marcha sucesiva del proceso; porque miéntras deseaban los acusadores que los jueces fallaran sobre el primer cargo ántes de pasar al segundo, Hastings y sus abogados pedian que los comisarios terminasen las acusaciones y adujeran todos los testimonios ántes de comenzar la defensa. Se retiraron entónces los lores para discutir el negocio, inclinándose á favor de Warren Hastings el canciller, y de los comisarios, lord Loughborough, que á la sazón figuraba en la minoría. Puesto á votacion, se deci-

dió por tres votos contra uno seguir la marcha reclamada por Hastings, con lo cual se demostró de qué lado estaban las simpatías de los jueces.

Al reanudar la sesion, Mr. Fox, auxiliado de Mr. Grey, dió principio á su cometido de acusar á Hastings en lo tocante al asunto de Cheyte-Sing, y se invirtieron algunos dias leyendo papeles y oyendo testigos. El capítulo siguiente se referia á las princesas de Uda, y estaba encargado á Sheridan. Habíase despertado con este motivo gran curiosidad en el público, y su arenga correcta, ingeniosa y brillante, que duró dos dias, satisfizo á todos, permaneciendo siempre llena la sala, y llegando, á lo que dicen, á pagarse 50 guineas por un billete de entrada. Al concluir el discurso, y con un conocimiento de los efectos teatrales que le hubiera envidiado su mismo padre (1), Sheridan se dejó caer como desmayado en brazos de Burke, el cual lo estrechó en ellos con muestras de afecto y admiracion.

Era ya muy entrado el mes de Junio; la legislatura no podia prolongarse mucho, y la acusacion se hallaba tan á su principio que, de veinte cargos, sólo se habian oido los considerandos para proceder respecto de dos. Agréguese á esto que hacía un año que Hastings tenía dada fianza carcelaria.

Si al inaugurarse las audiencias del tribunal mostró el público gran interes, que llegó luégo á su colmo con el discurso de Sheridan, despues comenzó á decrecer cada dia la excitacion, perdiendo, al fin, el espectáculo el atractivo de la novedad. Tampoco lo que ya podia ofrecer era parte á seducir á los literatos hasta el extremo de hacerles dejar sus libros

(1) Su padre fué actor.

muy de mañana, ni ménos para que las damas de la aristocracia salieran del lecho ántes de las ocho, habiéndose acostado á las dos de la madrugada. Interrogatorios y contrainterrogatorios, exámen de cuentas, lectura de papeles cubiertos de palabras ininteligibles para oídos ingleses: lagos y croces, zemindares y aumiles, sunnuds y perwannahs, jaghires y nuzzurs; disputas entre los comisarios y los abogados defensores, particularmente entre Burke y Mr. Law, que no daban en ellas pruebas ni de buen carácter, ni de buen gusto; lores, haciendo marchas y contramarchas interminables de su sala al tribunal, porque cada vez que surgia una duda sobre la manera de entender la ley, sus señorías se retiraban para discutir á puerta cerrada; y de aquí que, con razon, dijera un prócer que los magistrados andaban, pero que el negocio se estaba quedo. Agréguese á esto que cuando comenzó la causa, en 1788, no se hallaba preocupado el espíritu público de ningun asunto importante, interior ni exterior; así es que los procedimientos entablados en Westminster-Hall atrajeron entónces la atencion de las Cámaras y del público.

Pero el año siguiente, la enfermedad del Rey, las discusiones acerca de la Regencia y la espera de un cambio de ministerio distrajeron por completo al público de los negocios de la India. Quince dias despues de haber ido Jorge III á San Pablo para dar gracias á Dios por su restablecimiento, se reunieron en Versalles los Estados generales. En medio de la agitacion producida por estos sucesos, se dió al olvido casi, durante algun tiempo, el proceso de Warren Hastings.

Lánguidamente, pues, prosiguió su curso en Westminster-Hall. En la legislatura de 1788, cuando

más interes ofrecia por su novedad y que los lores no se hallaban preocupados de graves y perentorios asuntos, consagraron al proceso tan sólo treinta y cinco sesiones. En la de 79, la ley de Regencia ocupó á la Cámara alta hasta muy entrada la estación; y como cuando el Rey estuvo restablecido comenzaron las visitas de cárceles, y con tal motivo tuvieron que salir de Lóndres los jueces y que aguardar los lores el regreso de los oráculos de la jurisprudencia, el resultado fué que no celebrasen sino diez y siete audiencias en todo el año; con lo cual era evidente que el negocio se prolongaria de una manera indefinida y sin ejemplo en los anales de la justicia.

A decir verdad, es preciso convenir que si una acusacion ha podido ser en el siglo XVII cosa útil y agradable al propio tiempo á causa de la magnificencia y esplendor de que se la rodeaba, no es en la actualidad el mejor sistema de procedimiento, ni tampoco debe de fiarse mucho en la eficacia de sus resultados. Porque, si bien los acuerdos y las sentencias y las votaciones de los Pares, tratándose de cualquier proceso ó litigio de los ordinarios y comunes, inspira desde luégo confianza, y no hay dudas acerca de su imparcialidad, nadie fia en su justicia cuando comparece en su barra un alto funcionario público, á quien se acusa por delitos de Estado. Todos son, entónces, hombres políticos. Así pasaba en aquella ocasion; que apénas si habia uno sólo entre los lores cuyo voto no fuera de antemano conocido. Pero, áun cuando nadie dudara de la rectitud de los jueces que entendian en el proceso de Warren Hastings, no sería posible que éstos pronunciaran la sentencia sino al cabo de mucho tiempo, en razon á que las Cámaras sólo están en funciones la

mitad del año, á que durante la legislatura deben tratar y discutir acerca de multitud de negocios, y á que los lores magistrados, cuyo dictámen se hace necesario á los Pares, pasan una parte de las horas hábiles del dia en los tribunales, quedando de consiguiente á la Cámara alta poco espacio en cada legislatura para ocuparse de una causa tan complicada y difícil. Además, no hubiera sido razonable creer que sus señorías renunciaran á cazar perdices sólo por el deseo de administrar justicia con rapidez, castigando al culpado ó absolviendo al inocente. Así se habian invertido siete años, cuando un tribunal ordinario, con sólo consagrar seis dias por semana al proceso de Hastings, lo hubiera terminado en ménos de tres meses.

En 1790 se disolvió el Parlamento, procediéndose á nuevas elecciones; y á pesar de haber eliminado muchos cargos de la acusacion, á fin de abreviar el proceso, hasta la primavera de 1795, esto es, cerca de ocho años despues que Hastings hubo comparecido en la barra de la Cámara de los Lores, no se pronunció la sentencia. El último dia de aquel tan prolongado procedimiento, pareció reanimarse la curiosidad pública, no porque se inquietara del fallo de los jueces, pues bien conocida era la opinion de la mayoría favorable á Hastings, sino por asistir á la ceremonia; llenándose con este motivo la sala de tanta concurrencia como la primera session. Pero los que asistieron á la última vista y tomaron parte en ella, despues de haber concurrido con igual carácter á la primera, estaban en corto número, y muy mudados en su mayor parte. Hastings decia que lo habian acusado ante una generacion, pronuciando ante otra su sentencia.

Votaron sólo veintinueve Pares, de los cuales so-

lamente seis hallaron á Hastings culpable en lo relativo á su conducta con Cheyte-Sing y las Bégums. En lo demas le fué más favorable aún la mayoría, quedando absuelto por unanimidad en algunos cargos. Entónces se le llamó á la barra, y despues de anunciarle el canciller que los lores le absolvian y declaraban libre, se retiró.

Absuelto y libre quedaba Hastings; mas, á decir verdad, excepto para su honra, mejor habria sido que lo hubieran condenado sus jueces desde un principio, imponiéndole de multa cincuenta mil libras esterlinas; pues ahora quedaba pobre al cabo de ocho años de tribulaciones. Inútil será decir que los gastos legales de la defensa fueron enormes, y que no aparecieron en las cuentas de sus procuradores los más considerables todavía que le ocasionó el mayor Scott y la prensa periódica y los folletos. Tanto es así, que Burke manifestó en la Cámara de los Comunes, el año 1790, que Hastings habia invertido en corromper la prensa veinte mil libras. Demás de esto, la fortuna particular de su mujer desapareció en la quiebra del banquero á quien estaba confiada. No obstante, si el ex-gobernador de la India hubiera sido algo económico, habria podido, á pesar de tantos quebrantos, vivir el resto de sus dias desahogado y tranquilo; pero es fama que nunca tuvo prudencia en el manejo de sus asuntos particulares. El anhelo más constante de su corazon habia sido siempre recuperar á Daylesford, y al fin logró satisfacerlo, adquiriendo la finca el mismo año que comenzó su causa, y á los setenta de haber salido de la posesion de su familia. Pero como el castillo estaba en ruinas y el parque, desde largo tiempo hacia, en el mayor abandono, Hastings comenzó á plantar, á construir y á trazar lagos y gru-

tas á tanta costa, que mucho ántes de ser absuelto por la Cámara de los Lores habia ya gastado en la restauracion y mejora de Daylesford más de cuarenta mil libras.

Eran de parecer los directores y propietarios de la Compañía que Hastings les habia prestado grandes servicios en el desempeño de su cargo, que todas sus desgracias dimanaban de esto, y que, por lo tanto, tenian para con él una deuda de gratitud que satisfacer. En consecuencia, propusieron sus amigos de Leadenhall-Street que se le reembolsaran los gastos del proceso, asegurándole, además, una pension de cinco mil libras; pero se hacía necesario el consentimiento de la comision examinadora, y Mr. Dundas, su jefe, que habia tomado parte en la acusacion de Hastings y estaba muy resentido todavía de los ataques de sus partidarios, se negó á ello, desairando á los directores. Acudieron éstos con representaciones, se discutió largamente, y entretanto, el ex-gobernador de la India se veia reducido á la mayor estrechez, costándole mucho trabajo hacer frente á sus gastos domésticos de más urgencia. Llegóse, al cabo de interminables deliberaciones, á un acuerdo, y se asignó por él á Warren Hastings una pension de cuatro mil libras, adelantándole diez años para que subsanara en parte sus pasados dispendios. Además se autorizó á la Compañía para prestarle cincuenta mil libras, reembolsables á plazos y sin interes. A pesar de esto, era tal su negligencia y prodigalidad, que más de una vez recurrió en demanda de auxilios pecuniarios á los directores, los cuales siempre se los concedieron generosamente.

En Daylesford pasó Hastings los veinticuatro últimos años de su vida, ocupado en hermosear el par-

que, en montar buenos caballos árabes, en criar ganados que luégo enviaba á las exposiciones, y en aclimatar animales y plantas de la India. No descuidaba por eso la literatura; que si en todas las épocas de su vida fueron los libros cosa de su agrado, entónces se le hacian indispensables; y sin ser poeta en la verdadera acepcion de la palabra, componia con gran facilidad versos elegantes.

Al cabo de largos años, pasados en su retiro de la manera que dejamos referida, volvió Hastings á ser por un momento objeto de la atencion general, con motivo de renovarse (1813) la carta de la Compañía de las Indias orientales y de los debates á que dió lugar en el Parlamento; porque, como se acordara por la Cámara interrogar testigos á fin de ilustrar más el asunto, y Hastings representó en aquel país papel tan principal, fué llamado á la barra. Veintisiete años hacía que, desde aquel mismo sitio, habia dado sus descargos á las acusaciones de Burke; pero la nacion ya no recordaba sus faltas y sólo tenia en memoria sus servicios, y al presentarse allí un hombre á quien la fama y grandeza de sus hechos habia colocado entre los más célebres de una generacion que ya no existia, creyó ver en él un resucitado, y el efecto fué inmenso y conmovedor. La Cámara lo recibió con aplausos, dispuso que le trajeran una silla, y cuando se retiró, todos sus individuos se levantaron y descubrieron. Los lores recibieron al ilustre anciano con iguales muestras de respeto. La universidad de Oxford le confirió el grado de doctor en derecho, saludándolo los estudiantes con vítores atronadores.

A estas muestras de la estimacion pública siguieron las de la real familia. Hastings prestó juramento como individuo del Consejo privado, siendo cordial-

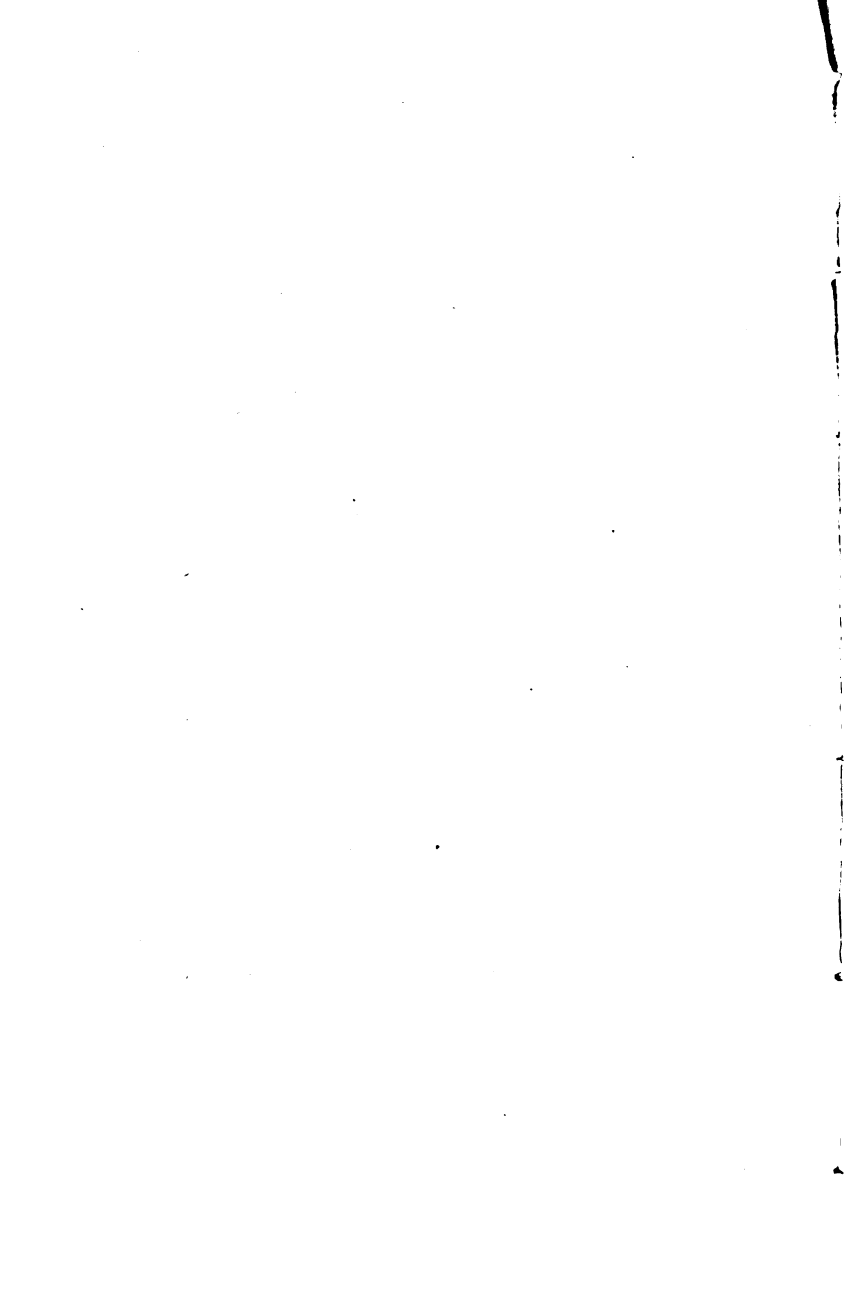
mente acogido en una larga entrevista que tuvo con el príncipe regente. Cuando el emperador de Rusia y el rey de Prusia pasaron á Inglaterra, Hastings fué de su séquito en Oxford y en Guildhall, y á pesar de hallarse rodeado de una multitud de príncipes y de grandes capitanes, nadie lo eclipsó y todos le dieron muestras de respeto y admiracion. El príncipe regente lo presentó al emperador Alejandro y al rey Federico Guillermo, diciendo públicamente S. A. que al hombre que habia salvado las posesiones británicas en la India se debian honores más elevados que los de un asiento en el Consejo privado, y que se tardaria poco en hacerle justicia. Hastings creyó entónces que lo harian Par del reino; pero, por razones ignoradas de nosotros, quedó de nuevo frustrada su esperanza.

Cuatro años vivió todavía, disfrutando de buena salud, y al fin, á 22 de Agosto de 1818, cuando habia ya cumplido los ochenta y seis años, murió resignado y tranquilo.

A pesar de sus faltas, que no fueron leves ni escasas, sólo un cementerio debia recibir sus restos: el templo del silencio y de la reconciliacion, donde se hallan sepultadas las enemistades de veinte generaciones; la grande Abadía, en cuyo recinto descansan en paz los cuerpos de los que agitó en vida las luchas de Westminster-Hall; allí hubieran debido mezclarse y confundirse las cenizas del ilustre acusado con las de sus no ménos ilustres acusadores. Pero no fué así. No estuvo, sin embargo, mal escogido el lugar de su sepulcro, enterrando á espaldas de la parroquia de Daylesford, en un sitio que habia ya recibido los despojos de muchos antepasados de la familia de Hastings, el cadáver del hombre más célebre que haya llevado jamás su antiguo apellido.

Es probable que cerca de aquel lugar, siendo niño, hubiera jugado con otros de su edad, ochenta años ántes, ó entregádose á románticas imaginaciones, que por inverosímiles y absurdas que á la sazón pudieran parecer, quedaron luégo eclipsadas por la realidad; pues no sólo había el pobre huérfano rescatado la casa solariega de su familia y enaltecido más los blasones de sus mayores, sino conservado á la patria un dilatadísimo imperio, administrándolo con talento superior al de Richelieu y protegiendo en él la erudicion con la juiciosa liberalidad de Cosme de Médicis, viéndose atacado despues por una coalicion de formidables enemigos, contra quienes luchó diez años, alcanzando al fin la victoria sobre ellos.

Los que se propongan estudiar su carácter con fria imparcialidad, hallarán sin duda que carecia de dos circunstancias: respeto al derecho, y simpatía por los que sufren; siendo, además, poco severo en sus principios, y difícil de conmover su corazón. Pero al propio tiempo que reconocemos ser imposible representarlo justo y misericordioso sin apartarse de la verdad, no podemos contemplar sin admiracion la grandeza de su ingenio, sus relevantes dotes de mando, sus talentos administrativos, su indomable valor, su celo ardiente por los intereses del Estado, y la fortaleza de su alma, que nunca vaciló, en ninguna circunstancia de la vida.



FEDERICO EL GRANDE

1712 Á 1760.

La monarquía prusiana, la más moderna de las grandes potencias europeas (1), la quinta por su población y sus rentas, la tercera, si no es la segunda, bajo el punto de vista de las artes, de las ciencias y de la civilización, nació en humilde cuna. Al despuntar del siglo XV, el emperador Segismundo hizo merced del marquesado de Brandeburgo á la noble familia de Hohenzollern; al siguiente, abrazaron sus individuos la doctrina de Lutero, y á los primeros años del XVII obtuvieron del rey de Polonia la investidura del ducado de Prusia; pero, aún con estos aumentos de territorio, los jefes de la casa de Hohenzollern apenas lograban igualarse con los electores de Sajonia y de Baviera. Demas de esto, el suelo de Brandeburgo era pobre y estéril en su ma-

(1) El presente estudio se publicó en 1843, con motivo de la obra titulada *Frederic the great and his times*, por Thomas Campbell, Esq. (2 vol. en 8.º, Lóndres, 1842). Desde entónces hasta ahora la Prusia ha proseguido su camino, trasformándose por obra de una serie no interrumpida de triunfos en imperio de Alemania.—N. del T.

yor parte; los alrededores de Berlin, asiento de la capital de aquella provincia, y los de Postdam, residencia favorita de los margraves, parecían áridos desiertos; en algunas comarcas se hacía necesario trabajar años enteros para que sus terrenos arenosos produjeran escasas cosechas de centeno ó de avena, y en otras, los bosques seculares, de los cuales salieron los bárbaros conquistadores del Imperio romano, áun permanecían vírgenes; que allí donde el suelo era rico, era tambien pantanoso é insalubre, y rechazaba á cuantos atraía su fecundidad. Federico, llamado el Gran Elector, fué el príncipe á quien sus descendientes consideran causa principal del engrandecimiento de la patria, merced á la política que inició, y que, entre otros medros y adquisiciones importantes, le valió con la paz de Westfalia la ciudad y comarca de Magdeburgo, con lo cual dejó á su hijo Federico un principado más importante que cuantos á la sazón llevaban en Europa el título de reinos.

Federico queria ser rey, y áun cuando fué pródigo de sus riquezas, vano, insaciable de frivolidades y dado á la ostentacion, olvidadizo de sus verdaderos intereses y de sus mayores obligaciones, y no añadió nada á la fuerza real de los Estados sometidos á su dominacion, sino que ántes la disminuyó, logró al fin alcanzar el objeto constante de sus deseos, tomando el título de rey el primer año del siglo XVIII. Al principio hubo de resignarse á sufrir todas las humillaciones que la sociedad reserva á los grandes improvisados. Comparándolo á las demas testas coronadas de la Europa, más parecia uno de esos nababs que, revestidos de título nobiliario, comprado á peso de oro, intentan codearse con los pares del Reino-Unido de la Gran

Bretaña, cuyos antepasados murieron en el cadalso en tiempo de los Plantagenets, que no un monarca de abolengo. De aquí que los príncipes soberanos que ántes habian sido más que él y que en lo sucesivo debian ser sus iguales no hicieran misterio de su envidia ni ó su desden; que el elector de Sajonia se negase á reconocerlo; que Luis XIV lo considerase como el Conde al pobre M. Jourdain en el *Bourgeois Gentilhomme*, cuando se le presenta ridiculamente vestido en traje de corte, y que el Austria exigiera sacrificios inmensos á cambio de su reconocimiento, no realizándolo, despues de todo, sino al cabo de muchos trámites y dilaciones y con muestras de mala voluntad.

Federico Guillermo, hijo y sucesor de Federico, tenía cierta idoneidad y cierto talento administrativo; pero se dió á los vicios y cometió verdaderos actos de locura. Fué, no obstante, activo y exacto en el despacho de los negocios, y el primero de los soberanos de Prusia que concibió el proyecto de conquistar para su patria, merced á la organizacion militar, el rango que le negaba entre los demas Estados de Europa la extension de su territorio y la cifra total de sus habitantes. Al efecto introdujo grandes economías en los gastos generales del Estado, y gracias á ellas proveyó al sostenimiento de un ejército que, en tiempo de paz, constaba de sesenta mil hombres; y como ni la Francia, ni la Inglaterra, ni otra nacion alguna poseian tropas tan disciplinadas, siguióse de aquí que su caudillo así fuera enemigo terrible como aliado de inestimable precio.

Adoleció por desgracia Federico en edad temprana de una enfermedad mental incurable: sus menores deseos se tornaron en pasiones violentas; su

economía degeneró en sórdida avaricia, y su afición al orden y la pompa militar en manía semejante á la de un burgomaestre holandés por los tulipanes, ó la de un bibliófilo por ciertas ediciones raras. Por tal manera, miéntras se hacía proverbial en las Córtes de Europa la estrechez con que vivían los príncipes de la familia de Hohenzollern y el sueldo mezquino que tenían sus embajadores, nadie ignoraba que, tratándose de reclutar un granadero, Federico no paraba mientes en el gasto; como que ambicionaba formar una brigada de gigantes, y que al efecto recorrían el mundo sus comisionados en busca de hombres colosales para su ejército (1).

Sin embargo, áun cuando no tuviera otro deseo que el de poseer un ejército formidable, áun cuando su reinado constituya una época de la mayor importancia en la historia de la disciplina militar, áun cuando su pasión dominante fuera gozarse en revistas y simulacros de batallas, Federico Guillermo fué toda su vida el más pacífico de los príncipes, no por humanidad, sino es por odio á la guerra. Amaba su ejército como el avaro su tesoro: se complacía en reunir sus soldados, en contarlos uno á uno y en contemplarlos; pero no podía decidirse á exponer la vida de uno solo de ellos; y aunque pensaba con orgullo en lo porvenir, en los tiempos en que sus regimientos de patagones arrollarían al enemigo

(1) En cierta ocasión, un irlandés de siete piés de altura recibió de manos del embajador de Prusia en Londres una prima de 32.500 pesetas, es decir, una cantidad superior al sueldo anual del representante de Federico; absurdo incomprendible, porque un jóven vigoroso, de cinco piés y cuatro pulgadas, comprado por algunos pesos duros, hubiera servido mejor; mas, para Federico, el irlandés en cuestión era lo que un Othon de bronce para un numismático, ó un palimpsesto para un erudito.

y lo harían huir roto y desalentado, no admitía la idea de que fuera él quien realizara tales proyectos, y tanto la rechazaba de su mente, que si hubiera vivido treinta años más, aquellos incomparables soldados, reunidos á costa de tan considerables sacrificios, no habrían asistido á más funciones militares que revistas, paradas, ejercicios y simulacros en los campos vecinos de Berlín. Empero las riquezas que acumulaba entónces, las fuerzas aquellas gigantescas que iba desarrollando y el espíritu militar que despertaba en su patria, otro carácter más emprendedor y más osado que no el suyo debía emplearlos.

Federico, apellidado el Grande, hijo de Federico Guillermo, nació en Enero de 1712. Estaba dotado de inteligencia viva y vigorosa, de mucha firmeza de carácter y de fuerza de voluntad extraordinaria. Por lo que hace á sus demas cualidades y defectos, no sabemos si los debió á la naturaleza ó á la educacion que recibió, por demas extraña. En órden á este punto, la historia de sus primeros años ofrece verdadero interes, porque nunca hubo quien le aventajara en desgracias, siendo jóven y hallándose tan cerca como él de las gradas del trono. Era su padre áspero y duro de carácter naturalmente; y como, además, el ejercicio del poder arbitrario lo habia hecho cruel, se pasaba la vida reprendiendo á las gentes y dando bastonazos. Cuando paseaba por la capital, las gentes huían al verlo, cual pudieran hacer con una fiera escapada de su jaula; y no en vano, porque si tropezaba en su camino con alguna mujer, la mandaba ir luego al punto á cuidar de sus hijos y de su casa, no sin darle un puntapié para mejor persuadirla; y si por su mala ventura era eclesiástico el habido, le recomendaba el rezo,

la Biblia y la soledad, sin escasearle, siquiera en gracia de su ministerio, un bastonazo á poco que vacilara en seguir su mandato sin demora ó aventurase alguna objecion, por razonable y justa que fuera. Pero no tanto en la calle como en su casa es donde se mostraba feroz y hasta irracional, convirtiéndola en verdadero infierno habitado por un poseido, y á sus hijos Federico y Guillermina, que despues fué margravina de Bareuth, en objetos predilectos de su saña y de su furia endemoniada. Y como carecia de instruccion, despreciaba la literatura, del propio modo que odiaba á los incrédulos, á los católicos y á los metafísicos, y ni alcanzaba las diferencias que separan á unos de otros, ni en su concepto la especie humana debia tener otra ocupacion que la enseñanza ó el estudio del arte militar. En cuanto á distracciones, no conocia otras sino es fumar y beber jarros de cerveza de Suecia, jugar al chaquete á cinco céntimos la partida y matar jabalíes á docenas y perdices á bandadas. Y como el príncipe heredero demostraba tan poca inclinacion á las diversiones como á los trabajos serios de su padre, ni alcanzaba la trascendencia de las revistas y paradas, ni era dado al tabaco, ni al juego del chaquete, ni á la montería, esto sólo bastaba para que el Rey lo mirase con prevencion y recelo; y si se añade que le gustaba en cambio la música, que tenía buen oído, que tocaba muy bien la flauta, que sus primeros maestros de música, refugiados franceses, le habian inspirado verdadera pasion por la literaturá y la sociedad francesas, se comprenderá mejor que Federico Guillermo, que despreciaba estas aficiones, tratándolas de afeminadas, hiciera los mayores esfuerzos para destruirlas; empresa que produjo el resultado contrario, empeorando el mal

cuando el príncipe llegó á esa edad en la cual se verifica una doble revolucion intelectual y física en los jóvenes. Aquellas faltas leves que un padre discreto, prudente y bueno sólo reprende con indulgencia, pusieron siempre al Rey fuera de sí. Más tarde fué acusado Federico, y tal vez desde entónces, de ciertos vicios que la casta musa de la historia y la de la sátira no aciertan á pronunciar. Para colmo de su desgracia, y á consecuencia de algunas proposiciones ambiguas que así él como todo libre pensador gustaba permitirse, Federico Guillermo tachó á su hijo de hereje ó de ateo, sin acertar á distinguir entre ambas cosas; y persuadiéndose de que sus deberes de cristiano le imponian la obligacion de ser más duro que nunca, y espoleándose la conciencia, si es que la tenía, con su mal carácter, acudió á las habitaciones del príncipe, las entró á saco, rompió sus papeles de música, pisoteó sus flautas, arrojó por las ventanas los libros franceses que llenaban su biblioteca, y á él le molió el cuerpo á puntapiés y bastonazos. No quedó en esto, sino es que, no dando vagar á los malos tratamientos, así lo asia de los cabellos, arrancándoselos á puñados por la menor cosa, como le lanzaba á la cabeza, estando en la mesa, platos y salvillas, como lo ponía á racion de pan y agua, como lo forzaba á comer manjares tan groseros y repugnantes que su estómago no podia digerirlos. Una vez trabó con él tal pendencia, que lo derribó y lo arrastró hasta una ventana, y ya se disponia á estrangularlo con los cordones de las cortinas, cuando lograron arrancárselo de las manos. Por haber intervenido en aquella circunstancia en favor de su hijo, trató á la Reina de una manera odiosa, lo mismo que á la princesa Guillermina. La desesperacion que produjo en su ánimo el

verse tratar así, inspiró á este desgraciado jóven un acto que puso el colmo á la cólera de su padre, tornándola en demencia. Es el caso, que Federico buscó su salud en la fuga para escapar á los malos tratamientos del Rey; y como tenía el grado de oficial en el ejército, y este acto era una desercion, y en el código moral de S. M. la desercion era el mayor de los crímenes, su hijo debía morir. «La desercion, decia el régio teólogo en una de sus cartas, es obra del infierno, inspirada por los hijos del diablo, y ninguno que lo sea de Dios puede incurrir en ella.» El Príncipe tuvo un cómplice en aquella circunstancia y murió en el cadalso, á pesar de las súplicas del consejo de guerra que lo condenó, y S. A. mismo debía correr igual suerte, segun toda probabilidad; pero los Estados de Holanda, los reyes de Suecia, de Polonia y el emperador de Alemania, obtuvieron y no sin pena, su indulto; y sólo despues de haber pasado algunos meses de horrible ansiedad, supo Federico que la sentencia dictada contra él no se cumpliria. Permaneció aún largo tiempo en su encierro; y si bien pudo echar de ménos la libertad, en cambio las rejas de su prision le preservaron de las brutalidades de su padre. Por otra parte, sus carceleros se mostraron con él bondadosos por extremo; su comida no era exquisita, pero sí sana y abundante, y podia, demas de estas ventajas, leer la *Henriade*, sin recibir por ello malos tratamientos, y tocar la flauta sin temor de que se la rompieran en las espaldas.

Al salir de su cárcel, Federico era ya un hombre formado; iba á cumplir veintiun años, y su padre no hubiera podido imponerle los castigos y privaciones constantes que tan desdichada hicieron su primera juventud. El sufrimiento habia madurado su juicio,

endurecido su corazón y agriado su carácter; sabía reprimirse y disimular, y haciendo ambas cosas, aparentó acomodarse á no pocas teorías de su padre, consintió en recibir por su mujer la que él le dió, si bien fué su marido lo ménos posible; y aunque no le deparó la fortuna ocasiones de distinguirse, sirvió muy honradamente bajo las órdenes del príncipe Eugenio en una campaña insignificante. Dueño al fin de tener casa separada y léjos del Rey, pudo satisfacer en cierto modo y dentro de ciertos límites sus propias aficiones, sin descuidar por eso, para no incurrir en el regio desagrado, ó tal vez también por inclinacion propia, el estudio de los problemas militares y políticos, adquiriendo así lentamente grande aptitud para los negocios; cualidad que sus amigos más íntimos no sospechaban ántes siquiera en él.

Habia escogido por su residencia favorita una hermosa y fértil propiedad, llamada el Rheinsberg, asentada en medio del territorio arenoso del marquesado, y cerca de la frontera que separa la Prusia del ducado de Mecklemburgo. Rodeaba el castillo un bosque dilatado de hayas y de encinas, y se miraba en las claras aguas de un lago inmenso y cristalino. Apartado en esta soledad del bullicio de la capital, se divertía Federico haciendo plantar paseos y alineadas calles de árboles, trazando los laberintos más complicados, levantando templetos, obeliscos é invernáculos, coleccionando flores y arbustos raros, y rodeándose de amigos, entre los cuales figuraban en primera línea los franceses de origen ó de nacimiento, con quienes hacía buenas comidas y mejores cenas, bebiendo bien, dando á veces conciertos, y presidiendo las juntas de una sociedad que él llamaba la orden de Bayardo.

Empero la literatura fué su principal recurso en aquella circunstancia. Su educacion habia sido enteramente francesa. El alto rango que ocupó la Francia en Europa por tanto tiempo, y el mérito eminente de los poetas trágicos y cómicos, de los satíricos y de los predicadores que ilustraron el reinado de Luis XIV, hicieron reina de todas las lenguas á la francesa. Los pueblos que poseian literatura nacional, la patria de Dante, la de Cervantes, la de Shakspeare y de Milton, adoptaron por entónces casi enteramente las modas intelectuales de Paris; y como nada notable habia producido hasta esa época la Alemania en orden á poesia y elocuencia, de aquí que el gusto frances ejerciera tan grande influjo al otro lado del Rhin. Ningun hijo de familia descuidaba el estudio de la lengua de Corneille; ninguno habia que no supiera, no sólo hablarla, sino escribirla con más elegancia, pureza y facilidad que la suya nativa; que áun era esto más importante para los alemanes que no el expresarse correctamente en tudesco; y el mismo Federico Guillermo, á pesar de sus añejas preocupaciones sajonas, exigia que sus hijos supieran bien el frances, y reputaba por cosa inútil y baladí aprender el aleman. Por lo que hace al latin, proscribió su estudio en absoluto: «No consentiré, decia, que aprenda mi hijo semejante cosa, ni sufriré que nunca por nadie se me hable de ello.» Sin embargo, uno de los preceptores de S. A. se atrevió un dia por su mala ventura á leerle la *Bula de Oro* en el original; y como en aquel momento llegara el Rey al gabinete donde se daba la leccion, y él entendiera lo que se trataba, «¿Qué haces aquí, bribon? le dijo.—Señor, le contestó el dómine atribulado, y persuadido de que no saldria del trance con vida; señor, estaba

leyendo la *Bula de Oro* á S. A.—¿La *Bula de Oro*? ¡Infame! Y se adelantó hácia él, levantando el baston con ademan de apalearlo.

El maestro huyó despavorido, y así acabaron los estudios clásicos del Príncipe. Esto no fué parte á impedir que, andando el tiempo y cuando hubo sucedido á su padre, se tomara en ocasiones la licencia de citar malas frases latinas, como, por ejemplo: *Stante pede morire, De gustibus non est disputandus, Tot verbas, tot spondera*. Por lo demas, apénas pudo traducir nunca una página de Metastasio, ni entendió palabra de inglés, ni de español. Admiraba por extremo los autores franceses, como que nunca logró leer libros escritos en otra lengua, y ganoso de adquirir nombre, se propuso imitar aquello que tanto deleite le producía. Su ambicion se cifraba entónces en ocupar un puesto distinguido entre los grandes prosistas ó los poetas franceses; y poniendo en ejecucion su pensamiento, comenzó á componer sin dar de mano en ambos géneros, con mejor voluntad que buena fortuna; porque al otorgarle naturaleza los talentos de caudillo famoso y de grande administrador, le negó aquellos dones más preciosos y raros, sin los cuales el literato más laborioso no logra entrar, ántes ni despues de pasar de esta vida, en el templo de la inmortalidad. Tambien es cierto que áun cuando hubiera desarrollado como escritor condiciones y aptitudes más sobresalientes que no las suyas, tampoco se habria elevado al rango que ambicionaba, pues no poseia ningun idioma con perfeccion: el suyo propio lo hablaba tan mal como lo escribia, y en cuanto al frances, que manejaba mejor, bien puede afirmarse que no siempre lo comprendió, despues de repasar la traduccion de la *Iphigenie*, de Racine, cuyo sen-

tido no logró explicarse, por más que leyera el original. Pero áun cuando supiese mejor el frances que el aleman, su frances era al cabo el que puede poseer un extranjero; y persuadido de ello, siempre tenía á su alrededor personas encargadas de corregir sus solecismos y de concordar sus rimas, las cuales, á pesar de los pulimentos y barnizadas de sus secretarios, carecen de valor alguno. En la historia brilló más que no en la poesía, y sus voluminosas memorias, si no contienen cuadros notables ni reflexiones profundas, sobresalen por su claridad, su concision, su buen sentido y un cierto aire de verdad y sencillez que seducen, tratándose de un autor como él, que despues de haber ejecutado grandes cosas las narra con naturalidad y sencillez. Sin embargo, la coleccion de sus cartas nos parece preferible á todas sus demas obras, leyéndose principalmente con más gusto aquellas que escribió sin pretensiones y que no se hallan entremezcladas de versos.

Quien amaba tan apasionadamente la literatura y no conocia otra sino es la francesa, debia de admirar con veneracion profundísima el ingenio universal de Voltaire. Si Federico hubiera podido leer á Homero y á Milton, ó siquiera entender algo de Virgilio y el Tasso, su entusiasmo por la *Enriada* sólo habria demostrado que carecia de condiciones para comprender lo bello en las artes: si hubiera conocido las tragedias de Sófocles ó las de Shakspeare, estaríamos en el caso de exigirle más equidad para juzgar á *Zaira*; y de haber estudiado á Tucídides y á Tácito en el original, habria entendido que el autor de la *Vida de Carlos XII* quedó muy por bajo de sus maestros inmortales; pero como nunca pudo leer poemas épicos, tragedias ni tampoco historias

de cuenta, nada era mejor para él que la *Enriada*, *Zaira*, *Mahoma* y la *Vida de Carlos XII*. Aun no habia comenzado Voltaire á descubrir sus baterías contra el cristianismo, cosa que no hizo completamente hasta despues de su destierro, y cuando Federico se hallaba todavía en el Rheinsberg, áun solicitaba el filósofo el favor de la corte; razon por la cual, si no podia refrenar siempre su afluencia presuntuosa de palabras, la contenia dentro de ciertos límites, á fin de que ninguno de sus escritos fuera parte á chocar con ciertos escrúpulos: de aquí que no hubiera lastimado todavía los generosos sentimientos de protestantes tan ilustres como Tillotson ó Grocio. No obstante, Federico supo adivinar sin parecerlo las secretas tendencias del poeta irreligioso que tanto halagaban su propio ateismo; y como el hombre por su inclinacion natural ha menester de rendir tributo de adoracion á algo, el futuro rey de Prusia levantó un altar en su pecho á Voltaire y le rindió ferviente y misterioso culto. A nadie se atrevió á revelar su idolatría, ni tampoco al objeto de su reverencia en mucho tiempo; mas al fin, no pudiendo reprimir su entusiasmo y su admiracion por más espacio, se aventuró á escribirle una carta llena de los elogios más exagerados. La respuesta no se hizo esperar, y fué digna en todas sus partes del ingenio de Voltaire. A partir de aquel momento, empezó entre ambos una correspondencia cuya lectura recomendamos á cuantos quieran iniciarse y cursar el arte innoble de la adulacion; que nadie supo nunca mejor que Voltaire hacer cumplidos y formular lisonjas, pues unos y otras en su boca y en su pluma, áun siendo exagerados y absurdos, revestian forma seductora, delicada y picante. Los dos amigos trocaron luego versos, pupi-

tres y mil baratijas. Federico envió sus obras á Voltaire, y Voltaire las admiró cual si estuvieran escritas por Racine ó por Bossuet; y como S. A. trajera entre manos una como refutación del *Príncipe*, de Maquiavelo, Voltaire se encargó de imprimirla y de sacarla á luz bajo el nombre de *Anti-Maquiavelo*. Bueno será decir de paso que la obra de Federico era una diatriba sangrienta contra la realza, la perfidia, la arbitrariedad, las guerras injustas, y, en una palabra, contra todos los vicios y crímenes que han merecido á su autor vivir en la historia y la posteridad.

Las distracciones del Rheinsberg solian arrancar de tiempo en tiempo, aunque en vano, feroces rugidos al caduco Rey, cuya salud se extinguía lentamente y cuyo fin se acercaba por momentos, no quedándole ya más consuelo sino es el de contemplar sus regimientos de granaderos; y como para calmar su cólera no había medio más eficaz y seguro que el de presentarle un soldado de colosal estatura, su hijo tenía siempre dispuestos algunos á este objeto, en lo cual daba muestra de buen acuerdo y de mejor memoria.

A los primeros días del año 1740 murió el Rey con ejemplar dignidad, cosa que no hizo prever su conducta pasada, y su hijo, á la sazón de 28 años, quedó proclamado por rey de Prusia. Nadie conocía el carácter del nuevo soberano: los que habían tenido la ocasión de hablarle ó de corresponder con él no dudaban de su talento; pero la vida ligera que había hecho hasta entónces, sus aficiones musicales, sus espléndidos convites, sus conversaciones frívolas y su inclinación á la literatura ligera, lo hacían reputar de la mayoría de sus vasallos por adepto fervoroso de la secta de Epicuro. Y sus de-

clamaciones perpétuas en orden á la moderacion, á la paz, á la libertad y al bienestar que los espíritus elevados encuentran en la práctica del bien seducian y embelesaban á cuantos amigos suyos hubieran podido entrever la verdad; y por tal manera, miéntras los unos esperaban verse gobernados por un nuevo Telémaco inspirado del criterio de Fenelon, los otros anunciaban el advenimiento de un nuevo siglo de los Médicis, de un reinado en el cual florecieran juntamente las ciencias, las artes, las letras y el amor: lo que ninguno imaginaba siquiera es que bajo sus apariencias de filántropo se ocultaba un tirano de prodigioso talento militar y político y de actividad más extraordinaria todavía, destituido de fe, incapaz de remordimientos y dispuesto siempre á sacrificarlo todo á los fines de su política.

No debió quedar Falstaff ménos sorprendido el dia de la coronacion de su compañero de orgías que algunos de los alegres comensales del Rheinsberg al advenimiento de Federico, precisamente cuando mayores ilusiones se forjaban, oyéndole contestar á uno de ellos con rostro severo: «Se acabaron las locuras.» Desde aquel punto fué á todos evidente que el nuevo soberano se pareceria en todo á su predecesor, porque si bien diferian bajo ciertos aspectos, y el talento del hijo era más sólido, extenso y claro que no el del padre, y sus ideas más generales, y sus maneras y su exterior ménos desagradables, y que distraia sus ocios con otros estudios y placeres, su carácter era el mismo del rey difunto, y el hijo amaba el orden, el trabajo y la milicia con igual passion que el padre, y el uno era tan avaro, tan irascible, tan violento, tan bárbaro como el otro, y así éste como aquél se gozaron siempre, con igual

fruición en el espectáculo del dolor y de las humillaciones que hicieron sufrir á sus semejantes. Sin embargo, el hijo supo resistir mejor que el padre la violencia de sus inclinaciones, y á esto se debe el que deseando poseer el ejército más grande y terrible de la Europa, nunca invirtiera sumas enormes, como su padre, para procurarse gigantes. Era tan económico en su casa, cual puede serlo un príncipe bien ordenado; pero no creía, como su predecesor, que fuera provechoso comer legumbres de mala calidad para ahorrarse algunos rixdales al año. Su maldad corria parejas con la de su padre; pero tenía demasiado talento para mostrarse brutal en la manera que él. La burla y el escarnio eran las armas que esgrimia de preferencia para martirizar á sus víctimas, sin que por eso hubiera renunciado á su privilegio hereditario de administrar puntapiés y bastonazos cuando así le parecia, sin curarse de la edad ni del sexo de quienes á tales cosas se hacian acreedores á su entender. No obstante, para que Federico pegara, necesitaba ser excitado á ello por alguna falta que allá en su código se calificara de grave, y áun en tales casos no aplicó nunca tan patriarcal procedimiento con los extranjeros, sino es con sus vasallos, por más que cierto dia M. Thiebault tuviera durante algunos minutos fundadísimas razones de creer que le tocara la poco envidiable honra de ser la excepcion de esta regla.

Pero ni sus vasallos ni tampoco los extranjeros conocian el verdadero temple y carácter verdadero de Federico, hasta que acontecimientos y sucesos graves arrojaron su luz de repente sobre todo él, de suerte que ya no dejó á ninguno en la duda.

Pocos meses despues de su advenimiento al trono murió Cárlos VII, emperador de Alemania y último

descendiente de la línea masculina de la casa de Austria. No dejaba Cárlos heredero varon; y como desde mucho ántes de su muerte habia perdido esta esperanza, á los últimos años de su vida sólo se preocupó de un pensamiento: el de asegurar á sus sucesores de la línea femenina todas las posesiones de la casa de Hapsburgo. Para ponerlo en práctica promulgó nueva ley de sucesion, la cual logró hacerse famosa con el tiempo, bajo el nombre de Pragmática sancion, y á virtud de la cual su hija, la archiduquesa María Teresa, mujer de Francisco de Lorena, heredó la corona de sus mayores.

Ningun soberano tuvo nunca derechos más claros, incontestables y evidentes que María Teresa. Hacfa veinte años que la política del gabinete austriaco no tenfa otro fin sino es el de asegurar el arreglo de la sucesion á la corona. Todos aquellos príncipes cuyos derechos podian llegar á ser asunto de litigio, habian ido renunciando, unos en pos de otros, de una manera solemne, á sus pretensiones; y los Estados de todos los reinos y de todos los principados que forman la gran monarquía austriaca, se habian apresurado á ratificar la nueva ley, que, además, la Inglaterra, la Francia, la España, la Rusia, la Polonia, la Suecia, Dinamarca y la Confederacion germánica se obligaron por medio de pacto solemnisimo á respetar y mantener; quedando por tal manera la Pragmática sancion bajo el escudo y custodia de la fe pública del mundo civilizado.

¶ Pero aun cuando ningun acuerdo ni pacto solemne hubiera sido parte á garantizar el mantenimiento de la Pragmática sancion, ésta no debia de suscitar conflictos en Europa, toda vez que aseguraba la paz del mundo; porque así era ventajosa

para el pueblo á quien tocaba más directamente, como grata para los demas de la cristiandad, mientras que su violacion era ocasionada, por el contrario, á producir una guerra universal, á trastornar el equilibrio europeo, á herir de una manera sangrienta los sentimientos de afecto y patriotismo de un pueblo inmenso y á separar contra su voluntad grandes provincias que habian vivido unidas por espacio de siglos. Los más sagrados deberes imponian, por otra parte, á los monarcas de Europa la obligacion de respetar y defender los derechos de la Archiduquesa, y su situacion y sus prendas personales debian inspirar á todos los corazones generosos sentimientos de benevolencia, de simpatía, de admiracion y de afecto. María Teresa tenia entonces veinticuatro años; era su porte majestuoso, su fisonomía expresiva y dulce, armoniosa su voz, y su conjunto noble y agraciado; pero aún excedian las prendas de su alma á las de su hermosura, porque si era gentil y bella como muchas, era honrada y buena como pocas, ofreciendo siempre desde la elevada posicion que ocupó ilustres ejemplos de grandes virtudes domésticas, y siendo en toda ocasion modelo de hijas, de esposas y de madres. Hallábase á punto de dar á luz un príncipe, cuando la muerte del Emperador la sumió en duelo profundo; y faltándole las fuerzas para resistir á un tiempo el dolor de aquella pérdida y los nuevos cuidados de la gobernacion de sus pueblos, su salud se alteró, decayó su espíritu animoso, palideció el vivo carmin de sus mejillas, y quedó como abandonada de su ántes animoso espíritu, sin que fueran parte á reanimarla ni la dulce esperanza de ser madre, ni la solicitud de su esposo, á quien amaba por extremo, ni las grandes responsabilidades de su oficio.

¿Debia de alarmarse así? ¿Habia motivo bastante para ello? ¿La justicia, la humanidad, la fe de los tratados eran acaso ya vanas palabras? Garantías tan solemnes, ¿serian como si no lo fueran? ¿Qué presentimientos eran los suyos? Pero los hechos vinieron muy luégo en parte á justificar y en parte á desmentir sus sombrías y lúgubres imaginaciones. Inglaterra, Rusia, Polonia y Holanda se apresuraron á ratificarse en sus anteriores acuerdos; los ministros que gobernaban la Francia hicieron una declaracion verbal en idéntico sentido, y el rey de Prusia fué de todos los Monarcas y Estados el que dió á la hermosa y jóven reina de Hungría las mayores y más solemnes seguridades de amistad y proteccion.

Sin embargo, Federico, el autor del *Anti-Maquivavelo*, habia determinado cometer un gran crimen, violar los juramentos, despojar á la aliada á quien habia prometido defender, arrojando en medio de la Europa la tea de la discordia y de la guerra, y al efecto reunió un ejército considerable con tanta presteza como sigilo para invadir la Silesia mucho ántes de que María Teresa estuviera informada de sus proyectos.

Dicen algunos autores, entre otros el doctor Preuss, que la casa de Brandeburgo tenia muy antiguos derechos sobre la Silesia, y que durante el siglo precedente la corte de Viena se vió en el caso de renunciar á sus pretensiones. Pero, áun siendo así, ¿qué probaria esta afirmacion? Porque si tuvo en un principio derechos á la Silesia, es lo cierto que despues se resignó á no reclamarlos nunca, y que todos los príncipes de la casa de Brandeburgo habian dado sucesivamente su aprobacion al tratado. Demas de esto, la corte de Berlin acababa de

aliarse recientemente con la de Viena, y de garantizarle la integridad de los Estados del Austria. Por otra parte, no es lícito admitir en política el que puedan invocarse antiguos derechos contra larga y consentida posesion y recientes tratados, porque tanto valdria esto como proclamar la perpetuidad de las guerras generales; que las leyes de todos los pueblos han fijado sábia y prudentemente plazos, á cuya terminacion, por ilegítimos que sean en su origen los títulos de poseer, quedan al abrigo de toda protesta. El injustificable tratado que privó á Dinamarca de la Noruega para darla á Suecia, y el que arrancó á la Holanda sus provincias belgas, han recibido igualmente la sancion del tiempo, y la injusticia de que se quejaba Federico tenía un siglo de fecha. Conviene tambien advertir que la obligacion personal en que estaba con la casa de Austria era inmensa, pues debia, tal vez, la vida á la mediacion del Emperador, á cuya hija y heredera se proponia despojar.

Debemos ser justos, sin embargo, con él, diciendo que no tuvo nunca la pretension de ser más virtuoso y honrado de lo que realmente solía ser. Cierta es que *pro fórmula* insertó en sus Manifiestos algunas historias añejas relativas á sus pretensos derechos; pero no lo es ménos que sus conversaciones y sus *Memorias* nos lo presentan bajo su verdadero aspecto. «La ambicion (citamos sus propias palabras), el interes, el ánsia de que hablaran de mí, fueron los móviles que me arrastraron á empeñar la guerra.»

Una vez tomada esta resolucion, acometió la empresa con habilidad y vigor, no siéndole ya posible tampoco el ocultar del todo sus preparativos, como que á cada paso se veian por el territorio de Prusia

regimientos, cañones y pertrechos de guerra. Y tan ciegos estaban y tan confiados los ministros de María Teresa, que cuando el enviado austriaco en la corte de Berlín les dió cuenta de lo que ocurría y les comunicó los recelos que comenzaba á tener en orden á la conducta de Federico, se negaron á creerlo, tachando la nueva de suposición ofensiva del buen nombre y fama de príncipe tan justo y tan filantrópico. «No queremos ni podemos creerlos,» contestaron al Embajador.

En tanto que así correspondían los diplomáticos austriacos, Federico reunía su ejército, y cuando todo estuvo dispuesto, sin pedir reparación de la injusticia de la cual pretendía tener derecho á quejarse, ni hacer ninguna declaración de guerra, sino al contrario, al propio tiempo que enviaba nuevas protestas de amistad y que renovaba sus promesas más lisonjeras á la corte de Viena, invadía los Estados de María Teresa. Sus tropas llegaban ya á la Silesia, y todavía la reina de Hungría ignoraba que Federico de Prusia se proponía reclamarle parte de su territorio, y nada supo de una manera positiva hasta que recibió de él un mensaje concebido en términos que ántes parecía insulto. «Dejadme la Silesia, decía, y yo me obligo á defenderos contra todos los que intenten despojaros de alguna otra parte de vuestro territorio...» ¡Como si ántes no se hubiera comprometido á esto mismo, y como si la promesa violada no anulara de antemano toda promesa ulterior!

Era la estación rigurosa del invierno, y la lluvia y el frío hacían impracticables los caminos; pero el ejército prusiano proseguía su marcha triunfal, haciendo imposible toda resistencia por parte del austriaco, el cual ni era entonces numeroso ni

aguerrido, y estaba diseminado además en cortos destacamentos en Silesia y carecia de víveres y de municiones. Bloquearon á Glogau las tropas de Federico; Breslau abrió sus puertas al invasor; la guarnicion de Ohlau evacuó la plaza, y áun cuando algunos presidios se defendieron en otras fortalezas, es lo cierto que todo el país abierto estaba conquistado; como que en ninguna parte se atrevía el austriaco á contener á campo raso los progresos del vencedor. Con esto la campaña fué breve, y ántes de concluir el mes de Junio de 1741 Federico regresó á Berlin para recibir las felicitaciones de sus vasallos.

Aun cuando la cuestion de la Silesia no hubiera tocado sino es á Federico y á María Teresa, la posteridad habria calificado siempre la conducta del rey de Prusia de odiosa perfidia; pero teniendo en cuenta las consecuencias que produjo tan deplorables para todas las naciones europeas, su fallo debe ser aún más severo todavía. Porque hasta el momento en que Federico rompió las hostilidades, no sólo parecia posible el mantenimiento de la paz, sino seguro. Es indudable que la herencia de la casa de Austria fué tentacion fuerte para más de un gobierno ambicioso; pero no lo es ménos que los tratados que garantizaban el mantenimiento de la Pragmática sancion eran harto solemnes y recientes para que ninguno fuera osado á violarlos. Inglaterra permaneci6 fiel á sus compromisos; el cardenal Fleury, hombre timorato, amó siempre la paz, y anciano, además, no queria manchar su nombre immaculado hasta ent6nces, ni cargar su conciencia de un crimen odioso al ocaso de sus dias y cuando estaba tan cerca de comparecer ante el tribunal de Dios; él mismo Belle-Isle, á pesar de su vanidad y de su

falta de principios, y cuya vida no fué sino es sueño extraño de conquistas y expoliaciones, comprendia que la Francia, ligada como se hallaba por solemnes tratados, no podia sin desdoro para ella intentar siquiera la empresa de apoderarse de algunos dominios de la casa de Austria; y el elector de Baviera, que pretendia tener derecho á una gran parte de la herencia que la Pragmática sancion dejaba á María Teresa, como habia menester del auxilio de un aliado para sostener sus reclamaciones y éste no lo hallaba, era cual si no fuese. Así es que una vez pasada la primera emocion que produjo en los soberanos de Europa la nueva del fallecimiento del Emperador, todos creyeron deber asentir á sus arreglos; mas la egoista rapacidad del rey de Prusia dió á sus vecinos un ejemplo funesto, y arrastrados como él de la ambicion, perdieron por ella el instinto del honor; los fáciles triunfos de Federico los persuadieron de que nada sería más hacedero que desmembrar la monarquía austriaca, y el mundo todo corrió á empuñar las armas. ¡Caiga sobre la cabeza de Federico toda la sangre derramada en aquella guerra, que tanto estrago y tanta desolacion causó durante algunos años en todos los pueblos del globo, así la de Fontenoy como la de los bravos montañeses asesinados en Culloden! Porque su crimen fué tan grande, que sus consecuencias alcanzaron á pueblos y á regiones en los cuales era completamente desconocido el nombre de la Prusia, y que, para poder usurpar á un vecino á quien ántes habia jurado defender y amparar, hasta los negros se destrozaron en las costas de Coromandel, y los Pielas-Rojas se escarpelaron orillas de los grandes lagos de la América del Norte.

Casi habia sido la Silesia ocupada sin disparar un

tiro; pero como las tropas austriacas avanzaban al socorro de las fortalezas, que áun resistian á las armas del rey de Prusia, éste se incorporó á su ejército. No habia hecho sino una campaña insignificante y breve, y nunca se habia visto en un campo de batalla al frente de fuerzas imponentes: no debe, pues, sorprender que sus primeras operaciones militares no parezcan anunciar los maravillosos talentos que causaron más adelante admiracion á la Europa. Lo propio que fueron, al decir de las personas peritas, los bosquejos de Rafael trazados en su primera juventud, fueron tambien las obras de la primera y mala manera de Federico. Por su suerte, sus adversarios apénas valian tanto como él; pero ningun ejército se hallaba entónces mejor disciplinado que el suyo; su infantería sobre todo no tenía rival, y lo acompañaban generales capaces y expertos, siendo el primero de ellos el feld-mariscal Schwerin, bizarro aventurero, natural de la Pomerania, que habia servido sucesivamente á casi todos los gobiernos de Europa y obedecido, unos en pos de otros, lo mismo á los Estados de Holanda, que al duque de Mecklemburgo, que á Marlborough en Blenheim, que á Cárlos XII en Bender.

Federico dió su primera batalla en Molwitz, y puede muy bien decirse que jamás comenzó su carrera militar bajo peores auspicios ningun capitán ilustre. Su ejército quedó vencedor, es cierto; pero él ni se mostró buen general ni probó siquiera tener el valor vulgar de un soldado. Hubo un momento en el cual la caballería que mandaba en persona se vió en la necesidad de replegarse, y entónces Federico, poco acostumbrado todavía al tumulto de los campos de batalla y al espectáculo conmovedor que ofrecen, perdió su sangre fria, cedió demasiado

pronto á los ruegos de sus cortesanos que le instaban para evitar el peligro, y huyó á larga distancia, en tanto que Schwerin, á pesar de sus dos heridas, resistía valerosamente al choque del enemigo. Las hábiles disposiciones del anciano feld-mariscal, y la firmeza de los batallones prusianos, decidieron al fin la victoria, y el ejército austriaco abandonó el lugar de la pelea, dejando en él ocho mil de sus soldados.

Federico supo aquella misma noche en un molino, en el cual se habia guarecido, el resultado de la jornada, produciéndole la nueva dolor acerbo, Porque no podia gozarse personalmente de un triunfo alcanzado merced á las disposiciones tomadas por otros, y al valor de sus tropas, que no habian cesado de combatir mientras él huía. ¡Tales fueron los comienzos engañosos del mayor guerrero de su siglo!

La noticia de la batalla de Molwitz produjo en Europa una explosion general: Baviera corrió á las armas, y áun cuando no representara todavía la Francia un papel principal en la contienda, tomó parte en la guerra á título de aliada de aquella. Los dos grandes hombres de Estado, á quienes la Europa debió algunos años de tranquilidad, desaparecieron por aquel tiempo de la escena política, no sin que ántes la vana esperanza de conservar su poder les impulsara al sacrificio de la paz y de la justicia en aras de su ambicion. Agobiado Fleury de años y de enfermedades, hubo de ceder su puesto al fogoso Belle Isle, y Walpole se habia retirado á su parque de Houghton, prefiriendo consagrarse á sus colecciones que á servir por más tiempo á su ingrata patria, reemplazándolo en la gestion de los negocios públicos el audaz Carteret; cambios

ministeriales á que respondian las aspiraciones de los pueblos respectivos. Y como los treinta años de calma casi absoluta de que la Europa acababa de gozar habian preparado la opinion pública á los más grandes esfuerzos militares, y la nueva generacion no podia recordar siquiera el cerco de Turin, ni la matanza de Malplaquet, ni conocia de la guerra sino es sus trofeos, cuando contemplaba con admiracion en Inglaterra las tapicerías de Blenheim, ó en Paris la estatua ecuestre de la plaza de las Victorias, se curaba poco de las privaciones, dolores, ruinas y lágrimas que costaban las conquistas y las glorias militares.

Por algun espacio la suerte de las armas pareció contraria á la reina de Hungría. Federico invadió la Moravia; franceses y bávaros penetraron en Bohemia, y allí se les unieron los sajones; Praga capituló, y el sufragio de sus colegas elevó al elector de Baviera al trono imperial, asiento que la tradicion constante de muchos siglos casi autorizaba á que la casa de Austria considerase como patrimonio hereditario.

La noble hija de los Césares no se dejó abatir entónces. La realidad del peligro la dió fuerzas para resistirlo con aliento varonil. Aun le quedaba la Hungría en virtud de título incontestable, y por más que los húngaros se hubieran rebelado algunas veces contra sus antepasados, no vaciló en confiarse á su fidelidad; que si eran ásperos, y turbulentos, y ganosos de independendia, eran tambien hidalgos, y bizarros, y sencillos, y generosos. En aquellos momentos aciagos y terribles dió á luz un hijo, que fué con el tiempo el emperador José II, y apenas hubo convalecido, acudió á Presburgo. Allí, en presencia de una multitud innumerable, ciñó su

frente de la corona de San Estéban y echó sobre sus hombros el manto imperial; y cuando aquella hermosa y joven princesa, que acababa de ser madre, pálida todavía y débil, subió á caballo, segun costumbre tradicional, el monte del Reto, y blandiendo la espada de sus abuelos se volvió á los cuatro vientos, y con las mejillas coloreadas de sublime rubor, desafió á todos cuantos quisieran disputarle sus derechos y los de su hijo, los circunstancias vertieron copiosas lágrimas. Luégo se presentó en la primera sesion de la Dieta, vestida de luto riguroso por su padre, y en un noble y patético discurso pidió al pueblo que la sostuviera en su justa causa. Los magnates y los diputados no pudiendo resistir á tan conmovedor llamamiento, se levantaron á un tiempo, y las manos puestas en la empuñadura de sus sables, juraron sacrificarle vidas y haciendas. Esta explosion de entusiasmo y de amor á su persona en momentos tan difíciles la impresionó de tal manera, que cayó como desvanecida en el trono, derramando copiosas lágrimas de gratitud. Pocos dias despues pareció de nuevo ante los Estados del reino y les presentó su hijo recién nacido, y con esto el entusiasmo de los húngaros no tuvo límites, y gritaron á una voz: «¡Muramos por *nuestro rey, María Teresa!*» grito de guerra que resonó muy luégo en toda Europa.

Por aquel tiempo meditaba Federico de Prusia un cambio de política, porque no queria que los azares de la guerra pudieran elevar la Francia al primer rango entre las naciones del continente á costa de la casa de Hapsburgo; y áun cuando se proponia despojar á María Teresa de una parte de sus Estados, deseaba impedir despues, si era posible, que los demas soberanos de Europa imitaran su ejemplo.

Cierto es que habia contraído compromisos con las potencias ligadas contra el Austria; pero no lo esménos que no tenian á sus ojos más valor y fuerza que las promesas tan solemnes que hizo en otro tiempo á la Pragmática sancion; y como le importaba poner al abrigo de los golpes de mano su parte de botin, nada era eficaz á contenerlo en ese camino, ni siquiera nueva traicion. No parecia propicia la emperatriz á oír semejantes proposiciones; pero fueron tantas y tales y tan reiteradas las súplicas y los consejos que le dirigió el Gobierno inglés para que no siguiera en lucha con un enemigo formidable como Federico, que al cabo cedió y entabló tratos con él. Sin embargo, áun más que las prudentes advertencias de la Inglaterra, la determinó á suscribir un tratado con el rey de Prusia la segunda victoria conseguida por éste sobre sus armas en Chotusitz, donde quedó vencido el príncipe Carlos de Lorena, cuñado de María Teresa. Todavía era Federico aprendiz en el arte de la guerra entónces, y más adelante reconoció con laudable franqueza que no tanto fué debido aquel triunfo á sus dotes personales de mando cuanto á la bravura y firmeza de sus tropas. Empero su energía y valor personales borraron por completo en aquella batalla la mancha que Molwitz habia echado sobre su reputacion.

La paz concluida por mediacion de la Inglaterra fué resultado de aquel suceso, y en su virtud, María Teresa renunció á la Silesia, y Federico abandonó á sus aliados; y siguiendo Sajonia su ejemplo, desde aquel punto pudo la Reina concentrar sus fuerzas todas contra la Francia y la Baviera, logrando vencerlas. Obligados los franceses á evacuar la Bohemia, sólo sacrificando algunos miles de soldados que

sucumbieron á los rigores del frio y del hambre lograron verificar su retirada. La Baviera se vió invadida de los feroces guerreros que ocupan las lindes que separan la cristiandad del islamismo (oyéndose entónces por primera vez en la Europa occidental los nombres terribles de Panduros, Croatas y Húsares); y su infortunado Elector, vencido del Austria, vendido por la Prusia, arrojado de sus Estados hereditarios y abandonado de sus amigos, sucumbió prematuramente de vergüenza y de remordimientos. Un ejército inglés penetró hasta el corazon de Alemania y deshizo á los franceses en Dettingen, llegando con esto y sus propios triunfos á pensar los capitanes austriacos que no sería difícil completar la obra de Marlborough y de Eugenio, forzando á la Francia á ceder la Alsacia y los Tres obispados.

Así las cosas, la corte de Versalles puso toda su esperanza en Federico; y como se habia hecho culpado ya de dos felonías, entendian los ministros franceses que tal vez fuera posible decidirlo á cometer la tercera. La duquesa de Châteauroux, verdadero soberano de Francia á la sazón, determinó enviar entónces un agente á Berlin, y confió el cargo á Voltaire, el cual aceptó gustoso, pues desde que su fama literaria llenaba la Europa, tenía sed pueril de gloria política. Se enorgullecia con razón, debemos declararlo así, de su habilidad y de su elocuencia persuasiva, y se jactaba de tener ilimitada influencia sobre Federico, porque no conocia sino es en parte su carácter. Sabía que el rey de Prusia era muy dado á las letras, y que adolecia de las vanidades y ridiculeces propias de los poetas y literatos de afición; pero ignoraba que á tales flaquezas fuesen unidos cuantos talentos y vicios son necesarios al ejercicio de la realeza, y que aquel

désdichado manufacturero de ménos que medianos alejandrinos, fuera el más cauteloso, vigilante, activo y severo de los hombres de Estado.

Prodigó Federico á Voltaire las mayores muestras de aprecio, de afecto y de benevolencia; lo alojó en su propio palacio y le dió asiento á su mesa, comenzando con este motivo una serie de conferencias entre el primer escritor y el primer estadista de la época; personajes á quienes flaqueza por extremo rara hizo trocar de papeles. El poeta sólo hablaba de garantías, tratados y alianzas, y el diplomático de figuras retóricas y de rimas; tanto, que cierta ocasion, como diera Voltaire á Federico una Memoria sobre el estado de Europa, Federico se la devolvió despues de haber cubierto sus márgenes de versos, merced á lo cual pudieron ambos burlarse para sus adentros de sus talentos respectivos: el literato, de la literatura del político, y éste de la política del literato. Más tarde, comenzó Voltaire á mofarse de los versos del Rey sin tanto recato, y el Rey, para dejar consignado el concepto que le merecian los talentos diplomáticos de Voltaire, escribió diciendo «que carecia de credenciales, y que su pretensa comision lo fué sólo de burlas.»

Pero lo que no logró recabar la supuesta influencia de Voltaire, lo alcanzaron los rápidos progresos del ejército austriaco; porque si María Teresa y Jorge II llegaban un dia á imponer un tratado á la Francia por la fuerza de las armas, claro era y evidente que la Prusia perderia la Silesia; y como la conciencia recordaba á Federico en toda ocasion la perfidia y la crueldad con que trató á la reina de Hungría, y ésta le habia demostrado con insistencia que su justo resentimiento no lo perdonaria nunca, llegó á temer que, inspirándose en su propio ejem-

plo, tampoco ella respetara los tratados; que, según su criterio, las obligaciones recíprocas que se contraen por los Estados son como las cuentas de vidrio ó los prismas de cristal: de buen ver, pero demasiado frágiles para resistir el menor choque. Se persuadió de que no tenía otro partido que tomar, sino es el aliarse á la Francia secretamente y atacar de nuevo al ejército imperial; y, poniendo en ejecución su pensamiento, el otoño de 1744 volvió de nuevo á las hostilidades, pasando por el electorado de Sajonia sin pedir la vénia, invadiendo la Bohemia, tomando á Praga, y llegando hasta el punto de amenazar la capital de Austria.

Federico experimentó entónces por la primera vez de su vida la inconstancia de la fortuna. Un ejército austriaco, bajo las órdenes de Cárlos de Lorena, puso en peligro sus comunicaciones con la Silesia, y la Sajonia entera estaba en armas á sus espaldas. Sólo un medio de salud le quedaba con esto, y se decidió á emplearlo, disponiendo la retirada. Más tarde reconoció que el mal éxito de la campaña fué consecuencia natural de sus propias faltas, «porque, dijo, ningun general ha cometido nunca errores más graves,» y que siempre atribuyó sus triunfos posteriores á los contratiempos de aquel año, pues sólo hasta entónces y en medio de los azares y accidentes de todo orden comprendió de una manera clara los principios del arte militar, y pudo decirse que terminó su aprendizaje. Condé, Clive y Napoleon recibieron de la naturaleza los talentos que sirvieron á inmortalizarlos; pero sólo el estudio y la perseverancia hicieron de Federico un gran capitán. En Hohenfriedberg utilizó por primera vez las lecciones de la experiencia, y la victoria que alcanzaron sus armas aquel día memorable, de-

bida en gran parte á sus hábiles disposiciones, persuadió á la Europa de que sólo poseía un general comparable al caudillo qua algunos años ántes habia huido cobardemente del campo de batalla de Mollwitz, y era el mariscal de Sajonia. A la victoria de Hohenfriedberg siguió en breve la de Sorr.

Algunas victorias habia conseguido la Francia en los Países Bajos durante esta campaña; y como con tal motivo Federico dejara de temer que María Teresa pudiese dictar leyes á la Europa, comenzó á reflexionar en órden á otra traicion, la cual, consumada que fuera, seria la cuarta. El Gabinete de Versalles se alarmó con esto, y ofendido Luis escribió á Federico de su mano en términos un tanto fuertes, pidiéndole aquellas explicaciones que consideraba necesarias á su conducta; pero no recibió respuesta. Durante el otoño de 1745, Federico hizo la paz con la Inglaterra, y ántes de concluir el año firmó un tratado con el Austria. Las pretensiones de Carlos de Baviera no podian ser parte á impedir ningun acomodo, porque habia muerto y sido elegido emperador Francisco de Lorena, esposo de María Teresa, con el beneplácito unánime de la Confederacion germánica.

Desde aquel momento cesó la Prusia de tomar parte en la guerra que prosiguió hasta el año 1748, es decir, hasta el tratado de Aquisgram. Federico era el único soberano de Europa que hubiera ganado en el juego terrible de las batallas pasadas, añadiendo á su patrimonio la hermosa provincia de Silesia. Gracias á su desleal habilidad, habia logrado hacer bajar alternativamente el platillo del Austria y el de Francia, y pasaba por ser quien tenia en las manos la balanza de Europa; elevada posicion que con justo título debia enorgullecer á un

soberano que ocupaba el último rango entre los reyes. Acusábalo con sobrado fundamento la opinion pública de inmoral, impúdico, avaro, falso y trapacista; mas, al propio tiempo, le reconocia grandes y singulares talentos como general, diplomático y administrador. Pero las grandes cualidades que debian hacer de él un hombre muy superior á todos sus contemporáneos, no sólo pasaban desapercibidas del público, sino es aún de él mismo, que ignoraba estar en posesion de ellas: que su carrera se habia deslizado próspera y feliz con algunas leves interrupciones hasta entónces, y la verdadera fuerza y la verdadera extension de su carácter no debian demostrarse completamente hasta la hora de la adversidad, de una adversidad sin segundo, y cuyos múltiples reveses hubieran dado al trasie con los caracteres más enérgicos y duros.

Desde los comienzos de su reinado se habia ocupado Federico de la administracion de los negocios públicos con un celo desconocido á los demas soberanos. Porque si bien Luis XIV al ejercer por sí mismo las funciones de primer ministro, vigilaba los demas ramos de la administracion del reino con solícito cuidado, no hacía como Federico, el cual, no satisfecho con ser su primer ministro, quiso ser su ministro único, y jamas necesitó, no ya de un Richelieu ó de un Mazarino, pero ni de un Colbert, de un Louvois ó de un Torcy. Una manera de passion insaciable por el trabajo, la necesidad que sin cesar experimentaba de ordenarlo y disponerlo todo, de hacer sentir su poder en todas partes, el desprecio profundo y la desconfianza que le inspiraban sus semejantes, le impidieron siempre pedir consejos á otro, ni confiarle secretos de cuenta, ni delegar en nadie poderes y facultades de cierta ex-

tension. Los primeros funcionarios del Estado fueron bajo su gobierno meros escribientes, á quienes no concedió nunca esa mesurada y noble confianza de que gozan siempre los buenos y fieles servidores: él fué su propio tesorero, su general en jefe, su ministro de obras públicas, de comercio, de justicia, de gobernacion y de relaciones exteriores, su inspector y director de caballería, su intendente y su gentil-hombre. En la singular monarquía de Federico, el Rey decidía personalmente hasta los asuntos que en otras los mismos ministros dejan al cuidado de sus inferiores, tanto, que si, por ejemplo, deseaba un extranjero asistir á una fiesta militar, se dirigia en carta al soberano haciéndoselo presente, y al otro dia un criado de la casa real le llevaba la respuesta firmada de puño de S. M. Su actividad excesiva era como achaque ó enfermedad que no deba de curarse nunca. Los negocios públicos hubieran estado mejor administrados, sin duda, si cada ministerio lo hubiera desempeñado un hombre honrado y capaz, y si él se hubiera reservado la inspeccion de todo, porque de esta suerte se habrian obtenido en cierta medida las ventajas que resultan de la division del trabajo y de la unidad de miras; pero este sistema no convenia en modo alguno al carácter particular de Federico, el cual ni podia tolerar otra voluntad que la suya en la gobernacion del reino, ni queria tampoco á su lado sino funcionarios que tuvieran la inteligencia bastante á traducir, descifrar y copiar los signos que trazaba su mano, y de dar forma oficial y de cancelería á sus lacónicas respuestas, pues en orden á talentos naturales é instruccion no exigia más de un secretario del despacho que pueda exigirse de una prensa litográfica ó de una máquina de copiar.

· Apénas se concibe cómo su espíritu y su cuerpo eran capaces de resistir tanta fatiga. En Postdam, su habitual residencia, se levantaba en verano á las tres y en invierno á las cuatro de la madrugada; en seguida le traía un paje un cesto enorme con la correspondencia: despachos de sus representantes, memorias de sus agentes y perceptores de impuestos, planos de construccion, proyectos de desecacion de pantanos, quejas de individuos que creian sus intereses injustamente lesionados, peticiones infinitas de personas que acudian al Rey solicitando de él pensiones, empleos, ascensos civiles y militares y mercedes: examinaba con prolijo cuidado los sellos, porque siempre temia que lo engañaran; y despues, leia con atencion aquel enorme correo, y hacia el apartado por órden de materias, señalando de paso en cada papel con un signo ó dos ó tres palabras, y á las veces con un epigrama picante, la respuesta que debia darse. Concluidas estas operaciones, entraba el ayudante general, que recibia la órden para el servicio del dia y para todo lo relativo al ejército. Luégo, pasaba revista á la guardia con la prolija minuciosidad y el rigor de un sargento instructor, y entretanto los cuatro secretarios contestaban la correspondencia de S. M. Bueno es añadir que estos desgraciados trabajaban todo el año como negros en tiempo de zafra, pues ni en los dias de fiesta tenian descanso, y apénas si les dejaba el tiempo necesario para comer; que habian de concluir indefectiblemente su cometido ántes de poder retirarse. Y como uno de los rasgos distintivos de Federico era la desconfianza, solia con frecuencia tomar un puñado de cartas del monton y comprobar si sus instrucciones se habian ejecutado al pié de la letra, y aquel de sus secretarios que hubiera osado

cometer una falta en su daño habria ido á purgarla por cuatro ó cinco años en un calabozo. Terminado el despacho, Federico firmaba sus contestaciones, y el correo salia inmediatamente.

Los principios generales sobre los cuales descansaba el por demas extraño gobierno de Federico, merecen especial mencion. No diferia su política en ningun punto esencial de la de su padre; pero habia tomado mayor desarrollo y era ménos ridícula y absurda. La gran preocupacion y el gran propósito de Federico fué siempre tener un ejército numeroso, fuerte y bien disciplinado, porque por ese medio esperaba igualarse con los monarcas de Inglaterra, Francia y Austria por más que la extension y el número de habitantes de sus Estados apénas le consintiera figurar entre los secundarios. La Prusia toda era campamento, como que la sétima parte de su poblacion masculina empuñaba forzosamente las armas, y que las revistas, el ejercicio y el uso frecuente del látigo le habian enseñado las evoluciones militares con una rapidez y precision tales que habrian causado admiracion á Villars ó á Eugenio de Saboya. Cierto es que á los prusianos les faltaba la elevacion de sentimientos necesaria á los buenos soldados, y que carecian del entusiasmo religioso y político que animaba á los alabarderos de Cromwell, y del entusiasmo patriótico, de la sed de gloria, del culto ciego que la guardia imperial tenía por Napoleon; pero no lo es ménos que bajo el aspecto puramente mecánico del oficio, eran tan superiores á los franceses ó ingleses de aquel tiempo, como ahora lo son éstos á cualquiera milicia ciudadana.

La paga del ejército prusiano era exigua, y aún cuando Federico examinaba con prolijidad las cuentas y no consentia el menor abuso, el soste-

nimiento de sus tropas le costaba, en relacion á los recursos del país, sumas enormes. De aquí se seguia que para evitar la ruina total de la Prusia fuera necesario rebajar todos los sueldos, reducir todos los gastos, y privarse de marina y colonias. Los magistrados y los intendentes tenian exiguos emolumentos; sus embajadores iban á pié ó en veltustos carruajes; sus agentes diplomáticos en Paris ó en Lóndres apénas si disfrutaban 5.000 pesos de haber; la casa real estaba montada con tanta economía, que ningun otro soberano la igualaba; y áun cuando era muy aficionado á la buena mesa, y durante gran parte de su vida gustó de convidar á ella á sus amigos, nunca gastó más de 50.000 pesetas en las atenciones domésticas; como que repasaba las cuentas de sus criados con mayor diligencia que una ama de gobierno escrupulosa, y que si le pedian más de cuatro rixdales por un ciento de ostras, montaba en cólera como si uno de sus generales hubiera vendido una plaza fuerte á María Teresa; y que nunca se destapaba una botella de Champagne sin su mandato, y que la caza de sus bosques, capítulo tan costoso en los presupuestos de los monarcas, en vez de costarle le producía, en razon á que la arrendaba, logrando siempre arruinar á sus colonos, sin perdonarles por ello un céntimo de lo estipulado; y que su guardaropa constaba de un sólo vestido completo de ceremonia, que no reemplazó nunca, de dos ó tres casacas viejas y raidas, y de otros tantos chalecos amarillos manchados de tabaco, y de algunos pares de botas blancas y ordinarias, lustrosas en fuerza de uso. Una sola pasion solia dominarlo á veces y hacerle cometer imprudencias relativas: la de construir edificios. Bajo todos los demas aspectos mereceria ser calificado án-

tes de avaro que de económico, si no se tuviera en cuenta que su pueblo soportaba el peso de impuestos enormes, y que hubiera sido imposible sostener al mismo tiempo, sin ejercer abrumadora tiranía, ejército formidable y espléndida corte.

Considerado como administrador, Federico merece los mayores elogios, pues hizo reinar el orden más completo y constante en toda la extensión de sus Estados, amparó la propiedad, y dejó á sus súbditos ejercer libremente el derecho de expresar de palabra y por escrito sus opiniones. Y como fiaba en el apoyo de su ejército para el caso de una lucha, trató siempre á los descontentos y libelistas con prudente menosprecio, no estimulando sino en muy corta escala los espías y delatores. Si le decían que habia perdido el afecto de alguno de sus vasallos, se contentaba con responder: «¿Cuántos miles de hombres puede poner en campaña?» Cierta dia que se paseaba por las calles de su capital vió gran muchedumbre agolpada en una esquina; se dirigió presuroso de aquel lado para conocer la causa que producía tanta curiosidad, y al saber que se trataba de un pasquin contra su persona, lo mandó quitar de donde estaba y ponerlo más bajo, á fin de que todos pudieran leerlo cómodamente, y se alejó diciendo: «Mi pueblo y yo hemos celebrado un pacto que satisface á los dos: él dice lo que le parece y yo hago lo que quiero.» Nadie hubiera osado publicar en Lóndres sátiras contra Jorge II parecidas á las que vendían impunemente los libreros de Berlin contra Federico, dándose el caso de que, como un editor le enviara un ejemplar del peor de cuantos libelos se han escrito bajo el título de *Mémoires de Voltaire*, publicadas por Beaumarchais, y que deseara conocer de antemano la voluntad del Rey,

éste dijese al mensajero: «No debe anunciarse el libro de una manera ofensiva; pero que se venda por todos los medios posibles, que es buen negocio.» Esta filosofía no es fácil hallarla ni aún entre los hombres de Estado que tienen costumbre de sufrir los desmanes de la prensa libre.

Debemos añadir en elogio de Federico que siempre hizo los mayores esfuerzos á fin de asegurar á sus vasallos las inapreciables ventajas que lleva consigo la rápida y económica administracion de justicia; que fué uno de los primeros monarcas que abolieron en Europa la cruel y absurda costumbre de la tortura; y que ninguna sentencia de muerte, impuesta por los tribunales ordinarios, recibió cumplimiento nunca sin que la hubiese ántes examinado y sancionado. Con la clase militar no procedia de igual modo, porque aquellos que contravenian á las leyes de la disciplina, eran azotados tan despiadadamente que hubieran preferido ántes la pena de muerte; como que el principio que dominaba en su política podia resumirse en estas palabras: tanto es más necesario tratar con dulzura al pueblo, cuanto con más severidad se trata al ejército.

Si exceptuamos algunas obligaciones tan injustas como ridículas impuestas á los judíos, ninguna persecucion religiosa tuvo lugar bajo su reinado; y su conducta con los católicos de la Silesia ofreció singular y honroso contraste con la que Inglaterra observó en caso análogo con los católicos irlandeses, porque todas las sectas, religiosas ó no, acudieron á buscar refugio en sus Estados; y así los incrédulos á quienes los Parlamentos franceses habian perseguido de muerte, obtuvieron de él hasta empleos y cargos públicos, segun sus aptitudes, como los jesuitas, que no podian mostrarse pública-

mente en ningun país de Europa, que la misma Inglaterra amenazaba con sus leyes penales, y á quienes la Francia, la España, Nápoles y Portugal perseguian con igual encarnizamiento, y dejaba de su mano el pontificado mismo, hallaron en Prusia seguro asilo y medios de subsistencia.

La mayor parte de los defectos de Federico se resumian en uno solo, á saber: en la necesidad de mezclarse y de intervenir en todo; y su infatigable actividad de espíritu, su carácter dictatorial y sus hábitos militares, fueron partes eficacísimas á desarrollar más y más esta fatal disposicion de su carácter. Quiso disciplinar la nacion como habia disciplinado á sus granaderos; hizo una multitud de reglamentos absurdos que fueron rémora del comercio y de la industria; y monopolizó el café, el tabaco y el azúcar refinado; y la riqueza pública, bajo tantos aspectos administrada con la más severa economía, sirvió á realizar locas empresas, tales como á labrar pantanos sin desecarlos, á plantar moreras en llanos arenosos, á importar carneros merinos para mejorar las lanas sajonas, y á establecer manufacturas de porcelana, de tapices y de blondas, sin que fueran parte á persuadirlo ni la experiencia de otros monarcas, ni la propia de que para crear ciudades como Lyon, Bermingham ó Bruselas se necesita de algo más que de una real órden y de grandes sacrificios pecuniarios.

Sin embargo, ilustres ejemplos y preocupaciones populares justificaron su política comercial, y sus faltas más graves las cometió su época del propio modo que él. No atenúa, empero, esta excusa todos sus errores, siendo uno de ellos, y no pequeño, el que cometió al proponerse reglamentar en mal hora la administracion de justicia, como reglamentó el

comercio y la industria; porque á las leyes existentes, á las interpretaciones que daba la magistratura, opuso él su grosera nocion de la equidad, sin comprender que los hombres que pasan la vida juzgando en órden á cuestiones de derecho civil, son más capaces de formarse una opinion razonable y justa sobre ellas que no un príncipe á quien ocupan al mismo tiempo mil asuntos diversos, y que tal vez no ha leído nunca un solo libro de jurisprudencia. La resistencia que encontraba en sus tribunales lo ponía fuera de sí, cubría de injurias á su canciller, daba puntapiés y bastonazos á magistrados y jueces, y léjos de imaginar que pretendia cosas imposibles, absurdas é injustas por extremo, pretendia defender la causa del débil contra el fuerte y del pobre contra el rico. Esta manía de hacerlo todo por sí mismo y de mezclarse en todos los asuntos, tuvo para sus súbditos consecuencias mucho peores que los excesos de sus malas pasiones, porque, áun con pena y zozobra, se habitúa el hombre á vivir sometido al yugo de un libertino ó de un tirano; pero en modo alguno á un carácter quisquilloso que interviene y quiere conocer de todo; calamidad que la naturaleza humana es incapaz de soportar por largo tiempo.

Algunos ejemplos bastarán para hacer más comprensibles los excesos á que lo llevó esta manía de intervenir en todo. Los niños habian de ir forzosamente á las escuelas designadas al efecto: si un jóven pasaba algunas semanas en las Universidades de Leyde ó de Gottinga, era castigado por esta infraccion de los reglamentos con la pérdida de sus derechos civiles, y feliz si no veia confiscados sus bienes: nadie podía viajar sin permiso de S. M., y alcanzado que era, se determinaba por una Real ór-

den la cantidad que debia gastar: un comerciante, por ejemplo, podia sacar del pais una suma de 250 rixdales en oro, y un noble, 400; porque bueno es hacer presente que Federico mantuvo siempre con el mayor cuidado la línea de demarcacion que separaba del pueblo la aristocracia, y que, á pesar de sus teorías filosóficas á la francesa, continuó siendo siempre, en la práctica, príncipe aleman. Hablaba y escribia como Sieyes acerca de los privilegios del nacimiento; mas ningun colegio heráldico escudriñó con mirada más penetrante las genealogías y los cuarteles de las familias nobles de su reino.

Así era Federico, rey de Prusia. Pero habia otro Federico tambien, el del Rheinsberg, el artista que así tocaba el violin como la flauta, el poeta y metafísico de aficion; que las ocupaciones y los cuidados de la gobernacion de la monarquía no habian sido parte á que perdiera este Federico su pasion por la música, la lectura, las buevas letras y el trato de las personas de ingenio, y por tal manera todo el tiempo que le dejaban libre la guerra y la administracion de los negocios públicos, lo consagraba á sus placeres favoritos. Casi estamos por decir que el empleo de sus horas de descanso da mejor á conocer su carácter que no sus batallas ó sus leyes.

«En mi patria, decia Schiller con orgullo, ningun Augusto, ni tampoco ningun Médicis han protegido la infancia del arte.» En efecto, la lengua tan enérgica y rica de Lutero, perseguida en las escuelas por la latina, y en el palacio de los reyes por la francesa, se habia refugiado en el pueblo. Federico no tenía la menor idea de la belleza y de la fuerza del aleman, y así, hablaba de su lengua y trataba á los que de ella se servian con el menosprecio de la ignorancia. Su biblioteca no contenia sino es libros

franceses, y en su mesa no se oía otra conversacion que la francesa. Sus compañeros de distraccion eran extranjeros en su mayor parte. La Gran Bretaña dió á la sociedad del Rey dos hombres distinguidos, de ilustre nacimiento y desterrados por las discordias civiles de su país al que sus talentos y virtudes hubieran aumentado en tiempos más felices la fuerza y la gloria. Jorge Keith, conde-mariscal de Escocia, tomó las armas en 1715 en favor de la casa de Estuardo, y su hermano menor Jacobo, á la sazón de diez y siete años, combatió bizarramente á su lado. Cuando ya no les quedó la menor esperanza se retiraron ambos al continente, ofrecieron sus servicios á varios Estados, y sirvieron, en efecto, granjeándose con su conducta el afecto y el respeto de gran número de sus enemigos políticos. Sus peregrinaciones aventureras acabaron en Postdam, y Federico no tuvo nunca compañeros que merecieran y obtuvieran de su parte más aprecio. Porque si á las veces lo divertian á la mesa, tambien eran capaces de hacerle señalados servicios, ya como generales ó como diplomáticos, y de aquí que fueran de todos sus amigos los únicos que no tuvieran nunca queja de él, y que, al decir de los familiares de Federico, el lord-mariscal fuera el único sér humano que amó al Rey con verdadero afecto.

La Italia estaba representada en Postdam por el espiritual y amable Algarotti, y por Bastiani, el más ambicioso, astuto y servil de los abates. Pero la mayoría de los amigos íntimos de Federico se componia de franceses: Maupertuis, que se habia hecho célebre con su viaje á Laponia cuando fué allá para determinar la forma de nuestro planeta, y que presidia la Academia de Berlin, remedo no más de la

de Paris; Baculard d'Arnaud, poeta jóven de grandes esperanzas, segun decian, y que, atraido de brillantes promesas, se habia decidido á dejar su patria para fijarse en Prusia; y el marqués de Argens, que tambien gozaba de favor con el Rey por sus maneras elegantes, su carácter simpático, sus indignidades supersticiosas, su irreligion y sus precauciones ridículas para conservar la salud, y que tanto divertian á Federico, el cual gustó siempre de menospreciar á quien lo distraia, y particularmente á éste, que así daba bromas á S. M. como sufría sus burlas acerbas á las veces, eran sus favoritos.

Con ellos, pues, y algunos otros de la misma especie, pasaba el monarca prusiano todo el tiempo que le consentian los negocios públicos; y como gustaba de que en sus convites reinara la mayor animacion, alegría y libertad entre todos, comenzaba siempre por rogar á sus invitados que depusieran en la puerta del comedor toda etiqueta y olvidaran, miéntras allí estuviesen, que tenian por anfitrión al jefe de un ejército de ciento sesenta mil hombres, señor de vidas y haciendas de sus comensales. En efecto, los convidados parecian entónces á sus anchas, y hacian cierta ostentacion de sus conocimientos y de la sutileza de su ingenio, empeñándose en las disputas más escabrosas sobre literatura é historia, y dando la preferencia á los asuntos religiosos con objeto de probar lo absurdo de todas las creencias conocidas; tema este obligado, por decirlo así, que se trataba con tal audacia y tan repugnante cinismo, escarneciendo los nombres y las cosas más veneradas de los cristianos, que llegó á producir escándalo aún entre los libre-pensadores de Francia y de Inglaterra. Sin embargo, en vano

se hubiera buscado en aquella sociedad una muestra de verdadera libertad y de verdadero afecto; que los déspotas no tienen amigos, sino es siervos é histriones. Además, Federico era de tal naturaleza que los vínculos de amor que pudieran establecerse entre él y sus semejantes habian de ser frágiles y quebradizos por extremo. Se hallaba dotado, es cierto, de muchas cualidades que á primera vista seducian: hablaba con tanta gracia como ingenio; si se proponia ser simpático, adoptaba maneras tan afables y hasta cariñosas que lograba su objeto, siendo imposible resistirle; nadie manejó nunca mejor que él la adulacion, y tampoco ninguno logró mejor que él inspirar á cuantos se le acercaban con pretensiones la esperanza, siquiera fuese vaga, de adelantar y de hacer fortuna; pero bajo esta manera de veladura se ocultaba un tirano, cauteloso, desconfiado, despreciativo y perverso, sobre todos cuyos defectos campeaba uno detestable, que si puede ser perdonado á un niño, en el hombre maduro é ilustrado que da muestras de él solamente es señal cierta de su maldad de corazon: nos referimos á la costumbre inveterada que tenía de dar bromas pesadas. ¿Sabía que uno de sus íntimos cuidaba con prolijidad y esmero de sus vestidos? Federico hallaba medio de manchárselos de aceite. ¿Era económico? Él inventaria el modo de hacerle gastar sus ahorros. ¿Era hipocordriaco? Él lo persuadiria de que una mortal dolencia lo minaba. ¿Quería otro hacer una excursion de recreo? Con una carta alarmante lo ponía en el caso de renunciar á sus propósitos. Cierto es que tales cosas no pasaban de ser bromas, aunque pesadas; pero bueno es tambien tener presente que estas bromas indican desde luego que el espectáculo del dolor y de la

degradacion humana producen cierto misterioso diabólico goce á quien las emplea.

Federico inquiria con investigadora mirada y descubria con presteza el flaco de los hombres, y lo divulgaba sin más tardanza. Manejaba con cierto talento el arma terrible del sarcasmo, y era por extremo hábil para herir allí donde sus dardos aceros penetrasen más profundamente. Tan vano como malo, se gozaba en la contrariedad y la confusion de las víctimas de sus burlas; pero tambien diremos que ántes le proporcionaban estos triunfos las circunstancias de su posicion que no las de su ingenio. Cuentan de Commodo que un dia descendió á la arena, espada en mano, para medirse con un gladiador, que llevaba por toda defensa un estoque de plomo, y que despues de haberlo matado en aquel combate verdaderamente singular, mandó acuñar medallas conmemorativas de su vergonzosa victoria: los triunfos de Federico en la lucha epigráfica eran así. Porque, cuantos se le acercaban no sabian qué hacerse: si parecian tímidos en su presencia, desobedecian sus órdenes y lo privaban de distraccion, y si, movidos de sus sonrisas y buenas palabras, osaban tratarlo como amigo, poco tardaba una cruel humillacion en hacerlos arrepentirse de su atrevimiento, y áun entónces todo era peligroso, así el fingir indiferencia á sus ataques, porque entónces, segun él, demostraban merecerlos, como el parecer que los sentian, porque la ingratitud y la soberbia los inspiraban en ese caso: si lo primero, eran como animales domésticos expresamente criados para recibir con paciencia servil los restos de la comida del amo y sus puntapiés; si lo segundo, merecian los golpes, pero no la comida, en fuerza de ser desagradecidos. Y en verdad que solamente el

hambre podía dar á los compañeros del gran Rey el valor necesario á sufrir los malos tratos que implicaba la posicion de familiar suyo. Por otra parte, Federico no gastaba más en sus convidados que en sus convites, y regateaba un poeta ó un filósofo como un ama de gobierno regatea una gallina en el mercado, adquiriéndolos siempre al precio más bajo posible, y aún así, despues del trato hecho, el salario prometido solia suprimirse al cabo de largos años de sufrimientos y de ruindades, sin causa que lo justificará, ni pretexto siquiera, y en la forma que más pudiera herir y rebajar la dignidad humana.

Postdam era en realidad, para servirnos de la comparacion de uno de sus huéspedes más ilustres, el palacio de Alcina. A primera vista, parecia, en efecto, á quien se acercaba como deliciosa mansion donde habia de hallar reunidos el viajero todos los goces intelectuales y fisicos posibles. Apénas entrado en él, veíase acogido con las mayores muestras de afecto y la más franca hospitalidad, quedando cautivo de las promesas y halagos del monarca; pero el insensato que permanecia lleno de lisonjeras esperanzas, al cabo de un espacio breve de ilusion expiaba su debilidad con largos años de aprobio y de miseria, tanta y tan insoportable, que el más pobre y desgraciado de cuantos poetas existen al presente, viviendo en la miseria en los desvanes de cualquier capital de Europa, es más feliz que todos los huéspedes literarios juntos de Federico.

De cuantos entraron en los encantados jardines de Postdam ebrios de gozo, y que salieron de ellos ciegos de cólera, el más principal fué Voltaire. Muchas causas le hacian desear alejarse de su patria en aquel tiempo; su reputacion le habia creado enemi-

gos numerosos y fuertes, á quienes la susceptibilidad del objeto de su encono les daba sobre él temibles ventajas, por más que fueran adversarios despreciables, de cuyas obras contra el filósofo sólo han logrado salvarse aquellas que libró el ofendido de ser olvidadas por completo con sus propias citas; pero como no hay leon, por bravo que sea, á quien las picaduras de las moscas no irriten y exasperen, en vano fué que su gloria se acreciera con los ataques de Freron y de Desfontaines, ataques devueltos por él con verdadero ensañamiento, aunque sin conseguir hacerles sufrir por eso tanto como él habia sufrido con los suyos; en vano que, anticipándose sus contemporáneos á la posteridad, lo exaltaran y sublimaran durante su vida por sobre todos los poetas. filósofos é historiadores pasados, presentes y futuros; en vano que sus obras alcanzaran tanto éxito en Lóndres y Florencia, Stokolmo y Moscou como en París, porque sin cesar lo atormentaron los celos inquietos y tenaces que sólo debe sentir el ambicioso que tiene la conciencia de su poco valer. Y no obstante, así fué siempre; porque cuando temia que otro pudiera tornarse rival suyo en la república de las letras ó tenía, por poco que fuese, algo que censurarle, de aquél era enemigo declarado ó secreto, y su odio subia de punto en la medida de su mérito y de su fama; no así en el caso contrario, pues entónces así era justo y cortés con él, como amigo afectuoso y hasta bienhechor liberal. Así fué como al propio tiempo que rebajaba con habilidad en la opinion pública los nombres de Montesquieu y de Buffon, declaraba ostensiblemente la guerra á Juan Jacobo Rousseau. Voltaire no poseia el arte del disimulo, ni sabia ocultar sus resentimientos bajo las aparien-

cias del buen humor ó del desprecio; y como á pesar de su talento y de su experiencia no tenía más imperio sobre sí mismo que un niño mal criado ó una mujer nerviosa, cuando algo le producía molestia, su despecho, su cólera y su desesperacion los exhalaba en raudales de retórica que, con ser abundantísima como suya, no eran bastantes todavía para expresar su dolor; imprecaciones, apóstrofes, gritos, gestos y lágrimas de rabia que producian íntimo y secreto placer en esos seres viles y degradados que se gozan siempre en el espectáculo de las angustias del genio y del rebajamiento de un hombre ilustre. Una vez hallado el punto vulnerable, los enemigos de Voltaire repitieron sus golpes; y como hasta la misma envidia tenía que confesar forzosamente que á lo ménos en un género no se le conocia rival entre sus contemporáneos, y que desde la muerte de Racine, cuyas cenizas descansaban al lado de las de aquellos ilustres varones que tanto brillo dieron á Port-Royal, ningun poeta trágico podia disputar la palma al autor de *Zaira*, de *Alcira* y de *Mérove*, discurrieron otro medio eficazísimo de mortificarlo. Porque como Crebillon hubiera obtenido años ántes algunos éxitos momentáneos en el teatro, ya olvidados del público, los enemigos de Voltaire por hacerle sufrir dispusieron manifestaciones en las que tomó parte el populacho, aclamándolo con entusiasmo y aplaudiéndole con furor una obra dramática ó cosa tal, titulada *Catilina*, produccion detestable en la que el romano galantea á la hija de Marco Tulio á la manera que lo hacian los héroes de la Scudery. El Rey siguió el impulso dado, é hizo merced de una pension al poeta que se elevaba en alas de la opinion pública, y los cafés y círculos literarios de Paris

declararon que Voltaire, áun siendo escritor de mérito indisputable, no poseía en el mismo grado que Crebillon la verdadera inspiracion trágica, y que solo él conservaba el depósito del fuego sacro que anima las obras inmortales de Racine y de Corneille.

Este golpe fué cruel para Voltaire. Si su sabiduría y su fuerza de alma hubieran igualado á la fecundidad de su ingenio y á la claridad de su talento, hubiera comprendido que todos los críticos de Europa no conseguirian nunca elevar á *Catilina* por sobre *Zaira*; pero como no se hallaba dotado de la magnánima paciencia de Milton, que le hizo apelar de todos los ultrajes al fallo de la posteridad, empenó una lucha indigna de su mérito, y compuso una serie de obras sobre los mismos asuntos que habia tratado su pretenso rival; obras que fueron friamente acogidas del público, cuya indiferencia le hizo aborrecer la capital, y cuyo enojo le hizo pensar con fruicion en el destierro. El afecto que le inspiraba Mme. Du-Châtelet le impidió poner en ejecucion su pensamiento por largo espacio; mas cuando la muerte hubo cortado los vínculos que lo unian á ella, determinó de buscar refugio en la corte de Berlin.

Habíalo convidado repetidas veces Federico á ir á su corte por cartas llenas de afectuosas promesas y de los más entusiastas elogios. Por aquella vez parecia el avaro tornarse pródigo, pues á cambio del placer y de la honra que le proporcionaria el trato del hombre de más ingenio de la época, le ofrecia Federico títulos, empleos, pingüe pension, buena mesa y habitaciones en palacio, con más mil luisés para el viaje; gratificacion ésta última que jamás habian obtenido al salir de Berlin los embaja-

dores prusianos en Paris y Lóndres. Sin embargo, Voltaire no se dió por satisfecho. Más adelante, cuando poseyó gran caudal, se mostró el más generoso de los hombres; pero, miéntras que sus rentas no fueron bastantes á satisfacerle, ni la razon ni respeto humano alguno pudieron moderar su codicia, y tuvo la poca delizadeza de pedir dos mil luises para poder llevar consigo á su sobrina, Mme. Denis, la más insoportable y fea de todas las coquetas de su tiempo. El Rey se negó á ello secamente, diciéndo: «No solicito la honra de recibir á esa señora.» Lo cual, sabido que fué de Voltaire, le hizo montar en cólera. «¿Háse visto nunca tan sórdida avaricia?» exclamó: «¿tiene los sótanos de su casa llenos de barriles atestados de oro y me regatea mil miserables luises!» Las negociaciones parecian rotas para siempre; pero Federico no abandonó el asunto, sino que lo trató con habilidad y sutileza diplomática. Fingió indiferencia profunda por Voltaire, y se mostró dispuesto á extremar en Baculard d'Arnaud la pasion idolátrica que sentia por él. Hizo más: escribió unos versos, muy malos por cierto, y en ellos dejó entrever que el autor de *Zaira* era un sol en el ocaso, miéntras que d'Arnaud era un sol naciente. No bien hubieron parecido, amigos officiosos los llevaron al poeta, que oyó su lectura en la cama. De un salto se arrojó del lecho, ciego de cólera, y gritó y gesticuló como un poseido, concluyendo por pedir sus pasaportes y una silla de posta. No era difícil predecir el término de unas relaciones que comenzaban de aquel modo.

En 1750 abandonó Voltaire la gran capital para no volver á ella sino treinta años despues, consumido por la edad y las enfermedades, y morir en medio de magnífico y fúnebre triunfo. Su recep-

cion en Prusia hubiera enorgullecido á un hombre ménos vano é impresionable que no él, y así escribió á sus amigos de Paris que las bondades y atenciones que se le tenian sobrepujaban á toda ponderacion; que el rey era el más amable de los hombres, y Postdam el paraíso de los filósofos. Federico lo nombró gentil-hombre y le confirmó, además, las insignias de una orden famosa, señalándole una pensión vitalicia de 20.000 pesetas, sin olvidar por eso á su sobrina, á la cual, en caso de que le sobreviviera, daría hasta su muerte 4.000 al año. Los cocineros y lacayos de S. M. estaban á su servicio, y se le dió en palacio para su habitacion las piezas que ocupó el mariscal de Sajonia, cuando visitó á Federico. El cual tuvo la debilidad durante algun tiempo de rebajarse al punto de representar con su huésped el papel de cortesano suyo, de besar la descarnada mano de aquel esqueleto de movimiento á quien consideraba por dispensador supremo de la inmortalidad, y de exclamar en momentos de entusiasmo que habia logrado añadir, á los títulos que recibió de sus antepasados y que ganó con su espada, otro debido á su más reciente y gloriosa conquista, y merced al cual podria llamarse en adelante Federico, rey de Prusia, margrave de Brandeburgo, duque soberano de Silesia, *poseedor de Voltaire*. Pero, en medio de las expansiones de aquella luna de miel, comenzó el ánimo de Voltaire á experimentar cierta vaga inquietud y cierto temor de algo aún no definido y misterioso y extraño. Tanto es así, que pocos dias despues de su llegada ya dijo á su sobrina que si bien el Rey era muy amable, acariciaba con una mano á los que acariciaba con otra; y no tardó mucho en proferir reticencias como las siguientes: «Las cenas son deliciosas; S. M. es el al-

ma de su círculo; pero...»; ó, «Berlin es hermoso; las princesas encantadoras; las damas de honor incomparables; pero...»

Poco tardó en amortiguarse tan singular amistad, pues, además, Voltaire y Federico, á quienes habia reunido el azar, no podian ménos de hacerse daño mutuamente, porque cada uno de ellos tenía el defecto que más enojo producía en el ánimo del otro, siendo ambos, también, cada cual por su estilo, impacientes por extremo. El rey, que por su economía mereció algunas veces el nombre de avaro, sin duda por eso, cuando se halló en posesion de aquel juguete que habia deseado tan ardientemente, le pareció que lo habia pagado muy caro. Voltaire, por su parte, no sólo aventajaba en avaricia á Federico, sino que la suya rayaba en la impudencia; y como se imaginó ser el favorito de un monarca poseedor de toneles llenos de oro y plata, se persuadió de que en poco tiempo debía de hacer un caudal á su lado. Descubiertos mutuamente los defectos de los dos, comenzaron á mirarse con recelo y hostilidad, y entónces empezó entre ellos una guerra en la cual Federico representó el papel de Harpagon y Voltaire el de Scapin. Vergüenza da tener que ocuparse de esto y entrar en ciertos detalles; pero fuerza es hacerlo para dar á conocer á entrambos personajes. Federico, el capitán de su siglo, y el primer estadista de su tiempo, acertó la ración de chocolate y de azúcar que daba á Voltaire, y éste, á su vez, se apoderaba de las bujías que podía haber á las manos en las antecámaras de S. M. Demas de estas miserias y otras parecidas, como el Rey hiciera blanco de sus sarcasmos al poeta, cosa que Voltaire no perdonaba, el encono subió de punto de una y otra parte, porque si d'Arnaud y d'Argens, Guichard

y La Métrie se rebajaban hasta el punto de sufrir los agravios del amo por un pedazo de pan, lo cual se concibe, Voltaire no se hallaba en ese caso, y sabía darse á respetar; que él tambien era un potentado, y la más leve amenaza de una sátira suya podia producir mortales angustias al más poderoso de los soberanos de Europa.

Las causas de las querellas se multiplicaron. Voltaire, ya fuese por codicia ó por necesidad de emociones, se empeñaba más cada dia en el agio, y como esto lo llevase á participar en algunos asuntos poco dignos y honrados, el Rey aprovechó aquella ocasion para humillar á su huésped: el agredido no calló, á pesar de ser quien era el agresor, y respondió con acritud y con quejas acerbas á las censuras y sarcasmos del Monarca. Y como si esto no fuera bastante para crear situaciones difíciles, Voltaire se indispuso con los literatos que vivian en la corte, y esto trajo la desunion y la enemiga. Federico se irritó viendo la hostilidad en que vivian sus poetas, sin advertir que la causa principal de todo era él mismo, que por atormentar y herir susceptibilidades y gozarse principalmente en la humillacion y en el despecho de Voltaire, cubría de sus alabanzas á escritores de muy escaso mérito y á obras sin valor ninguno. Poco tardó en deplorar lo que habia hecho, sembrando la discordia en aquel parnaso, porque se convirtió en máquina de intrigas y de cábalas que pusieron al palacio real en espantoso desórden; y como la tempestad fué más fácil de producir que de calmar, aquella voz soberana á la cual obedecian sumisos ciento sesenta mil hombres, intentó en vano imponer silencio á unos pocos, cuyo amor propio se sentia herido y exasperado. Ni tampoco faltaron á S. M.

enajos y humillaciones á título de poeta, pues como hubiera enviado á Voltaire un enorme legajo, conteniendo versos á centenares para que los corrigiera y le comunicara sus observaciones, y éste dijese á una persona que se hallaba en la habitacion al recibirlo: «Hé aquí la ropa sucia que me manda el Rey para lavarla,» y la frase llegara con adiciones á oídos de Federico, su indignacion de poeta régio no tuvo límites.

Como tal estado de cosas no podia prolongarse, una circunstancia insignificante que en los primeros dias de su amistad recíproca sólo hubiera dado márgen á chanzas y risas, determinó explosion violentísima entre ambos. Es el caso que Maupertuis; que ocupaba, pero á mucha distancia de Voltaire, el segundo lugar en el círculo literario de Federico, fué nombrado presidente de la Academia de Berlin, y que Voltaire, cuyos celos habia excitado el Monarca por mera distraccion, determinó de vengarse, poniendo en la frente de su enemigo un sello perpétuo de infamia, y al efecto escribió la donosísima sátira del *Doctor Akakia*. Tenia Federico sobrada malicia y demasiado buen gusto para no saborear burla tan delicada como lo fué aquella; pero no quiso que otros gozaran de ella, en razon á que habia sido él mismo quien lo nombró por presidente de su Academia, y que su amor propio se hallaba por ende comprometido. Rogó, pues, á Voltaire que la destruyera; Voltaire se lo prometió así; pero no solamente faltó á la palabra dada, sino es que la sátira pareció impresa pocos dias despues, alcanzando éxito extraordinario. El Rey se enfureció contra el poeta, que protestó de su inocencia con su veracidad acostumbrada, y no vaciló un punto para sincerarse de acusar de todo á un secretario infiel;

mas Federico no era hombre que se dejara sorprender por ardides tan groseros, mandó quemar el libelo por mano de verdugo, exigiendo de Voltaire una carta, en la cual no sólo se retractara de cuanto habia escrito en el *Doctor Akakia*, sino que hiciera el más cumplido elogio de su conducta. Voltaire contestó al Rey devoliéndole sus insignias, su llave de gentil-hombre y la real orden relativa á su pension. Pasado el primer momento, y cuando cada uno se hubo desahogado á su manera, tuvieron ambos vergüenza de haber ido tan léjos, y parecieron reconciliarse; pero ya no podian vivir juntos, y Voltaire se despidió para siempre del Rey, separándose ambos con palabras de mucha cortesía, y odiándose mortalmente. Y como al marcharse olvidara devolver á Federico un volúmen de poesias inéditas que tenia de S. M., olvido involuntario, estamos ciertos de ello, porque ni áun á cambio de la corona de Prusia hubiera querido él publicar tal cosa bajo su nombre, Federico, que apreciaba sus producciones literarias en mucho más de lo que valian, y que se hallaba dispuesto siempre á juzgar con excesivo rigor y hasta con notoria injusticia de cuanto hacía ó decia Voltaire, no pudo sufrir que sus lucubraciones favoritas quedaran en manos del peor y más indelicado de sus enemigos; y dando suelta á su cólera, en un acceso de verdadera locura determinó de cometer con el poeta un ultraje tan infame como ridículo.

Voltaire habia llegado ya á Francfort, donde lo esperaba su sobrina Mme. Denis, y ya se creia libre para siempre de las manos del déspota, cuando se vió preso de orden del residente prusiano, siéndole preciso restituir el precioso libro á los representantes de su legítimo dueño; pero, como los emisarios

de Federico habian recibido sin duda otras órdenes además, Voltaire se vió tratado de una manera indigna, encerrado durante doce mortales dias en mala posada y con centinelas de vista que lo guardaban armados de fusil y bayoneta calada, pudiendo ver desde una ventana cómo llevaban sus insolentes carceleros casi arrastrándola por el lodo de la calle á su sobrina. Con igual violencia lo despojaron á él de 8.000 pesetas que traia en su equipaje. Absurdo sería creer que Federico fuera extraño á estos excesos, que luégo quedaron impunes, porque así solia él proceder en ocasiones, como aconteció en el caso del conde Buhl, durante la guerra de Siete años, satisfaciendo sus venganzas personales por mano ajena.

Volvamos á Voltaire. No se ofrecia muy lisonjero su porvenir, sino sombrío y triste al quedar libre de Federico, porque ni podia residir en su patria natural ni en la adoptiva; y así tenia cerradas las puertas de Prusia y se creia falto de seguridad viviendo cerca de sus fronteras, como las de Francia, cuyo Gobierno, disgustado de su estancia en la corte alemana, le prohibió establecerse en Paris.

Buscó asilo entónces en las deliciosas orillas del lago Léman, y una vez allí, desembarazado y libre de los vínculos que le habian atado la mano, y desdenando promesas y amenazas de los gobiernos y del clero, comenzó la guerra «contra todo cuanto para bien ó para mal de los hombres ejercia poca ó mucha autoridad sobre ellos;» que estas palabras de Burke relativas á la Asamblea Constituyente, pueden aplicarse con igual justicia y verdad á su gran precursor; y como era incapaz de fundar la menor cosa, y sólo sabia destruir, fué el Vitruvio de las ruinas, en pos de quien no quedó una

sola doctrina digna de su nombre, ni el menor legado que fuese parte á enriquecer el caudal de nuestros conocimientos positivos, sino es una masa incalculable de restos de verdades y de errores, de nobles aspiraciones y de pasiones viles, de materiales útiles y funestos; jobra de horrible desolacion que señala su paso por la tierra! A contar de aquel dia, el poeta dramático, el ingenioso literato, el historiador, cambió de papel y se tornó en patriarca, fundador de secta, jefe de conspiracion y dictador de una sociedad intelectual. Bueno será decir tambien que no pocas veces empleó su talento en vengar la inocencia inerme y sin más paladin que él, y que castigó muchas injusticias crueles y muchos actos de tiranía. Cúpole asimismo la satisfaccion incomparable para su hidrópica vanidad de oirse llamar por cierta parte del clero aterrado el Antecristo. Pero ya practicara el mal ó el bien, y cualesquiera que fuesen sus motivos de engreimiento, nunca olvidó á Postdam ni á Francfort, y siempre tuvo atento el oido al más leve y pasajero rumor que le pareciera indicio de la tempestad europea que presentia y acercara la hora de su venganza.

No tardaron sus votos en verse cumplidos. Tambien María Teresa tenía excelente memoria, y se acordaba sin cesar de las pérdidas inmensas que le habia hecho sufrir la odiosa conducta de Federico; y con los defectos y cualidades que de ordinario van unidos á una gran sensibilidad de carácter, y á lo que llama Bossuet alma superior, se hallaba dispuesta en toda ocasion á exponerse y arrostrar los mayores peligros, á traer sobre sus vasallos las más terribles calamidades, lo propio que sobre la humanidad entera, por tal de sentir una vez no más el

inmenso y embriagador placer de una venganza completa. Su espíritu religioso le presentaba esta venganza como cumplimiento de un deber: la Silesia no sólo había sido arrebatada á la casa de Austria, sino también á la Iglesia católica; y aún cuando el conquistador permitía que sus nuevos súbditos adorasen á Dios según su culto, la Iglesia católica hubo de quedar por consecuencia de aquel hecho en igual caso que todas las demás, á las cuales había tolerado ella en otro tiempo y aún oprimido. Demás de esto, María Teresa veía en su enemigo personal el enemigo de Dios, por la impiedad de que daban muestra sus escritos y discursos, y por los escándalos de su vida privada, cosas ambas que debían naturalmente indignar á una mujer sumisa y obediente á los preceptos de su religión, y que, á pesar de las tentaciones que la cercaban, á pesar de su juventud y su extremada hermosura, á pesar de la vehemencia de sus pasiones, á pesar de su rango y de su poder, apareció siempre tan pura que ni la calumnia fué osada jamás á empañar el brillo de su honra.

Así como los poetas nos representan á la diosa que cansó sus caballos inmortales para concitar las naciones contra Troya, y que ofreció destruir á Esparta y Micenas, sus ciudades predilectas, el día que viera envuelto en llamas el palacio de Príamo, así fué María Teresa, la cual sólo tenía un pensamiento, una idea fija y constante: recobrar la Silesia y hacer morder el polvo á la dinastía de Hohenzollern. Y para conseguir ambos propósitos, se esforzó en formar contra su enemigo la más formidable de cuantas coaliciones europeas han existido; que á fin de ver satisfechos su odio y su ambición juntamente, se hacía necesario que todo el mundo civilizado,

desde las costas del mar Blanco hasta las orillas del Adriático, desde el golfo de Vizcaya hasta los prados del Tanais, juraran todos la ruina de un Estado ménos que secundario.

Merced á una serie de intrigas, logró asegurarse desde luégo el apoyo de la Rusia. Prometiendo al rey de Polonia buena parte del botin, este príncipe, á quien gobernaba el conde Buhl, su favorito, se comprometió, por su parte, á darle el auxilio de las tropas sajonas. Sin embargo, quedaba por vencer la mayor dificultad, cual era la de persuadir á la Francia de que la convenia entrar en la liga. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo lograr que las casas de Borbon y de Hapsburgo unieran cordialmente sus esfuerzos para que triunfara el mismo proyecto de política exterior? Segun la expresion de Federico, mejor se hubiera conseguido amalgamar el agua y el fuego que no los intereses y aspiraciones de ambos gobiernos, pues durante dos siglos y medio la historia del continente habia sido la de los celos y rivalidades de la Francia y el Austria. Desde la época de Richelieu más principalmente, los reyes cristianísimos se habian creído siempre obligados á oponerse con cualquier motivo á los proyectos de la corte de Viena y á proteger á todos los miembros de la Confederacion germánica que se insurreccionaban contra la autoridad de los Césares. Ni la comunidad de ideas religiosas pudo nunca ser parte á disminuir la fuerza de estas antipatías, porque áun cuando revestidos de la púrpura romana perseguian con encarnizamiento á los herejes de la Rochela y de Auvernia, los monarcas franceses no cesaban por eso de auxiliar con todo su poder á los príncipes luteranos y calvinistas, enemigos declarados del jefe supremo del Imperio; y si á la sazón los ministros fran-

ceses obedecian á las reglas tradicionales que respetaron tantas generaciones, debian seguir respecto de Federico la misma línea de conducta que el más famoso de sus predecesores observó respecto de Gustavo Adolfo. Enemiga mortal separaba la Prusia del Austria; luego necesario era que la Francia y la Prusia se unieran con estrecho vínculo. Federico no podia tener con la Francia en ningun caso graves diferencias, en razon á que, á pesar de sus miras ambiciosas y de su probada mala fe y notoria deslealtad, la situacion de su territorio debia impedir el ataque por parte suya. Demas de esto, era casi frances, no leia sino es obras franceses, no hablaba ni escribia sino en frances, ni vivia con otras personas que los franceses, ni gustaba de otros aplausos que los de la nacion francesa, pues para él la mejor recompensa que pudieran tener sus hechos era la admiracion de la Francia. Imposible parecia que un Gobierno frances, por más ligero y falto de juicio que fuera, pudiese abandonar semejante aliado.

Sin embargo, la corte de Viena perseveró en su propósito sin dar tregua. Los diplomáticos austriacos intentaron hacer triunfar una política nueva que no dejaba de ser especiosa. Porque, segun ella, los grandes poderes de la Europa habian sido víctimas largo espacio de gravísimo error, considerándose como enemigos naturales, cuando no eran en realidad sino es aliados de la misma índole. Una prolongada serie de guerras crueles y sangrientas habia por esta causa hecho los mayores estragos en Europa, diezmando su poblacion, agotado sus recursos, y abrumado sus gobiernos bajo el peso insoportable de la deuda pública; y cuando al cabo de dos siglos de luchas encarnizadas y de treguas hi-

pócritas, las ilustres casas cuya enemistad habia dividido y agitado el mundo depusieron las armas y trataron de averiguar cuáles eran los beneficios reportados por su recíproco ensañamiento, vieron con sorpresa y dolor que, miéntras trabajaron en su daño, se habian engrandecido á costa de ellas otras familias reinantes; que ni el rey de Francia ni el Emperador recogian los frutos de la guerra de Treinta años, de la guerra de la Gran Alianza, ni de la guerra de la Pragmática Sancion, sino que sus frutos habian sido cosechados con habilidad por potencias de segundo y tercer órden, cuya insignificancia misma las puso al abrigo de las envidias y de los celos y que dilataron sus dominios y ensancharon sus fronteras pretendiendo servir los odios de los grandes jefes de la cristiandad. Por tal manera la guerra de los Treinta años aprovechó á la Suecia, la de la Gran Alianza á la Saboya, y la de la Pragmática Sancion á la casa de Brandeburgo. De estos tres ejemplos, el último era el más evidente; porque la Francia hizo esfuerzos inauditos, y perdió un ejército en Bohemia, y derramó á torrentes en Fontenoy su sangre más ilustre, y se arruinó y se cargó de deudas para que, á cambio de sus sacrificios, Federico fuera soberano de Silesia, quedándole á ella no más que mucha gloria militar. Y como el rey de Prusia ni perdonaba los agravios ni agradecia los beneficios, así era traidor á la corte de Viena como á la de Versalles. Era, pues, evidente que ambas grandes potencias, en vez de hacerse la guerra, debian ligarse contra el enemigo comun, el cual, excitando sus pasiones y pretendiendo servir las sucesivamente á la una en pos de la otra, iba elevándose cada vez á mayor altura á costa de todas. Puesto que el Austria queria reconquistar la

Silesia, y que la Francia deseaba ensanchar su territorio por las fronteras de Flandes, si divididas se gastarían en inútiles esfuerzos, sin lograr nunca su objeto, aliadas podrían estar ciertas de aniquilar al rey de Prusia, si resistía sus propósitos, en una sola campaña.

Estas doctrinas tenían todo el atractivo de la novedad y de la verosimilitud, y no tardaron en abrirse camino entre la clase media y los concurrentes á los cafés de Paris, adoptándose con entusiasmo por aquellos marqueses vivarachos y lechuguinos, y aquellos abates de carácter ameno y ligero que asistían al camarín de Mme. de Pompadour para hacerle la corte mientras la perfilaban el tocado y la empolvaban el cabello las doncellas de su servicio. Ninguna teoría política podía considerarse generadora de tan extraña coalición entre Francia y Austria; el odio personal que tenían al rey de Prusia era el único verdadero motivo que concitaba las grandes potencias continentales contra él, después de hacerles deponer sus enemistades inveteradas y sus rancias preocupaciones y sus máximas tradicionales. Todo conspiraba en daño de Federico entonces, hasta su propio carácter y su modo de ser. Porque si bien era bajo ciertos respectos buen amo, era mal vecino, y su lenguaje burlesco y acerbo aún hizo á sus enemigos más y más profundas heridas que no su espada movida de su ambición y de su deslealtad; y como á título de poeta, de literato, de hombre de ingenio agudo se permitía libertades que no era osado ni tampoco podía tomarse á título de Rey, se le atribuían multitud de sátiras, á cual más cáustica y ofensiva, contra todos los soberanos y todos los ministros de Europa. En sus cartas y en su conversacion hablaba de los grandes de su épo-

ca en tales términos; que Collé mismo no se hubiese atrevido á emplear con Crebillon el jóven, estando de sobremesa con Pelletier. Las mujeres más dulces é indulgentes no podian perdonarle tampoco el concepto que le merecia en toda ocasion y á todo propósito el bello sexo; y desgraciadamente para él, mujeres que no tenian nada de indulgentes ni de dulces gobernaban á la sazón casi todos los Estados del continente. María Teresa misma no logró librarse de sus groseras invectivas y de sus chanzas soeces; la emperatriz Isabel de Rusia sabía que sus devaneos prestaban materia constante de apóstrofes y dicitrios á Federico, y madame de Pompadour, soberano verdadero de Francia, no ignoraba los ultrajes que la prodigaba, los cuales la herian tanto más, cuanto que habia procurado captarse su benevolencia, siquiera en pago de lisonjas tan expresivas como delicadas y propias de su femenil sagacidad.

María Teresa, con ser la más altiva de las princesas y la más austera de las madres, ciega de coraje contra el rey de Prusia, y ardiendo en deseos de vengarse para conseguir su fin más prontamente, olvidó, tal era su saña, la dignidad de su raza, la pureza de su vida y la hidalguía de su carácter, y se rebajó hasta el extremo de lisonjear á la concubina del rey de Francia, á la miserable que prostituia á otras mujeres para conservar en la corte de su señor aquella influencia que adquirió en otro tiempo prostituyéndose á sí propia. María Teresa escribió de su mano una larga carta llena de palabras de aprecio y de afecto á su querida prima, la hija del carnicero Poisson, esposa del publicano de Etioles y proveedora del harem de S. M. libertina. ¡Extraño parentesco, en verdad, para la sucesora

de los emperadores de Occidente! La favorita del rey de Francia no pudo resistir á tanto halago, y obtuvo de su amante cuanto queria la Emperatriz. Por otra parte, Luis XV tambien tenia muchos agravios que vengar; y áun cuando no los sentia vivamente, «los agravios traspasan hasta la concha de las tortugas,» como dice un refran oriental, y ni la prudencia ni respetos de cortesía habian sido parte nunca á que Federico no expresara con marcada insistencia el desprecio profundo que le infundia la pereza, la necedad y los vicios del Monarca frances. De esta suerte fué llevada la Francia á formar parte de la coalicion; y la Suecia, sometida en todo á su influencia, tardó poco en seguir su ejemplo.

Aun cuando los enemigos de Federico tenian fuerzas bastantes para comenzar la guerra desde luégo abiertamente, quisieron añadir á esta ventaja la no ménos preciosa de caer por sorpresa sobre él para mejor acabarlo. Sin embargo, la sorpresa no era fácil tratándose de él, que ya estaba sobre aviso y prevenido, como que tenia satélites y espías en todas las cortes, y recibia de Viena, Dresde y Paris detalles tan circunstanciados y conformes de lo que se preparaba, que no habia dudar de ello. Sabía que lo atacarian á un tiempo Francia, Rusia, Austria, Suecia, Sajonia y la Confederacion germánica; que sus enemigos debian repartirse la mayor parte de sus dominios; que la Francia, á la cual su posicion geográfica no permitia ensanchar sus fronteras á costa de la Prusia, tendria en compensacion territorio equivalente hácia los Países-Bajos; que el Austria tomaria la Silesia; la Czarina, la Prusia oriental; Augusto de Sajonia, á Magdeburgo, y la Suecia, una parte de la

Pomerania. Como se ve, de realizarse los proyectos de la coalicion, la casa de Brandeburgo quedaria inmediatamente, dentro del sistema europeo, muy por bajo del duque de Wurtemberg y del margrave de Baden.

¿Quién podia dudar del éxito de la empresa? Siglos hacía que los grandes Estados del continente no se habian reunido para formar alianza semejante. Una liga ménos temible conquistó en una semana todas las provincias de Venecia, cuando Venecia se hallaba en todo el apogeo de su poder, de su riqueza y de su gloria, y otra coalicion, igualmente más débil, obligó á Luis XIV á humillar su soberbia. La nacion sobre la cual reinaba Federico, apénas tenía cinco millones de habitantes; las coligadas contra él contaban más de ciento, y, bajo el aspecto económico, la desproporcion de la riqueza era más grande todavía que la numérica de poblacion. Pequeñas nacionalidades inspiradas en enérgicos sentimientos de honor ó de patriotismo han solido luchar con éxito contra monarquías poderosas, debilitadas por la lucha intestina de los partidos; pero el reino de Federico de Prusia, con ser pequeño, contenía mayor número de malcontentos que todos los Estados de sus enemigos. La Silesia constituia la cuarta parte de sus dominios, y de la totalidad de sus habitantes, nacidos bajo la dominacion de los príncipes austriacos, sólo podia esperar indiferencia, y feliz él si los católicos no acudian á formar en las filas de sus adversarios. Su posicion geográfica ha sido parte muy eficaz á que ciertos Estados resistan con éxito á fuerzas inmensas: así, el mar ha protegido muchas veces á Inglaterra contra los ataques del continente; y sus lagunas al gobierno veneciano de los esfuerzos impotentes de la liga de

Cambray, y los valles y los montes y los desfiladeros de los Alpes á la Suiza; pero Federico no poseia ninguna de estas ventajas, y la forma de sus Estados, su situacion y hasta la naturaleza misma del terreno, todo conspiraba en contra suya, pues ni un brazo de mar, ni una cadena de montañas, ó siquiera de colinas, protegía su territorio extendido, prolongado, dividido, y que parecia trazado expresamente para facilitar todas las invasiones, como que en ménos de una semana podia el enemigo acometerlo y entrarlo por donde más le pluguiera, poniendo á la capital en constante peligro. En una palabra, así los hombres políticos como los militares de Europa, abrigaban el convencimiento de que la guerra que iba á estallar terminaria en pocos dias con la derrota y la humillacion de la casa de Brandeburgo.

Federico participaba de la opinion general; pero, aún le quedaba una débil y postrera esperanza de salud. La cual consistia en la posicion céntrica que ocupaba, miéntras que sus adversarios, separados unos de otros por grandes distancias, no podian concentrar fácilmente la masa total de sus fuerzas en un solo punto. Demas de esto, habitaban climas diferentes, y la estacion del año que un pueblo escogiera para comenzar las hostilidades podia no convenir á otro. Por otra parte, la monarquía prusiana no adolecia de ninguna de las enfermedades que tan frecuentes son en los imperios dilatados y ricos; la fuerza verdadera que podia desplegar en una lucha desesperada no debia calcularse de antemano por el número de millas cuadradas de su territorio ó por la cifra de su poblacion; que aquel cuerpo, flaco en apariencia, pero sólidamente constituido y bien ejercitado, era un haz de nervios,

músculos y huesos; y ni acreedores públicos reclamaban dividendos, ni lejanas colonias exigían su protección eficaz, ni cortesanos y favoritos devoraban el presupuesto de cincuenta batallones. El ejército de Federico era inferior en número á las tropas que debía combatir; pero mucho más fuerte de lo que parecía consentirlo la extensión de su territorio; su disciplina era verdaderamente admirable, estaba mejor dirigido y mandado aún, y sabía vencer y obedecer. Los presupuestos generales de la Prusia no se cerraban con déficit, sino con superavit en tiempos de paz, y era su rey el único de Europa que hubiera sabido acumular un tesoro, que reservaba con gran cuidado para los momentos de crisis. También es cierto que el número de sus contrarios le ofrecía ventajas inmensas, pues siendo tantos y tales, poco tardarían en surgir las rivalidades y los celos entre ellos, y vacilarían y disputarían mucho ántes de dar cualquier golpe decisivo, mientras que él, si estaba solo, en cambio lucharía con el vigor, la unidad de miras y el misterio propios de un déspota poderoso. Los recursos del arte militar podían también suplir á la insuficiencia de la fuerza numérica, y el genio, el tacto, la prontitud y la celeridad de los movimientos, y, sobre todo, la Providencia, ser partes eficacísimas á prolongar, tal vez, la lucha durante una ó dos campañas, cuando sólo ganar un mes era equivalente á la más señalada victoria; porque todos los elementos de disolución que contienen las grandes coaliciones producirían, sin duda, en breve plazo sus naturales efectos. Cada uno de los confederados creería que su participación en la guerra era la mayor y que su parte en el botín no le compensaba de los quebrantos que recibía: con esto las quejas y las recrimi-

naciones se harían interminables, y podrían dar lugar á que los turcos remontaran el Danubio, á que los hombres de Estado de Francia reconocieran la falta cometida por ellos al abandonar los principios fundamentales de su política nacional, y á que la muerte misma libertase á Federico de cualquiera de sus rivales, produciendo esto un cambio completo en el estado de la Europa.

Otra esperanza vislumbraba el rey de Prusia en aquel horizonte sombrío y amenazador. La paz concluida entre Inglaterra y Francia en 1748, sólo había sido un armisticio en Europa, porque no había puesto fin á las hostilidades en todas partes. En la India disputaban la soberanía del Carnate las dos grandes casas musulmanas rivales; y como el fuerte San Jorge se había declarado por un partido, y Pondichery por el contrario, los soldados de Lawrence y de Clive habían reñido sangrientas batallas con los de Dupleix. Lucha ménos importante en los resultados, áun cuando eficaz á producir también exasperación en los ánimos, existía entre los aventureros franceses é ingleses, que se ocupaban en la trata de negros y en el comercio del oro en la costa de Guinea. Pero, sobre todo, en la América del Norte es donde más se hacía sentir el odio y la rivalidad de ambas naciones, porque, como intentarían los franceses establecer en torno de las colonias inglesas una línea de puestos militares que se extendiera desde los grandes lagos hasta la embocadura del Mississipi, los ingleses tomaron las armas, y las antiguas tribus aborígenes acudieron á ponerse bajo las órdenes de los *hombres pálidos* en uno y otro bando, y se dieron batallas y se tomaron fortalezas por asalto. Las nuevas de esta guerra de salvajes llegaron á Europa con las creces y aumentos

propios de las relaciones de sucesos que tienen lugar en remotas tierras, y enconaron más todavía los odios nacionales que había engendrado añeja rivalidad. Parecía inminente una explosión cuando la tormenta que se preparaba desde hacía tiempo iba sin más tardanza á desencadenarse sobre la Prusia. A serle posible, así por inclinación como por interés, Federico se hubiera colocado de parte de la casa de Borbon; mas la falta de cordura del gobierno de Versalles le sujetó la voluntad, y el día que la Francia se hubo convertido en dócil instrumento del Austria, la Prusia contrajo la obligación de aliarse con la Inglaterra necesariamente. No es esto decir que Federico esperaba de la Inglaterra que acudiera en su auxilio con ejércitos, porque una potencia que cubría el mar con sus flotas y que hacía la guerra en las orillas del Ganges y del Ohio al mismo tiempo, no era fácil que pudiese tomar sobre sí tal empresa. Sin embargo, aún cuando la Inglaterra de aquel tiempo fuera pobre comparada con la de nuestros días, era más rica entónces que ningun otro Estado del continente. Débiles y exíguos parecerán ahora á los ingleses de la generacion actual, que han pagado en un solo año 3.250 millones de pesetas de impuestos, los ingresos y recursos de que á la sazón disponian los hombres políticos de las islas Británicas; pero sólo una parte mínima de sus riquezas de aquella época, invertida por un príncipe hábil y económico en un país barato, hubiera bastado para sostener la carga de un ejército formidable.

Tal era la situación en que se hallaba Federico, el cual comprendió desde el primer momento, así la magnitud del peligro, como la remota posibilidad de salir bien de él, y con sublime temeridad se de-

terminó á dar el primer golpe. La gran guerra llamada de los Siete años comenzó en Agosto de 1756. El rey de Prusia se dirigió á la Emperatriz-reina pidiéndole una explicacion categórica, terminante, y sobre todo clara, «no redactada en estilo de oráculo,» acerca de su conducta. La contestacion fué altiva y nebulosa. No bien la hubo recibido Federico, invadió con sesenta mil soldados el rico electorado de Sajonia. Augusto se hallaba en Pirna con su ejército en ventajosas posiciones. La reina de Polonia estaba en Dresde. Pocos dias despues ponía cerco á Pirna, y Dresde caía en su poder. Deseaba Federico apoderarse de los papeles de Estado de Sajonia, cierto de hallar en ellos muchos documentos que sirvieran á demostrar á los ojos de Europa que áun cuando parecia ser el agresor, no hacía sino es defenderse. Tan bien como él conocía la reina de Polonia la importancia de aquellos papeles, y así, los mandó recoger en su propia cámara; y ya se disponía, que tal era la urgencia de ponerlos á salvo, á enviar el legajo á Varsovia por mano segura, cuando se presentó á pedirlos un oficial de parte de Federico. Persuadida la Reina de que nadie sería osado á ultrajar á una dama, hija de emperadores y madre política del delfin de Francia, se colocó delante de la arquilla en que se guardaban los documentos y acabó por sentarse en ella. Pero como las órdenes de Federico eran terminantes, no quedaba ocasion á la galantería ni á los respetos, y los papeles fueron á manos del monarca, con gran contento suyo y menoscabo de la reina de Polonia. Halló entre ellos cuanto buscaba, y sin más tardanza dispuso la publicacion de una parte, y esto bastó á producir mucha impresion en los ánimos, pues se hizo evidente á todos que por grandes que fuesen

las anteriores faltas de Federico, en aquella ocasion, áun pareciendo agresor, sólo se defendia de sus contrarios.

El ejército sajón de Pirna se hallaba estrechamente cercado; pero aguardaba recibir socorro en breve de otro cuerpo formidable austriaco, que bajo las órdenes del mariscal Brown debia desembocar por las gargantas que separan la Bohemia de Sajonia. Para evitar la reunion de ambos ejércitos, salió al encuentro de Brown, dejando fuerzas bastantes á contener los sajones, y avistándolo en Lowositz, lo deshizo por completo. Con esto quedó en sus manos la Sajonia; Augusto y su favorito Buhl huyeron á Polonia; las tropas del electorado capitularon, y desde aquel momento hasta la terminacion de la guerra, Federico trató á la Sajonia como cosa propia ó mejor aún, trató á los sajones de modo que comprendieran el verdadero sentido y el alcance de aquellas terribles palabras que dicen: *Subjectos tamquam suos, viles tamquam alienos*; porque hizo grandes levas de hombres de armas llevar, los abrumó bajo el peso de su yugo insoportable, y les impuso las más onerosas contribuciones. Diez y siete mil hombres que formaban parte del campo atrincherado de Pirna se vieron obligados á seguir las banderas del vencedor. Por tal manera, pocas semanas despues de comenzadas las hostilidades, uno de los confederados quedaba vencido y roto, y sus propias armas servian á combatir á los suyos.

El invierno puso fin á las operaciones militares. La campaña fué corta, como se ve, y por extremo favorable al rey de Prusia; pero á estos preliminares, por decirlo así, de la guerra, debia seguir en breve la conflagracion general y decisiva, y todo

parecía indicar que la fecha de 1757 sería memorable y famosa en la historia.

El plan de la campaña era sencillo, atrevido y prudente. El duque de Cumberland tomaría posición al frente de un ejército anglo-hannoveriano en la Alemania occidental, para impedir que las tropas francesas atacaran á la Prusia. Detenidos los rusos por las nieves y los hielos, nada podrían realizar hasta la primavera próxima; y como la Sajonia estaba vencida y la Suecia no inspiraba temor inmediato, Federico sólo tenía enfrente un enemigo: el austriaco. Todo conspiraba, sin embargo, en su daño en aquella primera lucha; pero el valor y la habilidad han triunfado muchas veces también de peligros en apariencia más formidables.

Al comenzar el año 1757, se puso en movimiento el ejército prusiano de Sajonia y desembocó en Bohemia por cuatro desfiladeros, dirigiéndose primero á Praga, para de allí caer, sin duda, sobre Viena. El mariscal Brown estaba encargado de la defensa de Praga con gran ejército; y Daun, el más inteligente y afortunado de los generales de María Teresa, se adelantaba al encuentro de Federico al frente de hueste numerosa. Lo cual sabido del Rey, determinó de acabar con el ejército del primero ántes de la llegada del segundo, y acometió á Brown al pié de los muros de Praga, que fueron testigos por esta causa el día 6 de Mayo, así como lo fueron también ciento treinta años ántes de la victoria obtenida por la liga católica y de la fuga del infortunado palatino, de la batalla más sangrienta de cuantas se libraron en Europa durante el largo período que separa Malplaquet de Eylau. El rey y el príncipe Federico de Brunswick se distinguieron en ella por su bizarría y su actividad; pero la gloria principal de tan famosa

jornada corresponde toda ella á Schwerin, que viendo vacilar ya en lo más recio de la pelea la infantería prusiana, tomó una bandera, y poniéndose á la cabeza de sus regimientos los lanzó de nuevo al fuego con brío y denuedo verdaderamente juvenil; rasgo de valor que pagó con la vida el noble anciano, muriendo gloriosamente á la edad de setenta y dos años en la batalla, envuelto en la bandera que ostentaba el águila negra en campo de plata. La victoria fué de Federico; pero la pagó muy cara, dejando tendidas en el lugar de la pelea columnas enteras de sus mejores soldados. Por confesion propia, perdió diez y ocho mil hombres. El enemigo tuvo veinticuatro mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

Parte del ejército vencido corrió á encerrarse en Praga, y parte fué á incorporarse al de Daun. Resuelto Federico á emplear de nuevo el medio que acababa de darle tan brillante resultado, dejó fuerzas suficientes delante de Praga y se dirigió al encuentro de Daun con treinta mil hombres. Daun no quiso, áun contando con mayor número de tropas que el Rey, aventurar la batalla, y tomó posiciones, inexpugnables casi, en Kolin, para esperar á su contrario.

Era el 18 de Junio, dia nefasto, que á conservar su influjo entre nosotros la supersticion helénica debiera estar consagrado á Némesis, y durante el cual terrible y dolorosa experiencia enseñó á uno de los príncipes más famosos y á uno de los capitanes más ilustres de los tiempos modernos, que ni el valor ni el talento son eficaces á fijar la inconstancia de la fortuna. La batalla comenzó ántes del medio dia, y despues de haberse puesto el sol todavía peleaba una parte del ejército de Federico; pero ya

éste habia perdido toda esperanza de vencer, y sus tropas, rechazadas varias veces con pérdidas horribles, carecian del vigor y de la fuerza necesarias á volver á la carga. Todo era cansancio y desaliento en las huestes del rey de Prusia. Permanecia éste no obstante en el campo de batalla, y sólo con gran trabajo lograron persuadirlo á retirarse de allí, llegando uno de sus oficiales á decirle: «¿Pretende por ventura V. M. tomar solo las baterias enemigas?» Trece mil de sus mejores soldados sucumbieron aquel dia, y no le quedaba más recurso despues del desastre sino es retirarse en buen órden, levantar el cerco de Praga y evacuar la Bohemia lo más pronto posible por diferentes caminos.

Este golpe parecia mortal para Federico. Si su situacion era grave ántes de recibirlo, porque sólo una serie no interrumpida de victorias podia ser parte á librarlo de completa ruina, ¿cuánto no empeoraba ésta recibiendo un reves tan terrible al comenzar la campaña; reves que áun tratándose de dos Estados iguales hubiera tenido consecuencias inmensas para el vencido? La opinion que la Europa entera tenia de su ejército le daba todavía mucha fuerza, porque desde su advenimiento al trono sus soldados habian vencido á los austriacos con singular insistencia. Pero ¿no podia tambien abandonar sus armas la victoria? Con esto, las víctimas de sus sarcasmos se dieron prisa en desquitarse abrumándolo bajo el peso de sus burlas; sus mismos soldados comenzaron á desconfiar de su buena estrella; en todas partes y áun más en su estado mayor se criticaron sus disposiciones con el mayor encono; su misma familia lo desacreditaba, y su hermano menor, Guillermo, heredero presuntivo, ó, mejor dicho, heredero aparente del trono, se la-

mentaba sin misterio alguno, así de su propia suerte como de la que á su parecer estaba reservada á la casa de Hohenzollern, ántes tan próspera y grande, ahora reducida por obra de la injustificable ambicion de su jefe á ser el escarnio de todas las naciones. Estas quejas y algunas faltas que habia cometido Guillermo durante la retirada de Bohemia excitaron la cólera del inexorable soberano, que cubrió de invectivas al príncipe. Las recriminaciones de Federico hirieron á su hermano en el corazon, y abandonando el ejército fué á recogerse á una casa de campo, en la cual murió poco despues de dolor y de vergüenza.

¿Quién hubiera creído que la medida de los infortunios de Federico no estaba colmada ya? Sin embargo, un nuevo reves, un desastre no ménos terrible que el de Kolin vino á colmar su desgracia. Porque como hubieran invadido la Alemania los franceses bajo las órdenes del mariscal d'Estrée, y el duque de Cumberland quisiera detenerlos en su camino, les presentó batalla en Hastembeak, quedando completamente derrotado, y dejando, á virtud de un convenio que celebró con el vencedor en Closter-Severn, para conservar intacta, por lo ménos, una parte del electorado de Hannover, franco y expedito el camino de la Prusia á los franceses, y á sus generales en disposicion de caer con todas sus fuerzas sobre ella.

Aun no era esto bastante, y para que Federico experimentara todos los rigores de la desdicha, perdió á su madre por entónces, desgracia que sintió de manera más intensa y profunda que pudieran hacerlo suponer la rudeza y la frialdad naturales de su carácter, con lo cual llegó á ser tan sin ventura cuanto era malo, déspota, cínico y altivo, y su ros-

tro se demudó tanto y su cuerpo enflaqueció de tal manera, que al pasar por Leipsick de vuelta de Bohemia el pueblo apenas lo conocía. Lo abandonó el sueño; á pesar de todos sus esfuerzos, gruesas lágrimas surcaban sus mejillas á cada momento, y su espíritu angustiado comenzó á no ver sino es en la muerte el remedio á tanta desgracia y deshonra como lo abrumaba; y como se habia propuesto no caer prisionero de sus enemigos, ni suscribir jamás tratados de paz que lo hicieran descender del rango que ocupaba entre las grandes potencias de Europa, y se hubiera convencido de que sólo el suicidio podia libertarlo de todos los males y daños presentes y futuros, se asió á esta esperanza de la desesperacion. No hizo misterio de su pensamiento á las personas que lo rodeaban, y desde aquel entónces llevó consigo un activo veneno que acabara con su vida en el punto mismo que lo creyera él necesario.

Pero no describiríamos sino de una manera imperfecta el estado moral de Federico si omitiéramos aquellas singularidades cómicas y extrañas que tanto contrastan con la gravedad, la energía y la dureza de su carácter. ¿Cuál de los dos elementos predominaba en la obra que se ponía en escena en aquellos instantes? ¿El cómico ó el trágico? Dificil es determinarlo; porque áun en medio de sus mayores contratiempos, desgracias y catástrofes, Federico prosiguió haciendo emisiones de versos sobre todos los asuntos posibles; que su pasion por la poesía, en vez de disminuir, aumentó siempre, y en los momentos mismos en los cuales lo acosaban sus enemigos y recibia uno en pos de otro rudos golpes capaces de abrumar y quebrantar el ánimo más fuerte, cuando despechado y lleno de rabia el co-

razon se buscaba en los bolsillos de su casaca el pomo que contenia el sublimado corrosivo, daba tregua á las amarguras de su alma componiendo tiradas de versos detestables, que no eran sino heces insípidas del Hipocrenes de Voltaire, y débiles ecos de la lira de Chaulieu. Nada es más interesante que la comparacion de sus hechos y de sus escritos durante los últimos meses de 1757; porque ni Annibal, ni César, ni Napoleon realizaron empresas más grandes que las llevadas por Federico á término feliz en tan corto período, el más brillante, sin duda ninguna, de la historia de Prusia, y, sin embargo, el ilustre guerrero invertia en aquellas horas las que cercenaba al descanso escribiendo epistolas y odas en el estilo vulgar y comun que abandona desdeñosamente el genio á la menesterosa mediocridad, pues apenas si aparece de vez en cuando y á muy largas distancias en ellas algun que otro sentimiento viril, digno de consignarse en prosa, y aun así mezclado con tantas y tales rapsodias mitológicas, que su conjunto nos ofrece el aspecto de una prendería literaria. Nunca se vieron juntas en tan alto grado la debilidad y la fuerza, la pequeñez y la grandeza, y ningun carácter se ofreció á la consideracion del observador bajo aspectos tan diversos como el de Federico, guerrero pedante, Mitridates y Trisotin á un tiempo, que luchaba espada en mano, bravamente, con el universo coligado contra él, llevando en los bolsillos un pomo de veneno y un cuaderno de poesias detestables.

Algún tiempo ántes habia intentado el rey de Prusia reconciliarse con Voltaire; se cruzaron cartas llenas de cortesía entre ambos, y despues de la batalla de Kolin, sus relaciones epistolares eran ya por extremo amistosas y confidenciales, al ménos

en apariencia. Tanto es así, que de cuantas colecciones de cartas existen, la correspondencia de estos dos seres extraordinarios, despues de su reconciliacion, es la serie de documentos más auténtica y luminosa que puede guiar las investigaciones de quien se proponga penetrar los misterios de la naturaleza humana. Comprendian ambos que su querrela les causó grandísimo daño en la opinion pública, y por otra parte se admiraban mutuamente y se necesitaban. El gran rey habia menester del gran escritor para que trasmitiese á la posteridad la historia de sus hechos; pero las heridas que ambos se infirieron en su pasada enemiga eran demasiado profundas para poder cicatrizarse por completo, y demasiado recientes para no sentirse todavía. Léjos de esto, la nueva correspondencia sólo sirvió á enconarlas, porque á vueltas de muchas palabras corteses y lisonjeras, de ofrecimientos de servicios, de promesas de amistad y de buenos propósitos, cada vez que recordaban lo pasado ;con cuánta dureza y amargura lo hacian!

«Señor, escribia Voltaire el 21 de Abril de 1760, un pobre fraile del monasterio de Yuste, dijo á Cárlos V cierta vez: «¿No estais satisfecho con haber turbado el sosiego del mundo, sino que tratais de turbar la paz de un pobre monje que sólo pretende vivir tranquilo en su celda?» Yo soy como el fraile; pero vos no habeis renunciado á las grandezas y á las miserias humanas como Cárlos V... Mi hora postera se acerca; no la turbeis con vuestras quejas injustas y vuestras recriminaciones, que me son tanto más sensibles, cuanto que vienen de vos. Harto daño me habeis hecho ya, indisponiéndome para siempre con el rey de Francia, poniéndome en el caso de renunciar á mis empleos y pensiones, maltratándome

de una manera cruel en Francfort, y atropellando á una mujer inocente y respetable, que fué ultrajada y escarnecida y presa por los vuestros, para que al volver á honrarme con vuestras cartas amargueis la dulzura de este consuelo con palabras acerbas. Os gozais en humillar á vuestros semejantes y en decirles de palabra y por escrito cosas mordaces, y este placer es tanto más indigno de vos, cuanto que os hallais en posicion más elevada que ellos por vuestro rango y vuestro incomparable talento.»

La respuesta del rey de Prusia fué ménos expansiva y benévola en la forma, y tan dura en el fondo como la carta de Voltaire: «No quiero hacer investigaciones en órden á lo pasado; que si las hiciera, se demostraria fácilmente que habeis cometido grandes faltas conmigo, que me habeis dado muchos motivos de resentimiento, y que vuestra conducta no la hubiera sufrido ningun filósofo. Todo lo he perdonado, sin embargo, y todo quiero darlo al olvido; pero tened presente que si no hubiera sido porque siempre sentí singular predileccion por vuestro ingenio, no tan á poca costa os habriais redimido con otro. Conste así, y no me hablais más de vuestra sobrina, que me causa enojo, y no tiene las cualidades de su tio para disimular sus defectos.»

Esta correspondencia estrechó más aún los vínculos que los unian en vez de relajarlos, y despues de haber desahogado su mal humor ambos correspondientes, parecieron apreciarse de nuevo más que nunca, estableciendo con apariencias de singular sinceridad una manera de giro mutuo de cumplidos, lisonjas y demostraciones de afecto.

Hombres que se escribian semejantes cartas no debian tratarse con mucho miramiento en conver-

saciones privadas. Sabía Mitchell, embajador inglés en Berlin, que S. M. sostenía larga correspondencia con Voltaire, en la cual trataba sin ambages de sus negocios de Estado más importantes, y júzguese de su asombro al oír al Rey cierto día que su caro corresponsal íntimo era un miserable sin corazón. A su vez, el poeta no iba en zaga á Federico, y cuando le ocurría emitir su juicio sobre él lo hacía con el ménos respeto posible. Sin embargo, experimentaba por el monarca prusiano, al propio tiempo que odio y desprecio, afecto y admiracion; sentimientos opuestos que se sucedían en su ánimo continuamente, y hacían del patriarca de Ferney un tipo semejante al de los chicos mal criados que pasan en un cuarto de hora de la risa al llanto, y de las caricias á los golpes. A fuer de francés, deseaba el triunfo de su patria, y como filósofo el sostenimiento de un colega en el trono, y por tal manera quería salvar y abatir á Federico; pero sólo tenía un medio de conseguir la realizacion de sus encontrados deseos, cual era el de que la intervencion de la Francia lo libertara de sus enemigos, sabiendo el favorecido que debía tan útil auxilio á la mediacion suya: tal era la venganza por extremo singular en que soñaba el poeta, imaginando que desde su apartado retiro de los Alpes podia dictar la paz á Europa.

D'Estrée habia dejado el mando del ejército de Hannover y encargádose de él Richelieu, el cual hasta entónces sólo era conocido por su ventura en lides amorosas. En efecto, Richelieu merece sin duda ocupar el primer puesto entre todos los seductores de profesion de que dan cuenta más largamente las novelas de Crebillon hijo y de Laclos, tanto, que no satisfaciéndole los triunfos que alcan-

zaba sobre sus bellas enemigas, fué osado en su primera juventud á poner los ojos en las princesas de la Casa Real, no siendo extraño, si hemos de dar crédito al rumor público, á los misteriosos remordimientos que turbaron las últimas horas de la bondadosa madre de Luis XV. Pero á la sazón no era el Duque sombra de lo que fué, sino es un viejo de cincuenta años, corrompido, preocupado de pequeñeces, falto de salud, con su patrimonio empeñado, y lo que áun era peor para él, con la nariz amoratada. Sin duda era valiente como todos los caballeros franceses, aunque frívolo y poco respetado; mas cuando se puso á la cabeza del ejército de Hannover, carecia de conocimientos militares y no le preocupaba otro pensamiento que el de restaurar las ruinas que habian hecho en su hacienda las prodigalidades y desórdenes de su vida pasada.

Al ocaso de su vida el duque de Richelieu cobró mala voluntad y odio profundo á los filósofos, no tanto por las partes de su sistema que cualquiera hombre prudente y discreto hubiera condenado, cuanto por sus virtudes, por su amor á la libertad, por su propósito de combatir los abusos de que él mismo daba ejemplo tan triste. No obstante, á Voltaire lo eliminaba de su lista de proscripción, y se carteaba con él de la manera más afectuosa; y tan singular cariño le tenía, que gustaba de honrar al patriarca de tiempo en tiempo pidiéndole fuertes sumas prestadas, cuyos réditos, por afecto tal vez y benevolencia, olvidaba de pagar. Aprovechando estas circunstancias, se propuso el filósofo poner en relaciones al general en jefe del ejército frances con el rey de Prusia, escribió á los dos á este fin, y logró establecer entre ambos seguida correspondencia.

Pero Federico debió su salud á otros medios. Al comenzar Setiembre, se hallaba el rey de Prusia en situacion muy difícil, y sus contrarios persuadidos de haberlo encerrado en un círculo de hierro del cual no escaparía. Porque miéntras los rusos hacian el mayor estrago en sus provincias orientales, la Silesia estaba ocupada por austriacos, un numeroso ejército frances avanzaba sobre él de la parte occidental bajo las órdenes del mariscal Soubisse, príncipe de la casa de Rohan, y Berlin mismo habia sido entrado á saco por los croatas. Pero treinta dias bastaron á Federico para salir con gloria de trance tan difícil y peligroso.

Se dirigió primero contra Soubisse, y el 5 de Noviembre se avistaron ambos ejércitos en Rosbach. Los franceses eran dos contra uno; mas no estaban suficientemente disciplinados y diestros, y su caudillo carecia por completo de dotes militares, merced á lo cual las disposiciones acertadas de Federico y el valor de sus tropas alcanzaron completa victoria, quedando en su poder siete mil prisioneros y todos los cañones y bagajes, huyendo los contrarios con el desórden propio de muchedumbre amotinada que dispersa una carga de caballería. Conseguida esta victoria, el vencedor se dirigió sobre la Silesia, donde todo parecia perdido. Breslau estaba en manos del enemigo, y Carlos de Lorena, con fuerzas imponentes, dominaba la provincia entera. El 5 de Diciembre, un mes despues de la batalla de Rosbach, Federico atacó al príncipe Carlos en Leuthen, cerca de Breslau. Tenía cuarenta mil hombres bajo sus órdenes y el contrario sesenta mil; y, áun cuando por regla general acostumbraba á no tratar á sus soldados sino es como máquinas, aquel dia empleó los medios extraordinarios de que

se sirvió despues Bonaparte con tanto éxito para excitar el entusiasmo de sus tropas, pues convocó alrededor suyo á sus principales caudillos y les dirigió una arenga calurosa, encargándoles que fueran mensajeros de sus palabras á los cuerpos. El resultado excedió á las esperanzas; y cuando se dió la órden de acometer, los prusianos se hallaban animados del más bélico ardor, demostrándolo con su flemma y gravedad característica, marchando al fuego por columnas cerradas, cantando al són de pífanos y tambores los groseros himnos del sajón Herholds. Jamás se batieron mejor los soldados de Federico, ni brilló el genio militar de su jefe de una manera más espléndida que en aquella batalla, que, al decir de Napoleon, «fué una obra maestra y bastante á colocar á Federico entre los mayores capitanes.» La victoria fué completa, en efecto; veintisiete mil austriacos quedaron muertos, heridos ó prisioneros; y cincuenta banderas, cien cañones y cuatro mil carros fueron los trofeos del vencedor: Breslau abrió sus puertas; la Silesia volvió al yugo de Federico; el de Lorena fué á ocultar en Bruselas su vergüenza y su dolor, y el de Prusia dió á sus tropas algun descanso en cuarteles de invierno, despues de una campaña cuyas vicisitudes exceden á las de todas las guerras de tiempos pasados y presentes.

Con esto la gloria del rey de Prusia llenó el mundo entero. El año precedente habia resistido con éxito á tres soberanos, de los cuales el más débil era tres veces más fuerte y rico que no él: de cuatro batallas campales contra fuerzas superiores habia ganado tres, y reparada como lo habia sido la derrota de Kolin, ántes aumentaba que no disminuía su reputacion militar; que la victoria de Leu-

then áun hoy dia es el triunfo más hermoso de que la Prusia pueda enorgullecerse (1). Porque, si bien Leipsick y Waterloo tuvieron para la Europa resultados de mucha ó mayor importancia, en ambos lugares no estuvieron solos sus soldados; y si, por otra parte, considerada bajo el punto de vista militar, la batalla de Rosbach fué ménos gloriosa que la de Leuthen por haberse alcanzado sobre un general incapaz y tropas desorganizadas, sus consecuencias morales fueron inmensas, por cuanto hasta entónces, como quiera que Federico sólo habia derrotado ejércitos compuestos de germanos, no podia el pueblo aleman gloriarse de semejantes triunfos; que nunca un hannoveriano se preciará de haber vencido moravos, ni éstos de haber pasado á cuchillo pomeranienses, ni los mismos berlineses de ver suspendidas en las bóvedas de los templos prusianos las banderas sajonas; pero la victoria de Rosbach lo era nacional, pues allí un ejército aleman, mandado por un príncipe aleman, sin recibir auxilio de nadie, rompió y deshizo completamente un ejército extranjero. Desde la disolucion del imperio de Carlo-Magno, la raza teutónica no habia conseguido victoria más señalada sobre los francos; de aquí que la noticia del triunfo alcanzado por Federico produjera entusiasmo indescriptible en el pueblo inmenso que habla los diferentes dialectos de la antigua lengua de Arminio, y que se extiende hasta el Báltico desde los Alpes, y hasta las fronteras de la Lorena desde las de Curlandia; compren-

(1) Esto, como ya dijimos ántes, se escribia en 1842. Despues de esa fecha los anales militares de Prusia registran los nombres de Sadowa y de Sedan, de triste recuerdo para el Austria y la Francia.—N. del T.

diendo por esta causa la Europa que todos los pueblos de Alemania no formaban sino es uno sólo cuyo verdadero jefe supremo podría llegar á ser Federico, y cuya capital seria, tal vez, Berlin en plazo no lejano (1). Así lo comprendieron los alemanes, y de aquel momento histórico data ese espíritu teutónico cuya resurreccion en 1813 libertó del yugo napoleónico á la Europa central; espíritu que áun vela en las orillas del Rhin y la preserva de nueva servidumbre (2).

Tan memorable jornada, no tuvo sólo resultados políticos, porque áun cuando nunca supo Federico apreciar ni comprender su lengua materna, áun cuando siempre consideró á la Francia como patria privilegiada del buen gusto y de la filosofía, contribuyó, sin darse cuenta de ello, y tal vez sin quererlo, á emancipar del yugo extránjero al genio alemán; y derrotando á Soubisse en Rosbach, creó en cierto

(1) Conviene tener en cuenta que estas palabras las escribió el autor hace 37 años y 28 ántes de que el rey Guillermo fuera proclamado emperador de Alemania en el palacio de Luis XIV, celebrando su advenimiento al solio de Cárlo-Magno los cañones que bombardeaban á Paris; circunstancia que les imprime todo el carácter de una profecía histórica que se ha realizado por consecuencia de las mismas causas indicadas por él y no por otras.—Nota del T.

(2) Sin que tengamos el propósito de contradecir al autor, ni tampoco nos ciegue amor patrio excesivo, parecemos que la resistencia tenaz é indomable de los españoles en su guerra famosa contra Napoleon, fué, ántes que el espíritu teutónico, lo que enseñó á los pueblos de la Europa, hasta entónces vencidos siempre por el capitán del siglo, á unir sus esfuerzos y á fundir sus voluntades para pelear con bizarría *pro aris et focis*, como acontecia en la Península. El espíritu teutónico pudo ser el vehículo, sin duda; pero la inspiracion de tan grande idea la recibió la Europa central de nuestra España.—N. del T.

modo, á su pesar, los poetas y escritores que serian sin tardanza rivales de Boileau y de Voltaire; sucediendo por tal manera que el Rey, que no leia sino en libros franceses, ni gustaba de hablar en otra lengua que la francesa, y que ya era conocido entre los publicistas franceses, emancipó sin advertirlo ni saberlo á la mitad del continente del dominio de aquella literatura, cuyo más humilde y fiel esclavo continuó siendo hasta el fin de su vida: ¡que por tan misteriosos medios da en tierra y deshace la Divina Providencia los proyectos humanos!

Los triunfos de Federico alcanzaron en Inglaterra más resonancia, si cabe, que en Alemania; su popularidad subió de punto, y el aniversario de su nacimiento se celebró y festejó con indecible alegría y entusiasmo, iluminándose todas las casas de Londres, y viéndose por todas partes el retrato del héroe de Rosbach, con su sombrero y su peluca legendarios. Tanto fué así, que aún hoy es más fácil encontrar en los comedores de las antiguas hospederías la imágen del rey de Prusia que la de Jorge II; como que por entónces hasta los pintores de muestras trasformaron al ántes tan popular almirante Vernon, que campeaba por sobre tantas puertas de tienda y de posada, en Federicos más ó menos lastimosamente parecidos.

Algunos jóvenes ingleses desearon con esto visitar la Alemania en clase de voluntarios para aprender el arte de la guerra bajo las órdenes del más ilustre de los generales contemporáneos; pero Federico rehusó cortés y categóricamente aquella demostracion de afecto y de respeto, porque sus campamentos no eran escuelas de aficionados al arte de la guerra, sino es lugares donde toda severidad y aún toda barbarie tenian su natural asiento por ex-

ceso de disciplina y de rigorismo militar, como que miéntras duraba una campaña, por ejemplo, los oficiales se hallaban sujetos á reglas no ménos austeras y rígidas que las más duras de las órdenes monásticas.

Pero la Inglaterra lo proveyó de cosa más necesaria y útil para él que no sus aristocráticos voluntarios, dándole un subsidio anual de 700.000 libras esterlinas, ó sea 17 millones y medio de pesetas, lo cual le permitió aumentar la cifra de su ejército en más de 50.000 hombres. Pitt, que se hallaba entonces en el apogeo de su poder y de su popularidad, se propuso defender la Alemania occidental contra la Francia, y no satisfecho con el auxilio pecuniario pidió á Federico un general. El rey de Prusia designó al príncipe Fernando de Brunswick, que ya se habia distinguido á su servicio, y que á la cabeza de un ejército anglo-hannoveriano y de mercenarios de todos los Estados del Imperio, justificó despues la eleccion de las dos cortes aliadas, demostrando que era el segundo capitan de Europa.

Federico pasó el invierno en Breslau, ocupado en leer y escribir y prepararse para la campaña siguiente, con tanta presteza, que llenó en breve plazo los huecos que habia hecho la guerra en las filas de su ejército, y la primavera de 1758 lo encontró dispuesto á entrar de nuevo en campaña como así fué, miéntras el de Brunswick tenia estrechados á los franceses. Intentó primero el rey de Prusia operaciones insignificantes contra los austriacos, y despues se dirigió sobre los rusos, que acababan de penetrar hasta el corazon de sus Estados, matando, incendiando y asolando cuanto habian á su paso, y los atacó en Zorndorf, cerca de Francfort, sobre el Oder. La batalla fué larga y san-

griente, y por ninguna parte se hicieron prisioneros, porque las razas germánica y scita seguian aborreciéndose de muerte, y además el estrago hecho por los rusos habia enardecido sobre toda ponderacion así al Rey como á sus prusianos, que derrotaron por completo al enemigo, y dejaron libres de todo riesgo las fronteras orientales de su patria durante algunos meses.

Federico habia llegado al zenit de su gloria militar, derrotando en el corto espacio de nueve meses, en tres batallas, á los ejércitos de tres poderosas monarquías, cual eran la Francia, el Austria y la Rusia; pero, en cambio, debia verse sometido su carácter á las pruebas más rudas y terribles, porque así se veria humillado, como enaltecido fué de la fortuna. En efecto, á la serie brillante de triunfos que acabamos de enumerar, sucedió una serie de catástrofes tan espantable que otro caudillo que no él, hubiera perdido su reputacion y experimentado profundo y mortal dolor. Sin embargo, Federico excitó siempre, áun en medio de las circunstancias más graves y de mayor peligro, el respeto y la admiracion de sus vasallos, de sus aliados y de sus enemigos, porque en toda ocasion adversa, lo mismo cuando sucumbia bajo el peso de sus desgracias, que cuando el hastío de la vida se apoderaba de su ánimo, en fuerza de padecer, luchaba con vigor sobrehumano, pareciendo más grande y poderoso todavía en la derrota, en la fuga misma, en medio de las ruinas y desastres que lo rodeaban, y cuando ningun auxilio esperaba, que en los campos de batalla de sus más gloriosas victorias.

Así que hubo desbaratado á los rusos, corrió á Sajonia para combatir las tropas de la Emperatriz, que se hallaban á la sazón bajo las órdenes de los

más prudentes y emprendedores de sus generales, Daun y Laudohn. Y como ambos célebres caudillos concertaran un plan de ataque tan hábil como atrevido, que consistía en sorprender á media noche el campamento de Hochkirchen, donde se hallaba el Rey, así lo ejecutaron, salvándose de completa destrucción el ejército prusiano merced á la presencia de ánimo de Federico; pero quedando derrotado y con pérdidas inmensas. El feld-mariscal Keith pereció en la pelea. Los primeros disparos lo despertaron sobresaltado, y tomó sus armas y acudió al lugar del combate, recibiendo una herida peligrosa, que no fué parte á que abandonara el campo, sino es á excitar su valor y su coraje, hasta que una bala enemiga puso fin á su carrera de nobles aventuras.

Felizmente Federico sabía cómo se reparaba una derrota, y Daun ignoraba el medio de sacar el partido más ventajoso de una victoria, y no se abatió por el desastre, y reorganizando el ejército, lo puso en pocos dias en condiciones tan fuertes y temibles cual estaba la víspera de Hochkirchen. El porvenir comenzaba, no obstante, á inspirarle grande zozobra. Un ejército austriaco, bajo las órdenes del general Harsch, habia invadido la Silesia y puestó cerco á la fortaleza de Niesse, y Daun habia escrito á su colega: «No paseis cuidado por el rey de Prusia, que yo daré cuenta de él;» palabras que no parecían exageradas, porque la situacion de los prusianos era cada dia más difícil, pues mientras el ejército victorioso de Daun les cortaba el camino de la Silesia, si lograban llegar á ella, vencéndolo, dejaban expuesta la Sajonia á los ataques del austriaco. Pero la firmeza y la actividad de Federico vencieron de todos los obstáculos, y dando con extraordinaria prontitud un rodeo inmenso para evitar

á Daun, fué directamente á la Silesia, libertó á Neisse y rechazó á Harsch en Bohemia. Daun se aprovechó de la ausencia del Rey para caer sobre Dresde; los prusianos se defendieron de una manera desesperada; los vecinos de la rica y hermosa capital imploraron en vano sucesivamente la comiseracion de austriacos y prusianos, de sitiadores y sitiados, para salvar de la ruina y del incendio sus magnificos arrabales. Era seguro, además, que si el enemigo conseguia penetrar en la ciudad, tendria que dar una batalla en cada calle y un asalto en cada casa. En tal estado las cosas, se supo que despues de arrojar de Silesia á sus contrarios, Federico venia sobre Sajonia á marchas forzadas; nueva que obligó á Daun á levantar el asedio de Dresde, y á replegarse al territorio austriaco. El rey de Prusia hizo su entrada triunfal en la ciudad sin ventura, que tan cruelmente pagaba la política pérfida y pusilánime de su soberano. Era entónces el 20 de Noviembre, y el rigor de la estacion suspendió las operaciones militares, acogiéndose á cuarteles de invierno, en Breslau, el ejército prusiano.

Al terminar la tercera campaña de la guerra de los Siete años, el rey de Prusia conservaba las mismas posiciones que al comenzar la lucha. Desgracias domésticas lo habian afligido al propio tiempo que reveses militares, pues el 14 de Octubre, el dia mismo de la derrota de Hochkirchen (dia nefasto cuyo aniversario señaló cuarenta y ocho años despues desastre más terrible áun), pasó de esta vida Guillermina, la margravina de Bareuth, su hermana; pérdida que hizo sentir á Federico en su alma de hierro tanto dolor como la de una provincia ó de una batalla, porque amaba á la princesa con extremo. Si hemos de juzgar de Guillermina por los re-

tratos que así ella como sus contemporáneos más dignos de crédito nos han dejado, carecia de buenos modales y delicadeza; pero sabía odiar, lo cual no es comun, y al propio tiempo ser buena y generosa; y así por estas circunstancias, como por la sutileza y virilidad naturales de su espíritu, que el cultivo más prolijo desarrolló en alto grado, mereció ser la amiga íntima y la favorita de Federico.

Durante aquel invierno, que pasó en Breslau, se abandonó por completo el rey de Prusia á sus inclinaciones poéticas, siendo lo mejor, tal vez, de sus versos una sátira mordaz que por entónces hizo sobre Luis XV y Mme. de Pompadour, y que se apresuró á mandar á Voltaire. La obra era tan buena, que temió éste hacerse sospechoso, cuando ménos, de haberla corregido y limado; pero es lo cierto que tanto por esta causa como por malicia, la envió al duque de Choiseul, primer ministro á la sazón del rey de Francia. A fuer de hombre de ingenio y de buen sentido, determinó Choiseul batir á Federico de igual modo y con armas iguales, y se dirigió á Palissot, que tenía cierta fama de satírico y de versificador, el cual, áun cuando no habia logrado escarnecer todavía por aquel entónces en el teatro á Helvecio y á Juan Jacobo, acertó á componer algunos versos de bastante mala intencion acerca de la moralidad y del carácter de Federico; respuesta que Choiseul envió á Voltaire sin más tardanza. Esta guerra de epigramas en pos de la matanza de Zorndorf y de las ruinas y desolaciones de Dresde, arroja luz vivísima sobre el carácter extraño del rey de Prusia.

Los enemigos de Federico recibieron en aquella circunstancia un refuerzo. Porque como hubiera fallecido por entónces Benito XIV, el más ilustrado,

prudente y apreciable de los doscientos cincuenta sucesores de San Pedro, y ocupara la Santa Sede en el corto intervalo que separa su pontificado del de su discípulo Ganganelli, el cardenal Rezzonico, que se llamó Clemente XIII, queriendo éste auxiliar en algun modo á la católica María Teresa contra el heresiarca Federico, bendijo solemnemente el dia de Navidad una espada con rica bandolera, un sombrero de terciopelo carmesí guarnecido de armiño y una paloma de perlas, místico símbolo del celestial dispensador de todo consuelo divino, y con gran pompa envió estos objetos al mariscal Daun, vencedor de Kolin y de Hochkirchen. Cierta es que los Papas habian otorgado á las veces semejantes muestras de distincion á los más ilustres campeones de la cristiandad, como por ejemplo, á Godofredo de Bouillon, al duque de Alba y á Sobieski; pero los presentes que recibia el baron del Santo Sepulcro en el siglo XI con grande acatamiento, y que todavía conservaban cierto valor en el XVII, sólo excitaron malignas sonrisas en una generacion que leia las obras de Montesquieu y de Voltaire. Federico escribió algunas sátiras picantes, así sobre la donacion como sobre el donador; pero la opinion pública de Europa no habia menester de las rimas del rey-poeta para que la Santa Sede comprendiera que habia pasado la época de las cruzadas á juzgar por su conducta en aquel caso.

Acababa de inaugurarse la cuarta campaña, que fué la más desastrosa de la guerra de los Siete años. Los austriacos invadieron la Sajonia y amenazaron á Berlin, y los rusos derrotaron á los generales prusianos en el Oder, avanzaron sobre la Silesia, se reunieron con Laudohn y se atrincheraron fuertemente en Kunersdorf. Federico fué á ellos y les dió

batalla. Durante la primera mitad de la jornada, todo cedió al ímpetu de los prusianos y á la pericia de su caudillo, quedando rotas las líneas enemigas y cayendo en poder de Federico parte de su artillería, nueva que se apresuró á comunicar á Berlin, despachando un correo mensajero de victoria completa y decisiva. Mas, entre tanto, los rusos, aunque malparados, no vencidos, se reunieron haciendo esfuerzo sobrehumano en posicion inexpugnable casi: la eminencia en la cual está el cementerio judío de Francfort. La batalla se empeñó de nuevo, y aunque sin fuerzas ya, despues de seis horas de lucha encarnizada bajo un sol tropical, la infantería prusiana dió el asalto; el Rey mismo se puso á la cabeza de sus tropas y cargó tres veces consecutivas; le mataron las balas enemigas dos caballos; sus oficiales de estado mayor caian unos en pos de otros heridos mortalmente á su alrededor, y él recibió algunos balazos en la casaca; pero todos los esfuerzos, todo el valor y todo el ardimiento y habilidad de que dió repetidas muestras, se estrellaron en la incontrastable resistencia de los rusos, y la infantería de Federico, diezmada por el fuego y rendida por el cansancio, vaciló y flanqueó, apoderándose el terror de sus filas en toda la extension que ocupaba. Lo cual advertido de la temible caballería de Laudohn, que áun no habia entrado en fuego y que acechaba el momento de tomar parte en la pelea, cayó sobre las huestes del rey de Prusia, determinando su derrota. Federico estuvo á punto de caer en manos del vencedor, y debió su salvacion á la bizarría de un oficial que, á la cabeza de un peloton de húsares, protegió su fuga. Desfallecido de cansancio y destrozado de dolor el corazon, llegó Federico aquella noche á un lugar saqueado ya por

los cosacos, y se acostó en un monton de paja en las ruinas de una granja, no sin enviar á Berlin otro despacho muy distinto del primero, y en el cual decia: «Salga de Berlin sin pérdida de tiempo la familia real. Enviense los archivos á Postdam. La capital puede entrar en tratos con el enemigo si las circunstancias lo exigen.»

Sus pérdidas eran enormes: de los cincuenta mil hombres que la mañana de aquel dia mismo marchaban con denuedo sobre los contrarios guiados de las águilas negras de Prusia, no le quedaban más de tres mil. Excusado nos parece decir que con esto pensó de nuevo en el sublimado corrosivo. Escribió varias cartas despidiéndose de algunos amigos, é indicando aquellas disposiciones que le parecian más convenientes despues de su muerte, y concluia en una de ellas diciendo: «Ya no me quedan más recursos; todo está perdido, y yo resuelto á no sobrevivir á la ruina de mi patria. Adios para siempre!»

Perdido parecia todo, en efecto; pero las rivalidades y querellas mutuas de sus enemigos les privaron de recoger el fruto de la victoria, pues malgastaron en disputas algunos dias, cuando sólo veinticuatro horas, en aquellas circunstancias, y dado el temple y condiciones de Federico, valian tanto como para otro general meses enteros. Al dia siguiente de la batalla, Federico tenía diez y ocho mil hombres á su alrededor, y de allí á poco doce mil más; y con la artillería que le mandaron de las fortalezas vecinas, en breve se halló al frente de nuevo ejército. Pero si bien con esto se amparaba la capital por el momento, una serie de no interrumpidas desgracias abrumó entónces á Federico: uno de sus generales se dejó coger en Maxen con una fuerte

columna; otro fué derrotado en Meissen; y cuando acabó la campaña de 1759 en medio de un invierno riguroso, la suerte de la Prusia parecia desesperada. Sólo en un punto le habia sonreido la fortuna, pues más venturoso que su jefe, el de Brunswick consiguió reducir á la nulidad las armas francesas con una serie de triunfos, de los cuales fué, sin duda, el más glorioso la batalla de Minden.

El quinto año de guerra debia comenzar en breve, pareciendo imposible que la Prusia, tan castigada del estrago que habian hecho en ella los ejércitos propios y extraños, pudiera sostener por más tiempo la lucha; pero el Rey dió á la Europa el ejemplo que despues debia seguir en Francia el comité de Salud Pública, resistiendo al enemigo á todo trance. A esto se reducía su pensamiento, importándole poco lo demás; como que á sus ojos el reino entero no era sino cual una ciudad sitiada á la que defendía él á costa de la destruccion de la propiedad, de los vínculos civiles, de la depreciacion de la moneda, de la miseria de los empleados, que no percibian sus haberes, y de la ruina completa en muchos casos de las relaciones administrativas entre el Gobierno y los ciudadanos; y mientras le quedaran hombres y caballos, y pan de avena y patatas, y pólvora y halas; en una palabra, mientras pudiera mantener ó matar soldados, en su corazon y en su conciencia debia continuar la guerra.

Las primeras operaciones de la campaña {de 1760 le fueron tambien desfavorables. El enemigo se apoderó de nuevo de la capital, impuso enormes contribuciones á sus habitantes, y saqueó, además, el palacio real. Luégo pareció sonreírle la fortuna, que por espacio de dos años le fué infiel, y alcanzó en Lignitz una gran batalla sobre Laudohn, desba-

ratando las huestes de Daun, en Torgau, tras mortífero combate. Pero al concluir el quinto año, el resultado de la guerra era incierto aún, por mas que todos vieran á Federico prepararse á proseguirla con nuevos bríos, á pesar de la situacion lastimosa en que se hallaba su pueblo, y con tanta sed de vengarse del odio implacable de sus contrarios, que ya no se curaba de ocultarla. «Empiezo á comprender, decia en una carta, que la venganza es un placer verdaderamente inefable; y como no tengo la pretension de ser ni de parecer santo, confieso que no moriré contento si no puedo ántes de partirme de esta vida hacer sentir á mis enemigos una parte siquiera de los males y daños que sufro por ellos.»

La campaña de 1761 añadió aún nuevos timbres á su gloria; mas á pesar de sus esfuerzos, sus resultados fueron desastrosos para la Prusia. Laudohn habia conquistado la fortaleza de Scheweidnitz, que lo hizo dueño de la mitad de Silesia y de todos los pasos importantes de las montañas. Los rusos, á su vez, habian derrotado á los generales prusianos en Pomerania; y con esto y la falta de recursos de todo género que tenía, por confesion propia, desesperaba de hallar soldados, caballos y pertrechos.

Sin embargo, dos grandes acontecimientos debian tener lugar en breve que producirian cambios en las relaciones de la mayor parte de los Estados europeos: la retirada de Mr. Pitt, y la muerte de la emperatriz Isabel de Rusia.

La retirada de Pitt parecia llevar consigo la ruina completa de la casa de Brandeburgo, porque con ella perdía su principal apoyo. El hombre de Estado inglés era sobrado altivo y vehemente para mancharse de traicion ó cobardía, y más de una vez habia dicho que mientras fuera ministro la Ingla-

tera no haria una paz de Utrecht, ni abandonaria por consideracion alguna personal á ninguno de sus aliados, áun cuando este aliado se viera reducido á la mayor extremidad. La guerra continental vino á ser por esta causa una manera de guerra particular suya, como que olvidándose de sus elocuentes protestas contra la política hannoveriana de Carteret y los subsidios alemanes de Newcastle, se aventuró á declarar «que la Inglaterra debia permanecer tan unida al Hannover como al Hampshire, y que haria en Alemania la conquista de América.» Pero cayó del poder que, si no con mesura, ejerció con vigor y talento, y las riendas de la gobernacion del Estado fueron á manos de un representante del partido tory, que luchó contra Guillermo, que persiguió á Marlborough y que abandonó los catalanes á la venganza de Felipe d'Anjou, y cuya política en aquellos momentos se contrajo á suscribir la paz con Francia, y á romper tan pronto como lo permitieron los respetos todas las alianzas continentales; política que inspiró á Federico injusto, amargo y profundo resentimiento contra Inglaterra, que produjo tan deplorables resultados que áun se hacen sentir en el mundo civilizado, y fué causa de que, andando el tiempo, no ballara la Inglaterra en el continente un solo aliado contra la casa de Borbon; determinando á Federico á concertarse y aliarse con la Rusia y á ser cómplice de aquel gran crimen que produjo á su vez tantos otros y se conoce en la historia bajo el nombre de primera reparticion de Polonia.

Pero, nobien perdió Federico su aliado con la retirada de Pitt, el fallecimiento de la emperatriz Isabel produjo una revolucion completa en la política de la Rusia, pues como el gran-duque Pedro, sobri-

no y sucesor de la soberana difunta, sentia verdadera pasion por Federico, de quien se mostraba siempre servil imitador, tan luego subió al trono, se apresuró á poner en libertad á los prisioneros prusianos, no sin equiparlos ántes y proveerlos de manera conveniente para restituirlos á su patria, y despues de retirar sus tropas de las provincias que Isabel habia resuelto incorporar á su imperio, desligó á todos los súbditos alemanes del juramento de fidelidad que se habian visto forzados á prestarle. Aun hizo más. No satisfecho con haber celebrado las paces más favorables á la Prusia, quiso entrar al servicio del ejército pruziano, y no siendo esto posible, vistió el uniforme de general de Federico, luciendo al pecho la placa del Aguila Negra, proyectó hacer una visita á su ídolo cuanto ántes lo consintieran las obligaciones de su oficio, y le despachó á seguida en muestra de su buena voluntad un auxilio de quince mil soldados escogidos. Merced á este socorro, el Rey reparó los quebrantos de la campaña precedente, reconquistó la Silesia, deshizo á Daun en Bukersdorf y sitió y tomó á Schweidnitz, logrando ponerse en tales condiciones que al terminar la campaña de aquel año presentaba un frente tan formidable á las fuerzas de María Teresa como en 1759, ántes de sus grandes reveses. Aun no habia concluido la campaña cuando ya el emperador Pedro, asesinado por sus vasallos, dejaba el trono vacante á la emperatriz Catalina II, su esposa (1), la cual si bien no se mostró á los prin-

(1) A título de documento curioso respecto de tan trágico suceso, debe consultarse la *Historia de la revolucion de Rusia* en 1762, por M. Rulhière, testigo de ella; libro raro que tradujo el autor de esta nota en 1878. Madrid, 1878, en 8.º, un vol.—N. del T.

cipios de su reinado muy favorable á Federico, y retiró las tropas rusas de su ejército, respetó la paz suscrita por su marido, quedando á lo ménos por esa parte tranquilo el rey de Prusia y libre de un enemigo formidable.

Y como casi al propio tiempo hubieran celebrado un pacto de alianza la Francia y la Inglaterra, en virtud del cual se obligaban las dos naciones á permanecer neutrales en las guerras de Alemania, quedó disuelta la coalicion y solos frente á frente los dos adversarios primitivos, esto es, el Austria y la Prusia, en el mismo palenque teatro de luchas tan sangrientas y terribles. Sin duda que el Austria no se hallaba en tan precaria situacion como Prusia; pero ¿era posible que reducido el imperio á sus propias fuerzas triunfara de su enemigo, cuando no lo habia logrado con el auxilio de la Francia y de la Rusia? Demas de esto, nuevos peligros amenazaban á la corte de Viena, con motivo de la conducta de la Puerta Otomana y de haber concentrado cien mil turcos en las fronteras de Hungría. Persuadida María Teresa de que la continuacion de la guerra era empresa inútil y ocasionada sólo á eventualidades y conflictos de la mayor trascendencia, determinó de hacer la paz, como así se verificó, en Hubertsburgo á principios de 1763, terminando la guerra que per espacio de siete años cubrió de sangre y ruinas la Alemania. Federico no hizo la menor concesion, y la Silesia quedó por suya, despues de haberla defendido contra todos los soberanos de Europa coligados contra él.

Seis años hacía que se hallaba Federico ausente de Berlin cuando volvió para entrar en su capital triunfante, trayendo á su lado al de Brunswick. La multitud lo aclamó con entusiasmo tal, que se sintió

profundamente conmovido , y poniéndose en pié en el carruaje, gritó varias veces: «¡Viva mi pueblo querido! ¡Vivan mis hijos!»

Pero en medio de la pompa y de las demostraciones de alegría de aquella fiesta, veíase por todas partes la huella de los estragos terribles de la guerra. La capital habia sido tomada y saqueada diferentes veces, y su poblacion estaba en notable descenso. Así y todo, era Berlin la ciudad que ménos habia sufrido en el reino. Las contribuciones forzosas que hubo de pagar la Prusia al enemigo durante los pasados siete años, ascendian á 500 millones de pesetas, y el valor de los objetos destruidos excedia con mucho de esta cantidad: los campos estaban yermos; la semilla se habia consumido en un momento de necesidad; ganado no existia, que las enfermedades y el hambre lo acabaron; más de mil quinientas casas yacian en ruinas; la sexta parte de la poblacion masculina, en aptitud de empuñar las armas, habia sucumbido durante la guerra, y el censo total de los habitantes del reino bajado un 10 por 100. En algunas provincias sólo se veian mujeres haciendo las labores campestres, y en otras cruzaban los viajeros aldeas abandonadas sin descubrir un solo sér viviente. El curso de la moneda sufrió depreciacion considerable; las leyes carecian de fuerza, los magistrados de prestigio y de autoridad; los resortes del Gobierno estaban distendidos ó rotos, y el ejército mismo en completa desorganizacion, como que no habia sido posible reemplazar los generales y jefes muertos en los campos de batalla, que al fin de la guerra la falta de soldados hizo necesario admitir á todo el que se presentó con voluntad de alistarse y que se contaban batallones enteros formados de prisioneros ó desertores. Tal

quedaba la Prusia, que treinta años consecutivos de paz y de buen gobierno apenas parecían bastantes á cicatrizar las profundas heridas causadas por siete de guerra. Felizmente la Prusia no habia contraído deudas, sino es soportado todo el peso de cargas onerosísimas sobre sus propios hombros sin hipotecar su porvenir.

Hagamos alto en este punto, al ménos por ahora, despues de haber recorrido toda la carrera militar del rey de Prusia. Tal vez algun dia, cuando las Memorias de que nos hemos servido para nuestro trabajo se completen (1), nosotros tambien conclu-yamos la presente obra, completándola con el exámen de su política exterior y de sus costumbres particulares durante los años de tranquilidad que sucedieron á la guerra de los siete años.

(1) Aun cuando el autor no llegó á cumplir su promesa, el presente estudio puede considerarse completo, pues abarca toda la historia militar de Federico el Grande.—
N. del T.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>PÁGS.</u>
AL QUE LEYERE.....	v
La guerra de sucesion en tiempo de Felipe V.	1
Apéndices.....	67
Lord Clive.—1725-1774.....	75
Warren Hastings.—1732 á 1818.....	185
Federico el Grande.....	337

LIBRERÍA DE V. SUAREZ, JACOMETREZO, 72.

EL LIBRE-CAMBIO

Y

LA PROTECCION,

por

ENRIQUE FAWCETT,

PROFESOR DE ECONOMÍA POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD
DE CAMBRIDGE.

Traducido de la segunda edicion inglesa, con autorizacion del autor,

por

G. DE AZCÁRATE Y V. INNERÁRITY.

Cuando está puesta á la órden del dia, como suele decirse, en toda España y en América, la cuestion de la *libertad de comercio*, nada tan oportuno ni interesante como esta obra escrita por el distinguido profesor tan conocido en el mundo científico, Mister Fawcett. En ella, no solo se dilucidan los problemas que de antiguo vienen discutiendo libre-cambistas y proteccionistas, sino que se examinan los que han surgido en nuestros mismos dias con motivo del principio de *reciprocidad* y de los *tratados de comercio*.

La obra consta de XII-296 páginas, y comprende los siguientes capítulos.—I. Observaciones preliminares.—II. Proteccion.—III. El libre-cambio y la reciprocidad.—IV. Argumentos de los proteccionistas.—V. Postracion mercantil.—VI. Tratados de comercio.

Se halla de venta en las principales librerías al precio de 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

ENRIQUE AHRENS.

ENCICLOPEDIA JURÍDICA

Ó EXPOSICION ORGÁNICA

DE LA CIENCIA DEL DERECHO Y EL ESTADO.

VERSION DIRECTA DEL ALEMAN,

aumentada con notas críticas y un estudio sobre la vida y obras del autor,

POR

FRANCISCO GINER, GUMERSINDO DE AZCÁRATE

Y

AUGUSTO G. DE LINARES,

Profesores en la Institucion libre de enseñanza.

Este importantísimo libro es uno de los que más alto renombre han dado en toda Europa á su autor, tan estimado entre nosotros y á cuyas obras tanto debe la cultura filosófica y social de nuestro pueblo. Contiene, despues de la *Introduccion*, un compendio de *Filosofía del Derecho*, por demás precioso y completo, en medio de su brevedad; una *Historia general del Derecho*, quizá superior á cuantas hasta hoy se han publicado; una exposicion, modelo acabado en su género, del *Derecho*, especialmente en cuanto á la esfera civil ó privada, y por último, una ojeada á los principales problemas del *Derecho público*.

En el *Estudio* sobre la vida y las obras del ilustre jurisconsulto aleman, se exponen en breve resúmen sus principales escritos; así como en el gran número de notas críticas que acompañan á la version, se ha procurado completar el texto primitivo, en vista de otros trabajos posteriores, poniéndolo en consonancia con las últimas investi-

gaciones filosóficas é históricas. Por último, en la parte referente al Derecho civil alemán, no solo se han indicado las principales modificaciones introducidas en éste después de la publicación de la *Enciclopedia*, sino las más importantes diferencias entre aquel y nuestro derecho positivo.

La obra constará de 3 tomos en 4.^o

Se han publicado los tomos I y II. El I consta de xxiv-336 páginas, y comprende:

Advertencia de los traductores y anotadores.—Noticia sobre la vida y obras de Ahrens.—Prólogo del autor.—Introducción.

Principios de Filosofía del Derecho.—Fundamentación de la idea del Derecho.—Exposición de sus elementos capitales.—Crítica de los principales sistemas.—Formas del Derecho; fuentes inmediatas y mediatas.—El Estado.—División orgánica del Derecho privado y público, según los fines de la vida.

Historia del Derecho.—Principios filosóficos de esta historia.—Períodos capitales.—El Derecho pre-histórico.—Derecho oriental; ojeada general.—Los indos.—El pueblo zendo.—China.—Egipto.—Los hebreos.—Derecho musulmán.—Apéndices.

El II, que consta de más de 460 páginas, contiene:

Historia del Derecho en Grecia y Roma.—Diferencia entre ambos derechos.—Derecho griego.—Derecho romano.—Juicio histórico y filosófico.

Historia del Derecho en los pueblos cristianos.—Derecho germánico, en sus diversas épocas hasta nuestros días.—Derecho de los pueblos germánicos no alemanes.—Derecho germánico de los pueblos latinos.—Derecho de los pueblos eslavos.—Derecho húngaro.—Juicio filosófico-histórico.

Se hallan de venta en las principales librerías, al precio de 24 rs. Madrid y 28 provincias cada tomo.

Está en prensa el tomo III, que comprenderá: *Sistema del Derecho privado*, sobre bases filosóficas y concertando el Derecho romano con el germánico; *Derecho público*; *Metodología jurídica*.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ,

calle de Jacometrezo, 72, Madrid.

Los precios indicados en primer término son para Madrid, y los en segundo para provincias, franco de porte.

Antigüedades romanas, por Adam; 4 tomos, 4.º, 60 y 70 rs.

Arquitectura (Ensayo histórico sobre los diversos géneros de), empleados en España desde la dominación romana hasta nuestros días, por D. José Caveda (publicado de real orden); un tomo, 4.º mayor, 30 y 36 rs.

Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico universal, de Lesage, escrito por el conde de las Casas, traducido, corregido y aumentado por un español americano. París, 1826; un tomo marquilla, con 35 mapas, 200 y 240 rs.

Este Atlas es una Historia universal que abraza la serie de los siglos y clasifica todos los hechos importantes, ofrece por un mecanismo ingenioso, en un corto número de cuadros, el conjunto y las relaciones de la historia, de la geografía y de la cronología, etc., etc.: es el libro del laberinto que hace accesibles todas las profundidades y que descubre todas las sinuosidades, etc., del universo.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

OBRAS PUBLICADAS.

La Iliada, por Homero, traducción directa del griego en verso castellano con notas de Gomez Hermosilla; 3 tomos, 36 y 42 rs.

Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso, por Cervantes; 2 tomos, 24 y 28 rs.

Los nueve libros de la Historia, por Herodoto. traducción directa del griego con notas del P. Bartolomé Pou; 2 tomos, 24 y 28 rs.

Recuerdos de un anciano, por Alcalá Galiano; un tomo, 42 y 44 rs.

La Eneida, por Virgilio, traducción directa del latín en verso castellano y juicios críticos por D. Miguel Antonio Caro y D. Marcelino Menendez Pelayo; 2 tomos, 24 y 28 reales.

Estudios literarios, (*Milton, Maquiavelò, Byron, Dramáticos de la restauración, Dante, Petrarca, Goldsmith, Oradores atenienses*), por Lord Macaulay, traducción di-

LIBRERÍA DE V. SUAREZ, JACOMETREZO, 72.

recta del inglés por D. Mariano Juderías Bender; un tomo, 12 y 14 rs.

Vidas de los españoles célebres, por Quintana; 2 tomos, 24 y 28 rs.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

OBRAS PUBLICADAS.

- Flores de invierno.** Cuentos, leyendas y costumbres populares, artículos, por Federico de Castro, ex-rector y catedrático de la Universidad de Sevilla; un tomo, 14 rs.
- El arte cristiano en España,** por J. D. Passavant, director del Museo de Francfort, traducido del alemán y anotado por Cláudio Boutelou, ex-director y catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla; un tomo, 14 rs.
- Filosofía de la muerte.** Estudio hecho sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio, por Manuel Sales y Ferré; un tomo, 14 rs.
- La pintura en el siglo XIX,** por Cláudio Boutelou, ex-director y catedrático de la escuela de Bellas Artes de Sevilla; un tomo, 14 rs.
- Historia de los Musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides (711-1492),** por R. Dozy, traducida y anotada por Federico de Castro, ex-catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla; 4 tomos, 64 rs.
- Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos,** por Vivien de Saint-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Geografía histórica en la Universidad de Sevilla, con mapas intercalados en el texto; 2 tomos, 40 rs.
- Estudios políticos y sociales,** por Herbert Spencer, traducidos del inglés por Cláudio Boutelou; un tomo, 14 rs.
- Libro de Agricultura,** por el árabe Abu Zacaría, seguido del Catecismo de Agricultura, por Víctor Van-Den-Broeck y de las Conferencias agrícolas sobre los abonos químicos, por Mr. Georges Ville; 2 tomos, 32 rs.
- Investigaciones acerca de la Historia y Literatura de España durante la Edad Media,** por R. Dozy, traducidas de la segunda edición y anotada por Antonio Machado y Alvarez; 2 tomos, 32 rs.
- El Gobierno representativo,** por John Stuart Mill, traducido del inglés con notas y observaciones por Siro García del Mazo, jefe de trabajos estadísticos de la provincia de Sevilla; un tomo, 18 rs.

- El Cristianismo y la Revolucion francesa**, por Edgar Quinet, traducido por Siro García del Mazo; un tomo, 42 rs.
- El Darwinismo. Lo verdadero y lo falso de esta teoría**, por Eduardo de Hartmann, traducido por M. Sales y Ferré; un tomo, 42 rs.
- Estudios de los pueblos en la Exposicion de Paris de 1878**, por Cláudio Boutelou; un tomo, 46 rs.
- El Sol**, por el P. A. Secchi, director del Observatorio del colegio romano, corresponsal del Instituto de Francia, traducido por A. García, ex-catedrático de Física y Química y director de Telégrafos; 2 tomos, con láminas, 40 rs.
-

- Bóveda (La). Narraciones portuguesas**, por Alejandro Herculano, traducida por M. Ossorio y Bernard; 2 y 3 rs.
- Carreras (Las) científicas, literarias y artísticas de España**; estudios, gastos y porvenir que ofrecen, por Marcelino Oca; cuarta edicion, 8 y 40 rs.
- Código de Comercio**, arreglado á la reforma decretada en 6 de Diciembre de 1868, anotado y concordado, precedido de una introduccion histórico-comparada, seguido de las leyes y disposiciones posteriores á su publicacion que lo reforman y completan, y de un repertorio de la legislacion mercantil, por los directores de la Revista general de Legislacion y Jurisprudencia, D. Pedro Gomez de la Serna y D. José Reus y Garcia. Sétima edicion, corregida y aumentada por D. José Reus; un tomo, 4.^o, 40 y 48 rs.

Suplemento á la sétima edicion del Código de Comercio. Contiene la ley reformando varios artículos del Código de Comercio, concordada y anotada por D. José Reus, y todas las leyes, decretos, y reales órdenes dictadas en 1878; 8 y 9 rs.

- Código penal reformado de 1870 con las variaciones introducidas en el mismo por la ley de 17 de Julio de 1876**, concordado y comentado para su mejor inteligencia y fácil aplicacion, con una multitud de ejemplos y cuestiones prácticas, extractadas de la jurisprudencia del Tribunal Supremo en más de *tres mil* sentencias, etc., por D. Salvador Viada y Vilaseca: segunda edicion; 3 tomos, 4.^o, 100 y 140 rs.

- Código de Comercio y demás disposiciones legales vigentes en España y sus provincias de Ultramar en materias mercantiles**, con arreglo á las últimas reformas, anotado

por un abogado del ilustre Colegio de Madrid: 1877; un tomo, 8.º, 16 y 18 rs.

Código de Comercio, arreglado á las importantes modificaciones y reformas introducidas en sus principios y procedimientos, por el decreto de 6 de Diciembre de 1868 y por la Novísima ley de 30 de Julio de 1878, ampliado con otras disposiciones que le sirven de complemento; publicado por la redaccion de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados Municipales*. Madrid, 1879; 12 y 14 rs.

Colonizacion en la Historia (La), por Rafael M. de Labra, profesor de Derecho internacional de la Institucion libre de enseñanza de Madrid; 2 tomos, 8.º, 24 y 28 rs.

Comentarios á la Ley de Enjuiciamiento civil, por D. Vicente Hernandez de la Rúa, doctor de la Universidad de Salamanca, teniente fiscal del Tribunal Supremo de Justicia. Madrid, 1856; 5 tomos, 60 y 70 rs.

Comentarios á la ley del Notariado y su reglamento, seguidos de un apéndice en que se comprenden los reales decretos, reales órdenes, circulares y resoluciones oficiales sobre organizacion y ejercicio notarial, dictados desde la promulgacion de la ley referida, y una coleccion de fórmulas, de actas é instrumentos de la misma facultad, por D. Eugenio Ruiz Gomez; un tomo, 4.º 34 y 38 reales.

Compendio de historia del Derecho romano, por Enrique Ahrens, traducido directamente del aleman con notas por los profesores de la Institucion libre de enseñanza, Sres. D. Francisco Giner, D. Gumersindo de Azcárate y D. A. G. Linares. Madrid 1878; un tomo, 8.º mayor, 10 reales.

En este compendio encontrará el jurisculto y el estudiante la historia interna y externa del Derecho romano, con los adelantos hasta el dia, por las numerosas notas con que vá ilustrado.

Compendio enciclopédico teórico-práctico, civil y criminal de España, en lo que tiene relacion con todas las materias que constituyen los reglamentos oficiales de exámenes de aspirantes á procuradores, secretarios y suplentes de Juzgados municipales, por D. Antonio Campins; 2 tomos, 4.º, 24 y 28 rs.

Conferencias de la Institucion libre de enseñanza. A fin de extender la accion de estas conferencias más allá del reducido público que puede asistir á ellas, se han publicado en folletos sueltos, al ínfimo precio de 2 rs., á saber:

- Las elecciones pontificias, por D. Eugenio Montero Rios.
- El futuro Cónclave, por el mismo.
- El agua y sus trasformaciones, por D. F. Quiroga.
- Turquía y el tratado de París, por D. Rafael M. de Labra.
- El poder y la libertad en el mundo antiguo, por D. Manuel Pedregal.
- El poder del Jefe del Estado en Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos, por D. G. de Azcárate.
- El conde de Aranda, por D. Segismundo Moret y Prendergast.
- El Alcoran, por D. Eduardo Saavedra.
- Relaciones entre la ciencia y el arte, por D. Federico Rubio.
- El socialismo de cátedra, por D. Gabriel Rodriguez.
- La vida de los astros, por D. Augusto G. de Linares.
- Teorías modernas sobre las funciones cerebrales, por D. Luis Simarro.
- La moderna literatura polaca y J. I. Krasewsky, por don José Leonard.

Con estas conferencias se completa el tomo del curso de 1878.

Conferencias libre-cambistas. Discursos pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid por varios individuos de la Asociacion, para la reforma de los Aranceles de Aduanas en el curso de 1862 á 63, por los Sres. D. Luis Maria Pastor, D. A. Alcalá Galiano, don Francisco de P. Canalejas, D. B. Carballo, D. Gabriel Rodriguez, D. José Echegaray, D. F. de Bona, D. S. Moret y Prendergast, D. Luis Maria Pastor, D. Laureano Figuerola, D. M. Carreras y Gonzalez, D. E. Castelar, D. Santiago Madrazo, D. Luis Silvela y otros; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Criterio legal (El) en los delitos políticos, por D. Manuel de Rivera Delgado, abogado del ilustre Colegio de Madrid, etc.; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

Cuestiones selectas del Derecho penal vigente, por D. Vicente Hernandez de la Rúa. Madrid, 1853; un tomo, 4.º, 20 rs.

Cuestion universitaria. Documentos coleccionados, por

M. Ruiz de Quevedo, referentes á los profesores dimisionarios y suspensos.

Gonzalez de Linares.—Calderon (D. Laureano).—Giner (D. Francisco).—Salmeron —Azcárate.—Andrés Montalvo.—Castelar.—Montero Rios.—Figueroa.—Moret.—Val.—Mesías.—Muro.—Varela de la Iglesia.—Calderon (D. Salvador).—Soler (D. Eduardo).—Giner (D. Hermenegildo). Madrid, 1876; un tomo, 8 y 10 rs.

Curso de Derecho político, segun la historia de Leon y Castilla, por el Dr. D. Manuel Colmeiro. Madrid, 1873; un tomo, 4.º, de 630 páginas, 36 y 40 rs.

Decadencia de España Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla, 1520-24, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

Derecho administrativo español, por el Dr. D. Manuel Colmeiro, cuarta edicion ajustada á la legislacion vigente y copiosamente aumentada con nuevos tratados y un apéndice de jurisprudencia administrativa. Madrid, 1876; 2 tomos, 4.º, 80 y 88 rs.

Derecho canónico, dividido en tres tratados, por el doctor D. Nicolás del Paso Delgado, rector de la Universidad de Granada; 2 tomos, 4.º, 84 y 88 rs.

Derecho público (El) y la Europa moderna, por el vizconde de la Gueronniere, traducida al castellano por el conde de Fabraquer, vizconde de San Javier, abogado; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Derecho civil español (El), en forma de código. Leyes vigentes, jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia (en 4.700 sentencias) y opiniones de los jurisconsultos, precedido de un repertorio alfabético: segunda edicion, corregida y aumentada, por el doctor D. José Sanchez de Molina Blanco; un tomo, 4.º mayor, 60 y 64 rs.

Apéndice al mismo Derecho civil español, que sirve para la primera y segunda edicion: contiene el texto de las leyes del Fuero Juzgo, Fuero Real, Partidas y Novísima Recopilacion no derogadas, etc.; un tomo, 4.º mayor, 48 y 52 rs. Tomando los 2 tomos á la vez, su precio es 96 y 104 rs.

Derecho civil español (Novísimo tratado histórico-filosófico del), precedido de una introduccion acerca del método para su estudio, de un resumen de la historia del Derecho civil de España hasta nuestros dias. Obra arreglada á los programas universitarios, por el Dr. D. Clemente Fernandez Elías; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Derecho penal (Tratado de), penalidad, jurisdiccion, pro-

cedimiento, segun la ciencia racional, la legislacion positiva y la jurisprudencia, con datos de estadística criminal, por M. Ortolan, traducido por D. Melquiades Perez Rivas; 2 tomos, 4.º, 60 y 68 rs.

Derecho civil germánico ó aleman (Tratado de), considerado en sí mismo y en sus relaciones con la legislacion francesa, por Ernesto Lehr, traducido y adicionado en la parte española por D. Domingo Alcalde Prieto, doctor y catedrático de Derecho; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Derecho internacional privado, ó principios para resolver los conflictos en las diversas legislaciones en materia de Derecho civil y comercial, etc., por Fiore, version castellana por A. García Moreno; aumentada con un apéndice del autor y con un prólogo de D. Cristino Martos; 2 tomos, 4.º, 48 y 52 rs.

Derecho internacional público de Europa, por A.-G. Heffter, traducido por G. Lizarraga; 32 y 36 rs.

Desamortizacion civil y eclesiástica (Manual de). Repertorio de las leyes, instrucciones, reales decretos, órdenes y circulares dictadas desde 4.º de Mayo de 1855 hasta 1879, sobre desamortizacion y bienes del Estado, clero, corporaciones religiosas y civiles y propios de los pueblos, redencion de censos, capellanías, etc., etc.. Recopilaciones concordadas y anotadas, por D. Fermin Aveila. Madrid, 1879; un tomo, 40 y 46 rs.

Digesto romano-español, compuesto en latin para uso de los juristas, por D. Juan Sala, traducido al castellano y adicionado con las últimas variantes del Derecho nacional, por los licenciados D. Pedro Lopez Clarós y don Francisco Fábregas del Pilar, abogados del Colegio de Madrid; 2 tomos, 4.º mayor, 60 rs.

Documentos internacionales del reinado de D.^a Isabel II desde 1842 á 1868. Coleccion publicada de orden del señor Ministro de Estado, con un discurso preliminar, por D. Florencio Janer; un tomo, 4.º, 40 rs.

Economía política (Estudios elementales de), por D. Domingo E. Allér, precedidos de un discurso preliminar por el Dr. D. Melchor Salvá, profesor de dicha asignatura en la Universidad de Madrid; obra de texto en varias Universidades é Institutos; un tomo, 8.º, 40 y 42 rs.

Economía política (Manual de), por Enrique Baudrillart, miembro del Instituto y antiguo profesor de dicha asignatura en el colegio de Francia, traducido por D. P. Estassén, licenciado en Derecho civil y canónico; un tomo, 8.º, 20 y 22 rs.

- Economía política** (Lecciones de), por D. Santiago Diego Madrazo; 3 tomos, 8.º mayor, 80 y 86 rs.
- El Derecho al alcance de todos.** Jurisprudencia popular, por Francisco Lastres, abogado. Publicados: El matrimonio.—El testamento y la herencia.—El arrendamiento y el desahucio.—La patria potestad.—La tutela y curatela.—El préstamo.—La compra-venta.—Las servidumbres.—El legado, la mejora y la reserva.—La fianza y la prenda.—El mandato (poderes y apoderados); cada tomo, 4 y 5 rs.
- Enciclopedia industrial ó la industria al alcance de todos.** Comprende el estudio de las principales industrias con los descubrimientos más modernos inventados en España y en el extranjero, y algunas nociones útiles de agricultura y comercio, por una sociedad de industriales. Cartagena, 1878; un tomo, 4.º, 34 y 36 rs.
- Ensayo histórico-crítico sobre la legislación y principales cuerpos legales de los reinos de Leon y Castilla**, por el Dr. D. Francisco Martínez Marina; 2 tomos, 4.º, 26 rs.
- Ensayo sobre la práctica del Gobierno parlamentario**, por C. H. de Amézaga; un tomo, 8.º mayor, de gran lujo, 40 y 42 rs.
- España y la democracia.** Consideraciones critico-históricas sobre la revolución de Setiembre, por Mariano Calavia; un tomo, 8.º, 42 y 44 rs.
- Estadística** (Curso de), por D. Fábio de la Rada y Delgado, doctor en Derecho civil y canónico y catedrático de Derecho romano en la Universidad de Granada: segunda edición; un tomo, 8.º, 46 rs.
- Estética**, por Krause, traducción del alemán, por D. Francisco Giner; 44 y 46 rs.
- Estudios sobre los principios de la moral con relación á la doctrina positivista**, por Urbano Gonzalez Serrano; un tomo, 8.º, 6 rs.
- Estudios sobre doctrina general de la ciencia.** Condiciones fundamentales del conocimiento científico, por don Vicente Calabuig y Carra; un folleto, 6 y 7 rs.
- Estudios sobre la Historia de la Humanidad**, por F. Laurent, profesor de la Universidad de Gante, traducción de Gabino Lizarraga. Se han publicado los tomos I, que contiene: El Oriente.—II. La Grecia.—III. Roma.—IV. El Cristianismo.—V. Los Bárbaros y el Catolicismo.—VI. El Pontificado y el Imperio.—VII. El Feudalismo y la Iglesia.—VIII. La Reforma.—IX. Las Guerras de religion.—X. Las Nacionalidades.—XI. La Política real.—

XII. La Filosofía del siglo XVIII y el Cristianismo.—

XIII. La Revolución francesa, primera parte. Formando cada tomo de esta publicación una obra independiente, se venden sueltos al precio de 24 y 30 rs.

Estudios prácticos administrativos, económicos y políticos, por D. Ventura Diaz, ex-consejero real; 2 tomos, 4.º, 40 rs.

Exámen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla; obra premiada por la real Academia Española, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo, 8.º mayor, 40 rs.

Exámen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes generales y extraordinarias desde que se instalaron en la isla de Leon el día 24 de Setiembre de 1810, hasta que cerraron en Cádiz sus sesiones en 14 del propio mes de 1813, por D. Agustin de Argüelles, diputado en ellas por el principado de Asturias. Lóndres, 1835; 2 tomos, 4.º, 40 y 48 rs.

Experiencias hechas con el aparato de medir bases, perteneciente á la comision del mapa de España; un tomo. 4.º mayor, con 8 grandes láminas, 40 y 46 rs.

Explicacion histórica de las instituciones del emperador Justiniano, con el texto latino, la traduccion al lado, y las explicaciones á continuacion de cada párrafo, por M. Ortolan, profesor en la facultad de Derecho de París: novísima edicion, traducida, revisada y considerablemente aumentada, por D. Francisco Perez Anaya, magistrado que fué en la Audiencia de Manila; 2 gruesos volúmenes, 4.º, 60 y 70 rs.

Exposicion elemental teórico-histórica del Derecho político, por D. Domingo Enrique Allér; un tomo, 8.º mayor, 42 y 44 rs.

Exposicion universal de 1878 (La). Guia itinerario para los que la visiten; descripcion razonada para los que no hayan de verla; recuerdos para los que la hayan visto, por A. Fernandez de los Rios, con dos planos cromolitografiados; un tomo, 8.º, 44 y 46 rs.

Expropiacion forzosa por utilidad pública. Leyes españolas recopiladas, comparadas y comentadas, por D. José de Argullol, abogado: segunda edicion aumentada, 1877; 46 y 48 rs.

Filosofía del Derecho (Novísimo tratado completo de), ó Derecho natural, con arreglo á los adelantos y estado actual de esta ciencia y á las doctrinas de Ahrens, Taparelli, Krause, Hegel, Savigny, Almetyer y otros notables autores, con un estudio histórico sobre el desenvolvi-

miento de la ciencia del Derecho, por el Dr. D. Clemente Fernandez Elías. Madrid, 1874; un tomo, 4.º, de 812 páginas, 50 y 5½ rs.

Filosofía de la guerra, por el marqués de Chambray, traducida de la tercera edicion, por D. Joaquin Perez de Rosas; un tomo, 8.º, 40 rs.

Formacion de la lengua española, derivada de la formacion natural, racional é historia del idioma humano, por Roque Bárcia; 8 y 9 rs.

Foros en Astúrias y Galicia (Los). Estudio jurídico, por D. Rogelio Jove y Bravo. Oviedo, 1876; un tomo de 403 páginas, 4.º, 8 y 9 rs.

Fotografía (Manual de) teórico-práctica, ó la fotografía al alcance de todas las inteligencias, por Alfredo Camps, fotógrafo; un tomo, 4.º, 12 rs.

Fuero Juzgo (El libro de los jueces) segun el texto del doctor Alonso de Villadiego, que desde su publicacion se ha seguido comunmente en los Juzgados del Reino; enmendadas muchas erratas y cotejado con la edicion moderna de la Academia Española que ha servido para aclarar varios lugares oscuros de las leyes. Precedido de la legislacion en España de los Godos; un tomo, 4.º, pasta, 24 rs.

Geografía histórica de la Edad antigua. Comprende desde los tiempos denominados pre-históricos hasta la muerte del emperador Teodosio; y dos apéndices, uno de cosmografía y otro de cronología universal antigua. Obra escrita para el estudio de la asignatura de este nombre en las Universidades y otros centros de enseñanza, por D. Manuel M. A. J. Rives, licenciado en la facultad de Filosofía y Letras, etc. Madrid, 1874; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Guía notarial y del registro de la propiedad inmueble. Libro para el bolsillo, indispensable á los notarios, registradores y propietarios, y utilísimo á los magistrados, jueces, abogados, etc.; un tomo, 8.º, 40 rs.

Guía moral de la juventud en materia penal, arreglado al Código y especialmente al libro tercero que trata de las faltas, con reflexiones, máximas y ejemplos morales para su más fácil inteligencia, por Martinez Alcubilla: segunda edicion, corregida y aumentada; un tomo, 5 y 6 rs.

Historia monumental del heróico rey Pelayo y sus sucesores en el trono cristiano de Astúrias, ilustrada, analizada y documentada por D. José Escandon. Obra de sumo interés para los historiadores y curiosos: contiene

las crónicas oficiales de aquel tiempo, que son muy poco conocidas; un tomo, 4.º, 20 rs.

Historia del Derecho penal de España, por Mr. Alberto Du Boys, antiguo magistrado. Version al castellano, anotada y adicionada con apéndices, por D. José Vicente Caravantes; un tomo, 8.º mayor, 20 y 2½ rs.

Historia de los conflictos entre la ciencia y la religion, por D. J. G. Draper: version directa del inglés, por Augusto T. Arcimis, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron; 46 y 48 rs.

Historia del comercio de todas las Naciones, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, por Mr. Scherer, traducida del francés por los alumnos de la clase de este idioma, establecida en el Ateneo Mercantil de Madrid; 2 tomos, 4.º, 40 y 48 rs.

Historia crítico-económica del socialismo y comunismo, por D. Alfonso Grajirena. Madrid, 1869; un tomo, 4.º mayor, 8 rs.

Juegos de prendas de sociedad y tertulia, que comprende juegos de salon, de jardin, de campo, bosque y pradera; de movimiento, atencion y memoria, etc.; rompecabezas, charadas, adivinanzas, etc., etc.; un tomo, 8.º, 8 y 40 rs.

Ley de Enjuiciamiento civil, comentada y explicada para su mejor inteligencia y fácil aplicacion con los formularios correspondientes á todos los juicios, y un repertorio alfabético de las voces comprendidas en la misma, por los abogados del Colegio de Madrid D. José María Manresa y Navarro y D. José Reus.

Esta obra es tan conocida y apreciada, que no necesita ser recomendada. Consta de seis tomos; su precio, 240 y 270 rs.

Manual de cambios, imposiciones, intereses, anualidades y descuentos. Guia del comercio y de los imponentes en las cajas de ahorros y sociedades de seguros; un tomo, 4.º, 20 rs.

Manual de la contribucion territorial y estadística, aprobado y recomendado por el Ministerio de Hacienda en reales órdenes de 22 de Enero de 1856, 11 de Octubre de 1867 y 9 de Mayo de 1869, y por el de Gobernacion en 17 de Junio de 1867, por Ramon Lopez Borreguero; un tomo, 4.º, 20 y 2½ rs.

Manual de teneduría de libros en la nueva forma de partida doble, aumentada y declarada de texto, compuesta por D. Vicente de Villaoz; un tomo, 42 rs.

Mes de Mayo, consagrado á la Santísima Virgen María, por María de la Peña; 4 y 5 rs.

OBRAS DE D. JOSÉ MARIA PEREDA.

Don Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera: segunda edicion; un tomo, 8.º, de gran lujo, 46 y 48 rs.

El buey suelto... Cuadros edificantes de la vida de un solteron; un tomo, 8.º, magnífica edicion, 46 y 48 rs.

Escenas montaÑesas (segunda edicion corregida y aumentada); 42 y 44 rs.

Tipos y paisajes (segunda série de Escenas montaÑesas); 42 y 44 rs.

Bocetos al temple; 42 y 44 rs.

Tipos trashumantes; 8 y 40 rs.

Operaciones de Bolsa. Contratacion sobre efectos públicos de los corredores de comercio y de los agentes de Bolsa, por el Dr. D. Francisco Lastres, abogado, profesor de Derecho y catedrático del Ateneo de Madrid; un tomo, 46 y 48 rs.

Positivismo (El), ó sistema de las ciencias experimentales. Conferencias dadas en el Ateneo barcelonés durante los meses de Enero, Febrero Marzo y Abril de 1877, por Pedro Estassén y Cortada; un tomo, 8.º, 40 y 42 rs.

Prontuario alfabético-geográfico-estadístico y administrativo de España, por D. Aristipo Guillen, jefe que ha sido de la seccion de Estadística; un tomo, 4.º, 24 y 26 reales.

Repertorio de la jurisprudencia civil española, ó compilacion completa, metódica y ordenada por órden alfabético, de las diversas reglas de jurisprudencia sentadas por el Tribunal Supremo de Justicia en las decisiones sobre recursos de nulidad, casacion é injusticia notoria, y en la resolucion de las competencias jurisdiccionales, por D. José María Pantoja; un abultado tomo de 4.400 páginas, 60 y 66 rs.

Se han publicado los apéndices 4.º á 6.º, que comprenden los años 1867 á 1878; 70 y 80 rs.

Repertorio de la jurisprudencia administrativa española, ó compilacion completa, metódica y ordenada por órden alfabético, de las diversas reglas de jurisprudencia sentadas en las sentencias, decisiones de competencias y denegaciones de autorizacion para procesar que se han dictado á consulta del Consejo Real, del Tribunal Supre-

mo contencioso-administrativo y del Consejo de Estado, desde la instalacion del primero en 1846 hasta la supresion de la jurisdiccion contencioso-administrativa en 1868, por D. José María Pantoja; un abultado tomo de más de 4.600 páginas, 70 y 78 rs.

Repertorio de la jurisprudencia criminal de España, ó compilacion completa, metódica y ordenada por órden alfabético, de la jurisprudencia consignada en los fallos pronunciados por las Salas segunda y tercera del Tribunal Supremo desde la creacion en 1870 de la casacion criminal, hasta fin de 1874, por D. José María Pantoja, secretario de dicho Tribunal; un tomo de 676 páginas, 30 y 34 rs.

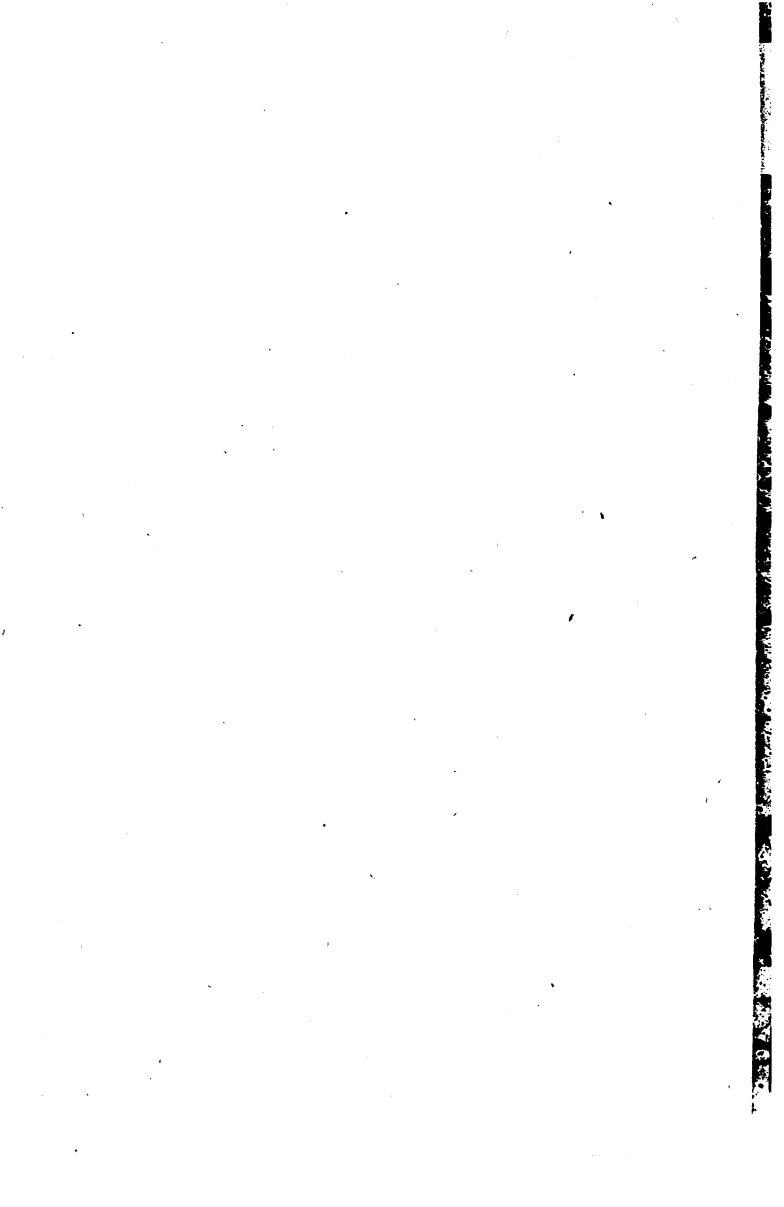
Se ha publicado el apéndice 1.º, que comprende la jurisprudencia establecida en los años 1875 y 1876; 12 y 14 rs.

Sábto idiota (El). Contemplaciones acerca de la Santísima Virgen, por el B. Raimundo Jordan, llamado comunmente el idiota. Traducidas y arregladas para el *Mes de María*, por D. Niceto Alonso Perujo; un tomo, 12.º, 4 y 5 rs.

Teoría de la tentativa y de la complicidad ó del grado de la fuerza física del delito, por Carrara, version al castellano con prólogo y notas de D. Vicente Romero Giron; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Tratado de la prueba en materia criminal, ó exposicion comparada de los principios en materia criminal y de sus diversas aplicaciones en Alemania, Francia, Inglaterra, etc., por C. J. A. Mittermaier; traducido al castellano con un apéndice sobre la legislacion criminal de España relativa á la prueba. Tercera edicion española añadida con un artículo necrológico sobre el autor, y la ley provisional de Enjuiciamiento criminal en la parte referente al objeto de esta obra, añadiendo al final el decreto de 3 de Enero, que suprimió el Jurado y el juicio oral y público; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Los pedidos acompañados de su importe, se dirigirán á VICTORIANO SUAREZ, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.



THIS BOOK IS DUE
STAMPED

OF 25 CENTS
FOR FAILURE TO RETURN
THE DATE DUE. THE PENALTY
TO 50 CENTS ON THE FOURTH

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO \$1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

DEC 13 1945

23 Apr '57 JG

REC'D LD

JUN - 2 1957

287181

Macaulay

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

